

T
696

103884



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

SUBJETIVIDAD Y NARRATIVA

APUNTES PARA UNA TEORÍA NARRATIVA DE LA EXPERIENCIA SUBJETIVA

David Bruno Díaz Negrete

Tesis para optar al grado de
Maestro en Psicología Social de Grupos e Instituciones

Dirección de tesis

María Inés García Canal

Lectores

María del Carmen de la Peza

Octavio Chamizo

Raymundo Mier

Hans Saettele

México, D.F., 2006

Subjetividad y Narrativa
Apuntes para una teoría narrativa de la experiencia subjetiva
David Bruno Díaz Negrete
Tesis de Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones
U.A.M., Unidad Xochimilco, México, D.F., 2006

Este trabajo aborda, desde una perspectiva teórica, la constitución y articulación de la experiencia subjetiva en un campo discursivo narrativamente configurado, intentando ofrecer una base para el desarrollo de parámetros para el análisis de la construcción de la subjetividad en distintos contextos sociales.

Bajo la hipótesis de que el campo de la experiencia subjetiva se halla determinado por un proceso continuo de producción de sentido, se analizan las condiciones en que éste tiene lugar a partir de su articulación en tres planos: un "plano de significancia", caracterizado por mecanismos propios del proceso primario; un "plano predicativo" que opera por mecanismos metafóricos de atribución y categorización de los objetos de la experiencia; y un "plano narrativo", en el que la experiencia se articula según una lógica actancial y secuencial compleja.

Así mismo, se analizan los procesos de interpelación, iteración performativa, enunciación, sobrecodificación del yo y formación de una "perspectiva narrativa", en tanto elementos que posibilitan y determinan la narrabilidad de la experiencia.

*A Elsa, Fernanda y Rodrigo que me dan la
oportunidad de reescribirme todos los días.*

ÍNDICE

Introducción	6
1. Articulación de lo real y el sentido	16
1.1. Lo real, demanda de sentido	16
1.2. Lo real emergente	21
1.3. El cuerpo y la huella significativa	22
1.4. Efectos de retomo	27
2. Producción significativa y atributiva	29
2.1. De la diferencia, la articulación y el lugar del sujeto	30
2.2. Plano de significancia y efecto de sentido	35
2.3. Plano predicativo	43
2.4. Metaforización	50
3. Narratividad	55
3.1. Acción narrativa	57
3.2. Integración y distribución	59
3.3. Isotopía, implicación, contingencia	65
4. Constructos narrativos	70
4.1. Tropos y rasgos de estilo	74
4.2. Género	84
4.3. Intertextualidad, lectura	93
5. Interpelación y performatividad	105
5.1. Interpelación	105
5.2. Iteración y performatividad discursivas	112
6. De la enunciación al yo narrable	124
6.1. El anclaje deíctico	127
6.2. Anudamiento y sobrecodificación del yo	131
6.3. Proyecto identificadorio, espacio biográfico	138
6.4. Perspectiva narrativa y narrabilidad del yo	143
Coda	151
Bibliografía	166

El verdadero sujeto del juego no es con toda evidencia la subjetividad del que, entre otras actividades, desempeña también la de jugar; el sujeto es más bien el juego mismo.

Hans-Georg Gadamer

INTRODUCCIÓN

Este trabajo tiene que ver con la formación de la subjetividad, con el esclarecimiento de las condiciones de su emergencia en un campo discursivo. Ha sido elaborado a partir del reconocimiento de la conveniencia de elaborar "paradigmas emergentes" y de deslindar el objeto de la psicología social como área problemática y de conocimiento en desarrollo. Se ha originado, así mismo, a partir de un esfuerzo por desarrollar una propuesta teórica y epistemológica para dar fundamento a la investigación cualitativa de la construcción de la subjetividad en el contexto social e institucional, apostando por el carácter des-centrado, performativo e inconciente, de los procesos constituyentes de subjetividad, de la representación simbólica y de la construcción del sentido.

El tema de la subjetividad y de su determinación a partir de la articulación de procesos heterotópicos ha sido principalmente postulado y desarrollado desde, entre otros campos, el psicoanálisis, desde la antropología estructural y las teorizaciones agrupadas bajo las etiquetas de "teoría crítica" o de "post-estructuralismo".¹ Lo que desde ahí se plantea a propósito del sujeto y de la relación entre subjetividad y espacios sociales e institucionales implica un territorio complejo, abierto aún a la problematización y a la confluencia de perspectivas múltiples.

Situarse en este terreno exigía, por consecuencia, aceptar trabajar los bordes, trabajar en los bordes y en la incertidumbre, en un campo cuyos límites teóricos aparecían poco definidos, en el que diversas disciplinas fronterizas se traslapan e intersectan formando un campo problemático transdisciplinario y multidimensional. Exigía, igualmente, pensar el campo de la psicología social como un quehacer limítrofe, ante lo cual cabía cuestionarse la conveniencia de pretender la definición y el cierre de un campo disciplinario definido, optando, en cambio, por el desarrollo de estrategias de conocimiento abiertas, multirreferenciales, que permitieran trabajar y reformular el problema de la subjetividad y de los procesos de formación social de la misma, a fin de dar cuenta de la multiplicidad de los registros en que, en una sociedad como la nuestra, éstos tienen lugar.

En este contexto, el presente trabajo deriva de un planteamiento que se propuso inicialmente dilucidar el tema de la experiencia subjetiva y del sentido postulando el papel determinante del lenguaje y de los procesos simbólicos en su origen y desarrollo, así como la necesidad de integrar diversas aportaciones teóricas en la construcción y des-construcción de las estructuras y procesos subyacentes. Ya este planteamiento inicial implicaba, pues, subrayar la función constituyente del lenguaje y del orden simbólico, en

¹ Cfr. E. Guba e Y. Lincoln, 1994; C. Martínez, 1996.

tanto estructuras transubjetivas, sosteniendo que no había experiencia externa al campo del lenguaje como espacio en el que la subjetividad encuentra sus condiciones de objetivación; implicaba, por ende, plantear la cuestión del sujeto desde su producción en el discurso a través del conjunto de operaciones lingüísticas y propiamente discursivas mediante las cuales se constituía y estructuraba el campo de su experiencia.

El ser del sujeto se entendía, así, como producto emergente de la conformación de un campo complejo de significaciones cuya configuración y reconfiguración generaba permanentemente efectos opacos, no simbolizados y no determinados en su resolución. Procesos que, en razón de su misma indeterminación, exigían de manera insistente un esfuerzo de (re)significación en el que, *a posteriori* y por retroactividad, podían localizarse las trazas de la subjetividad. De igual modo, se sostenía que este trabajo de (re)significación implicaba operar una serie de pliegues en el que el entramado simbólico se estratificaba, pliegues en los que el "magma significante" no organizado, adquiría determinadas formas y estructuras y —en un sentido propio— se complejizaba, conformando una superficie relativamente estable de registro representacional redefinida a cada momento por las condiciones antecedentes y por la persistencia e insistencia del propio proceso de estratificación de significaciones.

Desde aquí era posible pensar la especificidad y la relativa autonomía del sujeto en el orden de la representación, en tanto los procesos representacionales implicaban una permanente in-flexión, una permanente inscripción de la realidad en la re-flexión y en la articulación y transvasamiento de planos significantes. Se sostenía, así, que la subjetividad, la relación consigo mismo del sujeto y la configuración de una agencia en relación con el mundo, ponían en juego o eran, más bien, puestas en juego en y por los pliegues y anudamientos en que se articulaban cadenas de significación múltiples y heterogéneas, los cuales, en tanto espacio de productividad significativa, carecían propiamente de lugar signable en el campo así constituido, permaneciendo indefinidamente ex-céntricos, vueltos a lo real no simbolizable, mero soporte de la subjetivación. En tales condiciones se inscribía la posibilidad de un devenir significativo, las condiciones de la constitución de un campo subjetivo mediante la cual se producía un recorte y una determinada configuración del campo de la experiencia y se generaban las condiciones de la autonomía relativa del sujeto.

Derivado de lo anterior, se sostenía en aquel primer momento que el pliegue generaba una interioridad autorreferencial, un espacio de "autonomía dependiente", autoorganizado y autopoético, en el que se condensaba —a la manera de un sistema de estratos de

simbolización— la suma, siempre determinada y finita, de registros representacionales que, no obstante, permanecía abierta, como membrana adyacente a una serie de efectos significantes aún no determinados. Se pensaba, así, la existencia de una tensión permanente entre el adentro y el afuera que al quedar articulados en la trama representacional daba lugar a la localización del sujeto en relación consigo mismo y a la proyección temporal de su experiencia. La propia indeterminación de las series significantes llamaba, de este modo, al sujeto a ocupar un lugar.

Se desprendía de esto que el lugar del sujeto estaba definido por un efecto de registro que paulatinamente se configuraba como red de representaciones simbólicas. A pesar de que la determinación de esta red era externa y a-subjetiva, y de que había de permanecer necesariamente no articulada, no enunciable, se afirmaba que en su trama operaban, a cada momento e ineluctablemente, procesos en buena medida inconcientes de selección (o de repetición) y de articulación en los que se fundaba y hallaba determinación interna la experiencia singular del sujeto.

La eficacia de los estratos de representación a partir de los cuales podía operarse la apertura del campo de la subjetividad al entramado abierto e indeterminado de la significancia, o bien, por el contrario, la clausura del campo significativo y la repetición de lo mismo, sin que se observasen efectos elaborativos o de re-simbolización del campo de la experiencia, era atribuida a su nivel de complejidad y de determinación, es decir, al número de elementos significantes que las integraban en cada momento —y según la serie pretérita de las configuraciones de estrato a que habían dado lugar—, así como a la trama relacional en que estos elementos se estructuraban y vinculaban entre sí.

A partir de un intento por dar cuenta de la configuración singular del campo de la experiencia subjetiva con base en la articulación de elementos particulares no determinados y una serie de condiciones generales de determinación, se sostenía que el cierre del registro autorreferencial, la configuración siempre singular del adentro operaba según un principio de especificación apuntalado en determinadas condiciones anatómo-fisiológicas comunes a la especie y dentro de un campo socialmente instituido de significaciones.

Aunque se reconocía que este planteamiento no resolvía el problema de la articulación del sujeto singular en nuevos niveles de determinación, grupales, institucionales o sociales, entendidos como otros tantos niveles de emergencia de singularidades específicas, características de cada nivel, se afirmaba que al menos permitía superar la falsa dicotomía

sustancialista entre sujeto y *socius*, inscribiéndolos ambos en el campo immanente del discurso y el orden simbólico.

No obstante, con base en esto, también se afirmaba que una perspectiva posible de la psicología social tendría como objeto de análisis la formación de la subjetividad y de los sistemas de representación propios de modos singulares de subjetivación, en tanto instancias autorreferidas y relativamente autónomas de (re)significación, en el contexto de una producción simbólica que se entendía, en esencia, como una instancia de producción discursiva a-subjetiva y anónima.

Tales eran, en síntesis, los planteamientos teóricos de los cuales el presente trabajo representa una continuación y una reformulación. Esta reformulación fue impulsada, sin embargo, desde un plano distinto, a través del desarrollo de un particular proyecto de investigación situado, inicialmente, como una problematización de lo que se produce hoy en el campo de las políticas públicas de atención de las adicciones en México, de las estrategias prácticas y de saber que se despliegan, de la configuración de los dispositivos de intervención y de los efectos subjetivos que este cuerpo de saber teórico y práctico suscita en el nivel de la experiencia subjetiva.

A partir de sucesivos acercamientos, este segundo planteamiento arribó a una especificación del problema en términos de la articulación de *experiencia subjetiva* y *efectos normativos* en el caso de usuarios de drogas en tratamiento, con base en el supuesto general de que la formulación discursiva de la experiencia resultaba directamente constitutiva del campo de la subjetividad y de que, por tanto, los esquemas de problematización de las adicciones, el discurso, el saber y las prácticas en torno a las mismas ejercerían, incidiendo en el plano de la experiencia subjetiva, efectos normativos, regulatorios y coercitivos, determinables en el nivel del discurso.

Como punto de partida, se consideró entonces analizar la experiencia subjetiva con base en la noción de *experiencia* de M. Foucault, esto es, como “la correlación, dentro de una cultura, entre campos de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad”, lo cual suponía tomar en consideración “las formas y las modalidades de la relación consigo mismo por las que el individuo se constituye y se reconoce como sujeto [...] los juegos de verdad en la relación de sí consigo y la constitución de sí mismo como sujeto”.² Así mismo, de acuerdo con los postulados antes expuestos, se consideró conveniente precisar que la determinación de la experiencia a partir de la articulación de campos de saber, efectos normativos y formas de subjetividad implicaba la conformación de un espacio de

² M. Foucault, 1984, pp. 8-10.

singularidad a partir de un proceso significativo normativamente determinado; que este proceso de especificación de la subjetividad implicaba la construcción irreversible de un horizonte de sentido, con base en el cual la propia experiencia podía (re)significarse; que la experiencia se constituía en su positividad en el entrecruzamiento de efectos impensados, "fuera del campo" y propiamente inconcientes; y que, incluso en su nivel singular, la experiencia se territorializaba y desterritorializaba según una economía discursiva configurada de acuerdo con organizadores e intersectos normativos socialmente determinados.

Definido así, el problema exigía un abordaje que pasaba por el análisis genealógico de las formas de significarse el sujeto a sí mismo y de transformarse según ciertos esquemas normativos.³ Ello fue propuesto a través de las categorías elaboradas por el propio Foucault para el análisis de la "moralidad de los comportamientos";⁴ a saber: la *determinación ontológica* de la sustancia y contenidos de la experiencia, referente a la formación y delimitación de los elementos de la experiencia que se constituyen como objeto del trabajo de elaboración subjetiva; la *determinación deontológica* de los "modos de sujeción" a partir de los cuales el sujeto se reconoce obligado a cumplir una determinada normativa; las *prácticas de sí*, es decir, el conjunto de operaciones que el sujeto lleva a cabo sobre sí mismo para transformarse en función de ciertos modelos normativos; y la *determinación teleológica* de los comportamientos, esto es, los esquemas "molares" de conducta que orientarían de manera electiva las prácticas de sí.

De esta manera, se propuso definir el objeto final de estudio en términos de precisar las categorías y esquemas simbólicos y discursivos —directamente constitutivos del campo de la subjetividad— bajo los cuales se da a ser pensada y articulada la experiencia subjetiva del usuario de drogas y los efectos normativos que se inducen por esta vía.

Como dispositivo de investigación se propuso llevar a cabo una serie de estudios de caso único y "a profundidad" de cuatro mujeres usuarias de drogas, con base en entrevistas realizadas bajo un enfoque de "historias de vida focalizada" y análisis narrativo. El diseño de este dispositivo exigió la revisión de la literatura teórica y metodológica en estas áreas,⁵

³ M. Foucault, 1988, p. 48.

⁴ M. Foucault, 1984, pp. 27-28.

⁵ Entre los autores revisados en lo referente al método de "historia de vida" figuran J.E. Aceves, 1994, 1997, 1998, D. Bertaux, 1986, M. Burgos, 1986, M. Camarena y G. Necoechea, 1994, G. de Garay, 1997, F. Ferraroti, 1979 y 1981, A. Lindón, 1999, C. Piña, 1989, L. Ramos y M. Romero, 1996, R. Reséndiz, 2001, M. Rivas, 1996, M. Rojas Wiesner, 2001, y C. Santamarina y J. Marinas, 1995. Con respecto al análisis narrativo en el contexto de la investigación cualitativa, se puede citar a Botella *et al.*, 1997, E. Bruner, 1986, A. Coffey y P. Atkinson, 1996, T. Cortés, 1993, N. Denzin, 1989, C. Kohler-Riessman, 1993, W. Labov, 1972, E. Ochs, 1997, D. Polkinghorne, 1988, y L. Strickland, 1994.

la cual llevó paulatinamente a reconocer que la constitución discursiva del campo subjetivo tiene lugar fundamentalmente bajo la forma de la *narrativa*, respondiendo a específicos esquemas de configuración discursiva.⁶

Para dilucidar el campo de la narrativa en su relación con la constitución del campo de subjetividad, se llevó a cabo el estudio de autores con perspectivas diversas e incluso contrapuestas. Se consideraron, en primer lugar, algunas de las aportaciones de la llamada “revolución cognitiva”⁷ y la sociolingüística,⁸ así como algunos desarrollos de la terapia narrativa.⁹ En segundo sitio, algunos referentes construccionistas, inspirados en los enfoques sistémicos y comunicacionales, o bien, con un carácter transdisciplinario (incluyendo elementos construccionistas, de la hermenéutica, de la teoría del discurso, etc.), centrados, en particular, en el problema de la identidad.¹⁰

Este recorrido pronto derivó, no obstante, en la incorporación de elementos de la lingüística¹¹ y del análisis estructural,¹² particularmente, del análisis estructural del relato.¹³ Así mismo, fue necesario remitirse a algunos desarrollos teóricos psicoanalíticos y derivados de lo que abusivamente se ha dado en llamar “post-estructuralismo” o “post-modernismo”, particularmente útiles para la discusión del problema de la producción discursiva, el análisis de los efectos de sentido y la problemática de la articulación subjetiva en un campo simbólico y discursivo.¹⁴

Mención aparte merecen, finalmente, una serie de lineamientos tomados de M. Bajtin y N. Frye en el campo de la crítica,¹⁵ de H. White¹⁶ en el de la historia y P. Ricoeur en el de la hermenéutica.¹⁷

⁶ Cfr. J. Bruner, 1986, p. 23.

⁷ En particular, J. Bruner, 1986, 1990 y 2002, pero también D. Polkinghorne, *op. cit.*, y J. Shotter, 1993.

⁸ W. Labov, *op. cit.*, G. Lakoff y M. Johnson, 1980, J. Milán y S. Natotzky, 1980, J.C. Revilla, 2003, D. Ruiz, 2003a y b, y B. Sandig y M. Selting, 1997.

⁹ H. Anderson y H. Goolishian, 1998, J.L. Linares, 1996, R. Ramos, 2001, y M. White y D. Epston, 1980.

¹⁰ L. Botella *et al.*, 1997, D. Duero, 2006, y M. Engelken, 2005.

¹¹ R. Barthes, 1964, E. Benveniste, 1958, 1964 y 1968, U. Eco, 1979, R. Jakobson, 1960, C. Kerbrat-Orecchioni, 1986, y J. Kristeva, 1969a y b.

¹² C. Lévi-Strauss, 1955 y 1964.

¹³ M. Bal, 1980, R. Barthes, 1966 y 1969, G. Genette, 1972 y 1983, A.J. Greimas, 1966 y 1976, y Ph. Lejeune, 1975.

¹⁴ En este campos, debe señalarse la valiosa orientación en la lectura proporcionada por María Inés García Canal. Dentro del campo psicoanalítico, se puede citar a P. Aulagnier, 1975, J. Kristeva, 1985, J. Lacan, 1953, 1957 y 1958, B. Matamoros, 1983, y S. Žižek, 1989. En el terreno heterogéneo del “post-estructuralismo” y del “post-modernismo” se destacan R. Barthes, 1970 y 1973a, J. Butler, 1990, 1997a y b, A. Cavarero, 2000, G. Deleuze, 1967 y 1969, J. Derrida, 1963, 1966, 1971, 1972 y 1993, M. Foucault, 1954, 1965, 1966a y b, 1969 y 1970, M.I. García Canal, 1990 y 2004, y E. Laclau y Ch. Mouffe, 1985, entre otros.

¹⁵ M. Bajtin, 1953; N. Frye, 1957.

Esta revisión estuvo acompañada por una reflexión teórica y epistemológica que implicó la crítica de las perspectivas narrativistas y constructivistas en boga, a partir de los supuestos de determinación estructural o sobredeterminación de la producción discursiva, de eficacia inconciente, de performatividad y articulación deseante y estratégica del discurso, etc., impidiendo el retorno a un abordaje “naturalizado” del problema de estudio.

Al final, la diversidad de las fuentes teóricas y metodológicas resultó en la necesidad de encarar este trabajo y el propio proyecto de investigación del que emanaba como *bricolage*, como un ejercicio abierto y necesariamente inconcluso de problematización, en una deriva marcada por el riesgo y la incertidumbre y por el uso “desviado” de los medios a los que se había de recurrir.¹⁶ Ello, sin duda, ha dejado su marca en lo que finalmente ha sido posible escribir y ha quedado fijado como contenido de este trabajo; no sólo en la a veces sin duda problemática heterogeneidad de sus contenidos, sino ante todo en la manera (¿podría decirse *diferante*, heterotópica?) de atravesar y de articular los distintos temas y problemas abordados. La diversidad, la extemporaneidad, la misma parcialidad y heterogeneidad que esto implica tal vez puedan ser tomadas al final —no obstante los hiatos y deficiencias que esto supone o la existencia de problemas apenas esbozados y sin resolver— como una virtud de la escritura de este trabajo.

Por otro lado, el propio desarrollo de los estudios de caso propuestos, realizados con base en entrevistas con cuatro jóvenes usuarias de drogas en tratamiento en Centros de Integración Juvenil,¹⁹ fue permitiendo —a partir de las particulares exigencias analíticas que planteaban— la selección y articulación de conceptos, la paulatina integración teórica que aquí se presenta.

A este respecto, debe señalarse que el campo de las narrativas de vida y de su relación con la construcción de la experiencia subjetiva de usuarios de drogas es un campo que no ha sido ajeno a la investigación, si bien permanece aún poco explorado.²⁰ Los antecedentes existentes están principalmente relacionados con el estudio de la

¹⁶ H. White, 1973.

¹⁷ P. Ricoeur, 1969, 1976, 1985a.

¹⁸ Cfr., Lévi-Strauss, 1962; así como J. McLeod, 2002.

¹⁹ Dos de estos estudios de caso fueron publicados internamente en Centros de Integración Juvenil (D.B. Díaz, 2003 y 2004).

²⁰ Que la narrativa de vida se constituya en objeto de mirada y de estudio en el campo de las adicciones es un hecho que debe ser analizado en función de sus implicaciones en términos de la evolución de los saberes constituidos al respecto y de los dispositivos de intervención articulados con los mismos. Tales implicaciones no puede ser analizadas aquí, pero quizá remitan no sólo a una problematización teórica y epistemológica, sino, ante todo, a una posible reconfiguración, en un nivel práctico y político o, más bien, estratégico y “micropolítico”, del funcionamiento de los dispositivos y de las intervenciones instituidas frente a las adicciones.

reconstrucción narrativa del proceso de recuperación, con preeminencia del análisis de estructuras argumentales y secuencias temáticas típicas.²¹ En general, estos trabajos adoptan estrategias de conocimiento basadas en una reducción empiricista del campo de estudio que implica una noción fundamentalmente “representacional” del lenguaje, el cual es tomado como indicador de una experiencia independiente de lo que se plantea como una reproducción discursiva de la misma; en la consecuente atribución de una función meramente “testimonial” a los relatos en función de la cual éstos se validan como objeto de análisis por su adecuación a la realidad a la que presuntamente se refieren; en la instrumentación de dispositivos de reproducción y registro discursivos de carácter “cartesiano”, que separan y aíslan los lugares del observador y lo observado; en una reducción del material discursivo en función de la selección de unidades discretas de sentido, susceptibles de ser clasificadas en esquemas temáticos jerarquizados; en análisis paradigmáticos basados en las regularidades (*commonalities*) identificables entre casos; en la aplicación de procedimientos de validación basados en procesos inductivo-inferenciales y mecanismos comparativos y de consenso; y, finalmente, en el predominio de modelos de atribución y determinación causales.

Por el contrario, el análisis de casos realizado paralelamente a este trabajo implicó —siguiendo los supuestos y lineamientos antes expuestos— situarse en la dimensión “densa” de la producción discursiva y de sentido como espacio de constitución, en un plano de inmanencia, de la propia experiencia subjetiva. Los problemas que, desde esta perspectiva, se fueron planteando, exigiendo su dilucidación teórica, remitían constantemente al carácter estructural e interpretativo de la narrativa, a la eficacia discursiva de factores inconcientes, a la articulación inmanente de efectos significantes de carácter tanto constitutivo como regulativo.

Una breve enumeración de los problemas emergentes en este análisis podría incluir —a partir de la singularidad de cada uno de los casos estudiados— temas como los de la incidencia inconciente de una eficacia propiamente significativa y tropológica en la construcción de la experiencia, la determinación discursiva de un orden de continuidad y de necesidad en relación con la experiencia vivida, la configuración del relato a partir del despliegue de particulares estrategias argumentales; la articulación de sistemas atributivos e identitarios más o menos densos, más o menos dispersos, así como la rearticulación de esquemas narrativos y actanciales en los procesos de inscripción normativa y la función crucial del nombre en este proceso y en la constitución singular del lugar del sujeto; la

²¹ Cfr., por ejemplo, T. Anderson y J. Mott, 1998, Ph. Baker, 2000, V. Hänninen y A. Koski-Jännes, 1999 y 2004, D. Hecksher, 2004, Ch. Kaplan, 1982, y J. McIntosh y N. McKeganey, 2001.

variación de rasgos estilísticos en la configuración del espacio, del tiempo y de los contenidos sustantivados de la propia experiencia narrativa, y así sucesivamente. Temas, éstos, que se articulaban, desde distintos lugares, con el problema del *sentido de la experiencia subjetiva*, el cual es aquí, en el presente trabajo, principal objeto de atención.

Para encararlo en su relación con la constitución narrativa del campo subjetivo y, correlativamente, con la posibilidad de desarrollar un basamento teórico para un posible análisis cualitativo de la misma, se ha planteado un abordaje en el que pueden distinguirse tres distintos momentos, más o menos diferenciados, aunque remitiéndose constantemente de uno a otro. En un primer momento, en el primer capítulo (“Articulación de lo real y el sentido”), se formulan los límites que acotan y determinan la producción de sentido, planteándose lo real, no como instancia extra-discursiva, sino como exterioridad y margen del trabajo de sentido, como demanda y residuo de sentido.

En segundo lugar, en los capítulos intermedios (“Producción significativa y atributiva”, “Narratividad” y “Constructos narrativos”), se describen los distintos planos de articulación del sentido y de configuración del campo y de la experiencia subjetivos: el plano de significancia, caracterizado por el registro y la articulación binaria y molecular de marcas significantes; el plano predicativo, correspondiente a la articulación molar de la frase e induciendo efectos atributivos e (id)entitarios específicos; y, finalmente, el plano narrativo, determinado estructuralmente a partir de una lógica secuencial y de la integración actancial y trópica de argumentos. Aquí, cabe apenas señalar que la articulación del sentido en la *interidad* (si vale tal expresión para designar lo que se inserta “entre”) y en el juego abierto de derivaciones y regresiones significantes entre estos tres planos da lugar a la constitución de un espacio estratificado complejo, un espacio de sobreposiciones, traslapes, capturas y deslizamientos, series paralelas, anudamientos e invaginaciones, un espacio de determinaciones múltiples y no reductibles que componen la densidad y multivocidad propias de la experiencia.

Por último, en los capítulos de “Interpelación y performatividad” y “De la enunciación al yo narrable”, se discuten los procesos intervinientes en la subjetivación y en la formación del campo subjetivo, con especial énfasis en la interpelación entendida como agenciamiento discursivo, en el carácter iterativo y performativo del discurso, en el anclaje y anudamiento discursivos, y en la producción de una “perspectiva” narrativa y biográfica.

Este planteamiento triple permite desplegar, desde perspectivas distintas, una serie de temas recurrentes, escanciados en segmentos que podrían admitir una lectura independiente, sin que se pretenda, por lo demás, agotar los problemas que plantean, sino

dejarlos delineados, trazando posibles vías para su discusión y abordaje. Asumida, en este sentido, la teoría como interpretación de interpretaciones, como lectura de un ejercicio permanente de lectura, no había más que aceptar su inacabamiento, su carácter abierto y en riesgo. Su formulación como narrativa.

1. ARTICULACIÓN DE LO REAL Y EL SENTIDO

1.1. Lo real, demanda de sentido

A partir de su emergencia y de su incidencia en el campo de la subjetividad constituida, lo real es materia de sentido, es incluso lo que en primera instancia es materia de sentido.

La narrativa de sí y de la experiencia, la “autonarrativa”, deben plantearse como trabajo que se realiza en los bordes, a un tiempo próximos y distantes, de lo real. Trabajo de sentido que incide en el lugar en que singularidades, fuerzas y acontecimientos, intensidades, mociones y sensaciones corporales, emergen a un registro sensible, produciendo, en su carácter emergente, un efecto de perturbación y quedando aún, insistentemente, por significar.

Lo real es lo que irrumpe, lo que sobreviene repetidamente al campo de la experiencia subjetiva bajo la forma de una alteración, de una excitación que demanda trámite, de una cifra sensible que exige un cálculo. Lo real, lo que no cesa de imponerse a la experiencia del sujeto como efecto privado de sentido, como primaridad, se plantea continuamente, no obstante, como *exigencia de sentido*. Desplegándose, al mismo tiempo, en el afuera, en una exterioridad tumultuosa, hurtándose a las determinaciones del pensar y del afecto, más allá de cualquier forma de representación, siempre en otro lugar, lo real funda, en su materialidad, la experiencia y la sostiene en su devenir, en su variabilidad, en el proceso de su diferenciación y de su multiplicación.²² No hay, así, experiencia significada, simbolización, sino de lo que acaece, de lo que pulsa al sujeto, el cual, abierto indefectiblemente a los efectos perturbadores de lo real, ha de hacer un esfuerzo permanente de reducción y de producción de sentido, una labor interminable de escritura de los acontecimientos que, en su muda ocurrencia, sobrevienen al umbral de su experiencia.

Demanda permanente de sentido, lo real interroga al sujeto produciéndose como límite infranqueable, siempre a punto de quedar inscrito, siempre a punto de ser asignado, pero deslizándose a cada momento al afuera por los intersticios del enunciado. Aún por decirse,

²² A la exterioridad, a la cosidad radical de lo real cabe oponer aquí, no una presunta interioridad del campo subjetivo, sino una serie de articulaciones significantes y discursivas producidas en un campo de interidad, una serie de efectos de cierre en el interjuego entre diferentes estratificaciones del sentido (cfr., *infra*, capítulos 2, 3 y 4). No obstante, habría que postular también la eficacia de lo real al sujetarse, al someterse al trabajo de sentido, como una constante partición en un campo de exterioridad o de alteridad, irreducible a cualquier determinación subjetiva o de sentido, y en una serie de incidencias en el campo subjetivo bajo la forma de efectos de marca. efectos parciales de escritura en un registro subjetivo primario (cfr., *infra*, p. 21 y ss.).

aún por llegar a ser objeto de un dicho, lo real persiste entre-dicho, implicado entre líneas, presupuesto en la enunciación; ya dado y aún por arribar.

Como multiplicidad de fuerzas materiales y efectos sensibles en relación con los cuales se produce el sentido, lo real no cesa de articularse, de complejizarse, pero no cesa tampoco de simplificarse y deslizarse en un espacio externo, en una mera exterioridad, sin llegar nunca a empatare a sus correlatos significantes, sin llegar a estar en ningún momento totalmente determinado. Lo real configura al mismo tiempo, resistiéndose, la materia y la exterioridad de la producción significativa, el sustrato y la radical alteridad del trabajo de sentido.

Masa de intensidades y estímulos sensibles no acotados ni fijados, más allá del alcance del lenguaje, más acá del trabajo elaborativo en que habrá de desplegarse el campo de la subjetividad, lo real se reconstituirá a cada momento como umbral del sentido que, en su articulación, dejará siempre un residuo, un resto no inscrito. En el límite, se impondrá incluso como efecto catastrófico, como radical desterritorialización del campo subjetivo, como borramiento o disolución del sujeto.

Más aún, en el momento mismo en que algo —una marca tomada en su materialidad sensible, una huella en-gramática, el registro de una escritura de lo real— se desprende de lo real y queda inscrito, lo real nuevamente se produce (se reproduce) como efecto irreductible, como plus, como exceso, como lo que persistentemente escapa a las determinaciones, replanteándose como nuevo emergente y nueva exigencia de trabajo de sentido. Al no poder reducirse a la puesta en perspectiva, a la extracción y a la alteración que la inscriba y objete en un registro mnémico, una parte importante de lo real debe darse por perdida, apareciendo, en todo caso, como aquello cuyos atributos sólo pueden ser especificados por la evocación, por un saber alusivo y elíptico, en gran medida aporístico, por una mera invocación; aquello cuya opacidad sólo puede ser apropiada por la vía del rodeo, indirectamente señalada, aunque persista, al mismo tiempo, como materia de supresión y de revocación, como lo que es objeto de rechazo, lo que incluso habiendo quedado inscrito en un momento es forluido, devuelto a una muda insignificancia. Lo real debe plantearse, así, como efecto también de un trabajo de exclusión y olvido.

En efecto, el recorte, la reducción simbólica de lo que emerge como flujo de marcas sensibles, de acontecimientos emergentes y movimientos de la pulsión, extrae a cada momento e integra en un orden significativo aquellos elementos que, dados determinados esquemas de articulación, pueden ser diferenciados y articulados, dotados de un valor significativo, y (re)expulsa, por el contrario, otros segmentos, irreductibles, a la exterioridad

de la que han emergido, donde continúan latiendo con la cualidad amenazante de lo siniestro, con la doble densidad e intensidad de la materialidad sensible y de lo forcluido, de lo doblemente irrisorio.

De tal modo, la producción de sentido opera una repartición, un clivaje de lo real: por un lado, opera una inscripción de segmentos, fijados como marca en un registro que los articula en tanto materia y sustrato significante; por el otro, lleva a cabo la exclusión, la repulsa de elementos residuales, inaprehensibles, devueltos al afuera, donde persistirán —y no sobra insistir en ello— como demanda de sentido. Lo real se produce, así, al mismo tiempo, como sustrato y objeto de la articulación significativa y de una eventual incorporación subjetiva, y como irreductible estimulación sensible, insistentemente discordante y turbulenta, objeto de repulsa y de rechazo.

Tal partición del campo de la experiencia por el trabajo de sentido implica la instauración de un espacio de mediaciones e interidades. Sin embargo, en el plano en que lo real retorna y emerge a un registro sensible, borde segmentado e inestable en que colisiona y se articula con el trabajo de sentido, lugar en que ambos se sostienen mutuamente, oponiéndose y remitiendo uno al otro, la relación que el sujeto habrá de mantener con lo real es siempre material, inmediata, no sólo en tanto que lo real subvierte sin tregua las articulaciones simbólicas y se impone coercitivamente al campo de la experiencia como ya dado, como lo que sólo en una segunda instancia habrá de ser mediado y duplicado por el sentido, sino también en tanto que lo real, la distancia extrema, la mera exterioridad, emerge al mismo tiempo invaginado, en el perímetro de la más cercana proximidad, de la más profunda inter(ior)idad, como efecto de agitación y convulsión del cuerpo; de tal manera, lo que se enajena y se borra precipitándose en una extrema lejanía, se plantea como lo más próximo, lo que satura materialmente el espacio del cuerpo.

De cualquier modo, extremadamente lejano, alejándose incesantemente, y al mismo tiempo invaginado, adyacente al campo de la experiencia, inmediatamente vinculado a la producción de sentido, lo real conforma un campo de alteridad radical en que el trabajo de simbolización pasa a constituirse a partir de lo que se le hurta, extraviándose, reconfigurando sus márgenes, proyectándolos en un espacio adyacente. Lo real es, pues, el lugar de una alteración, ahí donde el sentido viene a constituirse otro, lo que, repitiéndose, produce la diferencia.

En un continuo juego de intercambios y transvasés, a partir de la constante inclusión de nuevos emergentes de lo real, el campo subjetivo y simbólico se complejiza y adquiere mayores grados de determinación. En este proceso, dado ya un determinado campo de

sentido, lo real se plantea necesaria, permanentemente, como materia de *reinención* *significante*, de una constante puesta en perspectiva, del recorte y el trazo de un escorzo. De modo tal y en la medida en que sus efectos son a cada momento otros, exigiendo la recomposición del campo de sentido, el mundo que lo real hace aparecer al inscribirse en un determinado plano de significaciones es un mundo que desaparece, pero que en su elisión, en su misma desaparición, funda la posibilidad de la producción del sentido como producción de *otro* sentido. No obstante, para constituirse en objeto de inscripción *significante* y de experiencia, lo real debe producirse como vacío o, más bien, vaciarse, produciendo una traza, una huella de escritura, un en-grama, capaz de ser incorporado en un sistema de fórmulas y de quedar fijado en una red formal de diferencias y equivalencias, de reglas de implicación y de conversión. Ello implica el recorte de la materialidad emergente y su inscripción como instancia del juego *significante*, de un régimen de correlaciones, intercambios, valores, sustituciones y remisiones.

En su evanescente emergencia, lo real se articula, así, en un segundo registro, adicional a la de su evasiva aleatoriedad, como materia del trabajo de sentido, como superficie de extracción de materialidades, de estímulos fijados, constituidos ya como huella —como huella mnémica— que habrán de incorporarse a la producción simbólica.

Al mismo tiempo, lo real como condición del sentido implica otra partición y duplicación, proporcionando, por un lado, en tanto la instancia material de contenido señalada, el soporte sensible (huella de objetos y fuerzas, acontecimientos y mociones pulsiones emergentes) sobre el cual tiene lugar el trabajo de sentido; operando, por otro lado, en tanto campo del que se extrae la energía, la fuerza necesaria para el trabajo de simbolización, como factor desencadenante, como estímulo y sustrato energético del trabajo de sentido. Por ello su transcripción simbólica arrojará en su momento un doble producto, instaurándose como objeto de representación lingüística y como afecto.

Particiones y duplicaciones de lo real, duplicación de lo real con respecto al plano complejo del sentido, doble, múltiple articulación de lo real y del sentido, cada uno incidiendo en el campo del otro, cada uno produciéndose a partir de la subversión del otro. De ambos lados, un régimen de repetición y de diferencia. Por el lado de la repetición, los mismos acontecimientos insistentes, las mismas incidencias materiales y sensibles, los mismos reclamos del cuerpo que atraen y exigen la producción de sentido, pero también las reiteración de los mismos esquemas simbólicos y de sentido en que la heterogeneidad y multiplicidad de lo real se reduce, una vez y otra, a los mismos patrones y parámetros. Por el lado de la diferencia, una variación y una divergencia continuas de los efectos de lo real

y una diferenciación y transformación continuas de las estructuras de sentido. A partir de que lo que se repite se plantea como condición de lo que se diferencia y viceversa, lo real y el sentido configuran un régimen móvil e inestable de iteraciones y distribuciones recurrentes: en un momento lo real insiste y se repite, mientras que la producción simbólica difiere, se diferencia de sí misma; en otro momento lo real se multiplica y ramifica, mientras el sentido redundante en sí mismo; todavía en otros momentos, ambos varían indeterminadamente y se precipitan en una acelerada, indetenible, seriación, o bien, se detienen y se fijan abruptamente, produciendo el efecto de la estupefacción.

Hay, pues, una relación de mutua incitación, de mutua implicación entre lo real y el trabajo de sentido. No hay producción de sentido sino por la inducción que lo real genera al perturbar el campo sensible, de manera que el trabajo de inclusión simbólica sólo tiene lugar por una reiterada proyección de sí hacia la exterioridad, por su despliegue, variación y diversificación fuera de sí mismo. Inversamente, cuando falta la producción de sentido, lo real se clausura y se disipa en su propio vacío, en su muda insignificancia, mientras que cuando el trabajo de sentido se cierra en sí mismo y en sus redundancias produce un discurso anodino, carente de cualidades e intensidades. Consecuentemente, el trabajo de sentido resulta estéril si no se proyecta en el afuera, si no se precipita más allá de sí mismo, constituyendo lo real, incluso produciéndolo como el espacio en que se anuda y difiere, como el espacio en que adquiere y renueva permanentemente su poder generativo y configurante. En términos propios, el trabajo simbólico produce lo real no simbolizado como alteridad, como existente que demanda aún sentido, lo instituye como superficie legible de los acontecimientos.

En suma, es a través de su incidencia como exigencia material e inmediata de resolución, como demanda ineluctable de desciframiento y escritura de la experiencia sensible y del propio cuerpo, que la repetida pulsación de lo real viene a conformarse a cada instante como espacio de expansión y variación del campo de la experiencia, como factor a partir del cual el sentido deviene permanentemente *otro sentido*, resignificación y reestructuración del campo de la experiencia.

Este régimen de continuos transvasamientos, de articulación y diferenciación entre la interioridad del sentido y la exterioridad en constante partición de lo real, es el lugar en que el sujeto habrá de venir a constituirse por un anudamiento, por un plegamiento; es, al mismo tiempo, la zona en que se inscribirá, diseminándose permanentemente, el juego abierto de la significancia, proyectándose en las hendiduras de las estructuras simbólicas, atraído por la presencia-ausencia de lo real, produciéndose como deriva, como devenir otro del sentido.

Consecuentemente, conformada a partir del trabajo de sentido, la experiencia subjetiva habrá, por su parte, de venir a operar continuamente una deriva, a inscribirse y a desplazarse incesantemente en los bordes de lo real, en sus propios “impensados”, exigida a mutar y a reconfigurarse en el plano limítrofe donde lo real habrá de constituirse a cada momento en su horizonte. De tal modo, lo que se opone al sentido como materialidad a-significante, como materialidad irrisoria y opaca, conformará en el nivel de la experiencia un espacio de despliegue, un habitáculo; lo que es otro del sentido se constituirá, a un tiempo, en continente y condición de variación y ensanchamiento de la experiencia del sujeto.

1.2. Lo real emergente

Más allá del cerco de sentido que fija los límites de la experiencia, lo real se produce —ya se ha dicho— como excedencia, como pura exterioridad. En una relación de desproporción con respecto a su articulación simbólica, lo real se desborda, excesivo y en demasía, pero al mismo tiempo siempre escaso e insuficiente, exiguo. Precediendo y sucediendo al plano del sentido, siempre ya dado, ya ahí, ocurriendo y siempre por venir, siempre por quedar inscrito como efecto, deslizándose al lado del sentido, evadiendo toda aprehensión, generando el espacio mismo en que el sentido habrá de desplegarse, lo real persiste excediendo todo esfuerzo significativo y faltando siempre al mismo. Producto de esta excedencia y, si acaso —en tanto emergente en el campo subjetivo— de articulaciones parciales y dispersas, lo real debe plantearse como efecto de diferencia, como discordancia, como juego de alternancia, de presencia-ausencia, de deslizamiento de un residuo en el que la construcción de sentido vuelve a hallar sus bordes. Persistentemente amorfo e inarticulado, resto que está siempre por ser fijado y configurado.

Por consecuencia, al margen de las determinaciones del campo simbólico, hay que pensar lo real en su ocurrencia y recurrencia como neutro, carente de atributos y de proyección, como no sean los de un campo aleatorio de fuerzas emergentes y en ebullición. En esta perspectiva, lo real supone eficacia, *momentum*, sujeción a una mecánica inercial. Magma turbulento de acontecimientos, lo real satura un espacio entrópico indiferenciado, desplegándose como territorio sin mapa, como extraterritorio. Espacio energético de líneas de fuerza no asignadas, de intensidades y desplazamientos, serie discontinua e inestable de eventos que no llegan nunca a hacer sistema, lo real es ruptura, agitación. Su radical diferencia es un desgarramiento, un vacío por ocupar; emergencia irrepetible que sin embargo insiste, imponiéndose, por tanto, como factor de necesidad y de coerción.

Flujo contingente e imprevisible, que deviene mero acontecer, ineluctable materialidad y pura variación, serialización de marcas sensibles, lo real conjuga (conjuga y alterna)

aleatoriedad y el más alto grado de determinación, irrisoriedad y densidad inenarrable, operando por dispersión y saturación continuas, según principios de proliferación, de diseminación y de aglutinamiento extraños a cualquier efecto de unificación, ajenos a cualquier anudamiento. Lo real se produce, así, como yuxtaposición de multiplicidades discontinuas y aleatorias, como puro acaecer; carente de cualquier dimensionalidad temporal, su incidencia es la de la repetición y, al mismo tiempo, la de una heterogeneidad irreductible. diferencia y diferenciación, es lo que difiere de sí mismo, siempre por llegar a ser, nunca dado o fijo, siempre en devenir, o más bien (dado que su instancia es la emergencia incesante en un umbral de experiencia), sobreviniendo.

Lo real resplandece en una materialidad que rebasa toda positividad, pero que es igualmente ajena a cualquier negatividad. Es *otro*, sólo asimilable por los bordes, liminar e irreductible, constituyéndose como materialidad inasignable y trayecto nómada. Se hurta, así, en última instancia —una vez y otra vuelve a hurtarse—, a toda posibilidad de enunciación, aun cuando no cesa de latir y de emerger en los márgenes, produciendo un constante deslizamiento al espacio en que la experiencia se dispersa. Lo real es inhumano, indecible, indecidible e impredecible; región de incertidumbre, propagación de hendiduras, accidentes y efectos inesperados y, al mismo tiempo, marca de la discontinuidad de la experiencia, de su imposibilidad de llegar a coincidir consigo misma.

1.3. El cuerpo y la huella significativa

En cuanto a sus efectos, la emergencia pulsante de lo real conlleva, como primera instancia de registro, el carácter de una afección, de una perturbación. Campo energético, denso y móvil, sobreabundante o vacante, lo real es siempre factor de agitación, marca de intensidad, desbordamiento o vaciamiento, núcleo de un efecto afectivo en torno al cual habrán de articularse los nudos más densos del trabajo de sentido y, al mismo tiempo, resto, dehiscencia que quiebra y disgrega por el lado de la materialidad sensible del cuerpo toda captura elaborativa.

En este nivel del registro afectivo primario, lo real es el cuerpo afectado en tanto superficie atravesada por efectos kinéticos y sensibles. Cuerpo material, cruzado por umbrales de estimulación, por efectos simples, al principio indiferenciados, de placer o displacer. Tomando el cuerpo como instancia (material y biológica) de registro perceptivo e interoceptivo, lo real emerge como primaridad, como masa de estímulos que reenvía a la base orgánica de la excitabilidad sensible, produciendo, como efectos primarios de inscripción, haces de afectos.

Así, en una primera instancia de registro, lo real es fundamentalmente sensible, afectación que en algún momento habrá de quedar inscrita en la memoria del cuerpo, configurando rastros de sensaciones, impulsos y fuerzas corporales que se despliegan, se retraen, colisionan, se combinan y multiplican y, en algún momento, acabarán por extinguirse y agotarse. Por un lado, lo real remite al umbral de los ciclos fisiológicos, a los ritmos monótonos de la sangre y el aliento, pero también, por otro, a la abrumadora intensidad con que las cosas del mundo, las necesidades orgánicas y sus inercias hieren el cuerpo, a la perturbadora incidencia con que atraviesan su volumen y quebrantan sus equilibrios.

En el cuerpo, lo real actúa por contraste, por el quiebre de las líneas basales y por la diferenciación de estímulos; la experiencia de lo real emergente tiene lugar, así, en primera instancia, en el intervalo discreto de la estimulación del cuerpo, en el espacio fragmentario de la excitación sensible. Masa de percepciones, estímulos interoceptivos e incluso imágenes mentales, lo real es el sustrato o, más bien, el correlato de lo que habrá de constituir la experiencia del cuerpo, aquello a lo que ésta habrá de ligarse. Remitiendo siempre al cuerpo y a su excitabilidad sensible, lo real adquiere, ahí, una cualidad primaria, vinculada a la pulsión, a la experiencia del placer-displacer. El cuerpo marcado por los efectos intensos del placer y el displacer, el cuerpo pulsionado, se constituye en pliegue en que la experiencia subjetiva habrá de anidarse. Desde el cuerpo, lo real emerge a la experiencia a través de la reduplicación, del doble apuntalamiento de la estimulación perceptiva y la excitación pulsional; doble apoyatura a partir de la cual irrumpe —en una nueva serie de duplicaciones y desdoblamiento— como amenaza catastrófica o como promesa de goce, pulsando al sujeto en la mecánica de la atracción y del rechazo.

La articulación de los efectos de lo real en el cuerpo da lugar a una inscripción primaria, al cuerpo escrito, al *pictograma* (siguiendo a P. Aulagnier),²³ apuntalamiento de los efectos de lo real en la experiencia de placer-displacer que da soporte a una primera instancia de conversión y mutación de la respuesta afectiva, articulándose según las distribuciones binarias de la pulsión. Al plantearse como soporte de la pulsión, lo real se desdobra, se complejiza, des-realizándose en tanto que su estatuto de excitación pasa a constituirse en sustrato de la producción significativa, en la medida en que el doble registro de sus efectos —registro sensible y huella mnémica— pasa a conformarse como materialidad significativa primaria, como marca en-gramática a partir de la cual habrá de desplegarse el campo de la subjetividad: "...desdoblamiento [que] deja en nosotros la huella de procesos semióticos

²³ P. Aulagnier, 1975, pp. 40-71.

que son previos al lenguaje o que lo trascienden, y que son nuestra única vía de acceso a la memoria de la especie o a los mapas neuronales bioenergéticos”.²⁴

En este proceso de escritura del cuerpo, de producción de un en-grama, opera de manera privilegiada la incidencia de un estímulo sensible específico, el registro de la voz (y la letra) del otro que, en una primera instancia, en el nivel inmediato de su emergencia, están del mismo lado que cualquier otro estímulo, afectadas de primaridad y operando —antes de constituirse en transmisión de una palabra articulada— como mera materialidad sonora, como oralidad sin mediación. De tal modo, la voz del otro, sus ritmos y entonaciones, son (como en su momento la letra y sus formas y coloraciones), al tiempo que soporte de significación, puro acontecer, pura emergencia real.

Así, la primera instancia del sentido —producción significativa del otro que pulsa y agita el campo de experiencia, inscribiendo su materia fónica (y gráfica) en un registro significativo— se remite primero a las cualidades sensibles de la voz y a las formas y figuraciones de la letra. Sin embargo, tanto una como la otra habrán de tener en un momento determinado una incidencia específica en el proceso de producción significativa y de constitución y reproducción del campo de la subjetividad, por cuanto entrañan una dimensión de alteridad, de heterogeneidad y extemporaneidad, incluso respecto a sí mismas, de la que carecen otras fuentes de excitación. En este contexto, J. Kristeva puede nuevamente señalar que “en el extremo límite de las inscripciones psíquicas, antes aun que las representaciones de palabras o de cosas, encontramos las marcas últimas de los procesos bioquímicos que tienen lugar en el sujeto en interacción con otro, y que en consecuencia ya son presignos, precondiciones o sustratos del deseo y de la comunicación”.²⁵

Así pues, es, en general, la estimulación sensible del cuerpo la base de la producción de huellas, de en-gramas que, al articularse con la capacidad fonológica y la generatividad significativa del propio cuerpo, habrán de operar como unidad diferencial de la producción de sentido. Sin embargo, son la voz y la letra, como efectos sensibles de una emisión significativa proveniente de otro, antes que la masa de estímulos provenientes del medio físico y corporal, el vehículo propio de la inscripción en el cuerpo de una marca que ordena la alternancia de los afectos; ello tiene lugar en tanto la voz y la letra del otro constituyen, a su vez, la huella de una producción subjetiva objetivada que no se agota ya en sus efectos de excitación inmediatos, sino que remite a un descentramiento: la voz y la letra producen

²⁴ J. Kristeva, 1985, p. 23.

²⁵ J. Kristeva, *op. cit.*, p. 22.

una huella mnémica sin contenido, una marca en el cuerpo de otra cosa que no es su sola ocurrencia sensible, sino la cifra de una proliferación de remisiones abiertas, sin fundamento ni fondo, un vacío —el vacío del sentido, para decirlo de una vez— que quiebra la materialidad cerrada de toda marca. La voz y la letra generan, así, un vaciamiento en el que emerge otro que llama y atrae al sujeto y lo compele a situarse en un lugar que no es ya el de su solo cuerpo, el de su reactividad sensible, sino el de una respuesta al deseo y el poder de otro.

La marca producida por la voz y por la letra es, pues, en el nivel mismo de su emergencia sensible, una apertura, una diseminación de signos; sus efectos de agitación son, por consecuencia, más incisivos y perturbadores que los de las marcas producidas por el contacto con el mundo, no sólo rompen los equilibrios del cuerpo, sino que lo *alteran*, lo atraen, mediante una indicación significativa del lugar en que habrá de situarse el sujeto, al campo indecible del otro, al campo abierto, problemático e infinito del otro; produciendo, en síntesis, la subjetividad como alteridad.

El efecto combinado, articulado, del traspaso de la excitación del cuerpo al registro binario de placer-displacer y de la incidencia de un estímulo proveniente del otro, irreducible a su efectuación material-sensible, produce entonces —y sólo entonces, en el momento primario de su articulación— el soporte primario del juego de la significancia. La conjugación en el nivel del cuerpo de una marca vacía y de los afectos pulsionales da lugar a una economía de efectos suplementarios, propiamente de significancia que, no obstante su articulación corporal, se dan por añadidura, ya no en el espacio denso de la materialidad del cuerpo, sino en el de las formas primarias de la representación. Así, sometido al doble régimen de la producción significativa y de la pulsión, el sujeto estará, desde su origen, clivado, separado del cuerpo biológico y de la incidencia primaria de lo real.

Lo que se sigue es que la sucesiva incidencia de lo real en el cuerpo producirá indeterminadamente en-gramas, marcas sensibles, huellas mnémicas, que lejos de agotarse en su emergencia, se inscribirán en la hendidura abierta por la voz y la letra del otro, en una serie de remisiones que ya son del orden significativo, pero que, al mismo tiempo, no dejarán de apuntar ostensiva y persistentemente al afuera, a los bordes del cuerpo en que surgen. Por consecuencia, las marcas que lo real produce en el nivel sensible adquieren un doble carácter; indicial, por un lado, operando como huella de un existente; de alteridad, por el otro, sosteniendo un efecto indeterminado de apertura significativa.

A partir de esta partición, la emergencia de lo real producirá incesantemente muescas, incisiones, que al remitir al afuera, a lo otro del sentido, se constituirán, a un tiempo, en traza, soporte material de la articulación significativa, y en factor de incitación pulsional de la misma. Producida a partir de un desprendimiento, la marca en-gramática, la huella de la excitación del cuerpo, implicará el desdoblamiento del registro sensible en el intervalo significativo abierto por el otro; emergiendo como articulación de lo que difiere, de la diferencia entre el efecto sensible y su repetición; operando, por tanto, como primera forma de la iteración significativa. Esto implica que la marca es ya desde siempre marca de una diferencia, de una no coincidencia consigo misma (con su mera efectuación sensible), introduciendo un plus, un excedente con respecto a su incidencia primaria, actuando ya como elemento de un juego diferencial, como metá-fora y remisión, como instancia material de un traslado de sentido, rastro de la escisión, dada por un corte, inducido por la alteridad, del campo subjetivo y del cuerpo. De este modo, el juego básico de las marcas significantes primarias constituye ya una producción significativa sincrética, a partir de la cual el cuerpo mismo y la correlativa experiencia sensible quedan constituidos, en el nivel de su propia generatividad simbolizante, como cuerpo y experiencia narrables.

Para que esto tenga lugar, es preciso que la voz y la letra del otro, signos primeros de la escritura del sujeto, se constituyan, en el nivel mismo de su emergencia, como “simulacro”, como enmascaramiento, como repetición material de un acontecimiento de sentido; operando, no ya por remisión a los emergentes de lo real, sino por su inserción en el juego diferencial de marcas y remisiones. En este contexto, la eficacia significativa de la marca, su generatividad, debe atribuirse a la ausencia constitutiva de referente dada por la irreductible alteridad de la voz y la letra del otro; sólo a partir de esta ausencia de referente, de fundamento y de origen, puede plantearse la huella sensible como desdoblamiento, como repetición de la diferencia, como cifra de la producción simbólica.

Así, a partir de la producción de en-gramas, investido siempre *a posteriori* por el sentido, lo real se des-realiza y no se sostiene ya sino por la evocación de sus efectos, por su duplicación significativa; dislocado, relativizado, fantasmizado, internalizado o, mejor, *interalizado*. En su propio registro sensible conforma ya la memoria primaria del cuerpo, memoria vacía de contenido que precede al recuerdo; campo de presencia y olvido que puebla los bordes del cuerpo, produciendo permanentemente ahí marcas que llegarán a constituirse en elementos de sentido en la medida en que emerjan como correlatos, simulacros, de lo que es arrojado, por efecto de una partición constante, al afuera como resto no simbolizado.

1.4. Efectos de retorno

Lo real opera, en relación con el trabajo de sentido, de manera múltiple. Como factor de incitación, como cosidad o acontecimiento indicado, como huella indicial o vehículo material significativa. En contraparte, lo real reabsorbe los productos de la elaboración simbólica y discursiva, los cuales no dejan tampoco de precipitarse en la exterioridad del acontecer. A cada momento los signos realizados se objetivan y la producción simbólica emerge para el sujeto cristalizada, planteándose nuevamente como cosidad, como demanda de desciframiento, como exigencia de lectura. En cuanto se realiza, la producción significativa misma adquiere, así, el carácter emergente del dato real; su superficie aparece opaca, enigmática y extraña. Incluso las imágenes y representaciones mentales, el sueño, la fantasía diurna, el propio discurso narrativo, en tanto producciones subjetivas, en tanto producciones de subjetividad, pueden operar como portadores de efectos reales, como desplazamientos del sujeto fuera de sí, emplazamientos subjetivos del afuera.

De manera similar, incluso el otro objetivado se plantea al sujeto como entidad insondable, máscara sin volumen. Antes de aparecer en el campo de la experiencia como instancia subjetiva y de discurso, es su cuerpo, su voz y su letra en un nivel sensible, su materialidad impasible e imprevisible, los que lo preceden. Si en un momento llega a ser reconocido como *otro* propiamente dicho, como sujeto de discurso, es sólo a partir de la inscripción, de la puesta en juego de su producción significativa, de su voz, de su escritura, en la dimensión del orden simbólico, en el registro que su voz y su escritura, aún indiferenciadas, contribuyeron a fundar. El reconocimiento del *otro* propiamente dicho, en tanto alteridad subjetiva, es, así, efecto de su captación como lugar de una producción simbólica; tal reconocimiento sólo puede ser producto de un trabajo que no cesa de llevarse a cabo, en tanto que a cada momento la presencia del otro en el mundo se cosifica, emergiendo siempre, en una primera instancia que tiende a repetirse indefinidamente, en la superficie de lo real, como efecto siniestro, como devenir extraño de lo familiar.

El hundimiento del otro y de la producción simbólica misma en lo real, sus incesantes efectos energéticos, abren líneas de fuga, nuevos intersticios y márgenes por los que imágenes, cosas y palabras se despliegan indefinidamente, erosionándose, adelgazándose, dispersándose. Espacio metonímico en el que el lenguaje circula, anónimo, por la superficie de las cosas y de las pulsiones, cosificándose, pulsionándose. Multiplicidad de signos no localizados en los que el trabajo de sentido se proyecta, sin acabar de configurarse, sin cristalizarse, en un fluir constante. En los bordes de lo simbólico, lo real se constituye tanto como acontecimiento en emergencia, cuanto como espacio de declinación y decadencia. No obstante, el intervalo que se abre a la orilla del

sentido, el lapso breve en que lo real emerge, no decide nunca nada. Puede operar como efecto de desgaste en el que la experiencia significada se descompone y se vacía o como saturación de acontecimientos en que nuevas variaciones de la existencia pueden hallar lugar. Indiferente a la forma en que eventualmente llegue a determinarse, lo real es sucesiva, alternativamente, principio de proliferación o de deterioro de la producción simbólica. Sin embargo, independientemente de los efectos que produzca, no estará ya nunca dado, será, en más, siempre efecto de un deslindamiento significativo, de un bordeamiento y una expulsión, efecto, en su propia materialidad emergente, de producción simbólica, efecto de sentido.

De este modo, lo real se planteará, ya no sólo como matriz generativa de los elementos primarios de la significación, como producción pasiva del en-grama, sino como espacio de proyección y reabsorción de la propia producción simbólica. Por esta vía, su exterioridad se constituirá en el espacio en el que la producción significativa podrá precipitarse, espacio en el que Foucault, a partir de M. Blanchot, sitúa el “pensamiento del afuera”; pensamiento sin sujeto, mero soporte de subjetividad; pensamiento liminar, rarefacción del sentido, ejercicio a-significante del lenguaje. En el límite, “ya no hay discurso ni comunicación de un sentido, sino despliegue del lenguaje en su ser bruto, pura exterioridad desplegada; y el sujeto que habla ya no es tanto el responsable del discurso... cuanto la inexistencia en cuyo vacío se prosigue sin tregua la expansión indefinida del lenguaje”.²⁶

En este punto, que ya no es el de su corporalidad sensible, sino en el que lenguaje mismo se desprende de sus determinaciones subjetivas, lo real es deriva del sujeto, lugar de su diseminación en un espacio de alteridad. Como factor de desterritorialización permanente, de desdoblamiento y alteración discursiva, implica el ejercicio del extrañamiento, la descomposición del campo de la subjetividad, a partir de los cuales no cesará de emerger y de marcar el límite en que el sujeto se pierde y deviene otro. Ya sin sujeto o aún sin sujeto, medio de su desaparición y de su advenimiento, lo real marca el lugar en que el sujeto, forzado a situarse y a devenir en los límites del espacio desnudo del afuera, se diluye en la exterioridad abierta, lugar en que está siempre por llegar a ser, por unificarse a partir de una experiencia todavía y siempre fragmentaria. Por ello, para el sujeto, lo real, la experiencia de lo real, sólo habrá de formularse, de llegar a ser en un momento que se anticipa o se demora, en un momento y un lugar que siempre divergen de sí.

²⁶ M. Foucault, 1966b, p. 298; cfr., también, p. 300.

2. PRODUCCIÓN SIGNIFICANTE Y ATRIBUTIVA

Situado al otro lado de lo real, el sujeto habita un mundo de sentido. Relaciones sociales e instituciones, prácticas e intercambios, el ejercicio del poder y del deseo, las coordinadas mismas de la existencia, están simbólicamente determinados, inscritos en una trama de correlaciones significativas, de atribuciones discursivas y narrativas que articulan lo real y fijan sus cualidades y su devenir. Dada la integralidad del registro simbólico, instituido de una vez por todas como medio de la existencia del sujeto, el mundo está dado en su totalidad en una dimensión significativa; todas las estructuras objetivadas del mundo remiten necesariamente, incluso en el nivel de su materialidad, a alguna forma de funcionamiento significativo y discursivo.

En este contexto, el propio ser del sujeto, dado en y por el lenguaje, se plantea como resultado de un trabajo continuo de producción significativa y de sentido. El sujeto está destinado a interpretar el mundo y a significar su experiencia, a interpretarse a la luz de esquemas figurativos y narrativos. Está, así, destinado a encontrar sus determinaciones en el juego del significativo y a tomar lo real como objeto sólo a partir de atajarlo, de prenderlo en un "entramado, de signos arrojados como red" sobre el campo de la percepción sensible.²⁷

Esta incesante producción de sentido se distribuye en tres diferentes estratos o planos de articulación. Un primer plano, "inferior", al que se propone identificar como *plano de significancia*, en el que el trabajo de sentido se produce por una serie de articulaciones binarias en relación con los acontecimientos múltiples e indeterminados emergentes de lo real; campo molecular de articulación de las marcas de intensidad en el cuerpo. Un plano "intermedio" o *predicativo*, en el que el sentido se articula por referencia a una serie de atributos genéricos, de conglomerados y ordenamientos molares que determinan las instancias básicas del mundo y de la praxis. Un plano "superior" o *plano narrativo* propiamente dicho, en el cual el trabajo de sentido implica la configuración de estructuras complejas de acción y de existencia, por medio de articulaciones secuenciales, actanciales y trópicas.

En la articulación compleja de estos planos o estratos de sentido, en los espacios de *interidad*²⁸ que se abren entre ellos, se despliega y se configura el campo entero de la experiencia subjetiva, produciéndose en cada caso efectos específicos. En el espacio

²⁷ P. Ricoeur, 1969, p. 224.

²⁸ La expresión "interidad", utilizada aquí para designar el espacio de articulación *entre* distintas instancias, el juego *entre* planos, ha sido tomada de N. Luhmann (1998), quien más bien se vale de ella para denunciar las "fórmulas de compromiso" implícitas en el recurso a la noción de "intersubjetividad" en sociología.

interal en que se articulan lo real y el plano de significancia, habría que situar los efectos de afectación y de afectividad que sitúan al cuerpo como objeto pulsionado de la experiencia; la continua objetivación atributiva de la “realidad” y del mundo de la experiencia se situarían en la articulación entre los planos de significancia y predicativo; finalmente, la articulación entre los planos predicativo y narrativo daría lugar a la determinación normativa y regulativa de campo de la experiencia.

No obstante, en cada uno de estos planos y de un extremo al otro de la integración simbólica de la experiencia, la producción significativa siempre tiene lugar a través de la conjugación de mecanismos básicos de diferencia y articulación, de recorte y juego combinatorio, por los que, por tanto, conviene comenzar.

2.1. De la diferencia, la articulación y el lugar del sujeto

En sus niveles sintácticos y semánticos el trabajo de sentido se sostiene siempre en un doble proceso de diferenciación y articulación de elementos significantes. Se trata, por un lado, de un efecto de segmentación, aislamiento y diferenciación de elementos discretos —en primer lugar, del en-grama, de las marcas sensibles que subsisten como huellas mnémicas de la emergencia de lo real—. Por el otro, de la correlación y la remisión múltiple de series de marcas sensibles, fónicas y gráficas principalmente, conformadas ya como significantes de carácter discreto. El elemento significativo, cualquiera que sea el nivel en que se especifique (fonemático o gramático, morfemático, lexemático, frasemático, actancial), siempre y cuando opere como unidad del juego significativo, se constituye, así, por la producción simultánea de una diferencia y de una relación.

Diferenciación y articulación remiten, en principio, a los mecanismos de selección (metafórica) y combinación (metonímica) que R. Jakobson identificó como operaciones lingüísticas básicas,²⁹ ejes a partir de los cuales se construye el sistema del lenguaje: un eje verbal, continuo, de combinación sintagmática de elementos significantes; un eje asociativo, discontinuo, de sustitución paradigmática de términos. En el cruce y mutuo recorte de estos ejes, el sentido se produce como efecto transversal, emergente, de la inscripción del significativo al interior de un sistema de similitudes y diferencias internas y de una cadena secuencial de unidades concatenadas según relaciones de exterioridad y contigüidad.

En principio, sólo lo que se diferencia es determinable significativamente, sólo la producción de diferencias, de elementos discretos y segmentados. Ello remite, en un nivel

²⁹ R. Jakobson, 1960; en particular, p. 360.

primario, a las marcas diferenciadas de lo real en el cuerpo, a su registro sensible, y sólo más tarde a la codificación de diferencias, al desarrollo y sedimentación de códigos, esquemas referenciales y estructuras discursivas y narrativas. Así, la diferencia no es, en un primer momento, sino la mera producción de la marca sensible que se constituye como materia significativa al quedar inserta en un momento determinado como elemento de un sistema de oposiciones y diferencias. Sin embargo, la diferenciación de significantes sólo puede tener lugar a partir de una simultánea articulación de elementos diferenciados, a partir del acoplamiento de diferencias, de su integración y recíproca implicación en un juego combinatorio y de remisiones.

Dada la constitución de las series significantes por diferenciación y articulación de elementos discretos, el sentido sólo puede producirse por remisión sintagmática y paradigmática, por el despliegue lineal y el mutuo entañamiento de significantes: producción emergente en la que —para decirlo con Lacan— el significado constantemente se desliza bajo el significante, de manera que el efecto de sentido no se reduce a lo que el significante puede llegar a significar, sino que emerge como lo que se produce como efecto adyacente, suplementario, del propio proceso de diferenciación y articulación significativa. Consecuentemente, la producción simbólica —y con ella, la construcción de la experiencia subjetiva— carece de principio, de una centralidad de la cual paulatinamente se develaría el sentido. Por el contrario, el sentido no se genera sino por la remisión e implicación de series significantes, constituidas como series “interpretantes” entre las que se produce un juego constante de recorte y de mutua referencia e implicación. En este interjuego, el significado de cada término remite a todas sus extensiones posibles, a la totalidad de sus posibles entrecruzamientos, de manera que el sentido tiene efecto por correlación de series, por transposición significativa en los ejes asociativo y combinatorio, por sustitución según relaciones de similitud o diferencia internas y de contigüidad o espaciamiento externos.

No hay, pues, plenitud sustancial de sentido sino juego abierto de producción significativa, un mero espacio de diferenciación y articulación, de despliegue simultáneo de implicaciones metafóricas y deslizamientos metonímicos, cuyos efectos de transversalidad se constituyen, en un nivel, como plano de significancia y, en otro, como plano de atribución. En razón de ello, el sentido no puede ser tomado como instancia fija y sustantivada, sino como efecto móvil e inestable de la articulación de series significantes, como transferencia significativa producida por el recorte de dos o más series. Mero lugar de cruce, sistema de correlaciones que se proyecta de manera incesante en nuevas constelaciones emergentes, el trabajo de sentido no cesa de producir efectos inéditos,

constantes transformaciones significantes, operando como régimen de productividad que, lejos de producir un cuerpo cerrado de significados, da lugar a la apertura y al relanzamiento constante del mismo juego signifiante.

Por otro lado, los mismos mecanismos de diferenciación y articulación producen efectos específicos de asignación signifiante, dando soporte a un recorte paralelo del flujo asociativo y produciendo un determinado envío semántico y referencial. Dicho en otros términos, la serie signifiante, constituida bajo la forma de un grupo de rasgos, de engramas (principalmente de orden gestual, visual y fónico-auditivo) formalmente diferenciados y articulados, pasa a remitir "arbitrariamente", pero de manera codificada, a otra serie, la de las huellas e impresiones de carácter afectivo y representacional, sensible o imaginario, derivadas de los objetos, acontecimientos y estados de cosas que de esta manera quedan fijados en el campo de la experiencia. Una instancia de sentido se realiza, así, por un recorte y articulación signifiante que simultáneamente opera el efecto de asignación semántica y referencial, remitiendo no a un campo externo de la experiencia, sino a la demarcación y distribución de los elementos emergentes en este campo en función de la propia diferenciación y articulación signifiante. De esta manera, lo real, su materialidad, se constituye en espacio de extracción de elementos marcados por una investidura recíproca de series significantes, en la que unas vienen a constituirse en interpretantes por remisión a otras fijadas, al menos eventualmente, como remitentes.

No obstante el juego abierto, "obtuso" (para utilizar la expresión de Barthes)³⁰, del signifiante, el entrecruzamiento de series implica también eventualmente ordenamientos integrativos, sucesivos englobamientos y entañamientos que distribuyen los elementos significantes en planos jerarquizados, sujetos cada vez a distintos efectos de sentido. Pese a su proliferación, la articulación signifiante tiende igualmente a sedimentarse en planos estratificados, más o menos estables, operando, así, tanto por desterritorialización y deslizamiento entre estratos como por un continuo proceso de condensación y sedimentación. De esta manera, la sobreposición de planos distributivos e integrativos permite la producción constante de efectos diferenciales y de multiplicación, pero también de totalizaciones y cierres parciales, de efectos de reducción de las articulaciones significantes, de limitación de las remisiones y cristalización de nudos y esquemas interpretantes.³¹ Por esta vía, a cada momento el sentido se totaliza y se parcializa, se

³⁰ R. Barthes, 1970.

³¹ La noción de "interpretante" introducida por Ch.S. Peirce en el sentido genérico de un signo que está en lugar de otro signo y lo especifica, se utiliza aquí para designar la relación incoactiva de una unidad signifiante con una serie implícita.

multiplica y desmultiplica, se dispersa y se concentra, diverge y converge, concuerda y difiere, sin que sea posible fijarlo a ninguna de estas derivaciones y, antes bien, conjugándolas en procesos de significación complejos y continuos.

Esta doble mecánica, centrífuga y centrípeta, de la producción significativa da lugar a cada momento a la formación, por sedimentación, de *planos de sentido*, a una determinada conformación del juego significativo en términos de la emergencia de determinadas posibilidades combinatorias, de diferenciación y de multiplicación, de modo que la producción significativa se halla acotada, delimitada, por la configuración —parcial, flexible, siempre provisoria— de estos planos de sentido.

La formación de planos de sentido tiene como correlato la delimitación del lugar del sujeto³² en tanto superficie de registro, producción y circulación significativa, en tanto espacio en que constantemente se reactiva la generación abierta de remisiones y efectos significantes, pero también en tanto espacio en que se registra la reducción y estratificación de la producción significativa. No obstante, el lugar del sujeto hay que situarlo, no por relación a una intencionalidad que precedería y guiaría de manera autónoma la producción significativa, sino por relación a una serie de efectos periféricos e interales de anudamiento de la misma, efectos de pliegue del propio juego de separación y articulación significativa, de registro mnémico de la producción y reducción de diferencias, de la transposición y fijación de elementos entre los distintos estratos que forman el plano de sentido. Dado en primer lugar en el plano de la significancia, el lugar del sujeto no viene a localizarse sino por el pliegue de la producción significativa en torno de uno de sus elementos, por lo demás intercambiable, que en un determinado momento la sostiene. En razón de ello, el lugar del sujeto, lejos de remitir a una entidad fija preexistente, indica solamente el sitio puntual, eventual y variable en que las series significantes a cada momento se multiplican y estratifican. El sujeto no es, pues, más que el efecto superficial de un anudamiento de significantes en relación con una delimitación singular del lugar de su producción.

Localizado como punto de diferenciación y articulación de las series significantes, espacio móvil de difracción, inestable, periférico, el lugar del sujeto debe igualmente plantearse como superficie donde el juego significativo produce la captura de las marcas emergentes de lo real, esto es, como punto en que lo real se precipita en un determinado registro significativo. Esto implica tomar al sujeto como el efecto emergente pero necesario de la producción significativa en tanto lugar de diferenciación, proliferación y organización de lo real, de manera que cabe designar su lugar en el límite de la producción significativa, como

³² Cfr. *infra*, "Enunciación y anudamiento".

la instancia en la que se producen permanentemente el anudamiento y diversificación de esta producción por transvasamiento de y en lo real.

Ahora bien, situar el lugar inicial del sujeto en relación con los efectos del funcionamiento del significante necesariamente implica introducir la dimensión del inconciente. Primero, en relación con la eficacia combinatoria de la propia articulación significativa, cuya operatividad se sitúa en buena medida fuera del campo de la conciencia y de la experiencia significada, en el campo del libre juego de la significancia. La constitución primaria del plano de sentido como condensación de relaciones, interdependencias y diferencias, desaloja todo significado central u originario, resultando imposible situar ningún núcleo que no pueda reducirse en seguida a un elemento más de la serie. Lo que hay es, en cambio, un juego infinito de significaciones, un permanente efecto de descentralización y de proliferación, cuya regla escapa, en el momento mismo en que se constituye por sedimentación, a la red de articulaciones significantes y, por tanto, a la posibilidad de inscripción en el campo de la conciencia. La lógica de la producción significativa se inserta, así, en efectos inconcientes cuya eficacia se sitúa en *otro* lugar, en un lugar no localizado, "deportada fuera de sí", solamente apuntada por una serie infinita de sucedáneos.³³

En la misma dirección de una articulación inconciente del trabajo de sentido, ha podido sostenerse que los mecanismos de producción significativa, las vertientes de la "incidencia del significante sobre el significado", según expresión de Lacan,³⁴ subyacen a los mecanismos del proceso primario: la metáfora, la sustitución y superposición de significantes, que remiten a la condensación (*Verdichtung*), y la metonimia, la asociación por contigüidad, que remiten al desplazamiento (*Ver-schiebung*). De cualquier modo, metáfora y metonimia, condensación y desplazamiento, no dejan de producir efectos de sentido en un lugar en el que el sujeto del discurso no puede situarse; en la diferencia, en el hiato que separa al sujeto significativo, en tanto instancia inconciente del plano de sentido que se constituye en portadora de significación, del sujeto del significado, puro efecto residual del proceso de significación, de manera que, dice Lacan, el sujeto es donde no piensa y piensa donde no es.³⁵

Sin embargo, la eficacia inconciente se impone también en tanto el sentido se desliza incesantemente en un espacio desterritorializado, insistiendo como trabajo por realizarse en torno de los efectos no simbolizados de lo real, de modo que lo que se produce como efecto de sentido en el lugar del sujeto, se precipita al mismo tiempo en un espacio de

³³ J. Derrida, 1966, p. 385.

³⁴ J. Lacan, 1957, p. 491.

³⁵ J. Lacan, 1957, p. 498.

inscripción limitrofe en el que el trabajo de diferenciación y articulación se anuda con la pulsión. En razón de este deslizamiento hacia el sitio en que no cesa de producirse la emergencia de lo real, resulta inconsecuente limitar el juego significativo a sus articulaciones estructurales o situar el campo de la subjetividad en el solo espacio de una combinatoria meramente formal. Por el contrario, en la medida en que el juego de diferenciación y de articulación y su registro subjetivo tienen soporte en la demarcación de emergentes de lo real, la producción significativa es directamente producción deseante y sólo tiene lugar por relación a la afectación sensible y a la impronta de la pulsión en el cuerpo. Correlativamente, esto da lugar, a partir de la estratificación de planos de sentido, a una inscripción y reinscripción de la producción simbólica y deseante inconciente en múltiples registros, desplazándose, progresiva o regresivamente, entre el cuerpo escrito (el pictograma), la articulación fantasmática del deseo y la representación lingüística y el pensamiento, determinando la triple articulación de la representación como palabra, cosa y afecto.³⁶

2.2. Plano de significancia y efecto de sentido

Según se ha señalado, la significancia debe situarse en el plano en que la producción de sentido se vincula con la emergencia de lo real, implicando la materialidad e inmanencia del juego de diferenciación-articulación de los elementos en-gramáticos constituidos como significantes. Plano primario en el que el sentido se produce sin volumen, sin profundidad, como plano de captura, de registro, inscripción y articulación de las huellas de lo real; mapa abierto de efectos distributivos y de asignación significativa, zona de pliegue, de umbral, donde lo sensible da soporte a formas de inteligibilidad que habrán de articularse en otros planos y donde lo inteligible deviene producción sensible; donde la producción significativa se vincula al cuerpo y el cuerpo deviene espacio de experiencia significativa.

Carente de dimensiones, el plano de significancia tiene a cada momento el carácter de un desplazamiento simple, de un enlazamiento que articula una a una las trazas de lo real en esquemas binarios. Sin suponer más que el acoplamiento de la pulsión y la afección sensible en relaciones significantes binarias, produciendo, por condensación y desplazamiento, elementos serializados que pueden implicarse y sustituirse mutuamente, el sentido se constituye no como representación, sino como mero efecto combinatorio, como remisión y juego abierto entre las series. En tanto efecto de significancia, no significa nada, no expresa, no representa nada, no hace más que producir un constante devenir

³⁶ Cfr., P. Aulagnier, 1975, p. 24.

significante que sólo tardíamente habrá de constituirse en soporte de alguna ulterior significación, de alguna forma de expresión o representación.

La significancia opera, así, como plegamiento del afuera en series significantes estratificadas, como superficie limitrofe y de deslindamiento del campo simbólico que combina sedimentaciones significantes parciales e inestables, y líneas de exterioridad y desterritorialización. En este nivel, el sentido debe tomarse apenas como efecto de pasaje, de transportación, como lugar de desplazamiento y proyección de la cadena significativa en series que interconectan las huellas de lo real. Se trata de un plano *estocástico*,³⁷ sujeto a altos montos de indeterminación, en el que tiene lugar una primera síntesis de esquemas de diferenciación y articulación más o menos determinados y múltiples desplazamientos aún fuertemente aleatorios. Si bien antes del recorte y la articulación, el azar y la indeterminación pueden ser absolutos, cuando tiene efecto la extracción y el ordenamiento correlacional de elementos en una línea significativa, se produce una determinación al menos parcial de los mismos, al quedar delimitados según una liga y una función significantes. De este modo, el sentido se produce como plano probabilístico en el que un conjunto de series aleatorias de acontecimientos a-significantes forman una red emergente de determinaciones significantes móviles.

En este contexto, la producción significativa mantiene con los elementos reales a los que remite una relación arbitraria; el trabajo simbólico toma lo real por cualquier lado, aleatoriamente, y a partir de ello construye una serie determinada de correlaciones, reduciendo la contingencia extrema de lo real y confiriendo una forma relacional más o menos integrada al material que es extraído para constituirse como elemento significativo. De este modo, toda secuencia significativa, toda remisión entre significantes, combina un componente aleatorio, contingente, no simbolizado, y un componente selectivo y combinatorio que capta, al sesgo, por un escorzo, el componente aleatorio de modo que sólo algunos de sus efectos perduran, articulados en una serie. En suma, lo que se constituye en el plano de significancia es —más que una asignación fija de correlaciones significantes— un régimen de relatividad y de articulación múltiple, un régimen de probabilidad. Las series significantes mismas no están conformadas por relaciones codificadas estables, sino por reglas móviles de remisión y de transformación. Implican, en cualquier caso, esquemas primarios de codificación, reducidos a mecanismos variables de

³⁷ La noción de "proceso estocástico" se encuentra en G. Bateson (1979), indicando "una corriente de sucesos que es aleatoria en ciertos aspectos, y un proceso selectivo no aleatorio que hace que algunos de los componentes aleatorios «sobrevivan» más que otros" (p. 161).

desplazamiento y condensación que autorizan aún un alto grado de movilidad e indeterminación.

Lejos de conformar una masa densa y compacta de significaciones, los efectos de la significancia tienen un carácter fortuito, adyacente, suplementario e irrisorio; vienen a producirse por añadidura y a adquirir sentido sólo por un desvío, por el deslizamiento sesgado de la serie. El efecto de sentido propiamente dicho se articula, así, como una secreción externa al campo signifiante mismo, situado más allá, atrayendo indefinidamente la producción signifiante hacia nuevas superficies de despliegue, hacia nuevas articulaciones y anudamientos. El sentido de la producción signifiante no yace fijo, oculto en una improbable profundidad, se produce, por el contrario, en la superficie como efecto emergente, situándose por delante del proceso signifiante, en una proyección suplementaria que lo atrae y lo multiplica. El efecto de sentido instituye en realidad, más que un núcleo estable de significaciones, un régimen de productividad signifiante, de configuración incesante de nuevas articulaciones, de efectos de correlación inéditos.

En este nivel, el sentido se constituye, así, como resultado de una coagulación signifiante, como simulacro que altera las formas fijas de la significación. Tiene un carácter insistente, externo al campo del saber y de los códigos, que no cesa de surtir efectos significantes en un lugar al que el sujeto —en tanto sujeto que se enuncia y que se narra— está siempre por arribar, delimitando las condiciones mismas de la subjetivación. Matriz en la que, a la manera de palimpsesto, se despliega la productividad de la significancia, el plano de sentido apunta siempre en este nivel a lo que esta producción *viene a significar*. Mero efecto combinatorio y simulatorio, no subsumible a la lógica referencial o representacional, el producto de la significancia no es un significado sino un determinado juego signifiante.

Desde otro ángulo, el efecto de sentido se determina en el nivel de la significancia como el término de una correlación, como corrélat, una mera connotación, una citación, el punto no codificado en que la producción signifiante se articula, anudándose y remitiendo, en todo caso, a la constitución probable de un código. Efecto, igualmente, de la elipsis, de múltiples implicaciones y entrañamientos, el sentido se constituye de manera primaria como condición de posibilidad de la significación, en tanto ésta se produce como proliferación de remisiones significantes, producción de efectos articulados que se estratifican, generación continua, todavía ambivalente y ambigua, de diferencias, equivalencias y mutua simulación. El sentido despliega un espacio descentrado, articulado en un juego permanente de diferencias; lejos de implicar atribución o predicación, sólo opera por una serie de articulaciones que se totaliza más allá de la propia producción

significante, desbordándola, bifurcándola, alterándola en otras producciones combinatorias. Se trata, de esta manera, de una productividad significativa vacía de significado, siempre saturándose y sin acabar nunca de vaciarse. Disperso, reversible, atemático y opaco, cerrado en sí mismo y, al mismo tiempo, el sentido no produce, en este nivel, sino efectos de apertura, de diversificación, efectos significantes obliterados.

Sin cristalizar, deslizándose más allá, el sentido queda, sin embargo, postulado de inicio en la producción significativa, dado ya de antemano y siempre diferido, introducido como *plus*, como exceso de significación. Mero dispositivo que articula la diferencia, la *diferancia*, el juego de la presencia y la ausencia, de lo dicho y lo no dicho. El plano de significancia subvierte, así, sin anularla, la postulación de significados, la proyecta en el espacio de un juego permanente de permutaciones, de derivaciones y transformaciones significantes. Localizado más allá de todo efecto de significado, el sentido no hace sino dar soporte al devenir de la propia producción significativa, situándose en una relación de exterioridad con respecto a las funciones de designación, manifestación expresiva y significación, insistiendo como espacio doble de enunciación, vuelto hacia lo mismo y hacia la diferencia.³⁸

De esta manera, el sentido se produce en un espacio de traslado, de proyección, traspasando y reinstalando más allá, en otras dimensiones de significación, en otros estratos, la producción significativa, introduciendo constantemente la variación de los esquemas relacionales, la repetición o el mismo vaciamiento de sentido; formando series interpretantes internas-externas a un determinado estrato, limítrofes, redes emergentes de escritura y de legibilidad, de convertibilidad continua de las significaciones y de su articulación con las huellas de lo real.

Al mismo tiempo, en el plano de la significancia, el sentido no es más que un acento, un rasgo, el rastro de que algo del orden de la remisión de uno a otro efecto se ha producido. Dado por la emergencia de un espacio adyacente de sentido hay, así, un afecto asociado a lo que la producción significativa viene a significar, determinado por un anudamiento del sentido que se da por exceso. Esta excedencia del sentido no sólo implica que éste no se agota en el campo acotado por la producción significativa, sino que tiene, en tanto matriz generativa, otra "localidad", que se sitúa en un lugar externo al campo de significación. En otros términos, el juego del significante está siempre en una relación de exceso con los efectos de significación producidos. En la combinatoria significativa, siempre se dice más de lo que se quiere decir, aunque en el nivel de sus efectos nunca se diga lo suficiente: el

³⁸ Cfr., G. Deleuze, 1969, y R. Barthes, 1970.

sentido es, a un tiempo, insuficiente y excesivo; nunca agota su campo, pues nunca se dice bastante, y nunca puede reducirse, pues se dice siempre demasiado.³⁹

El carácter excesivo y suplementario del sentido, produciéndose más allá de la producción de significaciones, se articula, siguiendo a J. Derrida, como *diferancia*, diferencia y diferimiento del momento de concluir en relación con el momento de comprender. El sentido difiere y se difiere, se aplaza, escapa a la comprensión inmediata y se produce en otro momento y en otro lugar, que sólo a partir de un retorno y de una clausura *a posteriori* puede determinarse como lo que se ha venido a significar. El sentido remite, así, a los efectos de verdad que la producción significativa produce "sin intervención del espíritu".⁴⁰

El efecto de sentido es un plus, un agregado, que se proyecta en un espacio de adyacencia a la producción significativa para constituirse en ruptura, en desplazamiento a un no-lugar de intermediación, emergiendo como lo que las series significantes pueden venir a significar en el espacio próximo en que están por anudarse. Es, así, insustancial, pura *diferancia*, cuyos efectos de atracción se producen por la inscripción de esa *diferancia* en el juego relacional y múltiple del significante. De esta manera, el efecto de sentido se constituye como instancia de producción indeterminada de significaciones, operando como un régimen de "supercomposibilidad autónoma de las significaciones, potencia de equivocidad pura".⁴¹ La producción de sentido debe plantearse entonces como poder de articulación continua, como productividad abierta, como instancia de variación de los elementos significantes en un espacio caracterizado fundamentalmente por la ambigüedad y la ambivalencia.

De lo anterior se sigue la necesaria multiplicidad del sentido; dado su carácter ambiguo y ambivalente, el sentido nunca es unívoco, se produce en una serie de efectos multívocos que, pese a no perder nunca su carácter singular, oscilan y se transfiguran permanentemente. Así, el sentido se constituye, a un mismo tiempo, como régimen concreto de determinación de los elementos significantes y espacio abierto de proyección de efectos múltiples e irreductibles.

Producción significativa que no cesa de significar, de significarse y resignificarse, difiriendo siempre de sí misma, el sentido supone la reinserción del proceso productivo en el producto, empujando a una continua diferenciación y articulación de lo que ya ha sido

³⁹ G. Deleuze (1969) señalaba ya que nunca se enuncia el sentido de lo que se enuncia, que éste se inscribe siempre en adyacencia al sistema de los enunciados, sin reducirse a la significación, expresividad o referencialidad de los mismos, sino actuando como la condición de su posibilidad.

⁴⁰ Cfr. J. Lacan, 1957, y J. Derrida, 1972.

⁴¹ J. Derrida, 1963, pp. 17-18.

diferenciado y articulado, en un proceso que se prolonga *ad infinitum*. Nunca del todo presente, nunca simultáneo, siempre abierto, siempre por arribar, siempre contiguo y polivalente, el sentido está, empero, como ya se ha señalado, supuesto de antemano en toda producción significativa. Inscrito y por inscribirse, dando soporte a la producción significativa en el momento mismo de su emergencia; dado “de golpe”, el sentido está necesariamente presupuesto, pese a su carácter abierto e inestable, como efectuación de un cierre. Instalado súbitamente, remitiendo a la represión originaria, a la obliteración de lo real, el plano de significancia en que se produce el sentido se cierra permanentemente, aunque los efectos en que cada vez se clausura vuelven inmediatamente a insertarse como elementos productivos en un nuevo desplazamiento de la producción significativa: máximo efecto de productividad significativa, el sentido reinyecta la producción en lo producido, duplicando y multiplicando los efectos de la significancia.

No obstante, el cierre del plano de significancia en un efecto de sentido implica de alguna manera un efecto integrativo de la heterogeneidad de las huellas mnémicas, un efecto de unificación relativa de la producción significativa, de “concordancia de lo discordante”.⁴² La diferenciación y articulación de las series significantes origina, así, un efecto isotópico, una tendencia constante de cierre y de retorno sobre sí mismas. De esta manera, el sentido se concreta no por el significado que pueda atribuirse, a la manera de un “recubrimiento”, a los elementos significantes serializados sino por su integración a partir de una eventual clausura isotópica del juego significativo. El sentido se produce entonces en un punto que atrae y puntúa la totalidad de la producción significativa, como una determinada saturación cuya emergencia opera un cierre del campo significativo. La serie significativa, la red combinatoria, no tiene ya exterior, sólo interior, sólo un campo de interioridad, se basta a sí misma como conjunto finito de elementos inscritos en infinitas combinatorias posibles.

Esto no implica, sin embargo, que la producción significativa cese de reconfigurarse permanentemente a partir de la emergencia de lo real, sino que a cada momento reduce esta emergencia a un elemento del campo de sentido constituido. No significa tampoco que la producción significativa pueda detenerse en un campo de sentido definitivamente totalizado y unificado, sino que a cada momento y *a posteriori* su sentido no se instaure sino por una reducción de las articulaciones significantes. Se trata, pues, de cierres parciales e inestables que no cesan de abrirse en múltiples intersticios por los que continuamente se reintroduce el proceso generativo, planteándose precisamente en el lugar en que puede siempre producirse una articulación significativa más.

⁴² Cfr. P. Ricoeur, 1985a, pp. 132 y ss.

Así, pues, no hay un centro o un cierre último que frene las sustituciones y permutaciones significantes. El plano de sentido, determinado primariamente en tanto plano de significancia, se constituye como espacio suplementario, en la medida en que la serie de significantes, siempre flotante, siempre inestable, pero en constante proceso de saturación, suple la ausencia de centro, el vacío por el lado del significado. El plano de sentido supone aquí la "sobreabundancia del signifiante",⁴³ la generatividad abierta de la producción signifiante en la que, por efecto de las ligas interpretantes, cualquier cristalización de significaciones sólo puede remitir a otras series significantes, donde cada signifiante remite a otro, a un signifiante *n*; donde el sentido, condición y objeto de la producción signifiante, no es sino una prescripción de articulación, un efecto operativo adicional, un *plus*, de la producción signifiante.

Produciéndose en los intersticios del plano de significancia, en los deslizamientos que de uno a otro signifiante trazan formas diversas de conjunción y disyunción, dejando siempre abiertas las posibilidades de enlace, el sentido produce espacios de rarificación y de condensación signifiante, haces y redes más o menos densas, más o menos diseminadas, y núcleos de articulación, procesos entrópicos y de dispersión, enlazamientos de alta ambigüedad y ambivalencia, en los que un signifiante puede remitir indistinta y alternativamente a uno u otro signifiante, a uno y otro signifiante simultáneamente. En este contexto, la inteligibilidad del proceso signifiante no puede ser determinada en el nivel en que tienen lugar éstos sus efectos, implicando, por el contrario, su obliteración, de modo que el plano de significancia carece propiamente (en tanto operación signifiante) de un sentido decidable y su inteligibilidad exige, en todo caso, la puesta en juego de producciones subsidiarias en un nuevo juego inmanente de asignación y articulación significantes. De tal manera, la instauración del sentido configura, no un espacio de trascendencia, sino un campo interal de suplementariedad y de adyacencia en el que cualquier forma de esclarecimiento opera como una nueva producción signifiante sólo investida a partir de los correlatos significantes a los que se adhiere; cualquier deslindamiento del sentido supone entonces la generación de nuevas articulaciones en los márgenes de la producción signifiante, una reconfiguración del plano de sentido y la producción de nuevos efectos de implicación, de sustitución y de enlazamiento.⁴⁴

Así, el sentido se produce e insiste en efectos de significancia que no pueden ser reducidos o retrotraídos a la lógica del significado y que, por el contrario, se imponen como forma signifiante constitutiva, no enunciada, de lo enunciado; como indicación ostensiva de que

⁴³ J. Derrida (*apud* L. Lévi-Strauss), 1966, p. 397.

⁴⁴ Cfr., *infra*, "Intertextualidad, lectura".

en la producción significativa se ha producido algo más que lo dicho, demarcando, por lo demás, el lugar en que el sujeto ha de venir, por el propio efecto de excedencia significativa, a insertarse en la serie.

Paralelamente, según se ha señalado ya insistentemente, la articulación del campo de sentido hace ingresar, por efecto de una investidura significativa, a las marcas emergentes de lo real, a las huellas mnémicas, en una serie de combinaciones y sustituciones en las que cada una remite a otras y es remitida por ellas. Cada elemento extraído de lo real adquiere, así, una determinada eficacia significativa que, al mismo tiempo, vehiculiza un afecto, un efecto de intensidad asociado a su inscripción y desplazamiento en la serie significativa investida. La investidura y la sustitución significativa ejercen, así, un efecto de represión, de borramiento de los efectos pulsionales primarios de las marcas indiciales incorporadas al proceso significativo, las cuales, sin embargo, no dejarán de ejercer su atracción sobre la serie significativa, introduciendo siempre factores de desviación, de derivación significativa que responden aún a la articulación binaria de las series. Esta doble articulación del campo de sentido, obstruyendo y, al mismo tiempo, atrayendo bajo el modo del afecto los efectos de la pulsión y de la afección sensible, es inconciente en tanto constituye un soporte de la subjetivación, del efecto de anudamiento y de registro subsidiario, periférico e interal, de la producción significativa. Si el sujeto puede venir a situarse en cualquier lugar de la serie, no es sino porque el plano opera por la obliteración y la atracción de los efectos energéticos de la pulsión en el continuo de la serie.

Por consecuencia, debe postularse también un carácter económico y energético del plano de significancia que, remitiendo a los efectos de la diferenciación y articulación de elementos captados en los límites de lo real, articula las oposiciones elementales del registro primario, las oposiciones de vida y muerte, de placer y displacer, de mismidad y alteridad, del sujeto en tanto significativo en el que se sostiene el juego de la significación y los objetos que emergen y se deslizan entre sus intersticios, produciendo efectos de placer-displacer. Entendido desde esta perspectiva, el plano de significancia se constituye en una serie móvil, más o menos estructurada y estructurante de relaciones en que circulan y se distribuyen sujeto y objeto, en que se inscriben y se transmiten la pulsión y el afecto. El efecto de sentido opera, consecuentemente, como superficie de una escritura del sujeto, escritura en la que el lugar del sujeto emerge como punto de sostén y de proyección de la producción significativa, a partir de un doble efecto energético y estructurante que canaliza la eficacia de lo real en función de determinadas constelaciones significantes. El efecto de sentido se configura entonces como esquema articulador del juego inconciente de los significantes en el campo de la pulsión; ahí se produce el significativo como deslizamiento,

como serialización a partir de la producción de residuos de lo real que nunca han de ser por completo reducidos e inscritos del lado del significante.

En el límite, se genera una serie de articulaciones en la que confluyen intensidades corporales, producciones imaginarias, desprendimientos de la exterioridad, figuraciones del objeto y “enganches” estratificados en la interidad del sentido. A partir de la concatenación de estos efectos, la producción significativa se detiene, aunque sea temporal y parcialmente, en la emergencia de un significante afectivo, de un efecto energético, un engrama, rastro de que un elemento desprendido de lo real se ha deslizado en la cadena. Tal efecto plantea el punto de un enmudecimiento y un ensordecimiento, no suscita ya un trabajo adicional de articulación significativa; se constituye, en tanto significante del cuerpo, en tanto escritura del cuerpo, en punto de intensidad en el que la producción significativa produce un efecto real, en el que se precipita, como producción deseante, en la producción de lo real.

2.3. Plano predicativo

La producción primaria de sentido da lugar, por el efecto integrativo de desplazamientos y condensaciones, a una creciente organización significativa. En una segunda instancia de articulación, inducida por crecientes niveles de complejidad y de determinación, no se trata ya de las configuraciones binarias que, sin embargo, no cesan de operar sus efectos, sino de una paulatina sedimentación y cristalización de elementos discursivos estructurados. En particular, se trata de la producción del significado —de la significación propiamente dicha— en la estructura discursiva y semántica de la frase en la cual el efecto de sentido viene dado ahora por su relación con una función de predicación que implica un doble proceso sintáctico, de categorización y atribución.

A partir de la articulación de la frase, una serie de significantes adquieren una función nominal específica, con un efecto de determinación (id)entitaria, de determinación al mismo tiempo categórica y ontológica, de objetos integrados que se constituyen, así, en elementos de una clase general de objetos tributarios de sentido.⁴⁵ Paralelamente, se delinea una serie de significantes definidos por una función complementaria, predicativa y atributiva, de definición y asignación de propiedades a través de la asociación de determinadas cualidades modales a sus correlatos nominales que pasan, así, a constituirse en

⁴⁵ En este sentido, la grafía de los términos “(id)entitario” o “(id)entitaria” aquí empleada no pretende sino indicar los efectos de deslindamiento de entidades discursivamente determinadas, producida por la vía de una categorización nominal del significante.

representantes de una clase de objetos cualitativamente determinados, o bien, en instancias de referencia de un determinado grupo de acontecimientos y acciones.

En este nuevo nivel, molar, en sentido estricto, la producción de sentido, el efecto de diferenciación y articulación, implica el entrelazamiento de significantes en una relación predicativa, mediante la cual dos o más elementos se anexan y se especifican en función de determinadas relaciones categoriales y atributivas, definitorias ya de un estado de cosas, ya de un determinado devenir.⁴⁶ De este modo, la combinatoria misma de significantes en estructuras de lenguaje complejas da forma a un sistema proposicional en el que una serie de núcleos (id)entitarios quedan relativamente fijados y se distribuyen en función de una serie de rasgos y atributos más o menos estables, dando lugar a una nueva reducción de la aleatoriedad.

En su nivel más elemental, los efectos proposicionales de la significación operan en la propia estructura sintáctica de la frase, en la relación establecida entre sujeto y predicado. En este registro, el sujeto de la frase y los objetos involucrados, independientemente de la forma que adopten o de su efectuación explícita o implícita, son siempre portadores de un efecto (id)entitario, de una marca de existencia, mientras que el predicado plantea siempre la atribución de rasgos genéricos; de tal manera, el sujeto designa una entidad particular que el predicado determina según una clase general de cosas, propiedades, estados, relaciones o acciones.

Para lo que aquí interesa, hay que señalar que el sujeto propiamente dicho (especificado, en primer lugar, como sujeto de la enunciación) emerge como instancia diferenciada en este nivel, en la articulación predicativa de formas significantes en la enunciación, en el espacio en que el sistema de la lengua y el habla se articulan como práctica discursiva. Más adelante se volverá sobre el problema del lugar del sujeto,⁴⁷ basta ahora señalar que habrá de especificarse por relación a un espacio discursivamente determinado que se despliega en una determinada asignación, articulación y distribución de elementos nominales, formas verbales determinadas en tiempo y persona, esquemas de afirmación o negación, especificaciones adjetivas y adverbiales. De este modo, a diferencia del plano de significancia, en el cual el sujeto no era más que una marca de registro fundamentalmente afectivo de un desplazamiento signifiante, la determinación semántica implica ahora la localización del sujeto en la articulación de un "acontecimiento discursivo", ya no como un signifiante más en el encadenamiento signifiante, sino como un signifiante *de más*,

⁴⁶ Cfr., G. Deleuze, 1969.

⁴⁷ *Infra.*, "Formación del lugar del sujeto".

extrayéndose de la inmanencia del significante bajo la forma concreta de la persona lingüística, pliegue en el que ahora se sostienen, distribuyen y fijan discursivamente las diferencias y articulaciones significantes, instancia de soporte de la apropiación del aparato de la lengua. Así, una nueva instancia de sentido —y una nueva región de autonomía relativa del trabajo de sentido— se produce cuando el sistema formal del lenguaje se pliega sobre sí para producirse como discurso, como esquema de articulaciones predicativas, expresivas y atributivas de la experiencia.

Desde este punto de vista, ha de atribuirse al sujeto del discurso, tal como se instituye en la práctica del mismo, una lógica de integración sintáctica que no puede ser ya objeto de una ulterior integración, sino solamente de sucesivas cualificaciones, concatenaciones y agregaciones.⁴⁸ En este sentido, hay que situar la cristalización individualizada del campo de la experiencia subjetiva propiamente dicho como un efecto del juego predicativo y proposicional de la enunciación, el cual se constituye en instancia de fijación categoremática y semántica de una cierta intencionalidad significativa producida por la configuración del plano de sentido.⁴⁹ A partir de esta fijación se configuran y despliegan efectos particulares de identificación categórica y determinación ontológica y atributiva de los elementos significantes que componen la construcción discursiva de la experiencia y que, así configurados, operan ahora como correlatos referenciales de los segmentos de lo real asociados a las marcas significantes incorporadas en la enunciación.

Esto implica, adicionalmente, que hay que situar los propios efectos de referencialidad y las condiciones de objetivación y de verdad de la realidad significada, en términos de la eficacia semántica del plano predicativo, esto es, en el plano mismo del discurso. Sin embargo, no se trata de disolver o de suprimir el problema de la referencia —como tampoco se ha tratado antes de reducir el problema del sentido a la arbitrariedad de un mero juego significativo sino de plantearlo en términos de recorte y articulación de las marcas extraídas de lo real—. Se trata más bien de formularlo en términos de la construcción de ciertos efectos de referencia, de sentido proposicional y de verdad, discursivamente determinados. De esta manera, la función de predicación, la articulación combinatoria y secuencial de elementos, la yuxtaposición de un consecuente que agrega un nuevo atributo a un objeto antecedente, ya especificado o dado por supuesto, permite

⁴⁸ Aceptar que la capacidad integrativa del sentido tiene un límite a partir del cual no es posible realizar nuevas operaciones integrativas (no hay metalenguaje, sentido del sentido), da por tierra con los supuestos de una total inmanencia del sentido al plano de la significancia, remitiendo necesariamente, y por partida doble, a los efectos de excedencia del sentido que aquí se han subrayado y a lo real como exterioridad desplegada más allá del lenguaje.

⁴⁹ Cfr., *infra*, “Iteración y performatividad discursivas”.

asignar una función de verdad a la frase, asignarle un determinado contenido referencial y proposicional.

A partir de la lógica (id)entitativo-atributiva y referencial-proposicional de la función simbólica en el plano predicativo, los efectos de sentido tienen lugar no ya según la mecánica abierta de la significancia, sino en el nivel organizativo y distributivo de la frase, donde, gracias a la diferenciación de clases y funciones de carácter categórico y atributivo, el sentido pasa de una determinación exclusivamente significativa a una determinación semántica.

En esta instancia, propia de los procesos "secundarios", el aislamiento y diferenciación de una clase de objetos nominales da soporte discursivo a su existencia, mientras que la función predicativa articula modos determinados de existencia o de ocurrencia, operando una investidura de lo real en función de atributos y propiedades más o menos delimitados, con la consecuente incidencia configurante de la producción discursiva en el nivel de los acontecimientos y estados de cosas de la experiencia. Proyección referencial, movimiento de la producción simbólica hacia el mundo que configura no sólo un campo de experiencia sino también modos determinados de ser y devenir.

Por intermedio de este proceso, actuando por sucesivos recortes del flujo de los acontecimientos y de la generatividad abierta del significante, el trabajo de sentido enrarece la multiplicidad, de manera que, a pesar de generar permanentemente líneas discontinuas, efectos de quiebre, sobreposiciones y sustituciones, induce también efectos de fijación, regularidades, exclusiones e inclusiones, cristalizaciones cualitativas, líneas determinadas y no ya contingentes de proliferación. De cualquier modo, puede aquí identificarse nuevamente el efecto de la excedencia del sentido. Por un lado, la articulación de series interpretantes a partir de la cual se determinan la (id)entidad y atributos de los objetos del discurso produce una red abierta de asignaciones que induce la polisemia y la multivocidad significativa; por otro lado, en relación con lo real, inscrito esta vez como referente categorizado, la función predicativa, propiamente semántica, genera un plus que lo determina significativamente al situarlo como objeto de una serie abierta de atribuciones posibles.

De esto se sigue que la articulación del plano predicativo no clausura la diferencia y la remisión abierta del significante sino que, en todo caso, inscribe los efectos de sentido producidos por el juego de correlaciones significantes altamente indeterminadas en sistemas discursivos de atribución categorial. Cabe incluso sostener que es el propio plano de significancia, en tanto superficie de articulaciones binarias simples, el que se trasmuta, por complejización, en un espacio estructural y semántico donde se despliegan nuevos

juegos de designación, predicación y referencia, y el que, al condensarse, da lugar a la configuración molar de intencionalidades comunicativas y expresivas, a la formulación y transmisión de contenidos, a la sistematización de códigos.

La función predicativa, presupuesta en toda producción discursiva como condición general de sentido, se realiza en cada acontecimiento de enunciación como función referencial, como asignación singular de sentido a lo real. De este modo, la producción de sentido actúa, por mediación de los efectos de atribución y cualificación discursiva, como determinación de lo real, constituyéndose en instancia de la configuración de determinados modos de ser. A través de la estructura discursiva de la enunciación, el proceso de significación da soporte al mundo como ser o realidad significados; correlativamente, el sentido acaba por constituirse como núcleo de la configuración de la realidad (lo real significado) a la que apunta la enunciación en tanto designación referencial, atributiva o expresiva.

Estos efectos de cristalización y, bajo determinadas circunstancias, de naturalización de la experiencia y de la realidad a partir del plano predicativo derivan de un efecto de recorte y de extracción necesariamente parciales del sustrato real de la experiencia, el cual no es tomado por todo lo que es (lo que es todo) sino por una serie de atributos seleccionados, por lo que en un determinado momento resulta discursivamente articulable. Desde esta perspectiva, la articulación discursiva de la experiencia genera, por recorte y reducción de segundo grado, estructuras atributivas de vida, mundos habitables.

La producción predicativa deslinda, así, un campo de realidad compuesto por objetos, acontecimientos y fenómenos cuyo modo de ocurrencia y de incidencia depende exclusivamente de la forma en que aparecen representados en el campo discursivo. El signo (id)entitativo o atributivo tiene como correlato, no el objeto real y la totalidad de sus cualidades, sino un significante o, más bien, una serie interpretante conformada por los contenidos asociativos a los que en un determinado momento remite. Efecto de interjuego significativo y discursivo que bordea, produciendo un espacio específico de determinación en torno de sus huellas, la primaridad de lo real. Consecuentemente, más que una pura cualidad sensible, el sistema de atributos a partir de los que se determinan los objetos de la experiencia constituye un diagrama, un mapa de rasgos existenciales y modales de las emergencias de lo real; las propiedades del objeto derivan, así, de un proceso de selección y determinación significativo y discursivo, de manera que sólo algunos de sus atributos son incorporados para su construcción como referente. El sistema de atributos que representan al objeto no es, pues, más que un sistema discursivo, una suma de marcas (id)entitativas y atributivas que determinan la forma en que ha de constituirse como objeto de la

experiencia, el conjunto determinado de relaciones predicativas a partir de las cuales se da a ser aprehendido. Si en un momento arbitrariamente fijado lo real motiva el trabajo de sentido, éste instituye el objeto, en el nivel molar de la producción predicativa, como sistema de (id)entidades y atributos emergente de una cristalización de las series significantes que atraviesan su signo. De tal modo, el objeto de la experiencia subjetiva pasa a constituirse como *significado* y éste, a su vez, como determinada configuración discursiva de series significantes; el objeto de la experiencia subjetiva propiamente dicha no es entonces sino la huella de una emergencia de lo real dada bajo la forma “representacional” de un significante cuyo significado no es sino el punto en el que un grupo determinado de series de significantes convergen.

Determinación proposicional, referencial y semántica que actúa por recorte, fijación y reducción de las series de significancia, el sentido dispone en este nivel de lo real significado en un eje doble, expresivo y atributivo, que resulta aún insustancial, ajeno a las dimensiones presuntamente sustantivas de la designación, la manifestación y la significación de la proposición. Antes de remitir a la manifestación de la intencionalidad del sujeto o al código de un mensaje, el sentido se despliega “interinamente” entre el orden proposicional del discurso y el estado de cosas del mundo, insistiendo en un caso, sobreviniendo en el otro. En este contexto, sostiene G. Deleuze que “el sentido insiste en una de las series (proposiciones): es lo expresable de las proposiciones, pero no se confunde con las proposiciones que lo expresan [...] sobreviene en la otra serie (estados de cosas): es el atributo de los estados de cosas, pero no se confunde con los estados de cosas a los que se atribuye, ni con las cosas y cualidades que lo efectúan.”⁵⁰ Impasible y estéril, dice el propio Deleuze, la dimensión del sentido se cierra sobre sí misma, en su doble articulación expresiva y atributiva, al tiempo que anima y sostiene el despliegue del discurso, al plantearse como emergente, como instancia que se sitúa “al lado” de los enunciados, en una relación de adyacencia. No dicho, emergiendo insistentemente como lo que la proposición “viene a expresar”, sobreviniendo como atributo de las cosas, el sentido no refleja el mundo ni lo fija en un régimen determinado y excluyente de veridicción, más bien lo duplica en un orden sin espesor en el que todo estado de cosas deviene acontecimiento de un devenir significativamente atribuido.

Al insistir como lo expresable de las proposiciones, al sobrevenir como atributo en la superficie de los acontecimientos, el sentido se produce como efecto asociado y, al mismo tiempo, dissociado de la función referencial del lenguaje; enlaza lo real, lo fagocita en un

⁵⁰ G. Deleuze, 1969, p. 98, *passim*.

exceso significativo, en un plus expresivo y atributivo. En esta medida, permite la escenificación de lo que emerge al campo de la experiencia según una lógica de multiplicación e implicación; escena en que lo elemental se multiplica, circula y se distribuye en una serie de lugares categóricamente fijados y de funciones semánticamente determinadas, el sentido no se reduce nunca, sino por un efecto regresivo, a las cualidades y relaciones proposicionales que autoriza a escenificar, operando más bien como condición expresiva y atributiva genérica.

De este modo, el sentido determina no el contenido de la enunciación en tanto proposición sujeta a un cálculo de verdad, sino su expresividad, su composición y disponibilidad discursiva; no su extensión y profundidad, sino su intensidad y amplitud. Al mismo tiempo, no determina el objeto y sus cualidades, sino los aspectos o atributos (el *ground*) en que viene a ser significado. En este contexto, el sentido de una producción significativa no es sino otra producción significativa en la que la primera ha de venir a significarse a través de la explicitación discursiva de su poder expresivo o de cualificación. En el juego de las predicaciones —en este aspecto, isomorfo al juego de la significancia—, una producción discursiva significa a otra, la entraña, la remite, y viceversa. Sólo a partir de esta continua remisión predicativa y del recorte que por esta vía se opera en la configuración discursiva de la experiencia, el sentido articula denotación y significación en un efecto que integra finalmente extensión e intensidad, amplitud y profundidad, denotación y connotación. Vuelve, así, a plantearse en este nivel, la mecánica de la producción significativa que opera a partir de la “captura”, del rodeo y del cerco de una mera cualidad sensible y afectiva, del recorte de una marca de lo real, de modo que los efectos de atribución no remiten al objeto, sino que más bien prescriben el modo en que puede ser objeto de remisión discursiva y, por tanto, de experiencia. En la medida en que se constituye como instancia de una serie implícita de interpretantes, lo real sólo viene a componerse entonces como objeto de una determinación categórica y atributiva propiamente discursiva.

La producción predicativa constituye, así, una mediación entre la articulación molecular de las marcas emergentes de lo real en el plano de significancia y la formación de esquemas narrativos y semánticos molares, transitando continuamente de la combinatoria binaria de significativo a significativo al juego semántico de objeto y atributo. Al efectuar la reducción de las remisiones significantes abiertas, acotándolas como sistema de propiedades y devenires, inscribiéndolas en una red de relaciones atributivas y diferencias categoriales, la articulación predicativa opera una detención del deslizamiento significativo y da lugar a esquemas (id)entitarios y atributivos en los que la experiencia viene a constituirse como donación de significado.

2.4. Metaforización

El sentido de la frase duplica lo real, lo desdobra en un plano en el que se plantea como “sentido doble [expresivo y atributivo] de la superficie”.⁵¹ Es en la frase, como elemento básico de discurso, donde emerge la experiencia subjetiva del sentido, donde la producción significativa toma lo real emergente y lo determina como experiencia, introduciendo la partición de una serie de unidades nominales discretas, circunscritas según categorías de (id)entidad, y una serie de predicaciones que definen cualitativamente los objetos, aconteceres, acciones y afectaciones objeto de la enunciación. De este modo, la producción discursivo-predicativa articula la experiencia (en tanto registro subjetivo del cuerpo y del medio circundante) en lenguaje: “...el lenguaje participa de la vida a través de los enunciados concretos que la realizan, así como la vida participa del lenguaje a través de los enunciados”.⁵² Vuelto al mundo, el discurso se desliza en la superficie de las cosas y las sobredetermina, las cualifica semánticamente, produciendo, mediante los procedimientos integrativos (predicativos y referenciales) del lenguaje, el acontecimiento como modo de ser y de devenir.

Así mismo, el efecto de atribución implica la articulación de una serie de componentes incoactivos, propiamente semánticos, que invisten de contenido a los términos lexicalizados en la frase. Se trata no de su significado, puesto que éste resulta precisamente de la composición de tales unidades de sentido adheridas al lexema, sino de una serie de “figuras” de sentido, semas o unidades semánticas mínimas, organizadas según un sistema de rasgos diferenciales y oposiciones, y cuya coalescencia, en una producción discursiva determinada, produce efectos de sentido específicos (sememas). Según esta perspectiva, cada término, cada lexema, debe ser considerado apenas una posibilidad de sentido que al estar integrado en un eje semántico es soporte de un determinado efecto de sentido.⁵³

La realización de una serie tácita de ejes o figuras de sentido corta y es cortada, en una relación de presuposición recíproca, por los semas articulados en el nivel del contexto

⁵¹ G. Deleuze, *Ibid.*, p. 34.

⁵² M. Bajtín, 1953, p. 251.

⁵³ A este respecto, Greimas señala que un término mantiene una doble relación semántica: de un lado, en tanto semema realizado, se articula semiológicamente, en una dimensión cosmológica, exteroceptiva, con otros sememas en el nivel del discurso manifiesto (articulación semántica externa, equivalente a la combinación paradigmática); por otro, en tanto sema, es decir, en tanto categoría sémica, remite de manera implícita, en una dimensión noológica, interoceptiva, al grupo lógico-semántico de componentes del eje semántico en que se inserta —articulación interna que equivale a la selección paradigmática y que está, por lo demás, sujeta a una compleja estratificación integrativa, de modo que lo que en un plano opera como eje semántico, puede insertarse en un plano superior como elemento sémico, y así sucesivamente (A.J. Greimas, 1966, p. 183).

discursivo manifiesto; de tal modo, la manifestación de la significación bajo la forma explícita del discurso hace emerger el contenido sémico implícito de sus términos como una serie continua de sememas o efectos de sentido.

La integración semántica del discurso, la configuración y el despliegue de categorías lógicas y semánticas en la materialidad significativa, supone, por tanto, la multiplicidad de sentido, la circunscripción de cada uno de sus términos en series sobrepuestas y cruzadas, manifiestas e implícitas, de manera que el sentido se produce precisamente en un espacio duplicado que articula la letra (nivel significativo) y la figura (nivel semántico). Propiamente, la producción de sentido es producción figurativa, metafórica, articulación de estratos múltiples en los que los elementos significantes vienen a anudarse de manera simultánea y virtual, ambigua y ambivalente —según se ha puntualizado antes—, en niveles semánticos primarios, secundarios, y así indefinidamente. La producción molar del sentido toma, así, el juego inmanente del significante para situarlo en un espacio sedimentado de implicaciones, implicitaciones y remisiones; la producción de realidad significada, de realidad determinada significativamente, supone, por ende, el interjuego de significantes en un espacio semántico estratificado en el que los encadenamientos generan efectos categoriales y atributivos múltiples, nuevamente un permanente exceso de sentido.

Esta sobreposición y cruzamiento de estratos y ejes semánticos no se reduce a una mera coexistencia de significados virtuales, sino que da lugar a una continua transferencia de sentido, desplazamiento del sentido de la enunciación a través de los planos predicativos que sucesivamente lo articulan. En el despliegue del discurso, un componente de sentido primario, secundario, terciario, etc., es transferido, adicionado, por un juego de semejanzas y diferencias, de remisiones, subrogaciones e implicitaciones, a la integración de sucesivos estratos semánticos, introduciendo constantemente nuevas resonancias, nuevos efectos de sentido.

Si se asigna, en un sentido amplio, el término de “metaforización” a este continuo desplazamiento y transportación del sentido a través de distintos planos semánticos, vale decir entonces que el efecto molar de sentido es, en tanto efecto de traslado, metafórico, lo cual lleva a plantear el problema del sentido, no sólo en términos composicionales, analizando el despliegue de contenidos sémicos en los efectos de sentido realizados, sino en términos de producción figurada o, en un sentido amplio, de *poiesis*.

En este contexto, vale decir que la metaforización implica un efecto parasitario, a través del cual una serie significativa semánticamente articulada viene a quebrar a otra, a desviarla, a subvertirla y, por esta vía, a generar otros efectos de sentido. Actuando como traslado,

como transferencia de sentido, la metáfora (entendida en este sentido amplio) constituye el medio propio del trabajo de sentido; por ello, al decir de Ricoeur, “la experiencia simbólica pide de la metáfora un trabajo de sentido”.⁵⁴

Desde un punto de vista formal, la metáfora supone la articulación tácita de los significantes de una serie con los contenidos semánticos de otra; no obstante, desde la perspectiva de sus efectos significantes manifiestos, la metáfora se produce como ruptura del sentido propio de los términos y de su sustitución por un sentido figurado, acontecimiento irreductible en el que el trabajo de sentido encuentra un medio de “ficción heurística”, un instrumento de redefinición y reinención de la realidad.⁵⁵ En efecto, la producción metafórica suspende la función referencial inmediata, de “primer nivel”, el sentido literal de los términos del discurso, y los abre a otras significaciones, de segundo o tercer nivel, al sentido figurado en proceso de realización, al despliegue de nuevas formas de desempeño semántico, constituyéndose como la señalada “ficción heurística” en la medida en que opera una reatribución, una resignificación de lo real. De tal interacción de semejanzas y diferencias entre los múltiples grados o niveles de la significación metafórica surgen nuevas dimensiones de realidad, pudiendo incluso sostenerse que, en su totalidad, la existencia misma del sujeto configura un espacio metafórico, un sistema de ficciones y variaciones metafóricas.⁵⁶

Así mismo, los efectos metafóricos de la producción de sentido no operan nunca en el nivel de los elementos aislados, se generan siempre en cadena, configurando un sistema metafórico complejo, una red de intersignificaciones, un campo de multiplicación incoactiva de las posibilidades latentes de significación. La producción metafórica se constituye como entramado de redes complejas de remisiones y de jerarquías en las que es posible identificar núcleos más o menos unificados, más o menos dispersos, sedimentos y estratos más o menos fijos y estables, y múltiples tensiones y quiebres de sentido. Algunas formaciones o núcleos metafóricos son capaces de articular series subordinadas y parciales, otros operan como elementos de conversión o de subrogación permitiendo nuevas articulaciones; algunos delimitan puntos de estabilidad, campos persistentes de identificación (id)entitaria o categorial, otros se dispersan en campos periféricos en proceso de configuración o de diseminación, permitiendo ahí un trabajo intenso de codificación o recodificación de los efectos emergentes de lo real. Hay, así, metáforas subordinantes y

⁵⁴ P. Ricoeur, 1976, p. 78; cfr., también D. Ruiz, 2003b, pp. 68 y ss.

⁵⁵ Cfr., P. Ricoeur, *ibid.*, pp. 80 y 81.

⁵⁶ Cfr., D. Ruiz, 2003a, pp. 280-281, y M. Angrosino, 1994. Respecto a la eficacia productiva de la ficción, cfr. M. Foucault, 1966a.

dependientes, inercias centrales y periféricas; figuras metafóricas cristalizadas (catacresis, lugares comunes), vencidas por el uso, naturalizadas, y metáforas en proceso de invención, incluso metáforas enloquecidas, desterritorializadas. Sin embargo, cualquiera que sea el caso, lo propio de la metáfora como operador de articulación simbólica, esto es, la mecánica de reemplazo y transferencia significativa, implica la complejidad; no hay metáfora aislada, sin remisión a un entramado multidimensional de figuras, a una articulación semántica múltiple y estratificada de los términos significantes. De este modo, el registro simbólico es producción de sistemas complejos de significación, en relación con los cuales —según se desprende de su movilidad— el plano de significancia sigue operando como superficie y régimen básico de productividad.

No obstante, en tanto espacio metafónico, de diferenciación y articulación compleja, multidimensional, y ya no binaria, este nuevo despliegue del trabajo de sentido conforma un espacio prefigurativo que habrá de dar sostén a la configuración del campo narrativo mediante la disposición de conjuntos determinados de esquemas (id)entitarios y atributivos, de particulares formas de combinación y organización semántica. Constituido, así, en una suerte de “protocolo lingüístico preconceptual”,⁵⁷ el espacio molar del sentido genera una serie de figuras más o menos discernibles, articuladas según determinados esquemas tropológicos y predicativos que son constitutivos de los objetos, procesos y acciones inscritos en la producción discursiva, ya sea en el dominio de sus atributos genéricos y del contenido representacional que en algún momento habrá de conferírseles, ya sea en el dominio de relaciones que habrán de mediar entre ellos y que, según se verá adelante, constituyen la materia de la integración narrativa de la experiencia.

Llegado este punto, vuelve a plantearse la incidencia de la condensación y el desplazamiento, mecanismos básicos de la producción de sentido, pues el efecto configurante de la metaforización tiene lugar a través del desarrollo de estrategias de formación discursiva y semántica correspondientes a modalidades trópicas que, en última instancia, encuentran en la metáfora en sentido estricto y en la metonimia los principios elementales de su funcionamiento: discontinuidad sincrónica e integrativa de la metáfora propiamente dicha y su derivación de grado “descendente” en la sinécdoque; continuidad diacrónica y dispersiva de la metonimia y su derivación de grado “ascendente” en la ironía. Sin implicar nunca una semejanza o adecuación entre significante y cosa significada, sino un juego de diferencias y equivalencias entre los términos lexicalizados y sus contenidos sémicos, la metáfora concierne fundamentalmente a la organización semántica del discurso

⁵⁷ H. White, 1976, p. 78.

y de la representación, a los efectos internos, más bien interales, de la asociación de figuras significantes convergentes y divergentes. Tomada en este sentido estricto, operando una transferencia entre distintas dimensiones de la experiencia, la metáfora implica un mayor grado de connotación semántica que la metonimia, la cual, por su lado, remite a la organización referencial del discurso, derivando de mecanismos de combinación y contextura, de la mera colusión e interdependencia de elementos significantes extraídos de una misma serie semántica, pertenecientes a un universo de discurso asignado a un determinado segmento de la realidad.

Actuando conjuntamente, en amalgamas y conglomerados complejos, metáfora y metonimia, así como sus derivaciones ascendentes y descendentes, hacen manifiesta la articulación de los efectos de sentido en un espacio intertextual, en un espacio de intercambios y préstamos que remiten ya no a series significantes simples, sino a configuraciones discursivas y textuales múltiples. Así, en tanto instancias intertextuales del trabajo elaborativo molar, las figuras de estilo permiten prefigurar semánticamente los elementos no simbolizados, aleatorios y pulsionales, emergentes al campo de la experiencia. Antes de una última y precisa determinación categorial y atributiva de la experiencia, que vendrá dada por esquemas narrativos de un orden de complejidad superior, introducen un campo de figuración poética que no deja de remitir a las cualidades primarias, afectivas y energéticas de la marca signifiante. Consecuentemente, antes de poder ser pensado, categorizado, expresado y comunicado, a la par de constituirse en objeto de una intervención práctica, el mundo de la experiencia es *constituido* figurativamente como espacio molar e intertextual de sentido, como espacio semántico cualitativamente determinado. Espacio que, en un nuevo nivel de contingencia, queda irremisiblemente abierto a los efectos de la repetición y de la diferencia, pues siempre es posible que la sustitución y la condensación metafóricas den lugar a estrategias discursivas que preservan los modos canónicos del significado o que, por el contrario, subvierten los sentidos y determinantes semánticos de la experiencia realizada; de igual manera, siempre resulta posible que la combinatoria metonímica, por la vía de la predicación y de la yuxtaposición de términos, produzca efectos estratégicos de confirmación de las cualidades naturalizadas de los objetos, o bien, de agregación de nuevos atributos, de generación de nuevos modos de ser y de existir.

3. NARRATIVIDAD

Los efectos categoriales y atributivos del lenguaje articulado en discurso rara vez tienen lugar aisladamente; más bien emergen, al contrario, a la manera de conglomerados, de sistemas de proposiciones y secuencias enunciativas complejas, formaciones de discurso con efectos globales de sentido. En este contexto, se han reconocido tres clases generales de formaciones discursivas: la descripción, la argumentación y la narrativa, capaces de implicarse y de combinarse indefinidamente. La descripción tiene como dominante una función categorial, es decir, la determinación de los modos del ser y el devenir a través de síntesis identitarias y relacionales que integran, en instancias categoriales diferenciadas, una serie de "variaciones afectivas y perceptivas" de rango similar y una serie de relaciones concurrentes. La argumentación, por su parte, combina las funciones discursivas básicas en esquemas de fundamentación y demostración lógica, orientados a un determinado fin. Finalmente, la narrativa subsume las funciones de categorización y atribución en la articulación secuencial de acontecimientos, en una sucesión ordenada de núcleos de acción, desplegando los efectos de predicación del discurso en síntesis temporales y diferenciales, configuradas por la "conurrencia existencial y situacional" del despliegue de una serie de acontecimientos.⁵⁸

A partir de la configuración de los acontecimientos en función de determinadas coordenadas secuenciales y circunstanciales, de su inscripción y distribución en tiempo y espacio, e incluyendo la subsunción de funciones descriptivas y argumentativas, la narrativa se constituye en la forma propia de articulación de los saberes sociales y subjetivos, conformando el particular espacio discursivo en que estos saberes se organizan, se almacenan, circulan y se transmiten, contribuyendo así a la construcción de marcos simbólico-normativos y de sentido compartidos. Consiguientemente, la narrativa proporciona una serie de estructuras discursivas para la producción y reproducción de la vida social y subjetiva, para la regulación de las relaciones e intercambios. Actuando como instancia última de la integración simbólica de los acontecimientos y afecciones emergentes en el campo de la experiencia, la narrativa traza las pautas necesarias para la configuración de la memoria, para la integración dramatizada de la historia individual o colectiva, para la continua reformulación interpretativa y la transformación de los propios esquemas simbólicos compartidos.

⁵⁸ Para la cuestión de las síntesis identitarias y relacionales, temporales y diferenciales, cfr., R. Mier, 2003, p. 134 n.

En su particularidad, la construcción del sentido sigue, en la narrativa, una pauta secuencial a través de la inscripción y despliegue de los elementos de la experiencia en función de determinados arreglos de implicación secuencial y sucesiva, de antecendencia y consecuencia, articulados a partir de ciertas líneas de continuidad y de determinados parámetros de localización y de demarcación temporal. Con base en la disposición serializada de los acontecimientos y en la configuración de un sistema de coordenadas espacio-temporales, la narrativa traza arcos de tensión, devenires que se extienden a través de sucesivas crisis, avances y retrocesos, y que dan lugar al replanteamiento constante del horizonte de los eventos, a su continua transformación y diferenciación.

A este respecto, tradicionalmente se ha asociado la producción narrativa con un esquema tripartito de momentos lógicos que implica a grandes rasgos, primero, el planteamiento de un estado de cosas inicial, establecido de modo más o menos arbitrario; segundo, el desarrollo de una serie de eventualidades que lo complejizan o alteran y, tercero, una resolución o desenlace en que opera una restitución o una transformación del estado inicial. Así, se han reconocido en el poema trágico los momentos de prótasis, epítasis y catástrofe; igualmente, se han distinguido, con Aristóteles, la *peripetia* que implica una serie de eventos de transmutación y alteración de la situación originalmente planteada, el *pathos* o período climático del relato y la *anagnórisis* o momento de resolución final, de revelación, (re)descubrimiento o exaltación. No obstante, también pueden distinguirse sistemas narrativos binarios, conformados por la alternancia o sucesión de secuencias de deterioro o degradación y procesos de progreso o perfeccionamiento, o bien, relatos que multiplican indefinidamente los momentos narrativos en un sistema abierto y complejo, o se prolongan indefinidamente, estupefactos, sin resolución.⁵⁹

Independientemente de su estructura general, el desarrollo de un relato implica el acoplamiento de secuencias diferenciadas a partir de determinadas unidades discernibles de acción y de sentido, de una determinada isotopía. Sea producto de la ficción o el recuento de un episodio de la experiencia histórica o de vida, el relato supone la selección y articulación de acontecimientos en un particular esquema argumental. Los acontecimientos seleccionados constituyen, en última instancia, en-gramas discursivamente categorizados y caracterizados que se especifican y se diferencian según su localización y su función en el relato, inscribiéndose como unidades de contenido de un determinado sistema de relaciones, como términos de correlación narrativa que, en su condición de tales, remiten de alguna manera u otra a las dimensiones del hacer y el

⁵⁹ Cfr., Aristóteles, pp. 26 y ss.; M. Bal, 1980, p. 19 y ss.

padecer. Los efectos significantes de los acontecimientos articulados de este modo como unidades de acción narrativa dependen de la configuración argumental de la historia, del lugar que ocupan al interior de los esquemas que deslindan su ubicación situacional y el modo de su ser y de su funcionamiento en relación con determinadas estructuras de acción. Así, lo que primero debe esclarecerse remite a las formas genéricas de la acción narrativa, a la articulación de la praxis en el relato, a las “grandes articulaciones de la anécdota”.⁶⁰

3.1. Acción narrativa

La narrativa articula fundamentalmente la acción y el devenir; no hay narración sino de lo que acaece, de lo que se desprende del hacer y del padecer. De una u otra manera, todos los elementos del relato remiten, en última instancia, a una o varias esferas de acción que operan como instancias de integración narrativa a partir de las cuales se objetivan y se ordenan todos los componentes del relato. La sintaxis de la acción determina, así, el modo de ser y aparecer de las distintas agencias narrativas, sus propiedades y funciones, sus incidencias, su eficacia y sus formas de distribución. El mismo sentido del relato, su semántica, remite constantemente a la sintaxis de la acción narrativa, produciéndose como efecto de un determinado acontecer, de un determinado hacer o padecer.

En este contexto, el inventario de la acción narrativa arroja, dentro de una diversidad virtualmente infinita, unas cuantas formas genéricas, permitiendo reducir la extensa multiplicidad de historias narradas a una serie limitada de esquemas de acción. En particular, a partir de la síntesis formal llevada a cabo por A. Greimas,⁶¹ se identifican tres formas básicas de articulación narrativa de la praxis: la búsqueda, la lucha y la comunicación, esquemas de acción cuya combinatoria y variaciones, así como su capacidad para dar soporte a las más diversas investiduras temáticas, darían lugar a las más disímiles formas del relato.

La *búsqueda* implica el deseo, una tendencia o movimiento dirigido hacia alguna forma de apropiación o de realización. Implica, por tanto, la objetivación de una instancia, el sujeto protagónico del relato, que se establece por relación a la consecución de un fin o a la apropiación de un objeto. Remitiendo a la dimensión del querer y del hacer, la búsqueda constituye, así, un esquema transitivo que delimita el lugar de las dos agencias sustantivas de la acción, operando en un eje equivalente a la estructura sintáctica del complemento directo. Dada su transitividad, la especificación de la relación sujeto-objeto resulta crucial

⁶⁰ R. Barthes, 1966, p. 181, *passim*; cfr., igualmente, M. Bal, *op. cit.*

⁶¹ A.J. Greimas, 1966; cfr., también, M. Bal, 1980, y R. Barthes, 1966.

en la economía del relato, permitiendo la distribución de elementos activos, concretados necesariamente, del lado del sujeto, bajo la forma de agentes personificados que ejercen una acción orientada a fines y, del lado del objeto, elementos pasivos que pueden adoptar formas diversas, apareciendo como personas, objetos, estados o cualidades, valores, rasgos, y así sucesivamente.

Por su parte, la *lucha* supone una puesta a prueba del sujeto del relato. A diferencia de la búsqueda, no se trata aquí de una acción transitiva, sino de la determinación de las condiciones bajo las cuales tiene lugar y se consuma la empresa narrativa, determinación funcional comparable al complemento circunstancial de la frase y que remite, en el contexto del relato, a los trances y apuros que el sujeto enfrenta para apropiarse el objeto de su deseo, así como a la asignación distributiva de agentes de apoyo o de oposición al hacer del sujeto. Facilitando u obstaculizando el desarrollo de la acción, adyuvantes y oponentes suelen estar representados en el relato por agencias múltiples y concretas, cuya intervención se relaciona directamente, no con las instancias de sujeto u objeto, sino con la función que los vincula, esto es, con la propia esfera de la acción, cumpliendo respecto a ella una función adverbial, de determinación cualitativa y situacional.

Finalmente, la *comunicación* implica, en primera instancia, la transmisión o entrega de un don, lo cual puede suponer, por un lado, la transferencia al sujeto, por parte de un agente destinador, de un poder o de los atributos necesarios para la conducción de la acción y, por otro, la formulación de una demanda o mandato que llama al sujeto a emprender una determinada empresa e instituye a un destinatario de la misma. La comunicación o transmisión equivale, así, a la estructura sintáctica de objeto indirecto, actuando como un esquema de destinación propiamente atributivo, o bien, estableciendo la dimensión ética de la acción. Así mismo, la función de destinación comprende no sólo aquellas instancias que otorgan o transmiten un poder o el motivo de la acción, que formulan la solicitud para llevarla a cabo, sino también aquellas que proporcionan el objeto de la acción o permiten que éste sea provisto. En el relato, el destinador o remitente suele aparecer como una instancia unificada aunque no necesariamente concreta (puede estar representado por una abstracción, la sociedad, el deber, el destino, la astucia, la desesperación). Por su parte, el receptor o destinatario de la acción incluye a los agentes a los que el objeto de la acción es ofrecido o entregado, pudiendo constituirse en instancias ante las que el sujeto se sacrifica o a las que se consagra la acción. A diferencia de los adyuvantes u oponentes, destinador y destinatario ejercen una función continua que se dispersa a todo lo largo del relato, sin circunscribirse a un momento determinado del mismo, pudiendo, además, operar de manera implícita y no necesariamente manifiesta.

La combinatoria de los esquemas actanciales sujeto-objeto, adyuvante-oponente, destinador-destinatario permite la objetivación de los elementos emergentes a la experiencia como representantes de una clase determinada de agencias narrativas, instanciadas únicamente por su función, por su relación con el desarrollo de la acción y con una intencionalidad inmanente al campo narrativo, un *telos* que responde a la configuración de efectos de sentido que, en términos estrictos, deben situarse como efectos composicionales de la conformación de la acción, pero que igualmente remiten a una determinada intencionalidad o estrategia discursiva.⁶² En este sentido, las formas básicas de la acción narrativa toman los elementos de la experiencia no como referentes, sino como correlatos de una articulación de sentido producida, nuevamente, en un espacio de excedencia con respecto a lo real, a sus marcas, a su articulación significativa binaria y, finalmente, a su determinación atributiva y categorial. No es un objeto de la experiencia el que se sitúa en el lugar de cumplir una determinada función, sino un correlato de la huella significativa del mismo, ya instanciada, el que se ve determinado según un cierto esquema relacional que responde no a las condiciones de lo que emerge primariamente a la experiencia, sino a una cierta configuración, propiamente narrativa, de sentido.

Por la vía de la combinación de estos esquemas actanciales básicos, la narrativa opera una múltiple articulación del vínculo, así como de la relación del sujeto con el campo de su experiencia. Primero, bajo los parámetros de la transitividad de la acción, del juego de permutaciones de posiciones activas y pasivas a partir del cual el campo de la alteridad se constituye como espacio de intervención y de apropiación. En segundo lugar, por la instauración de una dimensión contractual y del deber ser que interpela al sujeto destinándolo a insertarse en una red de reciprocidades. Por último, a través de la determinación situacional de la acción por relación con un campo agonal de fuerzas, de poder y resistencia.

Consecuentemente, en tanto esquemas discursivos que permiten la distribución, el emplazamiento, desplazamiento y derivación de elementos narrativos, los esquemas actanciales actúan también como dispositivos que operan material y no sólo formalmente en la sustantivación funcional, atributiva y circunstancial de los elementos de la experiencia, como agencias de la configuración del sentido.

3.2. Integración y distribución

La aplicación de los esquemas actanciales en la construcción de la narración permite la cristalización de una serie de unidades narrativas mínimas, unidades de acción y de

⁶² Cfr., *infra*, "Iteración y performatividad discursivas".

sentido que dan soporte tanto al despliegue sintagmático del relato, a su “ilación” narrativa, como a su integratividad paradigmática. A partir de la articulación de unidades narrativas discretas, diferenciadas por su eficacia actancial en la economía del relato, éste se constituye como una “jerarquía de instancias”, de modo que los efectos de sentido no sólo se producen por desplazamiento horizontal, siguiendo el enlazamiento de los enunciados, su contigüidad sintagmática, sino que igualmente se proyectan a cada momento sobre un eje vertical, en el que se articulan, por una serie de efectos integrativos, en sucesivos estratos de orden superior. El sentido del relato se produce, así, como transversalidad, articulando los desplazamientos lineales, el avance y retroceso de un enunciado a otro, de un núcleo narrativo a sus antecedentes o consecuentes, con deslizamientos continuos de un nivel de integración a otros, transitando permanentemente de un plano distributivo a un plano integrativo, de lo que a cada paso se enuncia a lo que a cada momento se implica.⁶³

De tal modo, los efectos de sentido del relato lo atraviesan en todas sus instancias, sin quedar nunca fijados a uno solo de sus componentes y, al contrario, añadiéndose y distribuyéndose entre ellos, dándose por añadidura, emergiendo de la articulación de la combinatoria y de las implicaciones del texto. En el entrelazamiento de estos dos planos, cada elemento narrativo diferenciado se descompone, se altera, produciendo una hendidura en la que se levanta un haz de relaciones y de remisiones explícitas e implícitas, singulares y múltiples, que acaban por configurar el espacio narrativo como espacio generativo y complejo en el que el sentido emerge —al igual que en los planos significativo y predicativo— como plus, como término o correlato suplementario.

En la configuración de este espacio, cada unidad narrativa se especifica como unidad de sentido sólo a partir de que opera como soporte de una diferencia, como “valor”, como elemento instancial de una serie de correlaciones.⁶⁴ Este carácter significativo y funcional de los componentes del relato viene dado por una determinada unidad de contenido, por lo que su enunciación “viene a significar” en tanto efecto predicativo. Así, las diversas clases de unidades narrativas se diferencian con base en la función que su contenido predicativo desempeña en la economía del relato, pudiendo identificarse, siguiendo a Barthes, dos grupos distintos: las funciones y los índices, cuyos modos de operación discursiva remiten a una funcionalidad sintagmática o distributiva y paradigmática o integrativa, respectivamente.

⁶³ R. Barthes, 1966, particularmente, pp. 169-170; para las cualidades integrativas del lenguaje y del discurso, cfr., E. Benveniste, 1964, y H. Saetle, 2004.

⁶⁴ Para la noción de “valor”, cfr., R. Barthes, 1964, p. 50. Para lo que sigue, cfr., nuevamente, R. Barthes, 1996, en particular, pp. 170 y ss.; así mismo, W. Labov, 1972, donde, pese a una perspectiva por completo distinta, pueden identificarse múltiples convergencias.

Las *funciones* constituyen correlatos metonímicos directamente vinculados con el despliegue narrativo de la acción a través de una serie de remisiones horizontales. En tanto unidades sintácticas tienen como correlato otras unidades del mismo nivel, remitiendo de una determinada unidad de acción a otra, consecuente o complementaria. Las funciones pueden distribuirse igualmente en dos grupos. En primer lugar, los *núcleos* que representan unidades de acción fuertemente imbricadas, conformando, a partir de relaciones altamente solidarias de mutua implicación, el “armazón” del relato (la “fábula”, según M. Bal),⁶⁵ el entramado argumental y estructural de la anécdota. Referidos a acciones que abren, mantienen o cierran un determinado curso de acontecimientos, que suscitan o resuelven un estado de tensión, los núcleos actúan, al decir de Barthes, como “bisagras” del relato, como puntos de inflexión⁶⁶ que puntúan la continuación o la desviación y derivación de la historia, su resolución o relanzamiento, abriendo, a cada paso, nuevas posibilidades de devenir y de sentido. En segundo lugar, las *catálisis*, unidades de naturaleza subsidiaria, adjetiva, que proliferan en torno de los núcleos sin alterar su funcionalidad estructural. Las catálisis permiten la expansión y la contracción indefinida del relato; contribuyen a retardar, acelerar, reactivar, resumir o anticipar el curso de los acontecimientos, sin modificar la secuencialidad argumental establecida por los núcleos.

Estos diferentes modos de operación de las funciones permiten conjugar narrativamente dos regímenes distintos de articulación de la experiencia. La funcionalidad lógica y cronológica de los núcleos, su carácter al mismo tiempo consecutivo y consecuente, tiende a conformar estructuras arborescentes fuertemente cohesionadas, introduciendo una dimensión de necesidad en el relato y fijando los efectos de sentido en torno a una serie más o menos continua y consistente de acontecimientos articulados molarmente. Las catálisis, por su parte, implican más bien una dimensión de contingencia, produciendo proliferaciones rizomáticas, efectos parasitarios y derivaciones intermediarias, puramente cronológicas, induciendo, así, efectos de tensión y distensión, de anticipación o retardamiento, que prefiguran la emergencia del sentido como instancia móvil, puramente asintótica.

Independientemente de cuál sea la dominante del régimen de combinación de núcleos y catálisis en el relato, en algún momento su entramado deriva en la constitución de secuencias que integran una serie más o menos compacta de acontecimientos, operando como una unidad totalizada de acción y de sentido. Las secuencias pueden siempre ser

⁶⁵ 1980, pp. 6-7.

⁶⁶ Cfr. N. Denzin, 1989, p. 22 y ss.

captadas, aisladas, en el nivel de la lectura, por determinada designación nominal y articularse sucesivamente como términos simples de secuencias de amplitud cada vez mayor. De tal manera, la sucesiva conformación de secuencias narrativas subtiende la cristalización isotópica de los acontecimientos dispersos de la experiencia, al tiempo que introduce un factor compositivo y expansivo que facilita su constante proyección en nuevas y sucesivas realizaciones de sentido, más o menos previsibles y estructuradas, más o menos indeterminadas e inciertas.

Por su parte, los *índices* conforman unidades propiamente semánticas, correlatos metafóricos que remiten a las atribuciones del ser y no a la funcionalidad de la acción. Los índices cumplen una función integrativa, por envío vertical de los componentes del relato a correlatos de orden superior, a series significantes implícitas y dispersas que se extienden, sin embargo, de manera más o menos continua a lo largo de los episodios de la historia, integrando cualitativamente los rasgos o el conjunto de actuaciones de un personaje, bosquejando atmósferas o proyectando los efectos de sentido del relato en su conjunto.

Los índices comprenden también dos grupos de elementos. Los *índices propiamente dichos* remiten a rasgos significantes más bien difusos, permitiendo la figuración de un carácter, un modo de ser, un afecto, una atmósfera, una manera de pensar; por consecuencia, suponen siempre efectos implícitos de sentido que exigen un desciframiento, una construcción interpretativa. Los *informantes*, por su parte, permiten identificar a los protagonistas de la historia y situar la acción en tiempo y espacio; se trata de “operadores realistas”, inmediatamente significantes, con una funcionalidad semántica debilitada, aunque cumplen una función crucial en la autenticación discursiva de la realidad del referente, en la fundamentación del relato por relación con una serie de coordenadas de identidad y espacio-temporales concretas.

Si en el nivel de la construcción narrativa de la experiencia, las funciones dan lugar —por síntesis temporales y relacionales— a determinados regímenes de necesidad o contingencia, los índices delimitan cualitativamente los efectos de sentido asociados —por síntesis diferenciales e identitarias— a la configuración y figuración de los personajes, los contextos y las localizaciones de la historia. De este modo, según su determinación indicial, los personajes del relato pueden ser objeto de una taxonomía. Constituidos en tanto instancias de atribución concreta, pueden reconocerse por el agrupamiento y la variación disyuntiva de sus rasgos y cualidades, por sus determinaciones adjetivas; pueden, así, identificarse por su vigor o fragilidad, por su rectitud o malevolencia, por su firmeza o volubilidad, y así sucesivamente. Sin embargo, pueden también definirse por el grado de

configuración y de especificación de su morfología subjetiva, factor que, por lo demás, resulta inseparable del ámbito de su acción en el relato, de su desempeño actancial. Desde esta perspectiva se han distinguido⁶⁷ cuatro grupos de personajes que configuran formas de subjetivación históricamente determinadas, cuya especificación en el contexto del relato permitiría dar cuenta no sólo de distintos modos de integración subjetiva sino también de diferentes maneras de modelamiento del campo vincular en que el sujeto se inserta. Así, se pueden contar los “personajes” propiamente dichos que comprenden agentes narrativos aislables únicamente por una forma de hacer y de proceder, con rasgos apenas esbozados y que no responden, en sentido estricto, a un presupuesto de unidad subjetiva, sino a una mera eficacia actancial. Las “personas”, instancias que representan determinados modelos de conducta, por lo que sus rasgos derivan en realidad de ciertos prototipos normativos, de pautas de acción constantes, irreductibles a las circunstancias y eventualidades de la narración. El “sí mismo”, poseedor de cualidades propias según un esquema unificado de acción, atributos y facultades, que lo hace acreedor, en tanto miembro de un colectivo, de una serie más o menos estable de derechos y responsabilidades recíprocos. Finalmente, los “individuos”, agentes que conforman, a diferencia del “sí mismo”, centros de acción autónomos, altamente integrados, que encarnan una progresiva toma de conciencia y que son capaces de enfrentar la coerción del medio, así como de afirmar sus derechos frente e incluso contra el colectivo al que pertenecen.

Por lo que se refiere a la focalización temporal y espacial del relato, los efectos combinados de elementos indiciales y catalíticos induce constantemente rupturas en la continuidad de tiempo y espacio, produciéndolos, no como meras coordenadas situacionales y dimensionales, sino como otros tantos vehículos de transferencia del sentido. En cuanto al tiempo, la determinación temporal del relato pone en crisis la cronología lineal de los acontecimientos, constituyéndose, por el contrario, en una permanente y a veces radical reinvención de la temporalidad.⁶⁸ La alteración de los marcos temporales a través de procedimientos discursivos diversos (interpolaciones, iteraciones, elipsis, prolepsis, analepsis) permite su dislocamiento y reconstitución según distintas duraciones expresivas y significativas.⁶⁹ El acontecer del relato se ve sometido, así, a una serie de esquemas expansivos o sincréticos que anulan o extienden indefinidamente los lapsos, que producen detenimientos y precipitaciones, momentos de anticipación, rizados de reversibilidad, desarrollos isocrónicos o variables, lapsos de saturación de eventos o proyecciones

⁶⁷ Cfr., J. Bruner (*apud* Rorty), 1986, pp. 50-51 (la designación nominal de los grupos de personajes que señala Bruner ha sido ajustada).

⁶⁸ Respecto a los efectos de configuración temporal de la narrativa, cfr., P. Ricoeur, 1985a.

⁶⁹ Cfr. G. Genette, 1972 y 1983.

infinitas, inconmensurables. De tal modo se efectúa una sustitución del tiempo cronológico y abstracto por un entramado de duraciones múltiples, por una serie de montajes que producen una temporalidad que opera semánticamente, y respecto a la cual el tiempo extradiscursivo no resulta sino una ilusión, un efecto de ficción. Así mismo, el relato configura determinadas distribuciones del presente, del pasado y del futuro, induciendo efectos de determinación causal o de contingencia, deslindando un horizonte de continuidad o discontinuidad de los acontecimientos, delineando la figura de un destino irrecusable o la dimensión de la libertad y la espera.

De forma similar, las coordenadas espaciales actúan en el relato no sólo como sistema de localización de los acontecimientos, sino como producción de locaciones topológicas, articuladas por una red de valencias significantes. El espacio fabulado proporciona, así, una serie de indicadores funcionales, de equivalencias y oposiciones, que dan soporte a la conformación, combinación y transmutación de figuras de sentido que transmiten contenidos diferentes a los de una mera delimitación espacial de los acontecimientos. De esta manera, la simple oposición interior/exterior puede significar situaciones de protección o de riesgo, o bien, de confinamiento o de emancipación e independencia; la oposición centro/periferia permite organizar jerarquías sociales, indicar la cohesión o dispersión de los agentes, señalar la habitualidad o excepcionalidad de los acontecimientos. Otras oposiciones espaciales, alto/bajo, izquierda/derecha, dentro/fuera, pueden asociarse con diferencias y sistemas de oposiciones de carácter psicológico, ideológico o moral; cercano/lejano, finito/infinito, cerrado/abierto, pueden articularse con distintas modalidades la experiencia y con determinadas dimensiones psicológicas (familiar/extraño, accesible/inaccesible, seguro/inseguro), y así sucesivamente. De igual modo, pueden rastrearse lugares con una función neutra y lugares de extrañeza, marcados por la alteridad; fronteras y umbrales que operan como mediadores, como espacios de transformación, de devenir, como lugares de trasgresión; o, finalmente, lugares indeterminados o de transición (viajes, medios de transporte) que remiten a la excepción, a la suspensión de toda forma de previsibilidad.

De tal manera, catálisis, índices e informantes complejizan, desdoblándolo por los bordes, el encadenamiento lineal de los núcleos narrativos —siempre escasos, necesarios y suficientes—, lo alteran y aliteran, lo fragmentan o condensan, multiplicando su potencia de sentido, expandiendo, según un principio de propagación indefinida, la desnuda estructura de acción del relato, proyectándola en un espacio complejo, en una multiplicidad indefinida de planos en los que emergen y se configuran distintas formas y variaciones de la experiencia, en los que los acontecimientos derivan según una temporalidad incierta y se inscriben en espacios polivalentes.

A partir de la conformación del relato como red composicional abierta, como unidad inconclusa, siempre amenazada e incierta, el sentido no puede constituirse ya sino como sobreposición y diversificación de planos, como efecto de una constante descomposición y recomposición, como derivación, multiplicación del funcionamiento de los elementos del relato. Hay, dice Barthes, "...un juego incesante de potenciales, cuyas distintas caídas infunden al relato sus «tonos» o su energía: cada unidad es percibida en su afloramiento y en su profundidad, y es así como el relato «avanza»; mediante el concurso de estas dos vías, la estructura se ramifica, prolifera, se descubre... y se recupera..."⁷⁰ La producción del sentido supone, así, al mismo tiempo, el interjuego, la combinatoria de elementos (núcleos, secuencias, indicios, etc.) en estratos integrativos de orden superior (secuencias de diferente nivel jerárquico, una determinada clase de actantes, el sentido global de una serie de indicios) y efectos continuos de dispersión y multiplicación, de diseminación significativa. Por estos medios, cada componente del relato adquiere valores diferenciales, polisémicos, operando como instancia de unificación y diversificación del sentido, el cual, separado en un nivel puede unificarse en un estrato superior, donde puede nuevamente descomponerse, para reunificarse en otro sitio y, así, de manera en principio indeterminada.

De tal modo, el sentido emerge por sucesivas clausuras isotópicas, pero igualmente por una continua disgregación y expansión de instancias; implica integración y fragmentación, concentración y dispersión, reducción y proliferación, economía y saturación de medios, condensación y desplazamiento. Sometido a una doble tensión, a cada momento se disloca, remitiendo siempre a la producción de efectos *diferantes* que, a través de reenvíos constantes, remisiones y retornos, enlazamientos y discontinuidades, surten sus efectos en la integración de la experiencia según un principio de eficacia que no remite a una presunta capacidad mimética o referencial, sino a un potencial abierto de dramatización significativa.

3.3. Isotopía, implicación, contingencia

A partir de constituirse como configuración de la acción en tanto sentido, la narrativa instituye un determinado régimen de inteligibilidad, una lógica que confiere una consistencia "historizante" al devenir de la experiencia. En el relato, una serie de acontecimientos se organizan según una determinada intencionalidad, según un esfuerzo de coherencia que tiende a transformar la serialidad simple en una totalidad significativa, en "pensamiento" más o menos unificado (el tema del relato) que opera como correlato de los eventos narrados. De tal modo, el entramado narrativo integra los factores circunstanciales

⁷⁰ R. Barthes, 1966, p. 199.

y aleatorios de la experiencia en esquemas de sentido determinados por un cierto equilibrio de necesidad y contingencia. Por intermedio de una puntuación significativa que atrae al relato y lo impele a realizarse como despliegue de sentido, el trabajo narrativo compone el acontecer en una historia integrada, lo conforma como *historia*, como red relativamente unificada de concordancias. La narrativa se constituye, así, en ejercicio de imaginación integradora, capaz de producir por igual efectos de sentido particulares, idiosincrásicos, que esquemas generales de simbolización a partir de una doble actividad sintética: síntesis intelectual de la temática de la historia, síntesis intuitiva de sus episodios y avatares, de los rasgos de sus personajes y de las particularidades circunstanciales en que se desarrolla.

Sin embargo, los efectos de síntesis de sentido son siempre relativos; la unidad de la historia no obsta para que el relato se bifurque constantemente, para que otras historias lo habiten, apenas esbozadas, fragmentarias; historias alternas, acalladas por los entramados dominantes, que cruzan y alteran, que diversifican el trabajo de síntesis del sentido; puntos de inflexión a partir de los cuales pueden dibujarse otras formas de experiencia, otras formas de subjetividad. Historias múltiples y divergentes que permiten siempre construir el relato de maneras múltiples y diversas, investirlo siempre en función de diferentes funcionamientos semánticos.⁷¹

El mismo efecto de integración y cierre narrativo depende, incluso, de la diversidad y de la diferencia, del interjuego de enunciados narrativos divergentes, lo cual impide reducirlo a un puro ordenamiento secuencial, a una mera articulación temporal y asociativa. Los acontecimientos del relato —ya se ha visto— se imbrican y se penetran, se repiten, se reiteran, se reflejan, se revierten, por un efecto constante de jerarquización y entrañamiento, de mutua remisión entre niveles. Es precisamente la sobreposición y la múltiple implicación de elementos lo que en determinados momentos da lugar a la totalización, a la unificación de un sentido con respecto al cual cada elemento viene eventualmente a fijarse, a constituirse como unidad necesaria. Hay, de tal modo, un proceso de integración narrativa en el que el ciclo del relato anticipa su conclusión y previene su cierre, mientras que su desenlace resignifica la totalidad de su despliegue, la confirma o la niega, la sella o la subvierte. Entretanto, personajes, eventos y atmósferas se desdoblan y se multiplican, se transforman, vienen constantemente a significar cosas distintas a las que en su manifestación aparente apuntan o, por el contrario, redundan y se agolpan y, desde sus diferencias, producen similares, reiterados efectos de sentido. Entretanto, las expectativas se frustran, la acción se bifurca, tomando derroteros

⁷¹ Cfr., a este respecto, D. White y M. Epston, 1980.

insospechados, planteando —en tanto se arriba al punto en que el sentido se unifica— una deriva.

En algún momento, se producirá un retorno, un efecto de cierre retroactivo, de anudamiento en el que se resignifica la serie completa de acontecimientos y en el que el sentido se producirá como punto de arribo. Esta sutura del relato en su desenlace proyectará entonces una sombra de fatalidad sobre sus componentes y lo configurará como totalidad de sentido. De tal manera, la narrativa tiende a producir ciclos de acción completos cuya clausura implica un efecto de isotopía que eventualmente envuelve al relato con la lógica infalible de su necesidad.⁷²

El cierre isotópico del relato cobra importancia por cuanto conduce a la configuración secundaria del campo subjetivo. Ello supone que el efecto de sentido, en este nivel secundario, tiene lugar, no ya en los planos de significancia o de atribución, sino en el nivel del enunciado narrativo, ahí donde se produce un cierre, la totalización de sememas, una conclusión del sentido por exclusión u oclusión de otros efectos de sentido alternos. En el enunciado narrativo siempre emerge, para decirlo con Bajtín, una cierta “plenitud o conclusividad” de sentido,⁷³ incluso la convergencia de efectos múltiples que tienden a operar un efecto conjunto de reducción isotópica.

Esta plenitud del sentido del enunciado narrativo, su “totalidad conclusa”, no sólo está dada por ciertos recursos formales de conclusión y cierre, sino por la integración de una cierta intencionalidad discursiva, por la puntuación retroactiva del encadenamiento sintagmático de sememas en el relato que, siguiendo también a Bajtín, posibilitan y demandan una respuesta, una réplica o el mero asentimiento del otro.⁷⁴

Esta lógica totalizante de la narrativa (y de la autonarrativa), la pretensión de constituirse en una totalidad significativa, supone también la articulación de esquemas y constructos narrativos de carácter general, la adecuación a un conjunto mínimo de reglas de cohesión, de secuencialización de los elementos narrativos según una relación discursiva eficiente y significativa, de coherencia o de selección de elementos relevantes y de utilización de determinados recursos estilísticos ajustados tanto a la estructura como a la intencionalidad del discurso.

⁷² La isotopía remite a la significación totalizante de una unidad discursiva, implica “un plano de significación homogéneo” (Greimas, 1966, pp. 105 y 108).

⁷³ M. Bajtín, 1953, p. 263.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 265-266.

Pero aún, no obstante los efectos de totalización y cierre del sentido, la narrativa se despliega permanentemente en un campo de tensión entre la tendencia sintética del relato y los efectos de multiplicación y diversificación continuas que su articulación no cesa de inducir. La irreductibilidad de la heterogeneidad emergente —incluso en un contexto que opera tendiendo siempre a la máxima homogeneidad posible— remite a una segunda determinación de la economía del relato, según la cual la narrativa se construye sobre la base de una continua generación de enunciados implicativos, no obvios, sobre la apertura constante de intersticios, de presuposiciones que producen hendiduras, espacios vacíos en que emergen otros tantos efectos de sentido. A través de la implicitación, el sentido se genera en otro sitio, en un lugar distinto al de la mera ilación enunciativa, traspasa la superficie del discurso y lo puebla de multiplicidades que subvierten la lógica de la predicación verificable y de la certeza. De este modo, antes que postular significados en sí, la narrativa opera en la incitación a la producción de sentido dentro de diversos campos semánticos implícitos.

En este orden de cosas, la narrativa supone, en particular, una constante puesta en juego de una serie de recursos discursivos de relativización y de contingencia que la llevan a operar como red abierta de posibilidades de sentido. Procedimientos de subjuntivación que operan la conversión de los acontecimientos en acontecimientos contingentes, significativos bajo el modo de lo incierto y de lo posible. Procedimientos de presuposición, de producción de implícitos que se sobreponen y sustituyen a los significados explícitos, conformando marcos presuposicionales que incitan al ejercicio de la interpretación. Procedimientos de subjetivación que multiplican la realidad a través de su deflexión en el campo de la conciencia. Procedimientos de focalización múltiple que articulan códigos móviles y modos diversos de significación. A través de procedimientos de esta índole el relato genera un espacio discursivo de relativa autonomía, un mundo subjuntivo y contingente, en el que el sentido despunta en un horizonte diferencial de conversiones, reversiones y transfiguraciones, produciéndose como dicho de lo que no se enuncia y como no dicho de lo que se enuncia, suscitando constantes efectos implicativos.⁷⁵

Así, a partir de la unificación y la diferenciación del sentido, de la inducción de un régimen de subjetivación, subjuntivación y contingencia, la narrativa configura el campo de la experiencia como campo de lo posible. En este sentido, el pensamiento narrativo difiere del pensamiento paradigmático en tanto sus articulaciones no se plantean en términos proposicionales y de verificabilidad nomotética, sino que problematizan la plausibilidad,

⁷⁵ J. Bruner (1986, p. 37-38) refiere estos procedimientos —atribuidos aquí a la propia construcción de la narrativa— en relación con la lectura del texto narrativo.

verosimilitud y credibilidad de las propias realizaciones de sentido. Se trata, no de una lógica objetiva de la generalidad y de las relaciones causales, sino de una lógica subjetiva, secuencial y atributiva, de la mutua y solidaria implicación de los acontecimientos, una lógica de implicación sucesiva, de articulación abierta y, en principio, no determinada, de antecedentes y consecuentes, cuya operacionalidad podría enunciarse en términos de fórmulas como "...y entonces... hasta que...", o bien, "...después de... luego... a consecuencia de..."⁷⁶

Así, a diferencia del pensamiento proposicional, sujeto a una funcionalidad indicativa, el pensamiento narrativo apunta a la esfera de la intencionalidad, del hacer y padecer, a las vicisitudes y consecuencias que marcan, en su particularidad, el decurso de la acción y a la posibilidad de situarlas en el espacio de una experiencia que remite, en tanto experiencia de sentido, a determinados marcos de pertinencia y de eficacia semántica. Constituye, así, una forma secular de "pensamiento salvaje" que persiste e insiste, por abajo, al lado, incluso en resistencia, frente a las formas dominantes del pensamiento paradigmático y a las reducciones de una racionalidad reductiva y unívoca.

⁷⁶ Cfr., igualmente, J. Bruner, *op. cit.*, pp. 23-25.

4. CONSTRUCTOS NARRATIVOS

Toda construcción narrativa de la experiencia subjetiva, de la experiencia de vida y cotidiana, remite, por regla general, a una serie de constructos configurados según ciertas formas genéricas de distribución sintáctica e integración semántica. Tales constructos —o, más bien, preconstrutos— narrativos cristalizan procesos colectivos de elaboración de sentido y, por consecuencia, extraen su eficacia semántica y simbólica de los contextos históricos y culturales en que operan, constituyendo territorios de sentido relativamente autónomos, delimitados de acuerdo con códigos que formalizan de una determinada manera las prácticas sociales y simbólicas que los sostienen y que, al mismo tiempo, encuentran en ellos sostén.

Formaciones discursivas capaces de determinar, prefigurándolo, el campo singular de la experiencia; conformadas a la manera de una serie internamente consistente, aunque heterogénea, de estructuras molares de sentido con un alto nivel de generalidad que operan distintas síntesis semánticas de la experiencia. Configurando una suerte de gramática narrativa, un sistema móvil de códigos composicionales y figuras de sentido, permiten la construcción de la experiencia, constituyéndola en un producto legible, transferible y socialmente significativo.

Desde la perspectiva de la determinación de los contenidos del campo de la experiencia, contribuyen a integrarlo en función de una serie de secuencias complejas que toman su forma a partir del despliegue y combinación de núcleos de acción previamente articulados, que en última instancia remiten a los esquemas predicativos y actanciales de búsqueda, enfrentamiento o comunicación. A partir de la combinatoria de las secuencias complejas resultantes, se configuran narrativas de sentido común que informan la experiencia con base en esquemas de acción consistentes con formas predeterminadas de representación y que generalmente remiten —lo cual no es irrelevante— a la codificación de la experiencia en términos de la sintaxis y funciones lógico-predicativas de una “gramática de casos”,⁷⁷ a una configuración organizada a partir de la especificación y ordenamiento de sujetos, objetos, causas, medios, acciones, fines y motivos. De tal modo, articulan la narrabilidad potencial de la experiencia, confirmando a los acontecimientos y a su decurso una dimensión estructurada de sentido que permite generalizarlos, estilizarlos, compatibilizarlos con las categorías de la cultura.

Al mismo tiempo, los constructos narrativos integran un grupo de recursos formales, genéricos, retóricos y tropológicos, altamente codificados que igualmente se vinculan con

⁷⁷ Cfr. U. Eco, 1979, pp. 55 y 62-63, y J. Bruner, 2002, pp. 56 y 134-135.

la reducción de las cualidades diversas y heterogéneas de la experiencia a registros y rasgos reconocibles, comunes a un determinado espacio discursivo.

Esta doble determinación, formal y material, de la experiencia remite al sentido obvio, a una escritura altamente codificada, a los referentes naturalizados de un *corpus* cultural y simbólico que extrae su eficacia de la reiteración de relaciones, de la repetición insistente de las mismas figuras preconstruidas, de la incidencia de un sistema relativamente exiguo y esquemático de mecanismos semánticos y sintácticos que incorpora sistemas preformados de remisión e implicación, formas típicas de secuencialización, localización y temporalización, esquemas actanciales y de representación de los agentes, etcétera.

De tal modo, los constructos narrativos se constituyen, se (re)producen y se transmiten en tanto esquemas discursivos doblemente determinados, doblemente determinantes, capaces de reactivarse indefinidamente, produciendo por sedimentación formas típicas de despliegue sintagmático de las estructuras paradigmáticas de la acción, estructuras genéricas de entramado narrativo y de variación estilística que inevitablemente se concretan en la producción singular de narrativas.⁷⁸

Articulados, pues, como un conjunto de pautas de formalización y generalización de la experiencia, como sistemas organizadores del relato y operadores de sentido más o menos naturalizados, los esquemas narrativos preconstruidos constituyen un tejido intertextual que modela y anticipa el sentido de la experiencia, proporcionando los medios codificados para la articulación de los planos del significante y del significado. Configuran, así, un sistema de “protocolos” narrativos globales, esquemáticos y convencionales, a partir del cual se conforman campos diferenciados de visibilidad e invisibilidad, de transparencia y opacidad, de verificabilidad, coherencia y pertinencia de la experiencia, operando como esquemas regulatorios y normalizadores de la misma, como dispositivos inductores de normas de sentido en torno a las cuales se incita al sujeto a constituir, moldear y aprehender su existencia.

De tal modo, los constructos narrativos aseguran la existencia de un núcleo simbólico-normativo compartido que da soporte, más allá de la esfera empírica de los intercambios, a la continuidad entre la enunciación y la productividad subjetiva de la narrativa, por un lado, y la verdad, la validez y el significado del discurso enunciado, por el otro. Matriz simbólica y discursiva que instituye un espacio en el que toda enunciación remite a una red intertextual y trans-subjetiva que autoriza las más diversas conversiones y permutaciones y que, a la manera de una estructura heurística, permite el tránsito y la transferencia permanentes de

⁷⁸ P. Ricoeur, 1985a, pp. 136-138.

las narrativas sociales a la biografía del sujeto y de ésta a la reproducción de narrativas socialmente significativas.

Como condición necesaria de su generatividad, estos constructos actúan según modos de operación inconcientes, dotados de una eficacia propia e independiente, y antes de depender de las intenciones expresivas del sujeto, determinan su lugar en el discurso, lo fijan a un sistema de coordenadas y funciones narrativas y representacionales preestablecidas. De tal modo, las reglas de su funcionamiento se le sustraen continuamente y sólo llega a adquirir conciencia de su incidencia y de su estructura de manera parcial e intermitente.

Dado el carácter social de su cristalización, su carácter de formaciones discursivas objetivadas, estas estructuras son exteriores al sujeto, lo preceden, se le imponen o le vienen a la mano, obedeciendo a una eficacia de "sentido común". Dan base, así, a la inscripción de la experiencia subjetiva en las estructuras de sentido predominantes en un momento y lugar determinados, ciñéndola a las condiciones de inteligibilidad propias de una serie limitada de permutaciones simbólicas, de modos discursivos e identitarios⁷⁹ que la preceden y la prefiguran.

No obstante su operacionalidad sintética e integrativa, estas sedimentaciones estratificadas, estos esquemas de saber, no constituyen un cuerpo unitario y homogéneo. Conforman, al contrario, un repertorio heterogéneo, disperso e incluso problemático de formas narrativas, no sólo en el sentido de que constituyen, antes que un cuerpo cerrado de relatos, una gramática en formación cuya combinatoria permite la producción de formas enunciativas imprevistas, inverosímiles, incluso monstruosas, pero legibles y, en algún momento, negociables, legitimables; sino también en el sentido de que se trata de un cuerpo discursivo "heterológico"⁸⁰ y en tensión, habitado por el enfrentamiento, la divergencia y la contradicción, un campo elidido, cruzado por relaciones de poder y de resistencia, de conformidad e inconvinción normativa, por tendencias y fuerzas de atracción o de rechazo. Bajo tales condiciones, constituyen, antes que un sistema referencial de esquemas más o menos fijos o estables, un repertorio variable de segmentos articulables en múltiples e infinitas combinaciones, un lenguaje abierto, una matriz de generatividad indefinida.

⁷⁹ A diferencia de la forma "(id)entitario" utilizada antes para designar un efecto constitutivo, de carácter simultáneamente categorial y ontológico, se usarán aquí y adelante las formas simples "identidad" e "identitario" para referir las formas derivadas de pertenencia y de conformación de una imagen de sí del sujeto.

⁸⁰ R. Barthes, 1973, p. 136.

Así, pese a su carácter canónico y relativamente estable, proveen también la gramática, los medios y las reglas para la producción de formas emergentes de elaboración narrativa, conduciéndose eventualmente como instancias de esquematización simbólica y de ficción narrativa constituyentes, como medio de concretización del poder configurante del sentido, proporcionando una rica reserva de recursos discursivos para la articulación de formas divergentes de experiencia.

En este contexto, toda producción narrativa no viene a ser entonces sino una instancia singular de enunciación desprendida de formas simbólicas reiterativas y recurrentes. Por consecuencia, toda formulación narrativa de la experiencia está necesariamente mediada por esquemas objetivados de sentido que imponen su impronta al sujeto bajo la forma de una matriz inconciente que prefigura los contenidos semánticos de la experiencia. De tal manera, la inteligibilidad de ésta es estructural, antes que experiencial, iterativa, antes que empírica.⁸¹

En el nivel de tales estructuras hay que situar, empero, no la producción de sentido, esto es, la generación de efectos de sentido propiamente dichos, los cuales por el contrario han de producirse necesariamente, en tanto producción material de sentido, en el nivel de la enunciación narrativa singular, sino una combinatoria composicional, la función relativa y oposicional de unidades y esquemas narrativos con valor integrativo y distribucional, a partir de las cuales es posible generalizar los efectos singulares de sentido.

De tal modo, si bien la materialidad del sentido halla su soporte en la marca significativa singular emergente de la experiencia, el trabajo de articulación simbólica de la experiencia desprende en última instancia, a partir del juego estructural de los preestructos narrativos, un efecto de simbolización de segundo o tercer grado, un simbolismo configurante que al remitir a códigos preestablecidos funda un régimen genérico de pertinencia para el relato.

Así mismo, en un proceso de remisión circular, los esquemas narrativos generales acaban configurando el campo mismo de la experiencia como narrativa incoactiva, como sistema virtual de relatos en despliegue, en proceso de ciframiento y desciframiento, como escritura constituida incesantemente en objeto de lectura de la que se extraen fórmulas emergentes de significación que, a su vez, vienen a sedimentarse y a conformar nuevos esquemas de sentido. De tal manera, los propios constructos que informan la experiencia vienen a persistir y a sostenerse sólo en la medida en que se actualizan en el plano concreto de la experiencia, en la reiteración singular de las enunciaciones.

⁸¹ Cfr., *infra*, "Interpelación y performatividad"

Círculo de producción y de productividad del sentido que se reactiva permanentemente en tanto los esquemas de significación han de articularse, en el nivel de su propia productividad, con la emergencia incesante de lo real. Así, por un lado, a partir de su remisión a los constructos narrativos, el relato no recoge sino los acontecimientos tal como han sido pautados, signados, distribuidos y atribuidos por esquemas prefigurativos derivados de prácticas de sentido previamente cristalizadas, pero también, a la inversa, la producción narrativa opera a cada momento como recodificación de los códigos, como generación de excedentes de sentido que amplían o transforman constantemente la legibilidad de la experiencia.

Al final, inscrita en la intersección entre la singularidad de los efectos de sentido y la generalidad de su formalización narrativa, la experiencia del sujeto se constituirá, más allá de una improbable mimesis o de una simple reproducción de una experiencia cuyo estatuto extradiscursivo o pre-diferante sería imposible sostener, en un sistema de encadenamientos metonímicos (sintácticos) de *relata* funcionales y de implicaciones metafóricas (paradigmáticas) de *relata* indiciales, un sistema de argumentos y figuras cuyo efecto estructurante establecerá configuraciones directamente constitutivas del ser y del hacer.

4.1. Tropos y rasgos de estilo

La eficacia significativa de los constructos narrativos vincula la producción narrativa con un determinado repertorio de géneros discursivos, tipos temáticos, composicionales y estilísticos que comportan formas de articulación típicas y relativamente estables. Cada enunciado narrativo, considerado en su integración en una unidad de sentido, implica la actualización de determinados rasgos de estilo y esquemas genéricos que determinan de manera relativamente abierta la forma y contenido de la enunciación. De tal manera, la selección de una determinada forma narrativa no responde sino secundariamente a la intención expresiva del sujeto o al contenido del relato, sino que ha de atribuirse, en primera instancia, a la formalización de los enunciados al interior de formas discursivas canónicas que, en tanto formas performativas de la enunciación, guían y puntúan la construcción del discurso.

El género podría comprenderse mejor como una perspectiva respecto al texto que como un tipo de texto; así, antes de constituirse en texto la (re)construcción narrativa de la experiencia tiene una textura, un “tono”, y el sentido del relato se encuentra anticipado, determinado, antes que por su contenido, por la forma de su entramado, por una serie inconciente de implicaciones argumentales que se desliza en su configuración genérica y

estilística. De tal manera, la base de la coherencia semántica de los acontecimientos en el relato no sería material, sino fundamentalmente poética, formal.

Ahora bien, la articulación de determinados rasgos de estilo y esquemas genéricos hay que situarla como un epifenómeno del discurso, como efecto insustancial y suplementario del enunciado, como plusvalor simbólico adyacente, lo cual le ha permitido a E. Benveniste concebir la existencia de una correlación entre la simbólica del inconciente y los procedimientos de estilo que operarían, así, antes incluso que el material narrado, como instancias de la inscripción de la subjetividad en el discurso.⁸² Es en el estilo, pues, antes que en los contenidos del relato, donde pueden detectarse y rastrearse las trazas de la subjetividad y de la afectividad conciente o inconciente, desplegándose como una “retórica” de figuras y rasgos peculiares, como imaginería estilística, como construcción estética de sí.

La estilística del relato está compuesta por figuras trópicas y poéticas que, según se ha visto, subtienden a las primeras operaciones de figuración simbólica y que, de manera previa a la representación cognitiva acabada de la experiencia, preorganizan el campo narrativo. El estilo comprende una serie de variaciones significativas que introducen ciertos rasgos o giros semánticos que difieren en cuanto a los marcos interpretativos que inducen por implicación y, de ahí, en cuanto a sus particulares efectos de sentido. Compuesto por la coocurrencia de haces de tales rasgos,⁸³ el estilo actúa como una estructura holística de sentido, como vehículo de los elementos implícitos de la enunciación, como dicho de lo no dicho, como efecto prerrepresentacional de simbolización, remitiendo, por regresión, al plano de significancia y permitiendo la emergencia de efectos de sentido en gran medida vinculados con movimientos afectivos que no pueden ser objeto de articulación directa y explícita. De esta forma, el estilo puede tomarse como un señalamiento ostensivo de los modos en que deben ser leídas las implicaciones no articuladas del relato, los significados implícitos, las intencionalidades de sentido. El modelamiento estilístico supone, así, una particular dimensión correlacional de sentido en la que éste opera como juego incoactivo e intertextual, como matriz que permite sustituciones y desplazamientos paralelos al material referencial del enunciado, constituyendo, por relación a los contenidos objetivados del relato, una dimensión adicional de significancia. Planteado en estos términos, el problema

⁸² E. Benveniste, 1968, pp. 86-87.

⁸³ Cfr. Sandig y Selling, 1997.

del estilo remite al de la configuración de una singularidad subjetiva,⁸⁴ así como a la construcción de determinadas formas de coherencia y de congruencia narrativa.

En interacción con la descripción explícita y con las articulaciones molares de la acción, el estilo define el género o subgénero del relato según distintos grados de prototipicidad, dando lugar, no obstante, a una variabilidad textual de amplio rango. Los recursos estilísticos pueden, en efecto, conferir forma al relato de manera exhaustiva, identificándolo como una variante canónica de alguna estructura genérica, o bien, marcarlo de manera esporádica y parcial, permitiendo un mayor grado de libertad y variación. Pueden sobrecodificarse o simplificarse, combinarse inextricablemente entre sí o alternarse con formas neutras de expresión, remitir a estereotipos y lugares comunes o dar lugar a idiolectos y realizaciones insólitas.

El uso creativo, incluso totalmente idiosincrásico, de los recursos de estilo permite apartarse de las convenciones y expectativas estilísticas, utilizarlas para propósitos desviados, subvertirlas, reformularlas. Así, sin poder reducirse al producto de una selección sujeta a voluntad o totalmente arbitraria o aleatoria, ni estando tampoco necesariamente determinadas por la estructura explícita del relato, las variaciones trópicas y estilísticas operan como rasgos distribuidos estocásticamente que, a la manera de una "señal holística de contextualización",⁸⁵ configuran un determinado funcionamiento isotópico, una materialidad semántica reconocible e interpretable. De tal modo, por un efecto de reversión sobre el material narrado, la forma estilística del relato confiere sentido y contenidos adicionales al mismo, configurando una suerte de protocolo narrativo preconceptual, caracterizable en términos de figuras trópicas, e incluso argumentales, más o menos discernibles.

Como rasgo distintivo de la narrativa, el estilo otorga al relato un poder significante que rebasa el sentido propio y directo de sus enunciados, integrando una dimensión subjetiva suplementaria en el recuento de los acontecimientos. No obstante su carácter local, particular y circunstanciado, las figuras estilísticas tienen, al articularse en sistemas complejos, un estatuto estructurante. Las distintas clases de figuras: ontológicas, de orientación y estructurales, según la clasificación de Lakoff y Johnson,⁸⁶ constituyen esquemas recurrentes que admiten una continua transmutación de sus términos para la configuración de los distintos campos de la experiencia: experiencia del cuerpo, de la interacción con el entorno (desplazamientos en el espacio y manipulación de objetos) y de

⁸⁴ Cfr., *infra*, "De la enunciación al yo narrable".

⁸⁵ B. Sandig y M. Selting, *op.cit.*, p. 226.

⁸⁶ G. Lakoff y M. Johnson, 1980.

la interacción con otros (interacciones sociales, económicas, de deseo, de poder, etc.).⁸⁷ Los constructos narrativos, compuestos en gran medida por esquemas trópicos inconcientes, estructuran, así, la percepción, la relación con el otro y con el entorno; al determinar los procesos de selección, combinación y concordancia narrativa de los elementos de la experiencia, constituyen una instancia básica de producción de la experiencia subjetiva, operando en la especificación cualitativa de los agentes y unidades de acción narrativa cristalizados según los ordenamientos de la "gramática de casos".

Por tratarse precisamente de una materialidad configurada y formalizada, delimitada por determinados rasgos trópicos y estilísticos, la realidad significada nunca es neutra, está necesariamente deformada, alterada, no por relación a un referente central, sólido y estable, con respecto al cual supondría una realización debilitada, una imagen errada, sino por relación al conjunto abierto de sus variaciones, al sistema de representaciones y afectos situados en el espacio de lo que se produce como pensamiento en la configuración del relato; pensamiento emergente en un lugar diferente, descentrado, articulado en los contenidos y giros formales del relato, pensamiento inconciente que, sin embargo, ejerce sin cesar múltiples efectos articulantes.

Al operar en el reverso del relato, los esquemas trópicos producen el efecto de sentido a partir de generar una fisura en la literalidad de los términos postulada explícitamente en la enunciación, desdoblándola y multiplicándola, en el campo adyacente de sentido, en una serie indeterminable de remisiones implícitas y en continuo desplazamiento, desalojadas de lo explícito. El efecto semántico y estructurante del estilo rompe, así, la continuidad de la articulación sintagmática de la enunciación, desplegando el sentido como espacio agregado de disonancia y consonancia, como deriva, como desalojo y desplazamiento del sentido literal, como deslizamiento signifiante. Operando por la dislocación del sentido directo, por la asimilación de campos semánticos implícitos y heterogéneos, las figuras trópicas producen formas emergentes, no obvias, de articulación de la realidad y de la experiencia, suspenden los valores referenciales de primer grado, reactivando la potencia generativa del lenguaje a favor de esquemas de sentido y formas de subjetivación inscritas en un plano adyacente e irreducible al de los contenidos manifiestos del relato.

De este modo, el trabajo trópico y estilístico constituye la instancia narrativa mediante la cual la estructura del relato es revertida, devuelta y reinserta en el plano de significancia, liberando un poder radical de remisión a las huellas en-gramáticas emergentes de lo real que no se enuncian sino en un espacio de pensamiento destituido y que, por ende, no

⁸⁷ G. Lakoff y M. Johnson, *op. cit.*, pp. 204-205.

pueden ser objeto de una referencia simple. Nuevamente inscritos en la mecánica de la significancia, los rasgos de estilo remiten a factores afectivos, a las cualidades intensas de la experiencia, por lo que el estilo debe tomarse como vehículo de intensidades, como instancia prefigurativa de efectos semántico-afectivos, de postulación discursiva de todos los aspectos de la experiencia que exigen, para producirse en un segundo plano como efectos de sentido, un campo otro de pertinencia semántica, una racionalidad implícita, evasiva, imprecisa, equívoca. En un sentido propio, el estilo somete el discurso al sentido como correlato de lo que acontece, de lo que no cesa de plantearse como deslizamiento, como pensamiento caduco o en formación, extemporáneo y nunca en convergencia consigo mismo. Así, pues, en la medida en que la narrativa se estructura según determinados recursos retóricos y de estilo, la construcción de la experiencia es necesariamente trópica, incluso en sus formulaciones más directas, en virtud de que no puede hacer pasar la remisión a lo que emerge de lo real sino por marcas significantes que a partir de ser evocadas no persisten sino como rasgo discursivo, esto es, por la eficacia significativa de las figuras trópicas en tanto instancia de articulación y de transferencia de un valor y de una diferencia de sentido, como superficie de deslizamiento de un sentido a otro.

Ampliando lo que ya se ha dicho sobre la metaforización y recurriendo ahora principalmente a H. White y N. Frye,⁸⁸ pueden reducirse las estrategias de articulación estilística de la narrativa, esquemas básicos de la imaginación narrativa, a cuatro tropos fundamentales del lenguaje poético: la metáfora y la metonimia —figuras equivalentes a los dos ejes básicos del lenguaje que han sido equiparadas a los mecanismos del pensamiento inconciente—, a las cuales se deben añadir la sinécdoque y la ironía, en una serie de estrechas implicaciones y determinaciones mutuas. Así, desde un cierto ángulo, la sinécdoque y la propia metonimia pueden ser consideradas como derivaciones de la metáfora, mientras que desde otra perspectiva la metáfora y la sinécdoque pueden agruparse por contraposición a la metonimia y la ironía. La sinécdoque también ha sido equiparada con una metonimia “orgánica”, de grado “ascendente”, tendiente a un efecto metafórico, y la ironía con una metaforización negativa, de grado “descendente” y sin sustitución de términos. El agrupamiento de estos cuatro tropos y su relativa predominancia discursiva permitiría, además, distinguir un lenguaje integrativo, vinculado con la metáfora y la sinécdoque, y un lenguaje dispersivo asociado con la metonimia y la ironía, así como distintos grados de integración o de reducción de las convenciones estilísticas,

⁸⁸ Cfr., N. Frye, 1957, y H. White, 1973.

relacionados con la reiteración, combinación, subordinación, dominancia o exclusión de determinadas figuras.⁸⁹

Así mismo, cabe postular una relación de implicación entre los cuatro tropos básicos y diferentes esquemas genéricos de articulación narrativa que autorizaría a dar cuenta de algunas operaciones discursivas claramente discernibles a través de las cuales los contenidos de la experiencia, en principio altamente indiferenciados, ambiguos y ambivalentes, pueden ser articulados prefigurativamente, reducidos o integrados, fijados para su aprehensión conciente. En efecto, estos esquemas genéricos o entramados narrativos, argumental y formalmente estructurados, suponen cada uno una particular lógica de articulación narrativa, precediendo y subtiendiendo la especificación representacional "objetiva" de los contenidos del relato a la manera de esquemas performativos con un efecto generativo y configurante. De tal modo, la estructura de estos esquemas narrativos remite al plano en el que la experiencia es primariamente *constituida* y *experimentada*, antes de ser pensada o representada.⁹⁰

A fin de esclarecer los diferentes efectos de esta constitución narrativa de la experiencia, hay que especificar el tipo de reducción o integración que metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía efectúan en el nivel de su articulación sintagmática y lexemática, así como los distintos efectos de sentido que generan en el nivel implícito, figurativo o representacional. Así, la metáfora es propiamente integrativa, bajo un modo predominantemente representacional y categorial, la metonimia reduccionista, la sinécdoque integrativa, la ironía negativa. Sobre la base de este funcionamiento, cada figura trópica permite desplegar un determinado paradigma lingüístico con las operaciones necesarias para prefigurar el campo de la experiencia, proveyendo cada una, como medio significativo de soporte del sentido, esquemas particulares y alternativos de construcción y determinación de la experiencia, conformando un distinto protocolo narrativo: la metáfora un discurso atributivo e (id)entitario, la metonimia un régimen de relaciones extrínsecas, la sinécdoque un régimen de cualidades intrínsecas, la ironía un régimen de negatividad.

En primer lugar, prosiguiendo lo que ya antes se ha planteado, el poder significativo de la metáfora reside no en la articulación de dos significantes actualizados, sino en una sustitución en la que el término omitido mantiene su eficacia semántica por conexión metonímica con el contexto, con la cadena de la que ha sido removido. Por este mecanismo, la metáfora produce el sentido por el sinsentido, mediante una operación de

⁸⁹ H. White, *op. cit.*, pp. 41-42.

⁹⁰ *Ibid.*, 39 y ss.

sustitución del significado por una serie significativa alterna que produce un efecto de advenimiento de otro sentido, lo que implica, al decir de Lacan, el franqueamiento de la barra que articula la estructura del signo, un desplazamiento a un lugar otro en que el sentido se produce.⁹¹ En este caso, el efecto de significancia, de productividad del significativo, tiene lugar, pues, bajo la forma de una duplicación significativa, de un desalojo y un enmascaramiento.

Al producir el sentido como asimilación atributiva de series significantes explícitas e implícitas, la metáfora se liga con la cuestión del ser y de la identidad de los objetos de la experiencia, de sus cualidades categoriales y taxonómicas; implica la asignación e intercambio de propiedades y modos de ser en un espacio representacional que tiende a codificarse según un sistema cerrado de diferencias y similitudes, de homologías y heterologías. En un nivel general, todo relato —y, en particular, el relato autobiográfico—⁹² puede considerarse una metáfora extendida de la experiencia, un sistema de asignaciones y sustituciones de sentido. Más aún, los procesos de pensamiento y de figuración narrativa son, en un sentido estricto, propiamente metafóricos; el espacio mismo de la representación constituye un tejido de metáforas.

En lo particular, la frase metafórica proporciona un dispositivo textual para la transposición del sentido del texto a otros textos implícitos que lo multiplican. La metáfora supone una comparación, una atribución condensada en la que los conectivos comparativos quedan sobrentendidos, una producción (id)entitaria que opera por derivación del sentido literal al sentido figurado, promoviendo una añadidura de sentido por sobreposición al sentido propio y obvio de los términos. El desvío del sentido literal tiene lugar por la remisión de una serie significativa a otra, por un juego de sustituciones y asimilaciones que opera, según Ricoeur, no en el nivel nominal de la sustitución de términos, sino en el nivel semántico de la frase, en el nivel de la predicación, de tensión entre las posibles lecturas de una relación significativa compleja.⁹³ Dado que involucra dos o más series significantes, el efecto metafórico se sostiene sobre la diferenciación e incluso contraposición entre dos o más interpretaciones alternas; implica, así, el paso entre series, el desfase, la precipitación de otro sentido en lo enunciado, una “contradicción significativa”.⁹⁴ El enunciado metafórico acopla, homologa, dos ámbitos de sentido divergentes, produciendo un efecto de interacción semántica, de diferenciación entre los términos y el contexto de enunciación en

⁹¹ J. Lacan, 1957, pp. 495-496.

⁹² Cfr. M. Angrosino, *op. cit.*

⁹³ P. Ricoeur, 1976, p. 60.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 63.

que se insertan. Al proponer una inconsistencia, una incompatibilidad semántica explícita, la metáfora exige la elaboración, el esclarecimiento del sentido, el desentrañamiento de las remisiones significantes implícitas. En el contexto de la narrativa, en la cual el trabajo de sentido puede ser caracterizado radicalmente como trabajo metafórico, el espacio subjetivo emerge y persiste en y mediante un campo de metáforas, en y mediante la articulación de órdenes semánticos diversos. En este sentido, la constitución de la experiencia implica que toda una serie de elementos de un campo se “recoge” a través de la serie de elementos del campo metafórico por la postulación de un isomorfismo estructural entre dos o más isotopías.⁹⁵

En cualquier campo prefigurado por la dominancia de ciertas formaciones discursivas y narrativas, existe un vasto campo de metáforas más o menos fijas y móviles: “frases hechas”, lugares comunes, metáforas debilitadas o plenas, metáforas emergentes; una red compleja de metáforas que se teje en torno de los núcleos e instancias del relato, transfigurando el mundo de los objetos y las acciones en un mundo cualitativamente determinado de flujos, circuitos e intercambios relacionales, de valores y modos de ser suplementarios, excedentes. La función metafórica establece entre los elementos del discurso una serie de relaciones de implicación, disyunción, semejanza, conjunción y determinación, mediante las cuales las propiedades de ciertas instancias son transferidas, atribuidas y asignadas a otras, mediante lo cual lo desconocido se traduce en esquemas conocidos y lo conocido se trasmuta y resurge con el brillo de la extrañeza. Por este interjuego de transvasamientos y dado el modo complejo de su operación, la metáfora tiene, en el proceso de reducción simbólica de lo que emerge de lo real, un mayor poder de implicación, connotación e implicación, un mayor potencial de producción de efectos de sentido, que la metonimia y el resto de las figuras trópicas.⁹⁶

Por otro lado, la transferencia metafórica entre series interpretantes y de sentido opera, en el plano de atribución, de objeto a objeto, sustentándose en el establecimiento de relaciones a través de las cuales se establece una vinculación representativa entre ellos. La identificación literal entre objetos recubre la sustitución implícita de uno por otro, de modo que, en el nivel del sentido figurado, un objeto transfiere sus cualidades y atributos al otro. La metáfora desempeña, así, predominantemente una función representacional y

⁹⁵ J.A. Millán y S. Natotzky, Introducción a **Metáforas de la vida cotidiana** de G. Lakoff y M. Johnson, *op. cit.*, pp. 14 y 16-17.

⁹⁶ D. Ruiz, 2003b, p.67.

atributiva, sancionando las prefiguraciones del contenido de la experiencia en términos de relaciones (id)entitarias de objeto a objeto.⁹⁷

Por su parte, la metonimia, la conexión de la parte con el todo, no opera sino en la superficie sintáctica inmediata del significante, mediante la asociación y deslizamiento del sentido de un significante a otro. Según Lacan, la estructura metonímica permite la elisión continua por la cual se instala, en el nivel del significante, la falta, el borramiento del objeto, al cual el deseo no cesa de tender y apuntar, de modo que, al contrario de la metáfora donde es patente, el “término productivo del significante” queda latente, articulado como pro-yecto de la cadena.⁹⁸ La metonimia produce, así, un campo de significación inmanente a una determinada serie significativa, constituyendo un encadenamiento continuo de articulaciones externas del que la sucesión de acontecimientos de la experiencia toma un determinado valor funcional o causal. Del mismo modo, las relaciones metonímicas proyectan un abismo infinito, un encadenamiento incesante, una constante producción de otra cosa, una pluralidad donde las entidades aisladas categóricamente devienen continuamente y derivan otras.

Desde esta perspectiva, la secuencia de acontecimientos relatados constituye en sí misma una serialización metonímica de en-gramas categorizados y atributivos, dando lugar, a través de su articulación, al despliegue de formas específicas de representación causal. Al mismo tiempo, dado que la sustitución de un término por otro depende aquí menos de una configuración semántica que de la relación asociativa que los términos guardan entre sí, el vínculo metonímico tiene un carácter exógeno, más concreto y menos figurativo, que la metáfora. En efecto, el reemplazo de términos por contigüidad ocurre en la metonimia por proximidad e interdependencia sin implicar la incidencia de cadenas semánticas divergentes del enunciado, sino una derivación, una alteración, al interior de un mismo campo isotópico. De tal modo, la metonimia es un tropo “realista” que remite a la vinculación de los objetos y los acontecimientos en el orden secuencial de su dependencia externa, insertándose en el nivel de un despliegue verificable de relaciones dispuestas en un mismo plano semántico y de sentido.⁹⁹ A partir de tal operacionalidad, las relaciones metonímicas exigen un rastreo, seguimiento y no interpretación, plantean trayectos lineales de causalidad (relaciones causa-efecto), de subordinación (relaciones continente-contenido), de fragmentación o integración (relaciones parte-todo), de generalización o

⁹⁷ H. White, *op. cit.*, p. 54.

⁹⁸ J. Lacan, 1957, p. 495 y 496.

⁹⁹ D. Ruiz, 2003b, p. 78 y ss.

especificación (relaciones abstracto-concreto, clase-individuo), de apropiación (relaciones sujeto-objeto), y así sucesivamente.

Al implicar un cambio de nombre, un deslizamiento, una transportación de sentido entre las sucesivas instancias de una serie lexemática, al desplazarse del todo a la parte, de la parte al todo o de una parte a otra del todo, la metonimia tiene un efecto de reducción, reducción de funciones y atributos que en la cadena metonímica resultan intercambiables, reducción de los objetos sometidos a un régimen inmanente de sustituciones y equivalencias directas. En tanto correlación horizontal de significantes, la metonimia constituye el elemento discursivo articulador de un pensamiento determinista. Su funcionamiento implica el establecimiento de relaciones extrínsecas entre los distintos elementos y segmentos del relato que ingresan a la reducción metonímica. Finalmente, a partir de que sanciona las prefiguraciones de la experiencia en términos de una relación de parte a parte, la metonimia puede considerarse como un mecanismo de reducción mecanicista.¹⁰⁰

En tercer lugar, la sinécdoque supone una integración metafórica de sentido a partir de una reducción metonímica. En ella, una parte del objeto de significación es tomada para simbolizar, no el todo, como en la metonimia, sino una cualidad metafórica presuntamente inherente al todo. En este sentido, la sinécdoque corresponde a un mecanismo interpretante generalizado que opera por la determinación simbólica de la totalidad del objeto a partir del recorte de un determinado aspecto o propiedad metaforizada del mismo.

De tal modo, la sinécdoque establece una relación intrínseca, una transferencia de cualidades internas entre dos o más órdenes contiguos de experiencia, integra un todo cualitativamente distinto de sus partes y toma cada parte como elemento hologramático del todo. De esta manera, uno de los términos es tomado figurativamente como designación de una cualidad global del todo o de la combinación integrada de sus atributos, introduciendo, por vía de un juego holístico de significantes, una relación cualitativa entre elementos de una totalidad. En síntesis, la sinécdoque supone una figuración integrativa organicista, sancionando las prefiguraciones de la experiencia en función de la relación entre el objeto definido según rasgos o propiedades parciales y una totalidad cualitativamente determinada.¹⁰¹

Por último, la ironía ejerce un efecto negativo de sentido, caracterizando una determinada instancia por la negación en el nivel tácito o figurativo de lo que se afirma en el nivel literal, positivo o, en otros términos, afirmando la negación de una afirmación explícita. A

¹⁰⁰ H. White, *op. cit.*, p. 45.

¹⁰¹ *Ibid.*

diferencia de los tropos anteriores, en los que la producción de sentido puede postularse en el nivel inmanente del juego significante, en el caso de la ironía se muestra necesaria la intervención de otro en la realización del sentido, pues presupone que el otro es capaz de reconocer el absurdo, la insostenibilidad, la reversibilidad de lo que se asienta de manera manifiesta y literal. La ironía pone, así, de manifiesto retroactivamente que, en realidad, las figuras trópicas en su conjunto exigen la relación con el otro para operar sus efectos de sentido, que la alteridad constituye el espacio estructural en que el sentido puede plantearse y llegar a resolverse, incluso para el sujeto.

En particular, la ironía recurre a la catacrexis, al oximorón, a la aporía, a toda clase de expresiones absurdas, paradójicas, ambiguas o indecibles. Hace un uso deliberadamente negativo de la metáfora, induciendo un segundo plano, invertido, de sentido, y denunciando implícitamente la inadecuación de la propia caracterización metafórica sobre la que se asienta. Por consecuencia, la ironía postula un falso realismo que se niega a sí mismo, permitiendo mirar el mundo de la experiencia de una manera no figurativa, o más bien antifigurativa, fría y descarnada. De tal modo, la ironía es capaz incluso de poner a descubierto la inadecuación y futilidad del lenguaje y del discurso mismos y del pensamiento figurativo, su carácter problemático; por su intermedio, el lenguaje se vuelve sobre sí mismo y pone en crisis sus propias capacidades de representación, mostrando, al contrario, su capacidad para distorsionar la percepción de las cosas.

La ironía proporciona, así, un paradigma discursivo para la resistencia, para la configuración de una visión crítica, no sólo con respecto a una determinada caracterización del mundo y de la experiencia, sino también con respecto a la propia capacidad del lenguaje para captar adecuadamente la experiencia. Operando como mecanismo significante propio para el despliegue del escepticismo y del relativismo, la ironía pone en duda y subvierte los supuestos de la propia adecuación prefigurativa de la experiencia, constituyéndose como producción de sentido que pone en cuestión el efecto mismo de sentido, como articulación significante de la radical inarticulación e insignificancia de lo real.

4.2. Género

Volviendo ahora, sobre la base anterior, a la cuestión del género narrativo, vale señalar, con Bajtin,¹⁰² que en cada esfera discursiva —y la narrativa es, antes que la excepción, el ejemplo más claro— se genera, por progresiva sedimentación, un repertorio paulatinamente diferenciado y complejo de esquemas argumentales típicos, relativamente estables, que se corresponden con la formación de distintos campos de praxis. En la mayor

¹⁰² M. Bajtin, 1953, pp. 248, 250 y ss.; cfr., igualmente, P. Ricoeur, 1985a, pp. 136 y ss.

parte de los casos, la estructura genérica, como el estilo, de un relato no es sino un “epifenómeno” que, sin formar parte de la intencionalidad de la enunciación, la atraviesa como producto suplementario. Este carácter no intencional de la estructura genérica y estilística del discurso narrativo, asociado por un lado con la inscripción de determinados efectos de significancia inconcientes, opera al mismo tiempo como instancia de articulación entre el lenguaje y el contexto social e histórico de la enunciación, principalmente a través de la reiteración normativa de esquemas argumentales y estilísticos.

Así, el género como estructura discursiva general se concreta bajo la forma de esquemas narrativos y simbólicos caracterizados por determinadas selecciones temáticas y composicionales y determinados rasgos o figuras de estilo. A pesar de su diversidad, estos esquemas generales pueden también reducirse, en el contexto de la tradición occidental, a unas cuantas formas canónicas que N. Frye vincula con cuatro narratemas básicos derivados de un mito cultural unificador y que corresponderían, respectivamente, al *agón*, la lucha o conflicto, el *pathos* o catástrofe del protagonista tanto en el triunfo como en el fracaso, el *sparagmos* o sentido de la inutilidad de la acción y de la pasión ante el caos del mundo, y la *anagnórisis* o reconocimiento y exaltación de una colectividad que nace o se renueva en torno de la consumación de la empresa del protagonista del relato.¹⁰³

Cada uno de los esquemas genéricos cuya articulación central se desprende de estos núcleos narrativos básicos —a saber, la novela o romance, la tragedia, la sátira y la comedia, respectivamente— comprende una particular estructuración de la acción y de los acontecimientos narrados, determinadas configuraciones del protagonista y otros personajes del relato, y peculiares modos de planteamiento y desarrollo actancial de la historia, proporcionando un contexto particular para la articulación de los esquemas de representación relacionados con la metáfora, la metonimia, la ironía y la sinécdoque, e induciendo diferentes “protocolos” de lectura. Por esta vía, la prefiguración poética del campo de la experiencia se asocia, finalmente, a una determinada distribución del dominio de objetos, a un régimen conceptual y a una red tipificada de relaciones entre las instancias del relato, en suma, a una determinada lógica formal y argumental que acaba por fijar y estructurar los efectos secundarios de sentido.

Así, el relato novelado, construido fundamentalmente en torno del *agón* o conflicto, comprende una serie de vicisitudes y peripecias en torno de un episodio climático, constituido generalmente como prueba que un protagonista individualizado debe superar para afirmarse como tal, apropiándose de un atributo y logrando el reconocimiento de los

¹⁰³ N. Frye, 1957, pp. 253-254.

otros. En este sentido, B. Matamoro ha establecido la manera en que la trama del relato novelado da pauta a la “formación del hombre”, a la configuración del sujeto, en particular de un sujeto de poder y de saber, y de un campo subjetivo normativamente sancionado, a través de la trasgresión de la norma (que no de la Ley) y de la castración, representada como pasaje por la muerte, culminando en la adquisición por parte del héroe de un atributo fálico.¹⁰⁴ De tal modo, la forma canónica del *romance* es la “búsqueda lograda” que se cumple a través del despliegue de una estructura triple que comprende una serie de episodios y lances preliminares (el *agón* o agonía del protagonista); un combate decisivo, asociado con la muerte ritual y en el que el protagonista o sus enemigos —o ambos— deben sucumbir (*pathos*, que en este caso adquiere la forma de un combate mortal); y el triunfo final y exaltación del protagonista (*anagnórisis*). La búsqueda y el conflicto suelen implicar, en el relato novelado, una distribución bipartita de personajes, con la oposición del héroe o protagonista y uno o más antagonistas; de esta manera, la novela adquiere una forma dialéctica que se centra en el enfrentamiento funcional entre el protagonista y sus adversarios.¹⁰⁵

De acuerdo con lo anterior, resultaría posible desconstruir la novela como dispositivo narrativo de la emergencia del sujeto, como dispositivo de construcción de sí del sujeto como instancia diferenciada, como relato de la individualización resultante del despliegue temático de la búsqueda, del viaje, de la separación, la iniciación en diversos misterios y el combate, como instancias de transfiguración y humanización del sujeto. Como invención del sujeto, la novela es, así, propiamente hablando, *Odisea*.

Por su parte, el relato trágico introduce —antes incluso que la novela— una dimensión propiamente humana en el trazo de los personajes, los cuales en este caso se han emancipado o se emancipan de la ilusión, extrayéndose a la inocencia, pero permaneciendo sometidos a un orden natural o divino de orden superior. Por esta razón, el tono de la tragedia es predominantemente sombrío, siendo el *pathos*, la catástrofe, su tema central.

El héroe trágico suele enfrentar solo, absorto o colérico, a los dioses, el destino, la fortuna, la necesidad, el orden impersonal de la naturaleza; se encuentra frágilmente suspendido entre un mundo de libertad y de afirmación de sí y un mundo de servidumbre y alienación. A diferencia del relato novelado, el núcleo central de la tragedia remite al aislamiento y la soledad del protagonista frente a un orden trascendente y sin fisuras, y no a la traición o

¹⁰⁴ B. Matamoro, 1982, pp. 305-333.

¹⁰⁵ N. Frye, *op. cit.*, pp. 246-247 y 260 y ss.

ataque de un antagonista o grupo de antagonistas; así mismo, el relato trágico suele culminar en una epifanía, en el develamiento e imposición de lo que es o debe ser imponiéndose sobre los afanes del protagonista, de modo tal que el esquema opera según una articulación binaria en la que el héroe trágico rompe un equilibrio que debe reinstaurarse, poniendo en marcha un movimiento antitético cuya consumación resuelve el relato por la vía de la catástrofe del protagonista. La característica distintiva de la tragedia es, así, la *némesis*, el restablecimiento del equilibrio, cumplido a través de la venganza o del cumplimiento de la justicia divina o de los hombres, de la conjugación fatal de accidentes o el destino, generando invariablemente un profundo sentido de necesidad asociado a la prevalencia fatídica de un orden impersonal o moral inamovible.

En la tragedia la *anagnórisis* reside en el reconocimiento y aceptación del orden que se impone al protagonista y en la renuncia a todo afán de afirmación de sí. Reverso de la novela, la tragedia supone, así, el reconocimiento de la inapelable fatalidad de los acontecimientos, la sumisión ante la necesidad, aunque tendiendo a movilizar la compasión, la pasión empática por el fracaso del protagonista en su empresa.¹⁰⁶

Por el contrario, la base de la comedia es la *anagnórisis* en tanto reconocimiento o emergencia de una sociedad renovada en torno al triunfo del protagonista. La comedia supone un movimiento que, partiendo de una serie de circunstancias híbridas y de carácter ilegítimo que impiden al protagonista cumplir su cometido o dar satisfacción a su deseo, arriba a nuevas circunstancias, reconocidas como un estado de cosas conveniente o deseable, donde el efecto obstructor es superado o se desvanece y la historia se resuelve mediante el reconocimiento o emergencia de una “sociedad pragmática libre”, vinculándose con frecuencia a la celebración de un rito festivo, con una expurgación de inocencia. De esta manera, en la comedia, el tiempo, el despliegue de los acontecimientos, desempeñan, al contrario del hado de la tragedia, una función integrada de emancipación y de restitución de un orden de relaciones legítimo.¹⁰⁷

Por último, la sátira tiene su base en el *sparagmos*, esto es, en el sentimiento de que toda acción resulta ineficaz y toda pasión inútil, de que ambas están condenadas al fracaso, y de que la anarquía y la confusión imperan en el mundo. A diferencia de los esquemas genéricos anteriores, la sátira no requiere una figura central, un protagonista claramente delineado, al contrario, cuanto más difusa resulta la figura del héroe más eficaz resulta la ironía. Igualmente, el transcurso del tiempo, en tanto dimensión de incertidumbre, de

¹⁰⁶ *Ibid.*, pp. 271-276 y ss.

¹⁰⁷ *Ibid.*, pp. 216-217 y 235 y ss.

absoluta relatividad y contingencia, engloba por entero el despliegue de la acción, a diferencia de la tragedia que tiene como referente necesario la persistencia de un contacto original con un mundo que se hurta al paso del tiempo. De tal manera, en la sátira no hay afirmación ni sacrificio de sí, no hay tampoco restitución alguna, sino una mera constatación del caos y la ausencia de fundamento.

Como pauta narrativa de una experiencia opuesta a la idealidad y a la inocencia, la sátira da expresión a la ambigüedad y la complejidad de una existencia no idealizada, no formalizada, pudiendo tomarse como una variante paródica del romance, como aplicación de las formas de la novela a un contenido fundamentalmente desencantado y realista. En este contexto, la sátira propiamente dicha implica, en particular, una recusación, un ejercicio de la denuncia a partir de normas y criterios relativamente estables que permiten medir el sinsentido y lo absurdo; con estos fines, conjuga dos elementos básicos: el ingenio o un agudo sentido de lo grotesco y un objeto de ataque identificable que se percibe como indeseable y cuyo enfrentamiento implica de alguna manera la vigencia de una ética. La variante irónica de la sátira supone, en cambio, un absoluto realismo, frecuentemente inscrito en un clima disparatado y profundamente opresivo, así como la supresión de cualquier referente normativo válido identificable, dando lugar a la afirmación de un mundo siniestro, enloquecido y absurdo, sin parámetros ni asideros.¹⁰⁸

La configuración y articulación de los personajes y la anécdota al interior de los distintos esquemas narrativos implica una operacionalidad material como sistemas de determinación (id)entitaria, atributiva y funcional de personajes, acciones, esquemas de localización y de temporalización, y no sólo como estructuras argumentales formales. Operando en conjunto o por separado, cada uno de ellos conforma una peculiar gramática para la dramatización de la acción narrada, una particular categorización y asignación de rasgos generales y propiedades a los contenidos de la experiencia, una distribución de las figuras predicativas derivadas de las funciones actanciales y una configuración distintiva de argumentos. Por esta vía y por su vinculación con las distintas figuras trópicas, los esquemas narrativos se constituyen en diagramas de carácter performativo que articulan y distribuyen, de manera inmanente y cada vez distinta: a) el lugar del sujeto, en particular del sujeto situado en el espacio diegético de la historia; b) un determinado régimen de producción del sentido del relato en su conjunto; c) una particular integración isotópica del relato, de su pensamiento o saber, esto es, de la articulación de sus contenidos temáticos, entre los que se puede

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 276-313, *passim*.

destacar la relación con el otro; y d) una forma dominante de inscripción de las marcas de lo real en tanto lo que emerge “al otro lado” del relato.

A partir de estos cuatro elementos, puede intentarse situar comparativamente —siempre a la manera de un juego preliminar de hipótesis y a riesgo de esquematizar la complejidad de su combinatoria— cada estructura narrativa como una particular articulación performativa del campo de la experiencia. En primer lugar, en cuanto al lugar asignado al sujeto en la economía del relato podría reconocerse, tanto en el relato novelado como en la comedia, una operacionalidad “positiva”, un deslindamiento asertivo del lugar del sujeto. En la novela, como agencia narrativa primaria, es decir, como instancia en la que se hace descansar el despliegue de la acción, agente protagónico que se constituye en factor activo de configuración de la experiencia; construcción de sí en tanto entidad relativamente autónoma alrededor de la cual gira la totalidad de la empresa narrativa, focalizándola en torno de sí como motivo de diferenciación e individualización, por asimilación o apropiación de un atributo que, en principio, se plantea como ajeno al sujeto.

A diferencia de la novela, en la comedia, el lugar del sujeto se hallaría determinado por una relación de subordinación a las formas colectivas de la identidad, por relación a un orden normativo cuyo reestablecimiento se constituye en eje primordial del sentido de la experiencia; en este contexto, el sujeto ha sido hablado desde siempre y desde siempre cristaliza su experiencia en función de ciertas formas canónicas, de modo que el relato cómico es predominantemente una historia de pertenencias, de restitución del orden compartido de las pertenencias, de la construcción identitaria por exclusión del otro y de la alteridad.

Por el contrario, en los relatos de dominante trágica o satírica, el lugar del sujeto se encontraría determinado por una operacionalidad “negativa”, por una problematización. En la tragedia, se hallaría situado en un lugar de sometimiento, de subyugación y anulación de sí, sujeto a los efectos de un significante imperativo y despótico (el hado, la historia, la fortuna, la providencia) que, por el contrario, ocuparía el lugar de la agencia del relato, el lugar en que se cifraría el sentido de la historia. Por su lado, el relato satírico implicaría no la cancelación de la autonomía del sujeto, sino su desconstrucción, su diseminación en una serie de juegos de significancia, planteándose como instancia performativamente configurada, como efecto periférico, móvil e inestable, des-sustancializado.

En cuanto al régimen global de sentido que cada forma narrativa despliega, nuevamente podría identificarse la prevalencia de un mecanismo integrativo en la novela y en la comedia. En la primera, bajo un modo fundamentalmente metafórico, atributivo e

(id)entitario, de manera que la eficacia simbólica del relato residiría en situar y sustantivar en el centro de la acción narrativa su propia capacidad de producción simbólica y de saber o de determinación de las condiciones de un poder posible, articulados como objeto de la búsqueda heroica. En la segunda, de un modo orgánico, por dominancia de la sinécdoque, por lo que en el relato cómico privaría la ilusión, un saber iluso de las correspondencias cualitativas y de las inherencias naturalizadas (al final, las cosas son como son, resplandecen en su significatividad intrínseca); prevalecería, así, el contenido obvio del relato mediante la reiteración de un saber internamente organizado, si bien incluso redundante y estereotipado. De tal manera, el sentido de la experiencia se unificaría como efecto de la inscripción del sujeto en el marco integrativo de la norma colectiva, anulando la dispersión y la multiplicación de los efectos de significancia, anteponiendo una pauta estamental, un saber canónico como instancia de producción simbólica.

Por el contrario, la tragedia y la sátira se caracterizarían por la conformación de un régimen de sentido preponderantemente diseminativo. De carácter metonímico en la tragedia por el develamiento de un orden irrecusable, inefable y necesario, incluso fatídico, de un orden causal que, en última instancia, operaría un efecto mortífero sobre el sujeto. En la sátira, de tipo irónico-negativo, a partir de que el sentido mismo actúa como desmentida, como desarticulación de su propia operacionalidad simbólica, y el relato como desciframiento del juego de la significancia, como desenmascaramiento, demostración de que el propio contenido narrativo ha de tomarse como un equívoco constante, de que su verdad reside siempre en un sinsentido.

En cuanto a la saturación isotópica producida en la novela, podría plantearse como la epifanía de la construcción subjetiva e identitaria de sí por relación a un campo de alteridad, a partir del tránsito de una inicial condición de alienación a la apropiación de un atributo de poder o de saber, de un atributo diferenciante que legitimaría al sujeto como agencia autónoma de deseo y de poder, en tanto nudo metafórico del propio ser del sujeto; el saber del relato, su pensamiento, quedaría entonces situado como lo que produce al sujeto, como crónica de las vicisitudes, pruebas y sacrificios del héroe, escena de figuración de la apropiación del atributo signifiante que diferencia y unifica al protagonista, escenario del despliegue histórico de la afirmación de sí y condición de su historización.

En particular, en los constructos asociados a la novela el otro se hallaría distribuido, más allá de su incidencia bajo la forma propiamente imaginaria de oponentes y adyuvantes, en una doble función simbólica de destinación: primero, es en y desde el otro que se plantea el objeto de la empresa narrativa (es desde el otro que se impone, por ejemplo, la condición de falta o de carencia que mueve al protagonista heroico a emprender sus

periplos o combates, es ante el otro que se constituye en culpable o que adquiere una deuda); en un segundo tiempo, el otro aparece igualmente como destinatario de los dones del sujeto, como testigo legitimador de sus pruebas y hazañas, como receptor de sus ofrendas, como espacio, en suma, de realización simbólica a través de cuya sanción el sujeto legitima la apropiación de un atributo de saber o de poder y su diferencia.

En la tragedia, por su parte, el relato se plantea paradójicamente como escena de la emergencia y epifanía de un orden cerrado e inenarrable, de manera que lo que se produce, no es un efecto inmanente de sentido, sino el brillo terrible de un significante de lo real como efecto de goce en el que el sujeto no encuentra sino su catástrofe. De este modo, la tragedia destina al sujeto a quedar sometido a la imposición de la verdad del destino, de la necesidad histórica, de la providencia, etcétera, llevándolo a constituirse en destinatario fatal de lo que se juega y se decide en otro sitio.

Así, en la tragedia, el relato y su saber permanecen atados a un significante despótico emergente de un orden inasible y trascendente, incapaces de desprenderse, de configurar una serie significativa abierta, sino antes bien retornando incesantemente a los efectos del mandato de este significante primario. La tragedia remite, pues, a la sujeción originaria, a la dependencia absoluta y a la indiferenciación del sujeto con respecto al otro; recurriendo a Lacan, puede sostenerse que el discurso trágico no es sino un desplazamiento continuo —una repetición y nunca una elaboración— de S_1 , de lo que es Uno, de lo que obtura toda posible alteridad. En el extremo, el esquema trágico subtiende al pensamiento psicótico.

En la comedia, al contrario, se produce una saturación temática inversa; se trata de la restitución del sentido alterado, del restablecimiento de un orden naturalizado en el que la alteridad aparece planteada más bien como la dimensión generalizada de las identidades y las pertenencias comunes; en tal contexto, el otro aparece, ante todo, como objeto de identificación imaginaria, de imitación y de semejanza. Tal es la condición de la restitución del orden trastocado y del plus de placer asociado. A diferencia de la novela, en la que esta condición simbólica común se instaura por la castración, actuando como factor de individualización y diferenciación, de identificación secundaria, en la comedia no opera sino como factor de homogeneización, como factor de unificación imaginaria del grupo.

Por último, en la sátira se trata de la formación de un saber contrailusorio, de un saber que revela su propia insignificancia, su propia ineficacia, su soberbia o impotencia. De este modo, la sátira dispondría al propio saber narrativo en un lugar de insostenibilidad, desmintiéndolo, planteándolo como irrisorio. Precisamente así se constituiría en ejercicio de distanciamiento, de desconstrucción del propio régimen narrativo, formulándose más

bien como denuncia del poder, de la violencia que subyace a la propia constitución del plano simbólico, como develamiento de las intensidades y fuerzas que atraviesan la realidad y la experiencia. En lo particular, la sátira haría aparecer al otro, lo mismo que al propio espacio subjetivo, como instancias sujetas a los efectos permanentes de la significancia; la alteridad quedaría, así, planteada como espacio de un juego estratégico, un juego de cálculo irreducible a una clave última de sentido, como un espacio de multiplicación, de saturación y de desciframiento de signos problemáticos, opacos, como espacio de extrañeza.

Por lo que se refiere, finalmente, a la forma en que las marcas de lo real se inscriben en cada constructo narrativo, también podría reconocerse una doble mecánica. Por un lado, en la novela y la comedia, habría una tematización de lo real por ausencia, una tematización alusiva, postulada o dispuesta en el reverso del plano narrativo, en las hendiduras del relato, mientras que en la tragedia y la sátira lo real tendría una inscripción directa, incidiendo materialmente en el propio plano del relato, produciendo ahí la dislocación del sentido.

Así, en la novela, lo que emerge de lo real sería lo que es objeto de represión, lo que al desprenderse (efecto de la castración) garantiza el acceso al orden simbólico. Lo real queda inscrito entonces como lo que, al hurtarse al relato y quedar suprimido, da soporte al poder y al deseo del sujeto, apareciendo como lo que éste no puede saber o de lo que no puede disponer para ser capaz de apropiarse de un atributo de saber o de poder. De tal modo, opera como el reverso del saber del relato, de lo que se da a pensar en la historia, como índice de una continua transfiguración y encubrimiento, de un imposible don de goce.

En la comedia lo real también sólo emerge al margen del relato, recortándose a partir del delineamiento de su condición de mera exterioridad, imposible de ser representado o tematizado fuera de sus efectos subrogados. Bajo estas condiciones, se plantearía como *hybris*, como desnaturalización, como ruptura o desequilibrio producidos por falta o por exceso, como alteración que demanda una cura. Sin embargo, a diferencia de la novela, los efectos de lo real en el campo del sentido se situarían, en este caso, en un lugar que a cada momento se sustraería y se escamotearía, no a la manera de la represión, sino de la negación, de modo tal que la comedia se constituiría en un relato de la ilusión perversa.

Del lado de la tragedia y de la sátira podrían rastrearse trazos de una inscripción de las huellas de lo real en los márgenes internos del relato, no en sólo en el sentido de ser tematizado, lo que finalmente también se observaría en la novela y en la comedia, sino en el sentido de operar con una eficacia directa en la articulación del relato, induciendo en su

entramado los efectos mismos de lo no simbolizado. En este contexto, la tragedia lo situaría, según una determinación “negativa” sobre la que ya se ha llamado la atención, como instancia de una epifanía monstruosa e inhumana que clausura el campo de la subjetividad, mientras que la sátira lo instauraría, según una determinación “positiva”, como espacio de desterritorialización, de incesante productividad, pudiendo incluso sostenerse que en la sátira la agencia narrativa misma, el soporte de la producción narrativa, se localizaría del lado de lo real que, sin llegar nunca a ser totalmente reducido, totalmente inscrito, subtiende —y subvierte— constantemente el relato.

4.3. Intertextualidad, lectura

Antes se ha introducido, casi al margen e incidentalmente, la noción de “plano narrativo”, con respecto al cual es posible —con lo revisado hasta aquí— indicar que opera según una propia productividad de sentido que remitiría, no ya a las articulaciones binarias de la significancia, ni a la metaforización (id)entitaria y atributiva característica del plano predicativo y proposicional, sino a una determinación compleja, propiamente semántica, del lugar del sujeto, de un particular régimen trópico de sentido, de una isotopía temática y de saber y de una particular delimitación de las instancias emergentes de lo real, ya sea como reverso de la producción narrativa (en el discurso novelado o cómico) o como instancia eficaz al interior del propio juego narrativo (en el discurso trágico y satírico). De acuerdo con lo revisado, esta determinación de “tercer grado” del campo subjetivo y de la experiencia tiene lugar a partir de una sucesiva integración y distribución de los efectos (id)entitarios y atributivos del plano predicativo según determinados esquemas actanciales, mecanismos trópicos y constructos genéricos. Se trata de un proceso de generalización de la experiencia subjetiva, de un proceso de configuración narrativa cuyo producto final constituye una *singularidad generalizada*.¹⁰⁹

El carácter general de la experiencia narrada emerge, así, de su articulación a partir de una serie de estratificaciones de sentido, esquemas y pautas de construcción narrativa fijados por sedimentación,¹¹⁰ a-subjetivos y relativamente autónomos que —según se ha dicho— preceden al decir del sujeto y se le imponen o le vienen a la mano. Ello no debe llevar a pensar, sin embargo, que deba atribuirseles una existencia abstracta y formal, subsistiendo más allá de las prácticas narrativas y autonarrativas en que socialmente se (re)producen. Por el contrario, la relativa autonomía, el carácter transubjetivo y la eficacia configurante de

¹⁰⁹ Aunque formulados desde una perspectiva sartreano-marxista por completo ajena a la que anima al presente texto, algunos planteamientos convergentes con esta idea de “singularidad generalizada” pueden encontrarse en F. Ferraroti, 1979, pp. 125-145.

¹¹⁰ P. Ricoeur. 1985a, pp. 136-138.

los constructos narrativos derivan precisamente de la propia esfera de su *uso discursivo* (un uso iterativo), de los efectos de redundancia y de repetición que este uso impone y que pese a apuntar más allá de sus realizaciones empíricas, hallan cada vez en éstas su sustrato.

En este sentido, la productividad semántica de los constructos narrativos, su carácter constitutivo de subjetividad y de sentido, debe situarse en relación con un efecto de repetición, de *citación*, producido invariablemente en el nivel mismo de la enunciación.¹¹¹ En efecto, la inteligibilidad, la legibilidad de la producción narrativa y autonarrativa depende de que su articulación singular remita a un universo de discurso ya constituido, a un sistema de enunciados previamente realizados, que remita, citándolo, en un sentido estricto, a algún grupo de productos discursivos, de constructos que, no obstante que pueden ofrecer infinitas posibilidades combinatorias, son siempre en número limitado, dado que, en última instancia, han sido configurados en y por el uso.

Aunque más adelante habrá de volverse sobre las implicaciones del carácter iterativo de los constructos narrativos,¹¹² aquí debe señalarse que la delimitación de la producción de sentido como citación implica la “intertextualidad” como condición de la producción de sentido. De acuerdo con este planteamiento, el efecto de sentido sólo se concreta cuando hay deslizamiento de la enunciación a otros enunciados, cuando el texto producido remite a una serie de otros textos, cuando de una manera implícita o explícita otros textos quedan implicados por el texto.

Todo enunciado que hace sentido envía irremisiblemente a otros enunciados en virtud, en primer lugar, de un efecto generalizado de “resonancia”. Un enunciado no actúa más que como elemento adicionado, como apéndice, de un vasto encadenamiento discursivo; sus efectos de sentido no son sino una prolongación, una corrección, una glosa, una problematización o la simple presuposición de otros enunciados, pronunciados ya por el sujeto o por otros. Lo propio del relato es, así, la multivocidad, la inclusión o implicación entre producciones discursivas, la asimilación y la diferenciación de la enunciación con y frente a otros discursos.

Una multiplicidad de voces atraviesa el enunciado, configurando con respecto a él, o bien, un acervo creciente de sentido, o bien, una red de redundancias o incluso de regresiones; empujándolo a constituirse no en una unidad interna de sentido, sino en una singularidad

¹¹¹ Cfr. J. Derrida, 1971, pp. 364-367.

¹¹² *Infra.*, “Iteración y performatividad discursivas”.

diferante, desplazada y en elisión,¹¹³ en un producto articulado según un régimen de diversificación continua de sí.

Más allá de las líneas de continuidad y de congruencia que tienden a unificarla y homogeneizarla, la propia integración narrativa de la vida y de la experiencia de un sujeto exige la multivocidad y la diversidad, su descomposición en una multiplicidad de relatos, entre los cuales no sólo se establecen constantes relaciones e intercambios, sino que en su diversidad constituyen la condición misma de la singularización de la experiencia del sujeto. Desde esta perspectiva, no habría, no podría haber, sujeto de un solo relato, de una elaboración discursiva única e indiferenciada; la propia existencia diferenciada, individualizada, del sujeto supone la multivocidad, la producción de múltiples textos, de relatos biográficos diferenciados e incluso divergentes en los cuales su lugar se distribuye de distintas maneras abriendo incluso la posibilidad de adscribirlo a una instancia presuntamente extradiscursiva capaz de producir los múltiples de relatos de sí, irreducible a ninguna de sus apariciones en los mismos.¹¹⁴ La singularización del sujeto, su propia existencia en tanto sujeto exige, de esta manera, que se inscriba discursivamente en una serie múltiple de producciones narrativas, multiplicándose y diferenciándose él mismo, actuando ya desde siempre como instancia diferante y de diferenciación discursiva.

De esta manera, toda producción narrativa singular se configura en un espacio complejo de textos dentro de otros textos, de textos remitiendo constantemente a otros textos, productos discursivos que retoman y relanzan la producción iniciada en otros discursos, que la citan, la reiteran o la alteran y modifican.¹¹⁵ Espacio de formación de un tejido discursivo interal que precede a la enunciación; espacio de generatividad textual en el que se articulan y despliegan las condiciones mismas de la enunciación y del sentido y que, concretado a la manera de una serie interpretante incoactiva, atraviesa cada enunciado pronunciado o escrito.

Esto apunta a un segundo nivel de la articulación intertextual de la narrativa, nivel en el que todo enunciado no sólo “resuena” con otros enunciados y otras voces, sino que propiamente se conforma en el nivel mismo de su estructura en un espacio intertextual polisémico. En este sentido, antes que producir un texto homosémico, una isotopía cerrada, el relato postula siempre un espacio de significación abierto, habitado por múltiples posibilidades simultáneas de sentido, un espacio presuposicional en el que se articulan diversos esquemas de sentido cristalizados o en proceso de cristalización,

¹¹³ Cfr., J. Derrida, 1972, p. 76.

¹¹⁴ Ph. Lejeune, 1975, p. 23.

¹¹⁵ Cfr. C. Lévi-Strauss, 1964, p. 21.

anudados al propio funcionamiento semántico del enunciado. Opera, así, como red de correlaciones sintagmáticas y paradigmáticas, como red de distribución e integración significativa en última instancia indecible.

De ahí que el sentido se singularice multiplicándose, deslizándose en el punto en que el discurso es atravesado por otros textos, habitado por múltiples series interpretantes, produciendo siempre *otros* modos de funcionamiento sintáctico y semántico. El relato sólo puede adquirir sentido por una serie de divergencias con respecto a su formulación literal, por una movilidad intertextual que da pie y forma a la incidencia de una serie de esquemas interpretantes sobrecodificados, de una serie de “macroproposiciones”.¹¹⁶ El sentido implica, así, necesariamente, otros funcionamientos, otros planos de sentido, implica —extrapolando una fórmula utilizada por Foucault en otro contexto— una determinada “polivalencia táctica”, de modo que una misma producción enunciativa puede inscribirse siempre en múltiples niveles y registros, suscitando ahí diferentes efectos; simultáneamente, puede también operar en contextos diversos produciendo las mismas reducciones, similares cierres de sentido, variando imperceptiblemente sus efectos.

En síntesis, la producción de efectos múltiples en el plano de un solo texto, articulados en ejes de transferencia semántica divergentes e incluso contrapuestos, supone que el sentido siempre es efecto de una intertextualidad, que implica siempre un régimen de (re)producción, diversificación y multiplicación continuas. Cada producción narrativa estaría, así, necesariamente desplazada, diferenciada, alterada con respecto al sentido inmediato de sus contenidos, su eficacia significativa se inscribiría, por el contrario, en la exterioridad de su propia efectuación, intercalada, invaginada. Más aún, la producción de *otros* textos, de textos múltiples, de un espacio intertextual, se constituye en “signo de realidad”, en el campo para la configuración de un “espacio biográfico”.¹¹⁷ A través de la alusión y de la remisión a otros relatos, la narrativa bordea lo real y lo hace circular, de manera que lo real pasa a constituirse en lo que se teje en una urdimbre intertextual.

Este carácter intertextual del sentido del relato exige a cada momento la puntuación, la delimitación de un campo de discurso a partir del cual algo pueda ser dilucidado y esclarecido. Ello plantea la necesidad de un proceso ilimitado de interpretación, de interpenetración discursiva. La delimitación del sentido en el espacio intertextual remite, de tal modo, a la escucha y a la lectura, plantea, al menos, el problema de su incidencia en la producción del sentido.

¹¹⁶ U. Eco, 1979, p. 38.

¹¹⁷ Ph. Lejeune, *loc. cit.*

Sin embargo, el problema de la lectura debe plantearse, primero, desde la superficie misma del texto del relato. Desde este nivel, la formación de un espacio de lectura sigue una doble dirección; por un lado, debe darse por supuesto, dado ya de antemano para que el texto pueda orientarse hacia él; por el otro, es el propio texto el que lo instituye y lo conforma, en el sentido de que el discurso no sólo remite a una serie de constructos y a diversas competencias de lectura,¹¹⁸ sino que contribuye también a construirlos, creando en buena medida las condiciones discursivas para que el narratorio o lector adquiera las competencias necesarias para su desciframiento. Al hacerlo, el texto regula el propio proceso de lectura; sin obturar las múltiples posibilidades del sentido, propicia que éstas no se excluyan, redunden o se cierren sobre sí mismas, sino que se refuercen recíprocamente y se (re)produzcan pautando la lectura.

Consecuentemente, toda producción narrativa está, en principio, destinada, implicada en el espacio de escucha o de lectura que ella misma va configurando. El sistema de sus enunciados forma una suerte de protocolo de lectura que anticipa la reacción o la respuesta del narratorio, incorporando incluso anticipadamente su respuesta en un espacio posible de comprensión.¹¹⁹ De este modo, el texto instituye determinados modos de lectura, induciendo ciertas operaciones para la (re)producción del sentido, valiéndose para ello —según ya se ha visto— de la selección de ciertas variaciones de lenguaje, de ciertos esquemas genéricos y estilísticos, de determinados efectos de implicación, de la alusión de ciertos *corpus* de saber, y así sucesivamente.

Al mismo tiempo, plagado de hendiduras, de huecos y quiebres, el relato actúa como un dispositivo presuposicional que continuamente produce espacios intersticiales, vacíos, hiancias, espacios de “no dicho” o de “ya dicho desde siempre” que incitan a la lectura a ocuparlos y a producir una serie de textos tácitos y virtuales que operen junto con él en la producción de sentido. De tal manera, dejándose guiar por el relato, la lectura hace emerger el sentido escribiendo cada vez una serie de relatos alternos. Del lado del relato, la utilización de diversos procedimientos de implicación, subjuntivización, subjetificación y multiplicación de perspectivas¹²⁰ determinan el sentido como sentido propuesto a la lectura, implicándola directamente como medio para la realización del sentido, como estrategia compleja de deslindamiento, diferenciación, rearticulación, desambiguación, puntuación, decodificación y recodificación. Y no sólo de los contenidos del relato, sino también de su

¹¹⁸ U. Eco, 1979, pp. 30-31, 74, 77, 79-81, 109-121, *passim*.

¹¹⁹ La implicación de la respuesta en la comprensión del enunciado fue ya señalada por M. Bajtin (1953, pp. 257-258).

¹²⁰ J. Bruner (*apud* Iser), 1986, p. 37.

forma, de su estilo y de su estructura genérica que por esta vía —por la intermediación de la lectura— hacen patente su opacidad, mostrando que nunca constituyeron un simple medio de expresión, neutro y transparente, sino un soporte material de la producción del sentido.

Así, pues, el texto del relato interpela a su narratario, a su lector, para instituirlo insertándolo en el juego de las diversas posibilidades de integración de sus elementos, en los intervalos del sistema de sus referencias e implícitos, en la combinatoria de sus remisiones y en el entrecruzamiento de las múltiples claves que lo animan; implicándolo, en suma, como instancia adherente, en su propio tejido interal. En este sentido, a partir de una mutua determinación, la narración implica al otro, incita su propia capacidad narrativa y de lenguaje, agitando las voces que lo habitan para constituir un determinado emplazamiento de su lugar, una forma específica de desciframiento o, más bien, una forma específica de hacer jugar los sentidos del texto.

Por otro lado, no ya desde lo que se produce en el nivel mismo del discurso narrativo, sino desde la perspectiva de lo que tiene lugar en el espacio relativamente autónomo de la lectura, puede identificarse una doble y simultánea tendencia de reducción y de proliferación del sentido. Proyectándose en la dirección de la reducción del sentido, la lectura se apoya, se deja guiar por lo enunciado en el relato, por la literalidad de sus enunciados, participando en su propio funcionamiento textual; se trata, aquí, del desciframiento y de la decodificación que tienen lugar por medio de la simplificación y de la disminución de la contingencia propia del texto, fijando, según un cálculo racional y semántico, las formas de atribución, de predicación y de estructuración narrativa que lo configuran. Por el contrario, la lectura se proyecta al mismo tiempo como línea de fuga, como remisión a una multiplicidad, en principio indeterminada e infinita, de planos de lectura, al sentido como multiplicidad y al texto como producción intertextual; esta segunda proyección de la lectura tiene, por su parte, una determinante fundamentalmente prefigurativa y afectiva (en esta dirección, la lectura se desarrolla como un dejarse afectar por el texto), sostenida en los efectos preestructurados del texto, en sus elementos no obvios, y apuntando a un aumento del nivel de contingencia, a la multiplicación abierta de los efectos de sentido.

Siguiendo la primera línea de tensión, la lectura aparece como un proceso reductivo que hace intervenir, por un movimiento inverso al de la construcción narrativa, los mismos mecanismos de representación semántica, el mismo archivo de constructos para deslindar

los valores figurativos de lo enunciado.¹²¹ En esta dirección, la lectura se plantea como una lectura de sentido común pudiendo adquirir la misma configuración de la “gramática de casos” en que se articula la narrativa y operando entonces como un conjunto de procedimientos de dilucidación de las estructuras de la acción, de identificación de los agentes narrativos, de sus motivos, fines e intenciones, de los objetos sobre los que actúan y de los medios e instrumentos de los que se valen. Estos procedimientos altamente codificados de fijación y sustantivización de los contenidos del relato apuntan a reducir radicalmente la polisemia, la ambigüedad y ambivalencia del discurso, a acotar la pluralidad de las interpretaciones posibles, para generar hilos conductores y asideros, para fijar núcleos más o menos estables de sentido.

A partir de su remisión a los constructos narrativos, la lectura toma el relato y sus efectos de sentido como objeto de un cálculo probabilístico de la reiteración y la redundancia, anticipando los posibles avatares y desenlaces de la historia, sus encadenamientos previsibles. Se trata de una lectura realista que no se desliza por la serie abierta del significante sino para producir una puntuación, para congelar sus efectos y fijar una serie de significantes “rígidos” a través de los cuales ligar, aun cuando fuese hipotéticamente, los efectos de sentido a un correlato de lo real.¹²² Por esta vía, siempre es posible el planteamiento de estrategias de lectura unilaterales, dirigidas a cercar la potencia de sentido del texto, a controlarla, esterilizarla y neutralizar sus efectos, desplegando una serie de procedimientos y dispositivos (judiciales, psiquiátricos, psicoanalíticos, etc.) para mantenerla dentro de límites reconocibles, dentro de determinados cercos de validación y verificación.

En la dirección contraria, lo que se plantea en la lectura es, por el contrario, la desconstrucción de la conclusividad del relato, la lógica pretendidamente necesaria del relato, su dimensión de inexorabilidad, y su reinscripción en el juego abierto de la contingencia, su inserción en la red de articulaciones intertextuales a partir de las cuales se producen sus efectos de sentido, (re)introduciendo, así, el azar, la pluralidad, la complejidad y la incertidumbre del sentido. Proyectada en esta dirección, la lectura opera como resistencia a la instauración del sentido obvio; produce la diferencia, escapa a través de una deriva constante a otros textos y se multiplica, incluso para volver desde sitios siempre distintos al mismo lugar del texto y a los esquemas de lectura que éste dispone.

¹²¹ U. Eco alude a esta orientación de la lectura bajo la expresión de “análisis componencial en forma de enciclopedia” (1979, p.33).

¹²² Para el esclarecimiento del sentido de la noción de “significante o designador rígido” de Kripke, cfr., P. Bordieu, 1986, p. 29. Cfr., también, S. Žižek, 1989.

En este nivel, la lectura implica una apuesta hermenéutica, un ejercicio conjetural y abierto de exploración de los campos semánticos que se superponen y articulan en el relato, trasponiendo la dimensión denotativa de sus términos para conferirles, por un ejercicio de imaginación simbólica, nuevas, insospechadas posibilidades de significación. Ello supone reabrir el juego de las connotaciones, de la polisemia y la multivocidad de los enunciados, permitir el transvasamiento entre los diversos niveles de integración del relato, asumir la lectura como una práctica en la que el sentido puede multiplicarse y complejizarse indefinidamente, en la que el poder de sentido del texto se altera y se proyecta sobre otros, diversos textos. La lectura mantiene abierto, así, el juego del sentido, adherida a sus efectos de significancia, desplegando territorios emergentes de sentido en los que tanto los textos y relatos propios como los del otro se interpenetran y transmutan produciendo una incesante deriva del sentido.

La lectura como desconstrucción de las cristalizaciones de sentido y apertura de la significancia implica leer siempre el texto en relación con una producción adyacente de sentido (la lectura de lo mismo, de lo idéntico resulta, en este sentido, imposible), explotando radicalmente su poder de generatividad, situándolo cada vez como objeto de una singularización conjetural e incierta. Tal proceso no implica el desmantelamiento de las perspectivas elaboradas en el relato, sino el develamiento, la generación de otras perspectivas paralelas, transversales, oblicuas. De tal modo, el otro, narratorio o lector, se constituye en un espacio de diseminación, en espacio de una productividad significativa adicional, de excedencia.

Sin quedar nunca reducida a un ejercicio de reducción y control, atrapado en la ilusión de verdad de los referentes, pero tampoco despeñándose, enloquecida —no porque inventariara sentidos improbables, diría Barthes, sino por la imposibilidad práctica de “preservar la multiplicidad simultánea de sentidos, de los puntos de vista, de las estructuras”—,¹²³ la lectura se conforma como estrategia, como procedimiento estratégico compuesto, arribando al texto desde diferentes lugares, precipitando o retardando la captura o producción del sentido, actuando alternativamente por simplificación o por complejización del plano narrativo, haciendo producir a los mismos pasajes efectos diferentes a cada momento, o bien, siguiendo persistentemente el rastro de un efecto redundante en los más diversos parajes.

Hasta aquí, el proceso podría plantearse en sucesivos momentos lógicos: 1) el relato construye un esquema subjuntivizado, con una intencionalidad y una perspectiva

¹²³ R. Barthes, 1976a, p. 48.

discursivas y de sentido abiertas; 2) recurriendo a un determinado repertorio narrativo, la lectura elabora una serie de textos alternos que operan como dispositivos de decodificación y recodificación, de desconstrucción-reconstrucción, de reducción y multiplicación del sentido del texto; 3) eventualmente, éste y los efectos de sentido a que da lugar se singularizan, no como un solo producto de la articulación narrativa, sino como producto de una estrategia de lectura que opera una serie provisoria de recortes permitiendo identificar un significado *x*, el sentido concretado en su materialidad. En este contexto, la lectura puede entenderse como el conjunto de procedimientos simbólicos dirigidos a determinar las ocurrencias singulares del sentido.

Estos procedimientos no constituyen, sin embargo, un método sino —como se ha señalado— una estrategia. Ante la compleja articulación de esquemas predicativos, trópicos y narrativos, ante el funcionamiento múltiple del relato, la lectura exige un cálculo estratégico, la elucidación de una serie de interrogantes: ¿cómo operan estos elementos aquí y ahora, según qué régimen de diferencias?, ¿qué estructuras semánticas despliegan?, ¿qué efectos de sentido se producen?, ¿qué singularidades e intencionalidades se dibujan?, ¿qué relatos son desalojados, expulsados?, ¿qué espaciamientos y qué otros efectos de sentido se vislumbran en los márgenes?

Resolver tales interrogantes exige que la lectura incida, no en el nivel del sentido obvio y familiar, en el nivel de las identidades cristalizadas, de las distribuciones aparentes y de la ilusión de la naturalidad y las evidencias, sino problematizando las condiciones en que se produce la emergencia del sentido. Así, la lectura no puede ejercerse en función de un mero desciframiento sustantivo de un hipotético contenido léxico pleno del discurso o del develamiento de un sentido oculto y profundo; debe operar, al contrario, comparativamente, en el nivel del juego de correlaciones textuales e intertextuales que el relato despliega y en que se inserta, remitiendo cada rasgo significativo a algún correlato de la misma narrativa o de la “cultura necesaria para leer el relato”.¹²⁴ En este sentido, la lectura exige situarse en el nivel íntimo de la configuración de los planos de sentido, en el nivel de la eficacia simbólica y significativa de las estructuras formales y materiales del relato, en el nivel de las estrategias y de la intencionalidad narrativa del texto. Implica, así, una desconstrucción de la perspectiva y de la verdad narrativas para captar los códigos en que se formula el pensamiento, el saber del relato, dando alguna cuenta —así sea de manera parcial— del régimen de su producción, del sistema de relaciones y de reglas a que obedece.¹²⁵

¹²⁴ R. Barthes, 1969, p. 284.

¹²⁵ Cfr., por ejemplo, la propuesta de lectura “arqueológica” formulada por M. Foucault (1969).

Hay, pues, que situar la lectura en el lugar específico en que es posible postular y denunciar “la pluralidad silenciosa de los sentidos de cada acontecimiento”,¹²⁶ en que es posible determinar, no el sentido del texto, sino el lugar de una posible pluralidad de sentidos, “el sentido como pluralidad”,¹²⁷ como condición de diferencia y de multiplicidad. Esto significa que la lectura ha de aspirar a trazar el juego de articulaciones del campo y del devenir de sentido, un campo descentrado y un devenir excéntrico, proyectados fuera de la órbita de cualquier núcleo estable de referencias, sujetos a una economía de fuerzas cuya estimación y ponderación corresponde quizá a la misma lectura realizar.

De esta manera, lo que ha de plantearse a la lectura es la significancia del texto, su funcionamiento en tanto materialidad y constructo significativo, en tanto sistema de remisiones, permutaciones y distribuciones. Ello implica que la lectura ha de inscribir los efectos de sentido en tanto se proyectan y se desplazan fuera del texto, insertándose en sus intersticios, en tanto están aún por escribirse, situándose en el espacio de adyacencia del relato, en lo que se dice “de más” en lo que se enuncia, en el espacio implicativo del relato, en el juego de presuposiciones e implicaciones.¹²⁸ La lectura implica, por tanto, un trabajo simbólico agregado, animado por la desconstrucción del funcionamiento discursivo en el plano narrativo, por el deslindamiento de relaciones textuales e intertextuales, construyendo, a cambio, un “cóntexto”, una matriz textual para producir otros sentidos y otras significaciones.¹²⁹

En particular, la lectura resuelve, siempre de una manera estratégica y parcial, el problema del contexto de la enunciación, el cual nunca es objetivamente determinable en tanto que la enunciación no cesa de producir, a un tiempo, un residuo no simbolizado y una excedencia de sentido, sin poder reducirse a ninguna determinación contextual, así sea la de una supuesta intencionalidad expresiva y conciente del sujeto.¹³⁰ En todo caso, la propia narrativa, al producirse como protocolo de lectura y, por ende, de (re)contextualización de sí y del mundo, configura un contexto que, en tanto real, permanece indeterminable. De esto se desprende que cualquier determinación del contexto ha de tomarse como una producción interna al plano narrativo, como una (re)formulación y una nueva integración del relato y del discurso, como una nueva instancia de productividad significativa, capaz de saturar provisionalmente —a partir de remitirse a una serie determinada de constructos

¹²⁶ G. Deleuze, 1967, p. 11.

¹²⁷ R. Barthes, *op. cit.*, p. 291.

¹²⁸ Para lo que respecta al sentido planteándose afuera, en los márgenes del relato, cfr., R. Barthes, 1970, pp. 49-67.

¹²⁹ R. Barthes, 1969, p. 291.

¹³⁰ Cfr., J. Derrida, 1971, p. 351.

preestablecidos— el contexto de otra producción significativa. Tal es, precisamente, el lugar que la lectura viene a tomar respecto al relato, tomándolo no como dato situable en un contexto sino como instancia de una determinada eficacia de sentido, inestable y transitoria, pero capaz de definir su contexto por los efectos materiales específicos, limitados y siempre discernibles, que produce.

Esta determinación del sentido y de su eficacia opera, en realidad, en la lectura como extracción de un plus de sentido a partir del cual la lectura sanciona (y confiere alguna forma de garantía a) la producción narrativa. De esta manera, sin ceder a los supuestos naturalistas de la ilusión narrativa, la lectura ha de tomar el texto como indicador de la producción de una realidad significada y llevarlo a inscribirse en un determinado campo de prácticas sociales; es, así, a través de la lectura, que los efectos de sentido del discurso narrativo vienen finalmente a concretarse en instancia de una práctica social determinada.

Paralelamente, debe hacerse notar que lo que permite la última determinación del sentido de un texto no es sino el recorrido, supuesto en la lectura, por un campo de alteridad. Primero, en tanto que el sentido del texto sólo es determinable a partir del trabajo simbólico e interpretativo del otro, lector o narratario, y de que éste igualmente se ve alterado al internarse y dejarse guiar por el relato, de modo que no hay lectura sin una intervención en el campo del otro y sin un devenir otro en ese campo y que, consecuentemente, la lectura supone desplazar el lugar precario de la identidad y de la alteridad, permitiendo un juego en que ambas se implican mutuamente. Así mismo, en tanto que el propio recorrido de la lectura se encuentra sostenido en un punto ciego, inenarrable e inescrutable, un significativo inarticulable, una suerte de ombligo del relato (y de la lectura), en el que se sostiene la ilimitada generatividad del sentido; punto de escritura-lectura que no cesa de desplazarse entre uno y otro texto, entre uno y otro sujeto.

Así mismo, la lectura ha de entenderse como una producción adicional de textos en el mismo espacio intertextual en que se inscribe la narrativa, una (re)producción de variaciones narrativas, una narrativa de narrativas, implicando la puesta en un nuevo juego semántico de lo que el discurso transfiere, es decir, de su productividad y su generatividad significativa. Esto ha de explicarse por el hecho de que cualquier sutura o anudamiento del sentido del relato exige, del lado de la lectura, un ejercicio de reescritura, introduciendo necesariamente la articulación de nuevas series significantes, de nuevas series interpretantes, propiamente dichas. De tal modo, el momento de la lectura se constituye, en última instancia, en el momento de la realización del sentido, momento que habrá de determinarse a partir de la sedimentación de series significantes que atraviesan y se

sobreponen al relato, indicando, por efecto de la iteración de determinadas formaciones discursivas y constructos narrativos, la manera en que los objetos, acontecimientos y procesos del campo de la experiencia han de ser significados.¹³¹ Así delimitada, como producción de un plus de sentido a partir del cual éste se hace retornar sobre el texto leído, la lectura pierde su neutralidad e implica también, al igual que la escritura y el habla, producción de subjetividad, producción deseante, producción ideológica y de poder.

Doble de la construcción narrativa, la lectura debe plantearse como dispositivo heurístico, constituido a la manera de un sistema de interpretación de interpretaciones a partir del cual se produce, en última instancia, el texto; sin embargo, conforme avanza la lectura, produce nuevos textos agregados que se distinguen del texto leído y lo multiplican o revierten en nuevas versiones de sí mismo. La lectura elabora, así, a cada momento nuevos mapas del relato, traza nuevas cartografías y, finalmente, opera otros desplazamientos de sentido distintos a los del texto, nuevas desterritorializaciones y territorializaciones. En esta lógica, el proceso de lectura no puede alcanzar un punto postrero de saturación, remitiendo irremisiblemente y *ad infinitum* —como nueva producción narrativa y de discurso, como nuevo espacio de reflexividad, interidad y redundancia— a otras posibles lecturas, a nuevas (re)elaboraciones interpretativas.

Operando como condición del sentido del relato, como ciframiento de un campo adyacente al texto, la lectura sólo puede realizarse apropiándose, recomponiendo y reescribiendo la narración, proyectándola en un espacio de alteridad, en el espacio móvil e inestable de la intertextualidad, lugar “en que la estructura se trastorna”.¹³² Incidiendo desde tal sitio, la lectura ha de afirmar y prolongar, de amplificar incluso, el juego de fuerzas y la irresolución del relato; ha de postularse como afirmación del juego significativo y renunciar por fuerza a cualquier seguridad, a cualquier certidumbre, a la búsqueda de un centro que pudiera sustraerse a la combinatoria constante de los signos, deslizándose, por el contrario, en “un mundo de signos sin falta, sin verdad, sin origen”, un mundo abierto a la interpretación inacabable e infinita, a la “indeterminación *genética*, a la aventura *seminal* de la huella”,¹³³ un mundo emplazado “entre la locura y el puro lenguaje”, en el que “en el fondo ya todo es interpretación”.¹³⁴

¹³¹ Esta caracterización, interal y performativa, de la realización del sentido en la lectura se contrapone, por ejemplo, a la perspectiva pragmática de Ch. Peirce, si bien le debe la noción de que la determinación del sentido debe plantearse como una operación inmanente al campo del lenguaje; cfr., U. Eco, 1979, pp. 41-44 y 62-63.

¹³² R. Barthes, 1976a, p. 49.

¹³³ J. Derrida, 1966, p. 400.

¹³⁴ M. Foucault, 1965, pp. 35-36 y 42.

5. INTERPELACIÓN Y PERFORMATIVIDAD

Mientras no se inscriben en el nivel del plano de significancia, mientras no son atraídas y alteradas por una producción significativa, las estructuras narrativas preconstruidas no son sino esquemas cristalizados, inmovilizados, una gramática muda e inerte, objetivada como archivo del que podría hacerse el inventario pero no el análisis de su productividad. Para que operen como factores de sentido y, por tanto, como instancia de producción subjetiva, es preciso que incidan en un proceso significativo concretado a la manera de una enunciación y que, respondiendo a las demandas de la interpelación, den lugar a un determinado “anudamiento” del sitio en que el sujeto habrá de constituirse, así como a la apertura de una perspectiva narrativa.

Cuádruple articulación, propiamente discursiva, de la interpelación, la enunciación, el anudamiento y la perspectiva, a través de la cual la producción significativa constituye y atraviesa un determinado campo de subjetividad y produce al sujeto como singularidad, como yo. Articulación compleja en la que cada momento remite a los otros que al mismo tiempo lo anteceden y lo suceden, lo sostienen y lo revierten, lo producen y son producidos. Articulación “horizontal” que transfiere discursivamente el triple recorte “vertical” de la marca en-gramática en el plano de significancia, los sistemas atributivos formados en el plano predicativo y la determinación trópica y actancial del plano narrativo.

A partir del juego transversal de estos dos ejes se producen constantes efectos de progresión y regresión significativa, de proyección y retorno. No obstante, hay un despliegue lógico de momentos; primero, la interpelación señala el emplazamiento del sujeto a partir de ciertos esquemas discursivos predeterminados; la enunciación despliega después su sintaxis a partir del juego significativo generado en el plano de significancia; el anudamiento traza a cada momento una totalización, un cierre de sentido en el que el lugar del sujeto queda marcado, fijado, y se deslindan los campos de lo significado y lo real; y, finalmente, la apertura de una perspectiva narrativa da soporte a la narrabilidad del yo y de lo posible.

5.1. Interpelación

Inscrito en un espacio discursivo narrativamente determinado, delimitado su lugar al interior de una producción simbólica que lo antecede, que por fuerza lo rebasa y que habrá de sucederlo; constituido, sin embargo, como instancia capaz de tomar por cuenta propia la producción narrativa y de sentido, el sujeto emerge en principio —y a cada momento— en una serie de lugares de enunciación marcados de antemano, a-signados, configurados ya de alguna manera al interior de una serie de acontecimientos de producción discursiva.

Dada su postulación en el campo narrativo y del lenguaje, no hay expresión, reflexión o planteo de sí por parte del sujeto que constituya un acto original y fundante, que remita a un núcleo exterior o previo a la producción de discurso. El lugar en que el sujeto puede enunciarse, constituyéndose propiamente en tal, está dado por su emergencia misma en la "instancia del discurso".¹³⁵ Ello implica tomar el campo de la subjetividad como extensivo al campo del discurso y del lenguaje y la enunciación discursiva como espacio de "sujetación", como el espacio propio de la constitución y objetivación del sujeto.

No hay, así, un momento (incluso si este momento se proyectara como originario) en que el campo de la subjetividad pueda plantearse como espacio extradiscursivo unificado. Hay un planteamiento continuo del sujeto como efecto de un agenciamiento discursivo; en este sentido, no hay propiamente sujeto, sino un devenir sujeto en la enunciación, en y por el lenguaje; no hay singularidad subjetiva sino singularización del sujeto en una continua articulación significativa, en una continua producción narrativa, en una permanente reiteración discursiva.

Ahora bien, lo que configura el campo subjetivo como emergente de la producción discursiva es una continua interpelación, un llamado para que ahí donde hay un cuerpo dotado del necesario sustrato anatómico y funcional se constituya el sujeto como instancia de enunciación, asumiendo las formas dictadas por la iteración de determinadas formas discursivas y esquemas narrativos. Es la interpelación la que funda y estructura el campo de la subjetividad como espacio de producción discursiva, de modo tal que no hay sujeto ni experiencia subjetiva que puedan sustraerse o extraerse al espacio de producción discursiva estructurado por la voz del otro, por una enunciación portadora de alteridad.

La interpelación supone siempre, indisolublemente vinculados, una designación y un llamado. Sea a través de un acto individual de enunciación o de la acumulación indeterminada de múltiples acontecimientos de enunciación, sea a la manera de una locución de un otro próximo al sujeto o mediante producciones significantes soportadas en medios de transmisión simbólica diversos; ya tome la forma de una apelación, de un imperativo o una imputación al sujeto, de una moción de deseo o de una imploración, la interpelación remite a un lugar de alteridad desde el que se produce un señalamiento que invoca al sujeto, que lo convoca pero que puede igualmente, incluso, revocarlo.

Así, tanto en su dimensión primaria como en la serie indeterminada de sus incidencias, la interpelación proviene siempre de otro, inaugura y sostiene un campo de enunciación signado por la alteridad, operando sus efectos como agencia de enunciación que señala

¹³⁵ E. Benveniste, 1958, pp. 180-184.

desde la alteridad los lugares en que el sujeto ha de situarse en cada momento. Hay, pues, interpelación cuando se suscita una toma de palabra como efecto o respuesta, implícita o explícita, a un requerimiento, a una demanda del otro.

La interpelación del otro induce la localización discursiva del sujeto, señala y marca su determinación local, pero también resulta en su ubicación en una serie de ejes generales configurados por las mismas estructuras discursivas que la interpelación transmite al producirse necesariamente como enunciación, como llamado o exigencia discursivamente articulados. De tal manera, al conferir al sujeto un lugar discursivamente marcado, la interpelación opera un doble efecto; por un lado, de constitución del campo subjetivo como espacio de productividad significativa, por el otro, de transmisión de la reproducibilidad e iterabilidad de los esquemas que conforman el discurso social.

En primer lugar, pues, la conformación y el deslindamiento de un lugar de enunciación, de emergencia de un campo singular de subjetividad mediante la inducción discursiva de una instancia de enunciación sintáctica y semánticamente determinada. En segundo lugar, la transferencia de una determinada competencia discursiva y narrativa, de un *corpus* de lenguaje y de constructos discursivos, de particulares formas de enunciación y de sintaxis narrativa; efecto masivo de transmisión de las condiciones estructurales de la enunciación que, no obstante, no implica la imposición de esquemas fijos e inamovibles, sino la inducción de series discursivo-narrativas móviles que operan de manera múltiple y que habrán de diferenciarse, articularse y transformarse, en tanto matriz combinatoria y de elaboración simbólica, en el proceso de construcción de sentido.

En el nivel de su eficacia constitutiva del campo subjetivo, la interpelación hace emerger al sujeto inscrito en un campo discursivo y narrativamente determinado; por intermedio de sus efectos de transmisión, lo sitúa en función de una determinada competencia narrativa, de una cierta capacidad simbolizante, como instancia capaz de articular una serie de acontecimientos de enunciación que habrán de (re)iterar los esquemas discursivos y narrativos transmitidos en nuevas producciones de sentido. Así, dados a partir de la transferencia de una capacidad discursiva singular y específica, articulados según patrones narrativos sometidos a determinados mecanismos de coherencia y de adecuación sintáctica, el sujeto y el campo de su experiencia habrán de constituirse, respectivamente, como instancia y espacio de enunciación adheridos a una producción simbólica a-subjetiva que los precede y, en buena medida, los determina.

Propiamente hablando, hay interpelación cuando se produce el señalamiento y deslinde de un lugar de enunciación a partir de un efecto de atracción significativa producido en y desde

un espacio de alteridad. En este sentido, la interpelación configura un determinado *agenciamiento discursivo*, a partir del cual se delimita una serie de lugares de subjetividad a-signados y se transfiere, articulándose en sucesivos acontecimientos de enunciación, una serie más o menos estratificada de enunciados y matrices discursivo-narrativas.

Sin embargo, el agenciamiento a partir del cual el sujeto se constituye, quedando forzado a adherirse a la producción significativa, no puede ser tomado como efecto de un llamado pasivo, como respuesta a una simple solicitud; se trata más bien de una violencia a partir de la cual sujeto es orillado a existir apropiándose del lenguaje, constreñido a constituirse a partir de y en la enunciación y al interior de un permanente trabajo de sentido. De tal modo, la interpelación se impone como agitación, como atravesamiento y duplicación significativa del cuerpo; articula, desde la alteridad, desde una condición de profunda dependencia del otro, la pulsión y las líneas de fuerza que inciden sobre el cuerpo en una serie de segmentos discursivos y narrativos capaces de incitar, reactivar y organizar la producción simbólica.

Por la vía de este efecto articulante —y, en su incidencia primaria, pregnante—, la interpelación moviliza la potencia significativa del cuerpo, en tanto sustrato receptivo y sensible, recubriéndolo en su materialidad, extrayendo la productividad significativa de su capacidad material de simbolización y de lenguaje y produciendo, finalmente, un efecto de doble hendidura: de hiancia o partición de lo real a partir de la sobreinvestidura de sus huellas o marcas sensibles (“represión primaria”) y de escisión, a partir de la represión “propriadamente dicha”, del campo subjetivo en un espacio de articulación significativa inconciente, propio de la inscripción de las marcas de lo real en el cuerpo en el plano de significancia, y un espacio de producción discursiva conciente.

De esta manera, la interpelación implanta la posibilidad de elaboración simbólica en un espacio diferencial, doblemente escindido, en el que se articulan, sin llegar ninguno a absorber a los otros, lo real emergente, la articulación del plano de significancia y la producción molar (predicativa y discursiva) de sentido. Efecto doble de articulación interal de lo real y la significancia, de las series significantes binarias y los esquemas discursivo-narrativos. Doble efecto articulante producido por la incidencia en el cuerpo del deseo y del poder del otro, implicándolo como cuerpo escrito, desplegado en una cifra del otro.

La interpelación induce un efecto de apoyatura de la producción de sentido, de recubrimiento y encubrimiento de la materialidad del cuerpo y de los bordes emergentes de lo real en el cuerpo, incitando y agitando las pulsiones, pero, al mismo tiempo, fijándolas, articulándolas al interior de determinados sistemas discursivos y representacionales. De

ello se sigue que hay interpelación cuando una producción discursiva indica el lugar en que el sujeto habrá de singularizarse como instancia de enunciación, pero también, simultáneamente, cuando la experiencia de lo real y del cuerpo, tal como se da inscrita en el plano de significancia, se articula y se precipita en un trabajo discursivo que implica una productividad simbólica compleja, propiamente narrativa; articulación a la que debe remitirse un primer nivel, material, “semántico”, de la subjetivación, en el cual la interpelación opera un efecto de represión, de borradura de la significancia, implicándola, sin embargo, como condición y objeto de determinación simbólica a partir de una cierta circunscripción del campo de lo decible.

En particular, es lo que puede situarse como *interpelación primaria* lo que induce como efecto la formación del lugar del sujeto como instancia material y semántica a través de la cual se ligán los efectos significantes emergentes en el plano de significancia a las formaciones discursivas y narrativas que dan soporte a la enunciación. La interpelación inscribe, así, al sujeto en un espacio de agenciamientos simbólica y discursivamente configurados, integrando múltiples instancias de enunciación y de transmisión discursiva en un efecto genealógico masivo de a-signación primaria. De tal manera, el lugar del sujeto queda, en principio, constitutivamente articulado en un agenciamiento discursivo configurado desde la alteridad, como instancia suplementaria, adherente, de la producción social de sentido.

Paralelamente —según se ha dicho—, al operar a partir de los constructos narrativos dominantes, la interpelación provee una gramática y un sistema de referencias simbólicas. No obstante, no se trata de una simple transferencia de competencias discursivas secundarias, sino, ante todo, de la inducción de esquemas de enunciación que dan soporte a la inauguración de un nivel “sintáctico” de subjetivación, a la conformación estructural de las figuras sintagmáticas a partir de las cuales el sujeto ha de escribirse para situar su lugar en el *socius* y en la producción de sentido. A través de esta estructuración sintáctica del campo de la subjetividad como campo determinado según ciertos esquemas formales de realización del sentido, la interpelación constituye y fija al sujeto en relación con determinados arreglos discursivos, determinadas formas de enunciación y una determinada productividad narrativa. Opera, así, como un conjunto de enunciados socialmente estructurados capaces de producir efectos performativos específicos. De ello se sigue que los esquemas discursivos y narrativos dominantes constituyen, en su calidad de formaciones performativas, el lugar desde el que se interpela al sujeto, desde el que se configuran las condiciones regulativas específicas de la enunciación en que éste habrá de

inscribirse. Así, en la interpelación el deber ser, los efectos normativos y regulatorios de la inducción discursiva, se plantean simple y llanamente como modo de ser del sujeto.

En el nivel de esta determinación “formal” de la subjetivación, el discurso social despliega una serie limitada de esquemas discursivos y figuras enunciativas, una serie predefinida de pautas atributivas y narrativas y núcleos identitarios y biográficos que determinan la formación del yo como instancia sintáctica de apropiación del lenguaje. En particular, el deslindamiento del lugar que el sujeto está llamado a ocupar se halla configurado por un determinado efecto de indicación (id)entitaria y atributiva, por un determinado efecto de nominación y categorización. Por intermedio de la interpelación, el discurso social deslinda espacios (id)entitarios para el sujeto, definidos de acuerdo con una serie de categorías discursivamente determinadas de género, parentesco, clase social, edad, etc., cada una configurada por un determinado sistema de enunciados atributivos y regulatorios. Mediante tales efectos performativos, la interpelación transmite, en el nivel de la formación del yo, una serie de apelaciones identitarias, biográficas y de sentido; induciendo, las primeras, ciertas formas estructurales de representación, de identificación y de atribución de sí y, las segundas, una lógica de despliegue secuencial y de remisión semántica de los acontecimientos emergentes de la experiencia. De tal modo, la interpelación opera no sólo como requisitoria constituyente de la identidad del sujeto en un campo normativo, de una determinada configuración del ser del sujeto y de su relación consigo mismo, sino también como instancia intermediaria de historización y de fijación del sentido.

En esta lógica, la interpelación primaria remite, ante todo, a un acto de designación y de nominación (id)entitaria, al señalamiento signado de un lugar singular. A partir de constituirse como objeto de un acto de nominación, el sujeto queda situado en un lugar acorde con una serie de coordenadas categoriales y atributivas (de género, filiación, grupo étnico, etc.). Consecuentemente, el acceso al orden simbólico y el proyecto identificador a partir del cual el sujeto habrá de significar e historizar su experiencia quedan inicialmente configurados por la forma en que se produce el reconocimiento de sí en el lugar significado por el nombre.

Por otro lado, la incidencia performativa del discurso del otro implica la ocurrencia de una operación discursiva y de enunciación capaz de incitar una nueva producción discursiva. De tal manera, el emplazamiento del lugar del sujeto y la delimitación de las funciones discursivas en que habrá de postularse como agente de discurso implican una respuesta al deseo del otro, una respuesta a su poder, una forma de constituirse el sujeto en signo de su amor o de someterse o resistirse a su fuerza. En el nivel de su eficacia material y constitutiva, la interpelación determina, así, formas de ser y de actuar, de percibir el mundo

y de devenir sujeto dependientes de la eficacia de un campo signado por el otro; por consecuencia, el sujeto queda necesariamente sujetado al discurso a partir del cual es solicitado por el otro a constituirse desde ahí en agente de enunciación. Correlativamente, la producción discursiva que el sujeto habrá de asumir por cuenta propia se formulará como un nuevo llamado, una llamado de retorno, a ser reconocido por los otros; por tal motivo, el relato autobiográfico estará poblado de apelaciones, de emplazamientos al otro, actuando nueva e inevitablemente, indefinidamente, como instancia emergente de interpelación, como vehículo de la (re)producción y la transmisión social del sentido.

Es en esta continua iteración enunciativa, en esta continua reversión de los lugares de enunciación, en que el sujeto viene a constituirse en objeto y sujeto de interpelación, proceso que se constituye en signo de que ha sido atravesado por el deseo y el poder del otro, de que, consecuentemente, ha quedado inscrito en la diferencia, en la imposibilidad de coincidir nunca consigo mismo. Sin embargo, en la diferenciación del lugar de sí y del otro no hay un orden de prelación, sino un efecto constitutivo global del lugar de enunciación y de la postulación frente a otro, de la apertura simultánea, indiscernible en su origen, de un espacio de mismidad y de alteridad. El esclarecimiento de este espacio doble, de mismidad y alteridad, exige, sin embargo, que sea tomado en última instancia como espacio de "terceridad". En efecto, la interpelación transfiere, reinscribe en un determinado lugar de enunciación —el lugar del sujeto— un sistema de enunciados que se sostiene en una dimensión independiente de toda determinación empírica. Esta dimensión de terceridad se anuda en el lugar del otro —se ha dicho el Otro, el "otro simbólico"— en tanto lugar en que se produce la sedimentación y estratificación del sentido, en que se instituyen las condiciones básicas de codificación y decodificación simbólicas.

Por efectos de la transferencia discursiva producida en la interpelación, tanto la enunciación que interpela como la enunciación que emerge en el lugar a-signado por ella quedan inscritas como elementos dialógicos en un plano discursivo común, en un plano tercero sólo con respecto al cual pueden aquéllas adquirir determinados funcionamientos y determinada eficacia simbólica. Esta remisión a un espacio tercero, nunca totalmente reductible, implica precisamente que el sentido se produce —como se ha sostenido— por un efecto de excedencia, en este caso en relación con la producción discursiva y narrativa que circula de uno a otro sujeto, más allá de toda intencionalidad conciente y de toda postulación unívoca de sentido, instituyéndose en un plano suplementario, propiamente simbólico, pero indisociable, en su interidad e inmanencia, de su articulación discursiva, produciendo efectos que se sitúan más allá del decir de cualquier sujeto empírico y que remiten, por un lado, a la sobreposición permanente —en un lugar otro, diferente— de

planos de sentido, de estratos de significación que se sobreponen y se multiplican en el proceso de enunciación; y, por otro, a una incidencia, igualmente múltiple y permanente, de la alteridad, de una alteridad discursiva en relación con la cual el sujeto es llamado a ubicarse como agente de enunciación.¹³⁶

5.2. Iteración y performatividad discursivas

La interpelación, la requisitoria de identidad formulada por el otro, despliega un agenciamiento discursivo que produce la enunciación —lugar emergente de la producción de sentido— como proceso iterativo. De acuerdo con esto, toda enunciación ha de tener lugar como una recurrencia, como la repetición de esquemas discursivos y fórmulas enunciativas previamente configuradas; recurrencia y repetición que, sin embargo, a cada momento producen una diferencia, una alteración en la que se inscriben irreductibles efectos de sentido.

La iteración, entendida así, como repetición de esquemas discursivos que se diferencian, como repetición ligada a la alteridad,¹³⁷ implica tanto las condiciones básicas de inteligibilidad del discurso como la (re)producción de las condiciones de enunciabilityd mismas, de modo que toda producción discursiva, todo efecto expresivo o de sentido, suponen —operando en el reverso de su articulación conciente y “de manera disimétrica”— la iteración como “espacio general de su posibilidad”.¹³⁸ Toda enunciación se encuentra, así, guiada por la articulación iterativa de series significantes, constituyéndose como citación de otros enunciados, como posibilidad de repetirse en la producción de la diferencia, como producción de sentido que, sin excluir la intervención de una intencionalidad significativa o expresiva conciente, más bien la sitúa en una dimensión secundaria de relevo o de reemplazo.

La iteración supone que las articulaciones y efectos de asignación predicativa y narrativa gozan, para operar como tales en la configuración de un discurso inteligible y significativo, de una determinada permanencia y de una relativa autonomía, sin agotarse en su incidencia al interior de un particular acontecimiento de enunciación, sin estar atados a la presencia sustantiva de un sujeto o a un determinado contexto de emisión, sino

¹³⁶ Siguiendo a Lacan, S. Žižek señala que, en tanto sujeto de lenguaje, el sujeto está fijado a “un significante que lo representa para otro” y que esta fijación se produce por un “mandato” performativo y simbólico (la interpelación, tal como se ha planteado en este apartado) que otorga al sujeto un lugar en la “red intersubjetiva de relaciones simbólicas”, produciendo un modo de ser independiente de las determinaciones y cualidades reales del sujeto (1989, p. 156). Una vez fijado constitutivamente este lugar, un lugar vacío, una mera función, la enunciación discursiva se constituirá en el medio para “llenarlo” con los atributos discursivamente determinados que lo propia interpelación transfiere regulativamente.

¹³⁷ J. Derrida, 1971, pp. 356 y ss.

¹³⁸ J. Derrida, *op.cit.*, p. 369.

emergiendo y persistiendo más allá, en un plano discursivo que puede ser objeto de repetición en ausencia de cualquier determinación subjetiva o contextual particular. Así, en sentido estricto, los efectos de sentido dependen de esta separación, de esta diferenciación y desvinculación entre las articulaciones y esquemas significantes y las condiciones de su formulación, de modo que es la iteración significativa, y no los determinantes concretos de la enunciación, lo que se constituye en instancia de soporte de la producción de sentido.

En este contexto, el reconocimiento y la eficacia significativa de todo enunciado tiene como condición básica la intertextualidad, la remisión a un sistema de enunciados previamente codificados, dependiendo de que la fórmula discursiva en que se articula su sentido sea identificable “conforme a un modelo iterable” y de que los elementos significantes que lo conforman posean cierta “identidad de marca”.¹³⁹ En este sentido, la iteración implica la existencia separada de un cuerpo discursivo, de un archivo, de un sistema combinatorio de enunciados en el que las series significantes se iteran como síntesis codificadas de identidad y diferencia, como “valor”, configurando un régimen de inteligibilidad y legibilidad independiente de cualquier determinación empírica. La eficacia subjetiva de la narrativa supone entonces, como característica determinante, independiente y suplementaria, disponer de una estructura reiterable, legible, sujeta a un sistema de “identidades o estructuras de marca” reconocibles, transmisibles, decodificables, operando, por tanto, con independencia de la presencia y la intención del sujeto, así como de cualquier condicionante contextual o intersubjetivo.

Así, la iterabilidad, la posibilidad de repetirse los esquemas y relaciones significantes, de cifrarse y descifrarse su articulación discursiva, no sólo está implícita en la sedimentación de los constructos narrativos y discursivos, sino que representa la condición misma de la relativa autonomía de la esfera del sentido, pudiendo emerger y operar sus efectos de remisión significativa fuera de toda atadura extensional al referente. En particular, para los efectos de la formación de la subjetividad en el campo del discurso, la iteración involucra la recurrencia de esquemas enunciativos derivados del discurso del otro, la realización reiterada de “un conjunto de significados ya establecidos socialmente”,¹⁴⁰ y prescritos como condición de la configuración de los lugares de enunciación en que el sujeto habrá de venir a constituirse y singularizarse. Esta reactivación de esquemas y fórmulas previamente sedimentados como instancia de la producción del sentido deriva en la opacidad de toda enunciación, en su inmanencia significativa, implicando no sólo que la conciencia no es

¹³⁹ Cfr., *ibid.*, pp. 359 y 368.

¹⁴⁰ J. Butler, 1990, p. 171.

constitutiva de sentido, sino que incluso se produce como mero efecto periférico, adyacente, en el propio plano de la articulación significativa.

Más aún, el campo discursivo del que se extraen los esquemas y formas de la enunciación tampoco puede ser objeto de saturación, sino que está atravesado por una falla constitucional, por la imposibilidad de remitirse a los objetos y emergentes de lo real como instancia última en que hallara fundamento; antes, al contrario, opera en sí mismo como sistema inmanente de iteraciones, como espacio de redundancia y recurrencia del sentido, lo cual comporta la falta de cualquier clave absoluta de certidumbre y de toda fórmula de certeza. Esta imposibilidad de que el campo discursivo mismo pueda ser en última instancia saturado e integrado remite a su configuración como espacio interal e intertextual, como sistema abierto de relaciones sintagmáticas y remisiones paradigmáticas, pero también, al mismo tiempo, da soporte a su eficacia para actuar permanentemente como dispositivo de selección y articulación de los emergentes de lo real, de su capacidad para precipitarse, en el nivel de cada acontecimiento de enunciación, en y hacia la exterioridad de lo real, ya no bajo la forma de una captura o de un reflejo sino como producción de sentido en que lo real viene a inscribirse como marca en la medida misma en que se diferencia y se separa, en la medida en que reiteradamente se borra.

De lo anterior se desprende que lo que se itera en la narrativa, produciéndose como sentido, no puede fijarse ni situarse sino como simulacro, "traza de trazas", copia de copia, como ficción que remite a una falla, a una hendidura, no sólo respecto a alguna instancia originaria y sustantiva o a una intención profunda de sentido, sino también por relación al propio régimen de alteración, de *diferancia*, que la conduce. La recurrencia narrativa del sentido como repetición de la diferencia se produce, así, sólo del lado del simulacro y de la citación, de una repetición de repeticiones, del lado de un funcionamiento irrisorio, ajeno a cualquier determinación originaria o profunda, independiente de cualquier contexto o intención conciente de sentido y de cualquier saturación sistémica.

Ninguna formulación discursiva y, por ende, ninguna forma de experiencia subjetiva, pueden disociarse, así, de los efectos de borradura de lo real, de escisión, diferenciación y repetición que el campo discursivo en que se construyen impone, emergiendo, por el contrario, como diferencia, "en tanto la iterabilidad misma que constituye su identidad no les permite nunca ser una unidad de identidad consigo misma[s]".¹⁴¹ Así, en tanto repetición de marcas y esquemas significantes, la enunciación discursiva no remite a ningún referente primario, pues en el origen no hay ya sino la misma repetición formulada

¹⁴¹ J. Derrida, *op. cit.*, p. 359.

como juego significativo. Tampoco puede anudarse en torno a una intencionalidad plenamente presente y transparente a sí misma, pues implica igualmente disociación, *diferancia* de todo anclaje extradiscursivo,¹⁴² requiriendo, al contrario, que el sujeto mismo se inscriba en el plano significativo como un elemento más de la cadena (“significante que lo representa para otro significante”), incapaz de coincidir consigo mismo o de situarse en el afuera, en una plena presencia. En este sentido, la enunciación resulta siempre inconclusa siendo su eficacia subjetiva conciente si acaso del orden de la ilusión, de modo que lo que para el sujeto viene a significar una plenitud de sentido, se desliza siempre más allá como excedente, como plus o falta, diferencia de sentido, significancia producida por la iteración de marcas sujetas a un régimen de articulaciones que se despliega al lado de la intención conciente.

Consecuentemente, toda formulación discursiva y narrativa puede ser siempre extraída del contexto de su inscripción —desvinculándose, en particular, de la presencia pretendidamente sustancial del sujeto en el enunciado—, sin que ello comporte menoscabo alguno de su legibilidad ni de su eficacia significativa; más bien al contrario, tal posibilidad de extracción y de separación de las condiciones contextuales de su formulación, permite que la producción discursiva pueda proliferar constante e indeterminadamente, capaz de engendrar infinitos contextos, de inscribirse y acoplarse en múltiples contextos, lo cual no significa que pueda sostenerse fuera de contexto, sino que ningún contexto puede fijarse como anclaje último y estable del sentido,¹⁴³ que siempre hay un resto o un exceso de sentido, juego significativo capaz de producir y determinar múltiples contextos; en suma, que el enunciado no agota o satura nunca su campo y que, al contrario, lo multiplica y desmultiplica incesantemente, diferenciándolo, alterándolo, produciendo continuamente efectos adicionales, excedentes, irreducibles a algún factor extradiscursivo exhaustivamente determinable. Producción del sentido por montaje, la narrativa viene, pues, a constituirse en una constante *re-articulación* de la experiencia; ello en dos sentidos que en última instancia no son sino dos recortes del mismo proceso: articulación de lo que ya de alguna manera ha sido articulado; articulación continua, reiterada, capaz de producir efectos generalizados de diferenciación en el campo del sentido.

Re-articulación, re-presentación y reiterada construcción discursiva de la experiencia, la narrativa no remite a una identidad estable y sustantiva, a una instancia subjetiva primaria depositaria de una capacidad de reflexión o de acción preconstituidas de la que emanaran diversas clases de actos y de formulaciones expresivas o de significación. El ser del sujeto

¹⁴² Cfr., el desarrollo de la noción de *diferancia* en J. Derrida, 1972.

¹⁴³ J. Derrida, 1971, pp. 361-362.

debe, por el contrario, situarse como una "identidad débilmente constituida en el tiempo, instituida en un espacio exterior mediante una *repetición estilizada de actos*",¹⁴⁴ de actos propiamente discursivos. Del mismo modo, la misma producción de sentido debe ubicarse como efecto diferenciado de una determinada regulación discursiva, de la reiteración de formas y esquemas sujetos a formas canónicas de estilización. Se trata, en sentido estricto, de un efecto propiamente performativo de la iteración discursiva, entendido como eficacia directamente productiva de lo que se articula en este nivel, efecto de configuración del campo subjetivo y del sentido a partir de su articulación y re-articulación narrativa, de modo tal que ésta opera como espacio primario (y no derivado) de su constitución.¹⁴⁵ En este sentido, todos los actos, gestos y realizaciones del sujeto deben ser tomados como *interpretaciones* discursivamente determinadas, como ejecuciones discursivas operando performativamente, en tanto las (id)entidades y atribuciones que presuntamente expresan no son sino producciones generadas y mantenidas mediante los propios efectos de articulación del discurso.

No puede decirse, sin embargo, que el lugar del sujeto y la producción de sentido estén directamente y por completo determinados por los sistemas de reglas discursivas al interior de las cuales se hallan constituidos, sino que se insertan como instancias diferenciadas y relativamente autónomas en el espacio signifiante configurado por la iteración. Ello en la medida en que la misma producción de sentido no representa un acto originario y fundante, lo cual remitiría al orden de la necesidad y de la determinación, "sino más bien un proceso reglamentado de repetición",¹⁴⁶ un proceso des-centrado y *diferante* de generación signifiante y subjetiva, lo cual remite más bien a una dimensión estocástica de sobredeterminación, a un régimen de productividad discursiva. Así, el carácter performativo, constitutivo de subjetividad, de la iteración implica un efecto generativo y configurante operado por un doble mecanismo de repetición y diferenciación continuas, nunca originarias, nunca definitivas, por la transferencia e inducción inmanente de una determinada capacidad simbólica, de una determinada e indefinida productividad discursiva.

Así mismo, dada su activación como efecto de la interpelación, como deslindamiento desde otro de un lugar de producción de sentido, la iteración discursiva y narrativa opera como *metá-fora*, como transferencia o transmisión (reprimidas, según ha de verse en seguida) del deseo y del poder del otro. En efecto, los esquemas discursivo-narrativos en que el

¹⁴⁴ J. Butler, 1990, pp. 171-172.

¹⁴⁵ A este respecto, cfr., J. Butler, 1997b, pp. 141 y ss.

¹⁴⁶ J. Butler, 1990, p. 176.

sujeto se relata conforman, en última instancia, estrategias de poder y de deseo discursivamente determinadas a partir de las cuales se configuran un determinado campo de lo decible y un campo de configuración subjetiva que suponen la adición de un efecto de más, una articulación excedente (producida propiamente como sentido) del deseo y del poder del sujeto en relación con las formas de deseo o de sumisión a que se halla sometido. Operando como agenciamiento discursivo, la interpelación, la marca configurante del otro, no sólo determina la formación del lugar de enunciación, ejerce igualmente una serie de efectos regulatorios y coercitivos articulando de manera inmanente deseo y poder como dimensiones discursivas, internas a la producción de sentido. El transporte y la articulación meta-fórica, discursiva y narrativa, de deseo y poder, actúan, en última instancia, como marca significativa del cuerpo en tanto sustrato de productividad significativa, configurándolo como cuerpo productivo y cuerpo de placer; sin embargo, como ya se ha señalado, en tanto efecto discursivo no operan propiamente como un acto originario y fundante, constituyendo en realidad, una reiteración, una recurrencia, una iteración productora de efectos de deseo y poder que desde su emergencia operan ya como simulacro, como “traza de trazas”.¹⁴⁷

De esta manera, el efecto performativo del agenciamiento discursivo, la transmisión de esquemas (id)entitativos, atributivos y narrativos, induce determinados arreglos de la productividad deseante y de poder del sujeto, ajustándola a determinadas constelaciones deseantes y esquemas de poder y, por ende, articulando normativamente —según una normatividad de sentido— el campo de la subjetividad. Así mismo, a partir de la interpelación, la enunciación se constituye como un “proceso reglamentado de repetición” que al tiempo que regula la producción discursiva del sentido oculta las condiciones que la hacen posible —la alienación, la sumisión a un poder y un deseo externos que se imponen, primariamente, al sujeto— mediante la producción de efectos de totalización, sustancialización y naturalización de sus efectos.¹⁴⁸

Se trata, así, de la reinscripción, de la repetición y duplicación del poder y del deseo, de una reversión distribucional de poder y deseo ya desde siempre discursivamente determinados, y no de una inscripción originaria de un orden extradiscursivo de poder o deseo. En este sentido, hay que apostar por los efectos de diferenciación de la interidad de un campo discursivo inmanente y no por un dualismo originario de la postulación de poder o deseo, por un lado, y del sentido y el saber, por el otro. Correlativamente, los efectos de

¹⁴⁷ Cfr., en este sentido, J. Derrida, 1972, p. 36.

¹⁴⁸ J. Butler, 1990, p. 176, *passim*.

constitución del sujeto deseante y de poder en el plano immanente del discurso remiten al borramiento de su misma inscripción discursiva y a la eficacia inconciente de la simultánea constitución del plano de significancia en el que el sentido se produce siempre como “algo más” de lo que la lengua trasmite en el nivel del significado instituido. De tal modo, la experiencia subjetiva, en el nivel en que se configura como totalización de sentido, como espacio necesario y natural de la biografía del sujeto, opera como *represión*, como ocultamiento de las condiciones de su génesis, como “práctica significante” que oculta su propio funcionamiento y naturaliza sus efectos.¹⁴⁹ La configuración sustantivada del campo de subjetividad exige que se produzca este borramiento, que la recurrencia discursiva en que se produce la sujetación y el lugar en que inciden las condiciones de producción discursiva y significante se borren a la mirada del sujeto que emerge en la superficie.¹⁵⁰

Así, para que el sujeto se constituya como sujeto singular de enunciación, como *yo* narrable, es necesario un doble borramiento; en un primer momento, la represión primaria, la inscripción originaria de una marca, que lo conforma como diferencia en un espacio de diferencias y que simultáneamente da lugar al registro de lo real, a la formación de una intencionalidad *x* que atraviesa el campo subjetivo como mera intensidad; en un segundo momento, la represión propiamente dicha del trabajo significante que tiene lugar en el plano de significancia. De este modo, la diferencia, la imposible coincidencia del sujeto consigo mismo, es, en un primer momento, producto de la represión primaria a partir de la cual se produce el desprendimiento de lo real, implicando simultáneamente el desconocimiento de las condiciones primarias de subordinación y de vinculación al otro que la subjetividad tiene como condición de su existencia (dada su relación con el efecto perturbador de la emergencia de lo real, estas condiciones quedan vinculadas a la pulsión de muerte en tanto que poder y deseo se plantean primeramente para el sujeto como reales, implicando la disolución del campo subjetivo en el afuera desde el que ejercen sus efectos de agitación, afectación y necesidad). Más tarde, en un segundo momento, la duplicación, la escisión del campo subjetivo en relación con el plano significante en que se inscriben las marcas de lo real como intencionalidad de sentido tendrá soporte en la represión propiamente dicha. Al quedar articulada, la huella de lo real adquiere inevitablemente, en el primer momento, el sentido de una marca de deseo o de poder cuyo efecto se constituye en objeto de la represión; de hecho, es este efecto de deseo y de poder el que se constituye, en el segundo momento, en objeto de la represión y no el

¹⁴⁹ J. Butler, *op. cit.*, p. 171.

¹⁵⁰ Adelante (cfr., “Perspectiva narrativa y narrabilidad del *yo*”), habrá de establecerse que lo que se hurta a la mirada del sujeto es precisamente el lugar en que se produce la identificación simbólica como mirada.

estímulo real-sensible en sí mismo. En este sentido, lo que se reprime no es el objeto real o las fuerzas no determinadas que lo impulsan, sino su conversión en una intencionalidad, el proceso de inscribirse como en-grama significante.

A partir de la represión primaria y secundaria de los efectos de poder y de deseo constitutivos, el sujeto puede actuar en adelante como instancia de transferencia de mociones de deseo y fuerzas de poder excedentes, discursivamente determinadas, que se sobreponen y revisten, reprimiéndolos, el poder y el deseo "originarios" marcados en adelante por un carácter mortífero. La autonarración resulta, así, una producción de poder, una apuesta de deseo, implicadas directamente, en un plano de inmanencia, en la práctica narrativa de sí. En otros términos: dada la performatividad discursiva, la experiencia subjetiva siempre implica un investimento; la realidad que se constituye en su objeto es, así, en un sentido propio y directo, en un sentido primario, una configuración deseante, una escena de poder.

De lo anterior se desprende que despejar el sentido de la narrativa supone deslindar las formas de apropiación que despliega, las fuerzas de poder que la recorren, que la corroen, las fuerzas y distribuciones deseantes a las que da forma y lugar. En este sentido, la narrativa debe enfocarse como correlato de una apropiación, por lo que preguntarse por su sentido es preguntarse por la forma en que se constituye en agenciamiento, en dispositivo que articula discursivamente una serie de fuerzas, en estrategia de ejercicio de poder y deseo.¹⁵¹

En este mismo contexto, ha de considerarse que el sentido no constituye un espacio homogéneo o unificado, que siempre hay que contar con una multiplicidad de sentidos, con el sentido como diversidad, produciéndose como diferencia, diferenciándose continuamente. Incluso el sentido totalizado no puede ser nunca planteado como sentido unitario, sino como un efecto de reducción, de especificación de las fuerzas que operan en el enunciado. El sentido está, al contrario, siempre amenazado por un efecto de deformación, de desestabilización por la inducción de heterotopías, efectos de sentido otros. Hay, pues, una múltiple eficacia del relato a partir de la cual la producción de sentido postula diversas versiones de la experiencia, formulándose como planteamiento estratégicamente orientado de las condiciones problemáticas de la existencia y proponiendo una definición del lugar de sí frente al juego relacional, de deseo y poder del otro.¹⁵² Esto implica que el sentido como acontecimiento puede articular una multiplicidad

¹⁵¹ Cfr., en este sentido, G. Deleuze, 1967.

¹⁵² La misma coexistencia de esquemas discursivos múltiples en la narrativa remite a la interacción de campos discursivos que diferencian y deslindan diversos campos, diversas formas de subjetivación.

de fuerzas, fuerzas de repetición de lo mismo, fuerzas emergentes que operan efectos de ruptura o que se “enmascaran” para emerger adoptando y alterando los esquemas de sentido que las preceden.

De tal modo, la narrativa no sólo acota, limita y circunscribe el campo de la experiencia, instituyéndola performativamente como objeto de una apropiación hegemónica; tiene también la capacidad de ampliarlo y transformarlo, de alterarlo, trastocarlo, diversificarlo. Hay, pues, una heterología del discurso narrativo, un proceso continuo de desdoblamiento, segmentación y dispersión del mismo, constituyéndose como espacio de confrontación y de poder, en el que, a decir de R. Barthes, pueden reconocerse a *grosso modo* dos clases de discursos: discursos “encráticos”, convencionales y hegemónicos, formados a la sombra de las instituciones e ideologías de poder, y discursos “acráticos”, de resistencia, que se configuran afuera y en contra del poder instituido, en sus márgenes.¹⁵³ De un lado, saberes y narrativas hegemónicos, esquemas discursivos molares, que tienden a unificar performativamente la experiencia y a reducirla a la repetición de lo mismo; del otro, saberes y narrativas locales, alternativos, que ponen en juego la diferencia, remitiendo a la generatividad, a la incidencia de la letra y del plano de significancia, articulando formaciones de deseo y poder capaces de alterar, de manera igualmente performativa, la reiteración de las fórmulas generales del sentido. En suma, el relato de la experiencia de vida articula, en el propio nivel de sus efectos performativos, una serie más o menos centralizada, más o menos coherente, de saberes dominantes y un continuo “trabajo de diferenciación”, la emergencia de saberes “locales”, “subyugados” que, por su misma condición, resultan discordantes, divergentes, discontinuos, faltos aún de coherencia.¹⁵⁴ De esta manera, la narrativa puede llegar a operar efectos de resistencia, de diferenciación, de localización de sí frente o fuera de un determinado campo normativo, distinguiéndose del discurso cristalizado de otros y generando efectos eventuales o continuos de ruptura. Se trazan, así, dos posibles desarrollos que, en principio, recurren a los medios de un mismo *corpus* discursivo: la narrativa como espacio de construcción performativa de sí por la vía de la asimilación identitaria o de la diferenciación y la alteración; como medio de identidad o de alteridad.

De cualquier modo, desde la perspectiva de su eficacia, el relato en tanto práctica discursiva, en tanto acontecimiento discursivo, produce efectos estratégicos de sentido que suponen la incidencia de una determinada intencionalidad performativa. Esta intencionalidad se produce inscribiéndose transversalmente en el intervalo, en la diferencia

¹⁵³ R. Barthes, 1973, pp. 136-137.

¹⁵⁴ Cfr. D. White y M. Epston, 1980.

abierta, primero, entre la emergencia sensible de lo real y la marca significativa que da lugar a su desprendimiento, más tarde entre las articulaciones significantes binarias y la formación molar de atribuciones y esquemas narrativos. Intencionalidad no subjetiva, pero estratégicamente orientada según una determinada serialización significativa, moción de poder o deseo inherente a la producción de sentido que no puede reducirse a la cosa real (que debe darse por excluida del campo significativo), pero tampoco a la marca significativa o a los constructos narrativos que la representan, sino que debe situarse como intersección, como efecto transicional o producción del margen, efecto interal de sentido en tanto conversión y reversión entre lo real y su inscripción simbólica y discursiva. Así, el sentido se pliega y des-pliega como estrategia discursiva —según ciertos efectos performativos— en una serie de hendiduras, constituyendo el campo del discurso no sólo como espacio de articulación semántica, sino también y al mismo tiempo como campo en el que ejercen sus efectos, según un régimen de contingencia, fuerzas que, no obstante emerger como exterioridad, están siempre discursivamente determinadas. En el nivel de su materialidad, el discurso es, pues, capaz de “comunicar una fuerza por el impulso de una marca.”¹⁵⁵

Estos efectos de poder o deseo, discursivamente determinados, tienen lugar a partir de la iteración enunciativa, en el nivel en que el deslindamiento de la instancia discursiva del sujeto da soporte al despliegue de un determinado campo subjetivo.¹⁵⁶ En este sentido, el campo subjetivo sólo se constituye por relación con una serie de efectos de poder y de deseo que atraviesan transversalmente la producción discursiva en tanto intencionalidad emergente de sentido.

Esta intencionalidad discursiva no implica que el relato opere como medio de la intención expresiva o pragmática de una instancia (el sujeto) saturada en su determinación, aunque tampoco puede reducirse a una mera combinatoria del sistema del lenguaje; supone más bien la articulación, en un plano inmanente de interidad, de la enunciación discursiva y de los emergentes de lo real produciendo una determinada apertura simbólica, una serie de efectos de hiancia y de pliegue, una diferenciación significativa que, gracias a su especificidad propiamente estratégica y pese a sus particulares y relativos efectos de cierre y de totalización, implica un efecto de indeterminación e incertidumbre que impide tanto el eclipsamiento “mortífero” de la subjetividad, el arrobamiento de lo real, cuanto la clausura o la absoluta dispersión significativa. Al ser atravesado, al dar soporte a una intencionalidad estratégica, discursivamente articulada, el relato se configura entonces como subjuntividad, como articulación estocástica de una serie de fuerzas y pulsiones. La narrativa hay que

¹⁵⁵ J. Derrida (*apud*. Austin), 1971, p. 362.

¹⁵⁶ Cfr., *infra*, “El anclaje deíctico”.

tomarla, por ende, por este efecto estratégico de la producción de sentido, por lo que en la enunciación se viene a significar de acuerdo con una intencionalidad que no responde necesariamente a la intención conciente del sujeto, sino a una finalidad estratégica de sentido que va en busca del sujeto, que “va por delante” y se le impone como espacio de devenir.

El primer efecto del discurso es, entonces, el cierre de sentido en el trazo de una intencionalidad: una intención de sentido en la que se inscribe y se escribe el sujeto y que se sostiene tanto en la selección de los contenidos materiales del relato como en los rasgos “expresivos” del enunciado, en la estilística del género, en los matices significantes codificados de los tropos. En el trazo de esta intencionalidad discursiva la neutralidad del sistema narrativo y del lenguaje se ve alterada y se puebla de giros y rasgos que articulan determinados usos, determinadas prácticas y estrategias discursivas.

La intencionalidad discursiva instituye una cierta orientación de los enunciados, una determinada isotopía del relato, una determinada articulación referencial, proposicional y expresiva, fijando el lugar del sujeto, de los objetos del mundo y del otro según una distribución localmente determinada, orientada en su singularidad de acuerdo con ciertas estrategias y ciertos efectos de poder o de deseo, de acuerdo con cierta direccionalidad de los vínculos, las prácticas y los comportamientos, directamente inscrita en la producción del sentido.

No obstante, si se considera desde la perspectiva de la intertextualidad y de la intersección y recorte de múltiples planos discursivos, la intencionalidad narrativa no implica propiamente el despliegue de una estrategia unificada sino la producción, fundamentalmente inconciente, de estrategias complejas y diversas, emergentes de una constante proliferación de derivaciones discursivas, pero que cesan de especificarse, aun en su multiplicidad y en su heterogeneidad, a partir de su enlazamiento en función de determinados esquemas. De este modo, a partir de las estrategias discursivas que se configuran en el relato —independientemente de que se planteen y persistan de manera dispersa y segmentaria o que emerjan integradas en esquemas molares de sentido—, el espacio narrativo se configura como espacio estriado, como plano estratificado, en el que no es posible ir en cualquier dirección en cualquier momento. Hay vías fácilmente transitables (generalmente asociadas a esquemas narrativos instituidos), paisajes impenetrables que deben aún despejarse, parajes públicos o privados, sitios prohibidos o silenciados, dichos a medias o parcialmente articulados; hay, en suma, una compleja distribución de la enunciabilidad y el silencio, integrados en formaciones de “sentido

intencionado” definidas por una gramática cuya configuración estratégica ejerce continuos efectos performativos.

6. DE LA ENUNCIACIÓN AL YO NARRABLE

La enunciación ha de ser tomada como producción discursiva en tanto producción que despliega una serie de efectos de configuración, articulación, dispersión y distribución de los objetos y contenidos de la experiencia, instituyéndolos como sentido.¹⁵⁷ A partir de esto, cabe plantear la forma específica en que en la enunciación se produce siempre un retorno, conformándose el campo del discurso como campo subjetivo. Para ello, puede partirse de considerar que el decir implica siempre la inscripción de alguna marca del lugar en que se sostiene el propio proceso de enunciación, propiciando la superposición y mutua intersección de planos de sentido y generando un efecto re-flexivo. Así, en el propio proceso de su producción, el discurso apunta inevitablemente a una agencia de enunciación producida deícticamente como singularidad; de tal manera, el discurso y sus efectos de sentido señalan siempre a una determinada singularización subjetiva.

En este sentido, la enunciación realiza, primero, según se ha visto ya, los efectos de la interpelación, esto es, sitúa el agenciamiento discursivo del sujeto en un lugar socialmente significativo; en segundo lugar, implica una determinación deíctica del enunciado por medio de la cual se produce un anclaje material y semántico; y, tercero, da soporte a un anudamiento subjetivo produciendo una singularidad. A partir de esto, en lo que sigue habrá de abordarse la cuestión del anclaje y del anudamiento discursivos y de sus implicaciones para la conformación del campo subjetivo.

Sin embargo, conviene antes referir las condiciones que determinan el carácter específico y singular de la producción discursiva y narrativa, los rasgos que identifican a la enunciación en tanto habla o acontecimiento de discurso en el que se deslinda el lugar del sujeto en su singularidad.¹⁵⁸

En esta dirección, hay que hacer notar que la construcción discursiva de la experiencia transforma el carácter múltiple y disperso —propriadamente particular, en el sentido de particionado y parcial— de los emergentes de lo real¹⁵⁹ en una producción singular de sentido, en la medida misma en que los articula según los constructos narrativos de carácter general. La enunciación —si se admite tal juego de términos— singulariza el lugar del sujeto a partir de la generalización de las particularidades de lo que emerge de lo real. Instauration, así, una transversalidad, da lugar a un pasaje, a la objetivación de las

¹⁵⁷ M. Foucault, 1969, pp. 62-63; cfr., también, E. Laclau y C. Mouffe, 1985, pp. 142 y ss.

¹⁵⁸ Para el tema de la singularidad de la narrativa biográfica, desde una perspectiva, por cierto, distinta de la aquí propuesta, véase, F. Ferraroti, 1989.

¹⁵⁹ En contraposición, lo real, en tanto lo que se produce como residuo, representa una *multiplicidad irreductible*, persistiendo no determinado e indecidible.

inscripciones subjetivas de lo real y a la subjetivación de las estructuras objetivas de sentido. De tal manera, en la enunciación, en la formulación del relato como acontecimiento de sentido, se construyen simultáneamente un espacio social y una escena de representación subjetiva de sí, una experiencia subjetiva socialmente significada y una estructura social vivida; acontecimiento que se determina según la dimensión del sentido y sentido que se materializa como acontecimiento. Lo que constituye la singularidad del acontecimiento discursivo es, pues, por paradójico que pueda parecer, el uso iterativo del lenguaje, el posicionamiento del sujeto en las estructuras generales del lenguaje, la recurrencia de esquemas narrativos en la construcción de un espacio simbólico genérico que articula la materialidad de los acontecimientos particulares.

Desde una perspectiva convergente, el sentido como espacio de configuración singular de la experiencia se produce a partir de la tensión existente entre la palabra hablada, el acontecimiento discursivo particular, y la lengua o el sistema narrativo general; el sentido de lo enunciado comporta, así, una intermediación entre la generalidad, la iterabilidad y la sistematicidad del lenguaje y los esquemas narrativos y la particularidad del acto enunciativo, constituyéndose como transportación, *metá-fora* de una intencionalidad¹⁶⁰ que articula en una relación mutuamente implicativa, aún por tomar forma, paradigmas narrativos y sintagma discursivo. De esta manera, el sentido queda postulado en el habla apenas como un vacío que va siendo ocupado o colmado, sin llegar nunca a serlo por completo, por la articulación del significante en un sistema de significados, o bien, a la inversa, por la licuefacción de los significados instituidos en un imprevisible efecto significante. Tal vacío de sentido opera, por esta doble vía, un efecto de atracción sobre la articulación del discurso para producir eventualmente la singularización de la experiencia. De tal modo, el sentido de la experiencia se singulariza por un doble movimiento, fijándose mediante el recurso a los medios significantes convencionales y emergiendo en la enunciación como diferenciación significativa, como alteración de los esquemas.

Así, debe señalarse que, no obstante estar paradigmáticamente vinculado con el código, con las estructuras narrativas iterativas, el discurso, en tanto producto de la enunciación, implica la subordinación de la función del código a la producción significativa, la cual se produce como estructura generativa en el plano del acontecimiento, como acontecimiento estructurante. La enunciación narrativa es, en este sentido, constitutiva; sin representar un ejercicio arbitrario de invención totalmente autónoma, somete a los esquemas discursivos generales a distintos grados de desviación, de "deformación regulada"¹⁶¹ y alteración,

¹⁶⁰ Cfr., *supra*.

¹⁶¹ P. Ricoeur, 1985, p. 138.

produciendo el sentido como diferencia constituyente. Este plus de alteración —el decir como alteridad y diferencia en la reiteración— se constituye precisamente en condición básica de la singularidad de la enunciación.

Considerado desde el punto de vista de los ejes básicos del lenguaje, el discurso se constituye como serie sintagmática, lineal, de enunciados empíricamente articulados, pero proyectándose al mismo tiempo en una serie abierta de transformaciones significantes de carácter paradigmático. Cada serie significativa articulada en el discurso se multiplica, por extracción, entañamiento, integración, subordinación, en otras series que la transforman, la resignifican, la continúan o la proyectan, ensanchando el campo de producción simbólica. Se produce así una plétora de líneas en expansión o contracción, con núcleos más o menos densos de sentido, más o menos centralizados o dispersos, espacios de remisión más o menos definidos y contornos exteriores aún no determinados. Espacio multidimensional en movimiento, sin foco, articulado según una mecánica combinatoria que a cada momento excede la linealidad de la producción discursiva concreta, situándola en un espacio implícito e intersticial. Por consecuencia, la producción discursiva en tanto enunciación permanece siempre inconclusa, interminable, tiene un carácter abierto, en principio indeterminable y, sin embargo, singularmente determinado. De tal modo, lejos de que la singularización implique una clausura de la producción significativa, supone, al contrario, una multiplicación probabilística de remisiones, lo cual impide asignarle un sentido cerrado y acabado, exigiendo, al contrario, la apertura del juego de las intencionalidades y de las implicaciones. Por ello, los efectos de sentido producidos al interior de la articulación sintética de la narrativa son, en su emergencia, a un tiempo singulares e irreductibles e indecibles.

Todavía podría sostenerse, desde una perspectiva complementaria, que la enunciación es, en tanto acto de lenguaje, un proceso complejo, propiamente iterativo, de composición, descomposición y recomposición: composición y articulación de las unidades discretas, materiales, de la experiencia, descomposición de los esquemas generales de sentido y recomposición, de n grados, de efectos de sentido en tanto repetición de diferencias. De esta manera, la enunciación da cabida cada vez, al lado de y al interior de las repeticiones, de las redundancias y las generalidades, a la insistencia de la materialidad sensible de la experiencia, a la deriva del sujeto por líneas de descodificación abierta, inscribiéndose, como efecto de singularidad, en lo enunciado. Puede, así, rastrearse en el enunciado, singularizándolo, la incidencia de acontecimientos que se diferencian, historias anómalas, formas bizarras de la experiencia, posiciones subjetivas atípicas, segmentos significantes

no articulados totalmente, derivas discursivas que configuran el umbral de un posible devenir otro del sujeto.

En síntesis, aunque la enunciación como instancia singular de discurso produce constantemente determinadas totalizaciones de sentido, también opera como espacio abierto, como red en la que se configura un sentido que no puede ser de antemano objeto de una determinación última. Para que el sentido pueda ser fijado, requiere cada vez una concreción situacional, local, emerger como efecto contingente que remite al revés de lo dicho, a lo que se agita como huella de que el cuerpo ha sido de alguna manera implicado, a lo que determina en su materialidad una intencionalidad significante múltiple. El sentido es, así, singularidad irreductible a su configuración estructural y discursiva, pero igualmente irreductible a su pura materialidad de acontecimiento.

6.1. El anclaje deíctico

La emergencia de una diferencia en la enunciación implica que el acontecimiento discursivo tiene prioridad, en tanto habla o escritura, en la producción de sentido, anticipándose y prefigurando al sistema narrativo sedimentado.¹⁶² En la oposición entre sistema narrativo y acontecimiento discursivo, es éste el que tiene preeminencia, destacando la función de la materialidad y del juego significante como instancia de singularización. De tal modo, desde una perspectiva psicológica o social, lo que cuenta es lo dicho, el enunciado, y no el sistema narrativo estructurado. En cuanto acontecimiento de discurso, el habla o la escritura no son un acto transitorio que se desvanezca en su sola emergencia, sino que producen efectos más o menos duraderos, integrando, en el nivel de la enunciación, acontecimiento y sentido, ser y devenir. Los propios constructos narrativos y discursivos sólo adquieren eficacia concreta al reproducirse y transformarse en el acto de la enunciación; más aún, sólo se conforman a partir de la sedimentación residual y sumativa de actos singulares de enunciación y, a la inversa, sólo son capaces de operar efectos de sentido al subjetivarse en la enunciación, por cuanto es en este nivel —que no es propiamente empírico, sino iterativo— en donde se produce su articulación con el campo de la experiencia.

Ahora bien, en este contexto se destaca, como característica propia de toda producción de discurso, la inscripción explícita o implícita de una marca, de un significante de la agencia de enunciación, de un sujeto inscrito directamente en el enunciado mediante algún significante generalmente asociado con el sistema de la persona gramatical, implicando un

¹⁶² Cfr., P. Ricoeur, 1976, p. 23.

anclaje semántico del emplazamiento subjetivo de la enunciación.¹⁶³ Los significantes del sujeto de la enunciación, sean implícitos o explícitos, señalan materialmente un lugar en el que el sujeto se inserta como instancia y espacio de articulación significativa. La producción discursiva implica, así, un acto de habla o de escritura en el que el lugar del sujeto no sólo está marcado por una función lingüística sino que en su propia emergencia discursiva —emergencia que no deja de ser opaca, problemática— da soporte a un anudamiento significativo: es este el momento de la articulación del yo como índice ostensivo de una agencia de enunciación materialmente localizada y determinada. Al remitir al sujeto de la enunciación, este significante o alguno de sus equivalentes personales o no personales, en principio vacíos, sin significado determinado, indican que ha tenido lugar una apropiación del sistema lingüístico y narrativo, constituyendo la marca de que la interpelación, el agenciamiento de un campo subjetivo discursivamente determinado, ha surtido su efecto y de que la emergencia de una marca ha afectado e incitado la capacidad significativa y simbolizante del cuerpo.

Este primer anclaje material y semántico de la enunciación tiene lugar, así, por el recorte del código por parte de una intencionalidad significativa, del encadenamiento diferente de una serie de marcas sensibles y pulsionales que quedan inscritas subjetivamente en función, precisamente, de una apropiación del aparato narrativo y del lenguaje cuya marca es el señalamiento deíctico del sujeto, su emergencia “en una instancia de discurso”.¹⁶⁴ De este modo, en lo que se dice, se produce siempre el sujeto como dicho: siempre hay un dicho que marca el lugar del sujeto en lo que se dice. El sujeto emerge, así, en primera instancia, en la conversión de un sistema de significación (el sistema lingüístico y narrativo) en un acontecimiento significativo (la enunciación), cuya articulación singular reposa, por lo demás, no sólo en la instancia de la persona gramatical, sino en una serie de indicadores dados en el propio lenguaje y que operan como instancias de concreción significativa: pronombres personales, nombres comunes y propios, anáforas y deícticos (demostrativos, adverbios temporales y de lugar, declinaciones temporales y de persona del verbo), elementos y funciones significantes que no designan una clase de objetos, sino que, en principio, cumplen, a partir de una determinada eficacia (id)entitaria y atributiva, una simple función ostensiva, de indicación de las coordenadas de la enunciación y de fijación del

¹⁶³ El anclaje semántico del sujeto de la enunciación tiene lugar independientemente de que ocurra mediante una articulación directa, de primera persona, o que tenga lugar de manera indirecta (segunda, tercera personas) o incluso de modo apersonal (se). En cualquier caso, se trata de la inscripción significativa de una función discursiva que se anuda en torno de la incidencia discursiva del sujeto de la enunciación. Para una amplia discusión del tema en tanto elemento de la deixis, cfr. C. Kerbrat-Orecchioni, 1986.

¹⁶⁴ Cfr. E. Benveniste, 1958, pp. 180 y ss. Benveniste afirma categóricamente que “la «subjetividad» se determina por el estatuto lingüístico de la «persona»” (p. 181).

lugar y la relación del sujeto en tanto agente de la enunciación con y en el enunciado; procedimientos y medios que no remiten a concepto o entidad alguna sino al acto mismo de enunciación y a partir de los cuales el sujeto puede situarse como hablante, inscribirse e imprimir su marca en el discurso.

De tal manera, el primer factor de singularización del sentido es la determinación deíctica de la enunciación, con respecto a la cual debe, sin embargo, insistirse en que se sostiene en la iteración, la recurrencia y la repetición de una serie de esquemas significantes dados en el propio *corpus* lingüístico y narrativo que, en tanto tales, delimitan cada instancia de discurso en función de coordenadas de tiempo, espacio, persona y modo discursivamente delimitadas, actuando consecuentemente como marcas genéricas de la singularidad enunciativa.

En este contexto, el *yo* del enunciado que designa al sujeto en el relato y que, ante todo, se efectúa como acontecimiento de lenguaje, como significante vacío de significado o de significado indeterminado, implica, sin embargo, como se ha señalado, la apropiación del lenguaje, operando como eje articulador de la iteración de los constructos de la lengua y narrativos en el discurso. El significado del *yo* sólo se determina, así, en cada instancia única, irrepetible e irreductible de iteración discursiva en que el sujeto hablante se designa a sí mismo, quedando su significado necesariamente determinado por la marca de un señalamiento singular del lugar de la enunciación. Paradójicamente, la subjetividad singular encuentra, de este modo, las primeras condiciones de su determinación en el ejercicio del lenguaje en tanto sistema de relaciones y funciones intercambiables, de *shifters* que permiten apropiarse y poner en juego el *corpus* entero de constructos lingüísticos y narrativos en cada acto de enunciación.

Ello implica encarar, en primera instancia, la subjetividad como emergencia en el discurso de una propiedad fundamental del propio sistema del lenguaje: el deslindamiento de la persona en la enunciación, la producción discursiva de un anclaje ligado al planteamiento de sí mismo del sujeto como emergente de una intencionalidad de sentido. La expresión del *yo* sólo adquiere, así, sentido en el contexto de esta apropiación, de esta articulación entre el sistema signifiante y la materialidad de la subjetividad como lugar de producción de significancia. En efecto, en el decir *yo* hay un planteamiento de sí del sujeto, hay la indicación y la producción de un lugar y de un trabajo de sentido. Por consecuencia, el lenguaje no aparece aquí, en su articulación discursiva, sino como el espacio en que el sujeto incide y se plantea a sí mismo como existente, al tiempo que el mundo y sus objetos emergen y se ostentan haciéndose visibles en un espacio articulado de sentido.

En segundo lugar, dado el carácter articulado, complejamente determinado, del campo enunciativo y narrativo en que el sujeto se constituye, su lugar viene dado de una manera que no es necesariamente fija y unívoca, sino que opera por dispersión, en y por el juego distributivo de la persona, en y por los efectos de articulación actancial del relato. A pesar de que el lugar del sujeto de la narrativa y, en particular, de la autonarrativa se deslinda en primar instancia a partir de su inscripción como yo del enunciado, el campo de subjetividad se distribuye y disemina transversalmente a través de la combinatoria actancial de instancias personales (*yo/tú*), no personales (la tercera persona) o incluso apersonales (*ello, se*), a través de la organización atributiva, espacio-temporal y secuencial —siempre determinada por referencia a la instancia del discurso y nunca a la realidad—, de los acontecimientos y acciones narrados. Consecuentemente, la determinación singular del campo subjetivo en la enunciación no puede reducirse a la delimitación del lugar del sujeto de la enunciación, sino que debe contemplar su articulación plural y múltiple, distributiva y distribuida, en la densa red del relato.

Esto exige, en particular, situar la función significante del yo en relación con la clase más amplia de los deícticos que por su carácter de unidades lingüísticas discretas, meramente relacionales, permiten en conjunto la singularización del campo subjetivo mediante una serie de anclajes semánticos y referenciales de condiciones de producción discursiva que no se reducen a la sola articulación del sujeto de la enunciación. En este sentido, la deixis implica, por la especificación compleja de la enunciación en función de coordenadas de tiempo, espacio, modo y relación discursivamente determinadas, la formalización significante, no sólo del emplazamiento incidental del sujeto de la enunciación como incidencia individual del sujeto, sino del contexto complejo de la enunciación como espacio de configuración y despliegue del campo subjetivo y de la experiencia.

Todavía aún, de acuerdo con este carácter distributivo y complejo de la inscripción de la subjetividad en el discurso, la emergencia del sujeto en la enunciación supone —incluso en el nivel meramente descriptivo del enunciado— su constitución como soporte de articulación discursiva de lo que emerge al campo de su experiencia; de acuerdo con ello, “el sujeto es aquello que se refiere a sí en la referencia a lo real” actuando como soporte “retroreferencial” de la articulación de la realidad como espacio de sentido.¹⁶⁵ De igual modo, se trata también, siguiendo igualmente a Ricoeur, de la coalescencia del yo como instancia autorreferida y re-flexiva de la enunciación en el acto mismo de su articulación en

¹⁶⁵ Cfr., P. Ricoeur, 1969, p. 233.

el habla y el discurso.¹⁶⁶ Se trata, así, de una cristalización del sujeto en la enunciación en función de la cual la autonarrativa habrá de desplegarse como sistema de equivalencias semánticas y referenciales constitutivas, al mismo tiempo, del despliegue signifiante del mundo y de sus objetos y de un espacio de mismidad, de reflexividad, de autodeterminación discursiva del sujeto.

6.2. Anudamiento y sobrecodificación del yo

La simultánea constitución de la realidad y el mundo como espacios de realización del sentido y de la experiencia subjetiva singularmente determinada (la cristalización del yo como signifiante autorreferente del sujeto de la enunciación), produce constantes efectos de cierre isotópico, de detenimiento o fijación relativa de la deriva signifiante, efectos de anudamiento del sentido.

A partir de su apoyatura en un punto singular de sutura, estos efectos de totalización del sentido dan lugar a la configuración de un sistema de significantes y enunciados que opera como “campo morfo-semántico”¹⁶⁷ más o menos unificado del yo, produciendo la ilusión de unidad y presencia del sujeto en sí y consigo mismo. Proceso de sobredeterminación o, más bien —por tratarse de una determinación discursiva—, de sobrecodificación del yo en tanto signifiante del sujeto de la enunciación, que tiene lugar mediante la articulación de un sistema de significantes sostenido en primera instancia en y por la nominación del sujeto, por medio de la cual se agrega al yo un determinado estatuto atributivo y de identidad, una garantía identitaria y de continuidad a través de la serie diversa de sus emergencias.¹⁶⁸ Así, un nombre y otras formaciones significantes que se le adhieren, fijan un plus de significado al signifiante del sujeto, un plus necesario para su constitución como instancia unificada, añadiendo un excedente (la “objetivización de un vacío, de una discontinuidad abierta en la realidad mediante el surgimiento del signifiante”)¹⁶⁹ que lo fija. Esta articulación de un excedente de nominación y de atribución identitaria confiere homogeneidad discursiva al sujeto, dando forma a una serie de “significantes rígidos” que

¹⁶⁶ En sentido estricto, no hay producción de discurso sin agencia constituida en el espacio de la enunciación como instancia re-flexiva, lo cual implica un constante juego de remisiones autorreferidas (cfr., P. Ricoeur, 1976, pp. 27 y 36; cfr., también, Ph. Lejeune, 1975, pp. 15 y ss.; *infra.*).

¹⁶⁷ Un complejo de articulaciones de formas y sentidos formado por un grupo determinado de elementos discursivos, J. Kristeva (*apud*. Guiraud), 1969, p. 49.

¹⁶⁸ S. Žižek, 1989, pp. 133 y 134-135.

¹⁶⁹ S. Žižek, *op. cit.*, p. 135.

deslindan, describen y dan continuidad al sujeto a lo largo de sus permanentes variaciones y transformaciones, a lo largo de su constante deriva dispersiva y distributiva.¹⁷⁰

De esta manera, la determinación singular del yo en la enunciación queda fijada y articulada cualitativamente mediante un sistema sobrecodificado de “significantes rígidos”, dando soporte a la formación y al anudamiento del campo discursivo como campo subjetivo unificado en torno de la instancia de la enunciación, integrando la multiplicidad de la experiencia mediante una serie de marcas de continuidad y permanencia que inducen determinados efectos isotópicos de identidad y sentido. Tal totalización del campo discursivo produce, en contraparte, una reversión; si en el plano de significancia éste sólo emerge por el juego abierto de remisiones significantes y sólo puede ser determinado retroactivamente, en el nivel del plano discursivo y narrativo, se produce una ilusión de precedencia del sentido asociada a la supuesta existencia previa, pre-discursiva del sujeto. Este efecto, transferencial propiamente dicho, resulta, sin embargo, necesario —como ya se ha visto— para la producción y cierre subjetivo del sentido, por cuanto la eficacia de la operación de anudamiento depende del borramiento, de la represión, de sus propias huellas. La ilusión transferencial permite que aquello que sólo se ha producido retroactivamente como efecto de la producción significativa, aparezca como ya ahí desde el comienzo. De tal modo, en el nivel de la ilusión narrativa, lo que parece cortar y determinar el encadenamiento de series significantes no es ya un emergente real (una *x* que se plantea para el sujeto como efecto de deseo o de poder), sino una serie de significantes del sujeto sustantivado que desplazan la *x* emergente para ocupar y obturar el lugar de su emergencia, transfigurando, por reducción, su constitución múltiple, serializada y dispersa.

La construcción identitaria del sujeto se plantea, pues, como espacio discursivo de redundancia y sutura significativa, como producción de una “etiqueta semántica”, de una instancia de significado capaz de ser determinada en el conjunto de sus atributos y adjetivaciones.¹⁷¹ De manera que el yo que, en principio, no es sino un significativo sin significado operando como traza de la formación de la instancia de la enunciación, remitiendo meramente al lugar en que ésta se produce, acaba por constituirse como punto de anudamiento referencial y semántico, articulando el despliegue significativo en torno de núcleos discursivos más o menos estructurados y estables. Tal anudamiento, capaz de

¹⁷⁰ *Ibid.* (apud. Kripke), pp. 137 y 139 (“es el significativo el que constituye el núcleo de la «identidad» del objeto”). Siguiendo igualmente a Kripke, P. Bourdieu señala que el significativo o “designador” rígido constituye una marca de la continuidad del sujeto “en estados diferentes del mismo campo social [...] o en campos diferentes en el mismo momento” (1986, p. 29).

¹⁷¹ Cfr., C. Piña, 1989, p. 146.

organizar en un momento determinado la totalidad del campo significativo, remite, en primer lugar, a la vinculación del yo con una determinada categoría nominal.

Sin embargo, para comprender la eficacia del nombre y de la nominación en la configuración unificada del campo de la experiencia, debe antes señalarse que toda sociedad dispone de una serie de instituciones de “totalización y de unificación del yo”, de sobrecodificación del yo, reforzada por una serie de prácticas discursivas que unifican al sujeto.¹⁷² Si bien, en efecto, la más notable de las mismas es la asignación del nombre propio, existe un amplio espectro de dispositivos “biográficos” que comprende una serie de construcciones discursivas fincadas en aquél: actas oficiales, credenciales de identidad, la obra de autoría personal, el *curriculum vitae*, los historiales médicos y registros psicológicos o penales, la necrología; distintas modalidades de escritura: la firma, el diario íntimo, la biografía, la novela biográfica o la autobiografía, así como prácticas como la entrevista, la sesión terapéutica, la confesión, el interrogatorio judicial, y diversos actos de “nominación” (los ritos bautismales, el registro civil) que se suman a la asignación de un nombre, instituyendo y garantizando la identidad duradera, la pertenencia social y la imputabilidad del sujeto en un régimen colectivo, contractual y de reciprocidades.¹⁷³

Así, el nombre propio, adherido al uso del pronombre yo, designa metonímicamente, unificándolas, singularizándolas, la existencia y la experiencia del sujeto, operando como marca excedente que remite a una instancia que, a través de esta indicación, se plantea como responsable no de un acto de enunciación, sino de una serie indeterminada de actos y enunciaciones. Por esta vía, que no requiere remitirse a ningún referente extradiscursivo, dado que el discurso mismo provee los medios y términos categoriales para ello, la integración de aquello que se tramita a través del yo como instancia discursiva de subjetivación sintáctico-diferencial, produce los efectos de una adicional subjetivación semántica y referencial que, a diferencia del significativo yo, no resulta ya intercambiable, sino que se liga, según una relación que se plantea como necesaria, no contingente, a una articulación singular del sujeto.

Ahora bien, producida como elemento de la interpelación primaria, la adquisición del nombre precede a la memoria y a toda construcción autonarrativa; constituye un acontecimiento arbitrario e inenarrable cuya formulación tiene, si acaso, un carácter mítico

¹⁷² P. Bourdieu, *op. cit.*, p. 29.

¹⁷³ Producto de la institución nominal del sujeto, el nombre es objeto de las más diversas prácticas y actos, públicos y privados, a menudo solemnes y protocolarios, que (re)construyen nominalmente la identidad social del sujeto; prácticas y actos de atribución discursiva, realizados bajo control o sanción del Estado, y que también pasan a constituirse en elementos del sistema de significantes rígidos que denotan al sujeto de manera válida para todo momento y circunstancias (P. Bourdieu, *ibid.*, p. 30).

e imaginario, dando lugar a relatos que se sobreponen a lo que falta en el origen, “bautismos secundarios”, falsos recuerdos que ocultan la reiteración de esta falta al historizarla.¹⁷⁴ Operando, antes bien, como instancia de soporte y factor integrativo de toda producción discursiva y narrativa del sujeto, la asunción del nombre incorpora una doble determinación, integrativa y diferencial; por un lado, el “nombre del padre” como función metafórica de la represión mediante la cual se asigna al sujeto un lugar en el colectivo, por el otro, el nombre de pila que lo distingue y singulariza, impidiendo su subyugación, su serialización simbólica.¹⁷⁵ De cualquier modo, en tanto producto de la interpelación, el nombre remite a un don del otro, a la voz (a un resto) de quien lo ha pronunciado en el acto de nominación del sujeto; remite a la extrañeza de un significante dado y recibido con el cual el sujeto en tanto hablante singular ha de venir a identificarse. Asumir el nombre propio implica, así, recorrer el trayecto que va de un acto por completo arbitrario (al menos por lo que implica al sujeto) a la adopción del nombre como significante “esencial”, significante de la singularización e integración del sujeto, capaz de articular y unificar la mera función enunciativa del yo.

Por esta vía, la asignación del nombre inaugura el juego del sentido en los planos predicativo y narrativo, planteando desde un inicio el problema de lo que significa, de lo que ha significado, de lo que ha querido o debido significar, de lo que puede llegar a significar; del género, de la pertenencia (de la relación del nombre con el legado y el reconocimiento que designa), de la integración del cuerpo (identificación del nombre con una imagen del cuerpo construida en la mirada y el deseo del otro), de la propia identidad (de la remisión del nombre a los actos de enunciación en tanto función discursiva unitaria y continua), y así sucesivamente.¹⁷⁶

En cuanto a sus efectos de unificación del campo subjetivo, el nombre constituye la cifra más clara de la arbitrariedad de los actos discursivos de institución de identidad, los cuales designan, dividen y distribuyen la experiencia haciendo completa abstracción de las particularidades reales del sujeto, contribuyendo a fijar performativamente la continuidad y

¹⁷⁴ Ph. Lejeune, 1975, p. 34.

¹⁷⁵ P. Aulagnier, 1975, p. 180-181.

¹⁷⁶ Aunque el problema de la inscripción del cuerpo en los niveles predicativo y narrativo supera los límites de este trabajo, no puede dejar de hacerse notar la existencia de una superposición, de un recubrimiento del cuerpo como superficie múltiple de registro de intensidades, como materialidad y receptividad afectadas por lo real, e incluso del cuerpo como instancia material de la producción significativa, de la fonación y del gesto significativo (cfr., E. Levinas, 1964, p. 27), por el cuerpo configurado, “performado”, unificado e integrado —a la manera de un significante rígido más— al sistema de significantes del yo, instanciamiento del cuerpo producido por una regresión de su articulación discursiva, por la identificación del sujeto de la enunciación con una serie de rasgos significantes (una serie de rasgos de estilo) que, a partir de tal movimiento regresivo, quedarían fijados en el cuerpo en tanto índices prosémicos.

estabilidad de sus atributos, circunstancias y accidentes. El nombre instituye, así, “bajo la apariencia de constatarlas”, una serie de equivalencias y simetrías, una serie discursivamente determinada de atributos y propiedades que se superponen a la multiplicidad y diversidad de la experiencia.

El nombre ofrece, así, constancia nominal de la identidad del sujeto, de su proximidad auto-reflexiva consigo mismo, proporcionando fundamento a la unidad de sus sucesivas emergencias e intervenciones en diversos campos discursivos y biográficos. Eventualmente, el yo, el punto primario de anclaje subjetivo, no habrá de ejercer sino la única función de remitir al nombre, en tanto categoría fija constituida en marca significativa capaz de dar soporte subjetivo a una producción discursiva singularizada y en adelante irreductible. Al final, el sujeto sólo podrá designarse semánticamente como yo de la enunciación y del enunciado en función de un efecto siempre reversible de remisión implícita o de retorno al nombre. El lugar del yo quedará, así, convencionalmente ligado a un compromiso contractual de reconocimiento y de responsabilidad atribuido a una instancia cuya existencia será de alguna manera u otra verificable a partir de haber sido atestiguada por el estado civil.¹⁷⁷ En tanto remite a un sema nominal registrado por el colectivo, decir yo constituirá en adelante un acto vinculatorio, social, ético y político, una adhesión contractual al grupo social que, a cambio, se obliga a otorgar reconocimiento al lugar del sujeto.¹⁷⁸

Esta determinación colectiva de los efectos de la nominación no debe llevar a dejar de lado el carácter fundamentalmente discursivo del sistema de significantes del yo, con respecto a los cual es preciso aún hacer un par de señalamientos. En primer lugar, subrayar, a partir

¹⁷⁷ Es P. Bourdieu quien sitúa la institución de atributos y propiedades del sujeto en relación con su registro por parte del estado civil (*op. cit.*, p. 30).

¹⁷⁸ En este contexto, cabe recordar el planteamiento de P. Ricoeur (1985b, pp. 70 y ss.) a propósito de la singularización del sujeto en el lenguaje como un proceso que se resuelve, en una última instancia, en una dimensión ética y social (podría, incluso, añadirse: política), articulando doblemente la singularidad del yo: en tanto producción discursiva e intersubjetiva. El proceso se iniciaría en un efecto de *individualización* determinado por las instancias lingüísticas de designación individual: descripciones definidas (clases de un solo miembro), nombres propios y pronombres personales (en este nivel el sentido cumpliría una función meramente lógico-epistemológica y referencial); un segundo momento, de transición, implicaría la distinción del individuo humano, en tanto hablante, del individuo en general, a través de la interlocución, esto es, de la dimensión pragmática de la comunicación (*yo afirmo que...*) y de la intercambiabilidad dialógica de lugares (*yo/tú*). El tercer lugar correspondería a la *identificación*, al paso del *yo digo...* al *decir yo*, a la problemática del sí, de la reflexividad, la cual se proyecta en una nueva fase de transición consistente en la construcción de una identidad narrativa, mediante la cual el sujeto se historizaría y entraría en el juego de la funcionalidad actancial del hacer: *yo hago*, *yo puedo hacer*, *yo sé hacer*, *yo quiero hacer*, *yo debo hacer*, y en la cual la función mediadora y de configuración del relato articularía la diversidad de la experiencia en función de una continuidad biográfica. Finalmente, la *ipseidad*, la instancia de la promesa, de la responsabilidad y del compromiso subjetivo que implica que el sujeto se hace responsable, sujeto de la imputación, verdadera instancia del sí-mismo, en el contexto de una comunidad de hablantes. Esta responsabilidad del sujeto frente al otro sería sancionada por el reconocimiento y el registro colectivo de la misma.

de lo expuesto anteriormente a propósito del carácter iterativo de los esquemas discursivos y de sentido, que la eficacia configurante del sistema de significantes del yo depende del borramiento de toda presencia real o empírica del sujeto, su inclusión en una dimensión de indicación significativa generalizada, iterable, de manera que, paradójicamente, para que se produzca una ligadura de este sistema significativo con la singularidad de una instancia específica de producción discursiva y de un campo de experiencia es necesario que se produzca un efecto de separación, de escisión, con respecto a la incidencia del sujeto en la enunciación, de modo tal que la condición de posibilidad de su efecto integrador es simultáneamente la condición de su imposibilidad real. Así, para que puedan operar sus efectos de identificación material y semántica del sujeto, manteniendo su eficacia simbólica y su legibilidad, los significantes del yo deben constituirse según esquemas discursivos repetibles, iterables y, como podría sostener Derrida, “desprenderse de la intención presente y singular de su producción”.¹⁷⁹

En segundo lugar, la esquematización de un núcleo de significantes rígidos del yo no puede generarse de manera aislada sino remitiendo en todo momento a la articulación interal de grupos complejos de enunciados narrativos. En este contexto, el yo sólo puede cristalizarse material y semánticamente mediante la conformación de una serie múltiple y variable de narrativas que le confieren unidad en el espacio, continuidad en el tiempo y congruencia en la experiencia. Se trata, aquí, de una serie de efectos de sobrecodificación y de (re)unificación semántica de “segundo grado”, que se agregan duplicando, multiplicando la instancia significativa del yo y produciendo integrativamente nuevos anudamientos de sentido mediante la articulación de un sistema más o menos estable y cohesionado de enunciados narrativos y predicativos que configuran modos específicos de existencia, determinados órdenes de necesidad y contingencia.

En general, estos sistemas autonarrativos pueden agruparse en dos grandes clases que, no obstante, continuamente entran en relaciones de mutua reversibilidad y convertibilidad. Primero, las *narrativas identitarias*, dadas por una serie más bien limitada de núcleos definitorios de sí, altamente solidarios, cohesionados y estables, a los que se asocia una condición general de necesidad, de remisión al ser del sujeto. La identidad se constituye, así, como sistema narrativo cristalizado, conformado por apelaciones estructurantes, altamente condensadas, de la propia imagen. Segundo, las *narrativas biográficas*, conformadas por una serie más amplia de núcleos históricos y biográficos con un grado menor de cohesión y estabilidad, caracterizados por una mayor contingencia y remitiendo a

¹⁷⁹ J. Derrida, 1971, p. 371.

la esfera de lo acaecido y de lo experimentado; apelaciones situacionales que tienden más bien a la dispersión, referidas a atributos y posiciones subjetivas circunstanciales, a las relaciones del sujeto con los otros y a su contextualización social.¹⁸⁰

Entre estas dos series narrativas hay, a lo largo de la existencia del sujeto, un constante intercambio, una constante derivación, un proceso constante de cristalización de los núcleos que componen los esquemas identitarios, una constante flexibilización de las series biográficas, en una mecánica que, en principio, no está sujeta a una función de referencia, esto es, a una semántica extensional, sino que, antes bien, prescribe formas particulares de articulación discursiva, de anudamientos internos al campo significante; prescripciones de anudamiento que ponen fin al juego de la significancia abierta e infinita, operando en el plano estrictamente discursivo de la semántica intensional del sentido.

De tal modo, la intencionalidad discursiva con efectos de definición de sí y de determinación de las coordenadas de la propia existencia en el contexto de un emplazamiento singular de sí en relación con el mundo y el otro, sólo puede determinarse a partir de que se produce un detenimiento relativo de la producción significativa, un anudamiento parcial que coincide con la sobrecodificación de la instancia significante del sujeto en la enunciación; en ese punto, el deslizamiento de las series significantes hace un alto y se proyecta retroactivamente, fijándose eventualmente el sentido.¹⁸¹

No obstante, debe insistirse en que el sistema significante que totaliza metafóricamente el sentido y detiene el deslizamiento metonímico de la serie significativa, no representa un punto de mayor densidad semántica, un punto de referencia fijo y estable, sino una pura diferencia, una serie de elementos puramente estructurales y de naturaleza performativa. Significantes sin significado objetivo, elementos diferenciales que representan la instancia del significante en el campo del significado, un puro lugar de productividad significativa; elementos a través de los cuales el no sentido, el vacío de sentido del significante, irrumpe en el plano del significado y se instituye como punto de su saturación; elementos que apenas representan de manera inmanente el proceso de enunciación en la estructura del enunciado pero que operan como “garantía trascendente” del efecto de sentido. Cristalización significativa del sujeto situada en el punto en que se produce la unificación y cierre del sentido, serie significativa móvil, lábil, en que, sin embargo, encuentra su máximo grado de fijeza el sentido; sistema que en su materialidad sólo “detenta el lugar de una falta” pero que opera como punto de anclaje de una plenitud de sentido. De tal modo, por

¹⁸⁰ Cfr., J.L. Linares, 1996, pp. 63-64.

¹⁸¹ E. Laclau y Ch. Mouffé, 1985, p. 152.

un efecto de anamorfosis, “la pura diferencia se percibe como Identidad”, como existencia externa al campo de la articulación y diferenciación significativa.¹⁸²

Al fijar retroactivamente el encadenamiento significativo a un sistema codificado de referencias y reducir su movilidad y su nivel de contingencia, el lugar en que el sujeto se plantea como yo es también el lugar en que el sentido totalizado opera en la reproducción (y constitución) de los códigos, en su generalización. De tal manera, la producción del sujeto, su configuración identitaria por relación a los significantes del yo, tiene lugar como producción de singularidad, pero dando cuenta de su generalidad o, más bien, de su generalización en un espacio discursivo de iteración y reiteración de los códigos.

Finalmente, la clausura del libre encadenamiento significativo, la delimitación de una determinada estructuración del campo subjetivo, genera efectos de realidad. Se trata, así, del anudamiento de significantes y enunciados que, situándose, por recubrimiento, en el lugar de la marca de lo real y apelando a las garantías del discurso social, deslinda objetivamente determinados campos de existencia y de experiencia, proyectándose como producción de “realidad” determinada ya como efecto de sentido, como efecto de la propia inscripción significativa del sujeto.

6.3. Proyecto identificadorio, espacio biográfico

Procediendo en una dirección, la constelación de significantes de yo se constituye como eje de un trabajo de formalización subjetiva de lo real; en una dirección contraria, opera como sistema de fórmulas identitarias socialmente determinadas a las que el sujeto está llamado a adherirse. En este último sentido, aparece como sistema de emblemas identificadorios que se desprenden de la narrativa del grupo, como cifra de lo que el yo puede aspirar a ser entre los otros, de lo que puede ser materia de su devenir.

A partir de ser receptor y (re)productor de una serie significativa sobrecodificada que opera una puesta en sentido de su experiencia y lo sitúa entre los otros, habitando el lenguaje como sedimento del sentido dispuesto desde el otro, el sujeto ha de constituir un proyecto identificadorio que implica, no sólo la garantía de su existencia como sujeto (como yo), sino también la instauración de una cierta racionalidad, de una cierta reciprocidad y una cierta legalidad; la “autoconstrucción continua de una imagen ideal que [el yo] reivindica como su bien inalienable y que le garantiza que el futuro no se revelará como efecto del puro azar, ni como forjado por el deseo exclusivo de otro Yo”.¹⁸³ La apropiación de los enunciados narrativos dispuestos en el espacio transubjetivo del otro, permite preservar el ser y la

¹⁸² S. Žižek, *op. cit.*, p. 140.

¹⁸³ P. Aulagnier, 1975, p. 170.

identidad del yo, librándolo tanto de la dispersión, de la desimplicación por regresión “menos uno”, como de una reducción despótica a Uno, operando, así, como condición de mismidad, de contingencia en la necesidad, de autonomía, de biografía.

Desde esta perspectiva, la narrativa social ofrece al menos alguna certeza acerca del origen y el destino del sujeto, de su lugar en el grupo, de los lugares que ocupa y puede llegar a ocupar, elementos necesarios para que se instituya la dimensión histórica de la experiencia subjetiva en su doble proyección de memoria y proyecto. De modo tal, la apropiación de los preconstructos narrativos en el proceso de configurar un proyecto identificadorio, da lugar a la construcción del yo por el yo como instancia de proyección de “un movimiento temporal”.¹⁸⁴ Este efecto de historización de la experiencia asociado a la configuración del proyecto identificadorio exige la aceptación de la contingencia, la renuncia a toda certeza absoluta, a la verdad, a la omnipotencia y al discurso cerrado de un otro único e indiferenciado (el objeto primario), suponiendo, por el contrario, la aceptación de la muerte, de la naturaleza incierta, limitada en tiempo y espacio, de la propia experiencia, es decir, la “castración” tal como la ha planteado el psicoanálisis.

Así mismo, la narrativa de sí construida a partir de los sistemas de enunciación y de los enunciados propuestos por el medio social y cultural en que el sujeto se inserta ha de ser objeto de investidura, ha de atraer y fijar un segmento de la libido narcisista, permitiendo, en contraparte, la continuidad y la sedimentación de un archivo narrativo mediante su transmisión y reproducción iterativa.

No obstante, entre los modelos identificadorios que se plantean como ideal y el yo siempre existe, siempre debe existir una diferencia, una *x* irreductible que da prueba de la incompletud de la experiencia en el registro identificadorio, de que no hay coincidencia entre el ser del sujeto y su proyecto, de que su deseo y su poder sólo se sostiene en el hecho de que hay un depositario de sus referencias identificadorias y de que éste lo sitúa a su vez en una constelación de deseo o de poder que lo rebasa. Así mismo, la preservación del proyecto identificadorio implica la represión de los enunciados y esquemas narrativos que se plantean como contradictorios del relato que el yo inviste como sistema de identificación, operando una escisión entre el yo cristalizado como saber inteligible y legítimo, como sistema signifiante coherente y socialmente validado, por un lado, y producciones de sentido, por el otro, que no llegan a articularse según los esquemas narrativos dominantes asimilados y que, al contrario, persisten como enunciaciones dislocadas, parasitadas por

¹⁸⁴ P. Aulagnier, *op. cit.*, p. 167.

las marcas de lo real, incidiendo e insistiendo en el plano de significancia como afectos o representaciones inconcientes.

Adicionalmente, entre las posiciones discursivas y enunciados en relación con los cuales el yo pudo en algún momento y puede aún eventualmente reconocerse, sólo algunos se mantienen como instancias identificatorias válidas; el resto pasa a constituirse como un acervo de enunciados identificatorios pretéritos, sedimento histórico-biográfico a través del cual se explica y se significa el presente. De esta manera, el yo se sostiene en y a partir de una historia, memoria biográfica conformada por el residuo sumativo de esquemas significantes relevados al cual se sobrepone el grupo de significantes que articulan su existencia presente y su proyecto, y todavía, incluso, en y a partir de las posibilidades abiertas por la serie de significantes rechazados fuera del campo de su memoria y de su saber por la acción represora ejercida por la propia investidura del proyecto identificatorio concientemente articulado.¹⁸⁵

El proyecto identificatorio implica, así, un efecto complejo, integrativo y disociativo, de unificación y segmentación del campo significativo, dando lugar, así, no a un conjunto unitario de identificaciones, sino a un juego de construcciones identificatorias múltiples, articuladas, en primera instancia, mediante la investidura de una doble determinación discursiva de sí. Primero, una inscripción funcional (simbólica) del yo en la enunciación; segundo, una serie limitada de imágenes, una serie propiamente imaginaria elaborada según la lógica de las semejanzas al interior del espacio diegético desplegado por la narración. En efecto, por la misma coalescencia del sistema significativo del yo, el sujeto se encuentra determinado, en primer lugar, por su implantación en una instancia de lenguaje; tal es el momento lógico de la conformación de la función del sujeto como autor de su narrativa que se inscribe en una línea limítrofe entre discurso y realidad, desdoblándose, constituyéndose simultáneamente en instancia asignada como sujeto hablante (semántica, materialmente determinado y singularizado bajo la designación del nombre propio) y en persona discursiva de la enunciación (sujeto de la enunciación, diferencial y formalmente determinado). No obstante, en la narrativa autobiográfica, este primer desdoblamiento adquiere aún un segundo grado, en virtud del cual se establece una relación de continuidad entre el sujeto de la enunciación y el protagonista del relato como representante de sí en la escena de experiencia planteada y desplegada diegéticamente.

¹⁸⁵ Con relación al sistema conciente de enunciados narrativos, el inconciente representa, así, una serie engramática sujeta a altos grados de condensación y desplazamiento y que, por efecto de la propia acción represora ejercida por el saber del yo, insisten como efecto prefigurado de sentido. Esta escisión del plano de sentido molecular, constituye, sin embargo, una condición necesaria para la existencia, preservación y rearticulación de las cristalizaciones molares de sentido, del yo como síntesis de enunciados narrativos.

La producción discursiva de sí y de un espacio reflexivo y auto-reflexivo se configura, así, mediante un desdoblamiento continuo en una serie triple de alteridad. Incluso el soliloquio y la rememoración toman forma, en tanto producciones narrativas, a partir de este desdoblamiento y distribución del sujeto en el sistema de yo-autor o hablante (¡se ha dicho *hablente!*), yo-narrador y yo-personaje.

A partir de tal diferenciación del espacio narrativo como dispositivo de agenciamiento múltiple del yo, la narrativa biográfica implica, así, en el nivel de su articulación discursiva, un efecto de reversibilidad, de equivalencia e identidad entre autor (tal como es constituido por la función del nombre, marca significativa de identidad que remite a un orden contractual), narrador (articulado como yo, se u otro significativo de la instancia de enunciación) y protagonista, estableciendo una línea de continuidad entre sujeto, función narrativa y personaje diegético, anudada mediante la función del nombre u otro sema de la categoría léxica de individuación (nombres propios o comunes, descripciones definidas, pronombres personales). La narrativa autobiográfica supone, así, la construcción simbólica de una *identidad* discursiva asumida en el nivel de la enunciación, la cual se articula con el establecimiento de una serie adicional de *semejanzas* en el nivel de la diégesis, función de semejanza entre sujeto de enunciación y personaje narrado que implica el juego de las identificaciones imaginarias como espacio de narrabilidad del yo.¹⁸⁶

Para que esta doble articulación de *identidad-semejanza* se sostenga es preciso, según Ph. Lejeune, el establecimiento de un “pacto autobiográfico y referencial” que, remitiendo nuevamente al discurso social, encuentra en él y en la reproducibilidad de las condiciones de la enunciación tanto las condiciones de su posibilidad, como las garantías de su eficacia. Este pacto implica precisamente la admisión consensuada e implícita de la ecuación identitaria instituida por el nombre (ha de aceptarse que es el sujeto quien enuncia el relato y que habla de sí como personaje), así como de un sistema de referencias que articula y da homogeneidad a los contenidos del relato y que introduce una serie supuestos de referencialidad objetiva, veracidad expresiva y verificabilidad de la experiencia.¹⁸⁷ Por esta vía, la narrativa instituye, a través de la configuración negociada de un espacio autobiográfico discursivamente determinado, un régimen de verdad fundado en el doble supuesto de identidad discursiva y convencional del nombre y de adecuación y semejanza del relato con los acontecimientos; dicho en otros términos, el despliegue de

¹⁸⁶ Cfr., *infra.*, “Perspectiva narrativa y narrabilidad del yo”.

¹⁸⁷ Ph. Lejeune, 1975, particularmente, pp. 15 y ss., 36 y ss.

este espacio biográfico tiene lugar como espacio de “emergencia de la verdad dentro de lo real”,¹⁸⁸ como espacio en que se fincan el sentido y la validez a la experiencia.

Retomando lo expuesto con anterioridad respecto a la articulación y anudamiento del sentido produciendo la ilusión de un núcleo interior y unificado,¹⁸⁹ puede señalarse ahora que el doble espacio identitario y biográfico compone un efecto de “ilusión biográfica”, la percepción de un sentido unitario y continuo de la propia historia, la preeminencia de una memoria y un proyecto coherentes. Nuevamente, la condición básica para que la narrativa opere de manera eficaz —en este caso, en la conformación singular del campo biográfico— es el ocultamiento y recubrimiento de las condiciones de su emergencia, de su multiplicidad y dispersión; de manera que la experiencia aparece como la materialización de “un plan trazado con anterioridad”, como la consecución de fines fijados desde un principio y como una sucesión de acontecimientos cuyo desenlace queda inscrito en una trayectoria lineal identificable. La eficacia del relato se plantea, así, en el nivel de este efecto de ilusión, por la postulación de una homogeneidad y de una serie de reciprocidades e intercambios entre el ordenamiento secuencial del pasado, el presente y la proyección a futuro, a través de esquemas narrativos solidarios y recurrentes.

Por esta vía, la reconstrucción narrativa de la propia historia produce una unidad orgánica, una síntesis de sentido que inviste al relato en su totalidad. La vida aparece entonces como línea continua, como trayecto que, pese a admitir avances, retrocesos, desvíos y rodeos, está animado por una fuerte consistencia interna. En particular, aparece como recorrido sujeto a determinados ordenamientos lógicos y cronológicos, proyectado a partir de ciertos principios (de ciertos orígenes y factores de ordenamiento), hacia determinados fines (hacia ciertas formas de conclusión y al cumplimiento de ciertos propósitos). La vida narrada configura, así, una instancia unificada, coherente y orientada, que responde, siempre en un plano imaginario, a ciertas intencionalidades subjetivas y objetivas discernibles, a un proyecto, a una razón de ser.

No obstante, la unidad ilusoria del relato biográfico depende de la consolidación de la identidad del yo, tal como puede ser planteada en el pacto autobiográfico, de la fijación de una identidad narrativa capaz de integrar en una unidad de ficción el campo diverso de la experiencia, articulando los acontecimientos de su historia en una “visión totalizadora”. Sin

¹⁸⁸ J. Lacan, citado en J. Kristeva, 1969, p. 19. En la diferencia que media entre los acontecimientos y el plano narrable se abre, de esta manera, la posibilidad tanto de la empatía, del reconocimiento mutuo, del esclarecimiento subjetivo, como del engaño, el malentendido, la simulación, la astucia, la impostura.

¹⁸⁹ *Supra.*, “Iteración y performatividad discursivas” y “Anudamiento y sobrecodificación del yo”. Para lo que sigue, cfr., P. Bourdieu, 1986.

embargo, la integración narrativa de la experiencia también se proyecta y se articula sobre una serie de rasgos estilísticos y de perspectiva, en una serie de reducciones y esquematizaciones, un “código de tipificaciones”,¹⁹⁰ que garantizan la atribución de un sentido unitario a la existencia, la construcción de una continuidad entre los acontecimientos y el ordenamiento de sus incesantes giros y vuelcos.

6.4. Perspectiva narrativa y narrabilidad del yo

De lo expuesto hasta aquí se desprende que el espacio biográfico se basa en el desdoblamiento del yo en el discurso, en la construcción y desconstrucción de un juego de identificaciones y anudamientos subjetivos: postulación sintáctica y semántica de sí en la enunciación, sucesión de imágenes de sí en el relato. Producción discursiva articulada en torno del nombre y del sistema de significantes del yo, carente, por tanto, de “existencia previa al momento de su generación, ni externa a él”,¹⁹¹ juego de producción subjetiva emergente en la multiplicación y desmultiplicación de sí en un espacio de diferenciación y de alteridad: el protagonista de la historia como otro del narrador, como imagen residual reconstituida de la memoria discursiva; el narrador como doble del sujeto hablante constituido a su vez, por un nuevo efecto diferencial de carácter retrospectivo, en modelo o referente del protagonista de la historia. Dispersión de *ego* y *alter ego* en el sintagma narrativo, insistencia del yo en el sistema articulado de enunciados biográficos e identitarios, configuración y cristalización de sí en y a través del despliegue narrativo, en el sistema de remisiones en que la imagen del sujeto frente a su propia mirada sólo devuelve un esquema atributivo e identitario discursivamente fijado.

El proceso de singularización e integración del yo pasa, así, paradójicamente por un desdoblamiento y por la instauración —*a posteriori*, a partir del juego de las diferencias— de una serie de equivalencias, de ecuaciones establecidas con base en un juego de perspectivas narrativas.¹⁹² Tales perspectivas remiten, en este contexto, a las relaciones establecidas entre el lugar en que se sitúa el narrador, desde el cual se ejerce una determinada mirada, por una parte, y, por otra, un objeto de narración que en el caso de la autonarrativa alude principalmente a la imagen de sí construida como personaje del relato.

¹⁹⁰ C. Piña, 1989, p. 148.

¹⁹¹ C. Piña, 1989, p. 142.

¹⁹² La noción de “perspectiva narrativa” ha sido tomada de G. Genette, 1983, quien así designa los modos de focalización del discurso narrativo, según el lugar intra o extradiegético en que se sitúa el narrador y el foco de percepción de los acontecimientos del relato (homo o heterodiegético). Genette reconoce, así, perspectivas internas, externas y múltiples (pp. 65-66).

El sitio en que se articula la mirada del narrador remite al lugar en que el sujeto se constituye como hablante, como sujeto de enunciación y soporte de una intencionalidad de sentido. En razón de ello, el lugar de la mirada —el lugar en que emerge el sujeto como instancia de enunciación— no puede ser a su vez objeto de mirada o de significación; está obliterado, produciéndose a cada momento como residuo aún por especificar, como mero soporte de una productividad discursiva.

Narrar y narrarse, imaginar e imaginarse en el relato suponen la diferencia, la divergencia de lugares, pero implican también un continuo movimiento de proyección de la instancia de enunciación al campo narrativo, al campo en que puede hacerse visible, constituyéndose, en tanto objeto de la enunciación, en objeto del trabajo de sentido. Ello implica la configuración del campo subjetivo como una continua circulación entre la enunciación y el enunciado, como continuo deslizamiento del lugar en que el sujeto ejerce la mirada sin poder ser articulado, al lugar en que emerge articulado, “performado”, en la mirada. De tal modo, la narrativa exige el despliegue de la diégesis como espacio ficcional de mirada, configurado según una perspectiva que introduce, inevitablemente, un cierto sesgo, un escorzo, sobre los acontecimientos y, en particular, en la configuración del sujeto del relato, del protagonista, en tanto imagen “performada” del sujeto.

De tal modo, en el proceso de articulación diegética, en el espacio discursivo abierto y desplegado por el enunciado, en la distancia que distingue y separa al sujeto de la enunciación del sujeto del enunciado, se introduce una función de perspectiva crucial para la formación del yo como objeto de mirada, como instancia narrable.¹⁹³ La perspectiva implica, así, la articulación de enunciación y enunciado en tanto punto de sutura y espacio de saturación atributiva del yo, respectivamente.

La perspectiva narrativa resulta de la articulación e inscripción de una determinada intencionalidad de sentido en un cuerpo de esquemas actanciales y narrativos, sujeto a un régimen subjuntivo de incertidumbre. En este sentido, permite un máximo de movilidad y de contingencia, manteniendo al mismo tiempo un máximo de coherencia y de homogeneidad en el juego identificatorio entre el sujeto real (instancia de afectación y de registro de las marcas de lo real), el sujeto de la enunciación en tanto función propiamente simbólica y lugar de mirada, y, finalmente, el sujeto del enunciado en tanto instancia imaginaria narrativamente configurada.

¹⁹³ Antes se ha utilizado el término “narratividad” para designar las condiciones de la (re)producción discursiva de la experiencia. Por su parte, el término de “narrabilidad” pretende, ahora, simplemente designar de una manera descriptiva las condiciones de posibilidad para que el sujeto, identificado con el yo, se constituya en objeto de narración.

La apertura de esta perspectiva entre sujeto, narrador y personaje, como espacio discursivo de interidad en la constitución de sí, implica que el sujeto pueda designarse a sí mismo mediante una serie de significantes y enunciados identificatorios referibles a la imagen instaurada en el discurso. Esto conlleva el planteamiento por parte del sujeto de una demanda a su imagen narrativa, una demanda imposible de cumplir; a saber, la de constituirse en una referencia autónoma, independiente de la forma en que es fijada por la mirada. La formación de una perspectiva identificatoria es posible, sin embargo, gracias a la coalescencia de una identificación rígida del sujeto con un significante o una serie de significantes capaces de vincularse de manera más o menos constante con la serie de imágenes de sí que, a partir de esta vinculación, aparecen como equivalentes, sujetas a una necesaria continuidad. Por este medio, el juego de identificaciones al interior del discurso narrativo acaba por conformar, por cristalización, un "modelo" de sí¹⁹⁴ que se sitúa en el lugar de referente del relato; de esta manera, el sujeto biográfico, el yo como personaje y referente del relato, acaba por constituirse en instancia de representación del sujeto emergente en la enunciación.

Así, a partir de la perspectiva narrativa, de la forma en que se articula la diferencia entre el yo de la enunciación y el yo del enunciado, se conforma un espacio de narrabilidad, es decir, la posibilidad de un investimento narcisista de una serie significativa provista por el otro (identificación simbólica con el lugar de la enunciación) y de su articulación con una serie de modelos que remiten a la identificación imaginaria y al sujeto narrado.

En síntesis, la autonarrativa configura un espacio para el juego perspectivístico y distributivo de las identificaciones. A partir de la instauración de este juego es posible que aquello que se ha producido en la operación significativa (un agenciamiento discursivo dado por un efecto de escisión, de diferencia y de tachadura subjetiva) aparezca como ya dado desde el principio, de modo que lo que parece cortar el encadenamiento significativo no es ya un emergente de lo real sino el sujeto que ocupa ahora el lugar de esta emergencia.¹⁹⁵

Para que esta sustitución sea posible y se sostenga es necesario que se produzca, en primer lugar, una identificación (una identificación simbólica de carácter primario) del sujeto con un determinado o sistema de rasgos rasgo del otro que lo interpela, pulsándolo, situándolo como objeto de poder o de deseo, al tiempo que configura discursivamente un lugar para que emerja como sujeto de enunciación. A partir de ser objeto de represión, este sistema de rasgos adquirirá un carácter significativo, capaz de hacer sentido, de marcar el

¹⁹⁴ Al decir de Ph. Lejeune, "lo real a que el enunciado pretende *semejarse*" (1975, p. 37).

¹⁹⁵ Para esto y lo que sigue, cfr. S. Žižek, 1989, p. 146 y ss.

lugar en que el sujeto se constituirá en sujeto de mirada y de enunciación.¹⁹⁶ Pasando así a representar al sujeto en el campo signifiante, la identificación simbólica se ligará eventualmente al nombre, incorporándose, por efecto de la interpelación, como marca atributiva del sujeto en tanto sujeto de enunciación, huella reprimida de la asignación signifiante del sujeto. Por esta vía, la identificación simbólica dará soporte a la articulación de una serie de designaciones de sí que, en cuanto enunciados portadores de una significación generalizada investida narcisísticamente, habrán de dar forma al "ideal del yo" en tanto función social y discursiva, en tanto depósito de lugares de interpelación signifiante que configuran la mirada del sujeto, su perspectiva.

En un segundo momento, el conjunto de referencias identificatorias secundarias, propiamente imaginarias, que configuran al sujeto narrado, al sujeto como objeto de figuración narrativa, dará cuerpo y contenido al "yo ideal". Este sistema de identificaciones imaginarias, desplegado en la serie de las sucesivas apariciones diegéticas del sujeto, implica la identificación, por semejanza, con otro imaginario, es decir, siguiendo a J. Lacan, con el otro en tanto portador de una demanda de amor o, para formularlo en los términos planteados aquí, el otro (como objeto o agente de deseo o de poder) narrativamente configurado. De este modo, para que el eje de articulación identitaria del sujeto pueda cerrarse se requiere que éste se aliene, identificándose con las figuras narradas que el otro le propone. En este nivel imaginario se basa finalmente el efecto de retroversión del sentido, el efecto de ilusión del yo como agente autónomo y presente a sí mismo. Sin embargo, también tiene lugar una interpolación, una diferenciación continua entre el deslizamiento de la serie signifiante y la identificación simbólica, entre la producción discursiva y el punto de su articulación subjetiva, impidiendo, de esta manera, que el sujeto se disuelva en una mera función simbólica como una mera cifra indiferenciada, una mera marca, y se constituya, en cambio, en figura narrable, en singularidad.

La relación entre identificación simbólica e imaginaria equivale, al decir de S. Žižek, a la existente entre una identificación constituyente y una constituida. La identificación simbólica supone la identificación con el lugar desde el que el sujeto es objeto de mirada, con el lugar desde el que resulta situado como objeto de poder o de deseo; implica, así, una identificación con la mirada deseante del otro, con el poder del otro, con su incidencia como soporte de un efecto simbólico y, por ende, con el punto en que resulta inimitable, en que elude la similitud y escapa a la equivalencia. La identificación imaginaria, por su parte, es la

¹⁹⁶ Según se ha visto, lo que ahora puede ya caracterizarse como identificación simbólica supone la represión de las articulaciones de lo real y de la pulsión en el plano de sentido, pero también de la misma operación identificatoria a través de la cual aquélla tiene lugar.

identificación con una imagen en la que el sujeto puede reconocerse como objeto de amor o de apropiación, una imagen de lo que puede ser o devenir para producir un efecto de gratificación o de dominancia en el otro; consecuentemente implica la imitación del otro en el nivel de su semejanza.

Ahora bien, la identificación imaginaria siempre tiene lugar y sentido en función de la identificación (simbólica) del sujeto con una cierta mirada del otro, lo cual implica que está subordinada a la identificación simbólica que domina y determina la perspectiva a partir de la cual se configuran las formas imaginarias en que el sujeto se representa a sí mismo,¹⁹⁷ lo que puede ser también formulado en términos de que la determinación figurativa del sujeto narrado depende de la perspectiva performativa que asume el narrador al constituirse —él también performativamente— en sujeto de la enunciación. Ello plantea, cuando se trata de deslindar el sentido de lo que se narra, el problema de determinar la perspectiva con la que el sujeto se identifica simbólicamente al identificarse con una determinada imagen de sí,¹⁹⁸ esto es, el problema de la narrabilidad en tanto relación de la perspectiva externa (“extradiegética”), en cuanto función simbólica del narrador, con la perspectiva interna (“intradiegética”), en cuanto variable de conformación imaginaria de la figura del protagonista.

En síntesis, el espacio de narrabilidad en que el sujeto ha de venir a significarse hallando, al mismo tiempo, una determinación cualitativa concreta, se despliega mediante la articulación perspectivística de identificación imaginaria y simbólica; la primera, al interior de la relación establecida entre narrador y personaje del relato, la segunda, en la determinación significativa del propio lugar del narrador en tanto remite, obliterándolo, al sujeto afectado y pulsado que emerge al margen de la enunciación. De tal manera, el desdoblamiento inducido por el juego de la perspectiva y las identificaciones configura un espacio de mismidad, de narrabilidad, al interior del cual el yo encuentra su sitio, el ámbito de su existencia, constituyéndose inherentemente como “yo narrable”.¹⁹⁹ La vida narrada y significada se tiende, así, entera, se unifica, en la distancia que media entre la enunciación y el enunciado, en los efectos que operan a partir de la distribución y localización múltiple del yo.

El yo narrable no es, así, el fruto de una experiencia íntima aislada, ni la marca de la identidad del sujeto consigo mismo, de una historia y un proyecto unificados; no es, sin

¹⁹⁷ S. Žižek, *op. cit.*, p. 151.

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 147.

¹⁹⁹ Cfr., A. Cavarero, 2000, p. 40.

embargo, tampoco una mera ilusión sobrepuesta a una presunta realidad extra-discursiva o una sola fórmula simbólicamente estructurada. Se produce, más bien, como constructo de anudamiento discursivo, como espacio de sentido en que el sujeto puede finalmente encarnarse y habitar, en que el yo de la enunciación puede finalmente ir al encuentro del yo del enunciado produciendo la identidad ficcionada de narrador y personaje, pero también espacios concretos de constitución y reconstitución de sí.

De tal manera, puede el sujeto vivirse a sí mismo al interior de su historia, siguiendo el “hilo de la memoria” y borrando, en un proceso de constante proyección y retroyección, las diferencias que distinguen al yo que narra y el yo narrado. El círculo identitario que así se cierra se impone al sujeto como lo que le es propiamente “familiar”, permitiéndole hallar en la perspectiva narrativa, “la morada inalienable de su vivir a sí mismo, de su recordarse a sí mismo”,²⁰⁰ la posibilidad de inventariarse e inventarse a sí mismo.

El carácter secundario, construido, de estos efectos no debe mover a despreciarlos como mero epifenómeno; antes, al contrario, han de tomarse —en tanto articulación simbólica e imaginaria— como índices subjetivos de la emergencia de los efectos de sentido en un plano de excedencia, en tanto superficie de emergencia de lo que a cada momento se plantea como suplementario, articulando, así sea de manera eventual, siempre problemática, mismidad y alteridad, significancia y significado, reflexividad y desalojo de lo real, interiorización y exteriorización; articulando objetivamente el modo específico de ser del sujeto.

Producción de efectos identitarios y atributivos, de esquematización e integración actancial, la narrativa provee, a través de la constitución del espacio de narrabilidad del yo, las condiciones para la (re)invención de sí, para el despliegue de las prácticas de sí como prácticas de subjetivación con efectos de construcción imaginaria y de emplazamiento discursivo y relacional de sí. En particular, el entramado móvil y complejo de la perspectiva, el ejercicio de la mirada de sí y sobre sí, a un tiempo saturado e inestable y dispersivo, da cuerpo, de una manera inmanente, discursivamente determinada, a estrategias normativas de formación de sí, de interpretación y de gobierno de sí.

Al mismo tiempo, al insertarse en el espacio abierto por la perspectiva, la enunciación produce una zona de contingencia, conjetural, definiendo el campo subjetivo y de la experiencia de la realidad bajo la forma de singularidades de sentido no determinadas, en

²⁰⁰ Cavarero, *loc. cit.*

constante devenir.²⁰¹ La contingencia supone la ausencia de una realidad externa al campo simbólico, en condición de pura objetividad; supone también la falta de una experiencia subjetiva transparente a sí misma, que el lugar del sujeto en el discurso no ha de coincidir nunca con la x que emerge de lo real sensible (por más que a cada momento el sujeto de enunciación se sitúe en el lugar de esta emergencia); pero implica también, dada la combinatoria y la *diferancia* significativa que la perspectiva autoriza, que no hay tampoco sistema narrativo acabado, campo simbólico completo y cerrado en sí mismo. La constitución del espacio narrable comporta, de esta manera, múltiples planos de contingencia, de subjuntivización y relativización de la experiencia.

La distribución múltiple del sujeto en el discurso introduce una serie correlativa de hiancias en los objetos de la experiencia; ello marca la posibilidad de que el sujeto se relacione con tales objetos de manera significativa y no por el lado de la necesidad y la causalidad. De tal modo, la experiencia del sujeto deberá siempre ser tomada, a partir de su planteamiento discursivo, como un problema de sentido, “de habla y de escucha”, según expresión de Ricoeur referente al psicoanálisis,²⁰² de interpretación. La experiencia quedará, así, conformada como un problema de mirada, de configuración de un campo codificado de visibilidad que debe ser objeto de lectura y de desciframiento.

Finalmente, a pesar de que la narrativa de la experiencia tienda a generalizarse, a homogeneizarse, mediante el recurso a esquemas de sentido tipificados, la propia implicación múltiple y distributiva del sujeto en el relato no cesa de producir efectos de discontinuidad y de ruptura que dan acogida al surgimiento de producciones diferentes, perspectivísticas, de lo real. De esta manera, el campo narrable del yo introduce el despliegue de una red de diferencias que permite la articulación renovada de lo emergencia de lo real, activando permanentemente la reconstrucción de la experiencia, la reinención del sentido, la configuración emergente (con frecuencia, inconciente) de nuevos esquemas interpretativos.

La perspectiva narrativa, la configuración del espacio narrable del yo, produce, en suma, un espacio de autonomía relativa para la (re)construcción de la experiencia, induciendo una eficacia múltiple —discursiva, ontológica, psicológica, política—, dando forma a un saber de sí vinculado con formas particulares de representación y de figuración de sí, así como con determinadas articulaciones deseantes y de poder, contribuyendo a definir los objetos del mundo, a modelar las relaciones y las prácticas, a revertir o invertir su signo, a

²⁰¹ Tal vez quien más ha insistido en el papel que juega la narrativa en la configuración de un régimen de contingencia y de riesgo es J. Bruner (1990, 2002).

²⁰² 1969, p. 238.

inscribirlas y apropiarlas de acuerdo con un despliegue abierto, probabilístico, de determinaciones. En el espacio abierto por la perspectiva narrativa, lo real, en fin, puede plantearse finalmente como posible.

CODA

Articulación discursiva y narrativa del campo subjetivo, configuración de sí al interior de una experiencia narrable; “momentos” lógicos salientes de un proceso de creciente determinación del que se puede intentar ya una última síntesis.

En primer lugar, la interpelación, la repetición iterativa de un acto de enunciación que, desde otro, pulsa al sujeto en ciernes induciendo el agenciamiento de una instancia de discurso en la que éste ha de inscribirse. La subjetividad se configura, así, desde un principio, a partir de la imposibilidad de reducirse a sí misma, remitiendo a un efecto de alteridad, a una intervención que puede ser planteada en términos de llamado, de demanda, de requisición, y que, proveniente de otro situado en tanto agente social de discurso, en tanto representante de un determinado discurso social, señala y configura el lugar en que el sujeto puede y ha de advenir. Por lo demás, en virtud de que esta inscripción tiene lugar en un campo de discurso en el que el sentido está dado de una vez por todas, los efectos de la interpelación operan desde el principio como reiteración, como simulacro, nunca como acontecimiento originario o fundante, atribuible a una intencionalidad conciente determinable.

Adicionalmente, la interpelación impone al cuerpo, como efecto primario, un recubrimiento de lenguaje, produciendo una partición, por un lado, el desalojo de lo real, su constitución como exterioridad y, por otro, una superficie de registro en-grámatico de emergentes que se desprenden de lo real como marca pulsional o sensible. Primera instancia del campo subjetivo en la que queda configurado apenas como instancia de receptividad sensible y agitación interoceptiva, como trazo de intensidades materiales que producen una huella, una marca de escritura. Es el nivel de la necesidad y el azar, de la repetición y la multiplicidad, umbral de emergencia de una x particular que queda inscrita como incisión, como pliegue, en el plano de su registro.

Registro a-subjetivo, en el que opera, por agregación asociativa, por condensación o desplazamiento, la integración de huellas en-gramáticas según un régimen de articulaciones binarias; red de deslizamientos significantes abiertos y no determinados con respecto a los cuales el lugar del sujeto no viene a ser sino el de una articulación de más o, más bien, de una sustracción, de una relación significativa periférica, aún por ocurrir: $n-1$.

En este primer nivel, molecular, del plano de sentido, el campo subjetivo opera como superficie del juego estocástico de la significancia, del sentido ya como efecto de excedencia, como efecto meramente signifiante, “signifiante sin significado”, espacio

abierto de significación, efecto de mera anticipación del sentido, condición material y sensible del mismo.²⁰³

No obstante, la interpelación no sólo inaugura, dados sus efectos de agitación, el juego significativo; en tanto agenciamiento discursivo también señala y fija el lugar que el sujeto ha de venir a ocupar en una producción discursiva de sentido que lo antecede. Provee, así, esquemas articulados de enunciación al tiempo que suscita su iteración. Al tratarse de un acontecimiento enunciativo acompañado de un acto de nominación, la interpelación opera como configuración singular de un lugar de enunciación que el sujeto puede, por su parte, venir a ocupar y a investir, constituyéndose, a su vez, como instancia y agente de discurso. La constitución del lugar que el sujeto singular puede ocupar, dando forma a un particular "proyecto identificador" que lo representa ante el otro, instituye así la posibilidad de (re)producción de la subjetividad a través de la apropiación del lenguaje, a través de su inscripción, por delegación, en la instancia del discurso.

Ello deriva en la constitución de la subjetividad como eje de producción discursiva a través de sucesivos actos de enunciación, determinados, tanto en su estructura formal como en sus implicaciones prácticas, de deseo y de poder, según los constructos lingüísticos, discursivos y simbólicos a partir de los cuales ha sido originalmente constituida y a partir de los cuales puede (re)producirse. De tal manera, este segundo nivel de los efectos de la interpelación corresponde a la configuración estructural de las figuras complejas de sentido a las que el sujeto está llamado a adherirse para hallar un lugar en el *socius*, en la producción colectiva del sentido.

No obstante, tal inscripción social del lugar del sujeto tiene lugar por su conformación en, y sólo en, la articulación del discurso, como sola marca de la agencia que la produce. Instancia móvil e intercambiable, sin sustancia ni atributos, el sujeto de la enunciación, tal como puede ser situado en el enunciado por la función deíctica, por la sola designación auto-referida de la instancia de enunciación, constituye, sin embargo, el eje de la primera determinación, semántica y material, del sujeto en el campo del discurso. En este sentido, hay sujeto —y debe darse por existente en tanto singular, en tanto acontecimiento discursivo estructurado— porque algo del registro de lo real se ha articulado en el discurso, y porque de ahí emerge la enunciación.

A partir de esta cristalización ostensiva de una instancia singular del sujeto habrán de producirse sucesivos anudamientos, sucesivos cierres isotópicos a través de los cuales se

²⁰³ Con apego a Barthes, la significancia ha de tomarse como el sentido "en cuanto es producido sensualmente" (1978a, p. 78).

inducen efectos molares de sentido. En primer lugar, en el nivel proposicional de la frase, en el nivel de su funcionalidad predicativa y metafórica, en un sentido amplio, a través de la cual una serie de elementos connotativos, incoactivos, más o menos codificados, se articula cualitativamente con la función denotativa, deíctica, del *yo*, complejizándola según una determinada serie de predicaciones. En este plano, la subjetividad ha de pensarse como la resultante de un juego de síntesis relacionales, identitarias y diferenciales, que remiten a la producción y fijación de efectos (id)entitarios y atributivos distribuidos y articulados en una serie de categorías y ejes semánticos y que, por tanto, pueden ser objeto de cálculo.

Tales efectos (id)entitarios y atributivos remiten a un primer efecto performativo de la articulación discursiva, a la configuración propiamente articulada, distributiva e integrativa, de posiciones molares de poder y deseo, desembocando en la coalescencia de núcleos subjetivos sobre la base de la inscripción del sujeto en la producción de efectos discursivos, y ya no sólo significantes, que lo constituyen como sujeto-al-sentido, sujeto a la producción de sentido.

Las formas particulares de la subjetividad y, en primer sitio, el sujeto singular, deben ser tomados, en este sentido, como agenciamientos discursivos que operan por iteración, esto es, por repetición y reiteración de esquemas discursivos capaces de producir a cada momento un efecto de diferenciación; la inteligibilidad y la eficacia simbólica de cada acto de producción discursiva o de enunciación dependen, así, aun en su especificidad y diferencia, de su reiterada articulación en función de estructuras simbólicas y discursivas previamente constituidas.²⁰⁴ Esta inscripción de la subjetividad al interior de un *corpus* simbólico y discursivo implica una serie de efectos configurantes, regulatorios y coercitivos, asociados a los esquemas de significación. Tales efectos remiten a las formas específicas de deseo y de poder del otro a partir de las cuales el sujeto ha sido instanciado. Consiguientemente, la iteración de estructuras simbólicas y de sentido ha de tomarse como instancia performativa en tanto que la misma articulación discursiva produce una serie de consecuencias pregnantes, conformando el campo de la subjetividad y de la experiencia del sujeto según una cierta normativa de deseo y poder.²⁰⁵

Este momento implica la sustantivación y naturalización del sujeto y de un campo subjetivo cualitativamente determinado por una serie específica de propiedades y modos de ser y de devenir. De tal modo, para que la regulación y coerción surtan efecto es preciso que se

²⁰⁴ J. Derrida, 1971, pp. 347-372.

²⁰⁵ J. Butler, 1997b, pp. 141 y ss; así mismo, 1997a, donde se analizan ampliamente los efectos de sujeción producidos por la radical dependencia del sujeto humano en la primera infancia.

hallen soportadas sobre la represión de las condiciones en que se fundan, lo cual implica, en otros términos, que la subjetividad se conforma sobre la base del borramiento de las huellas de su constitución, configurándose a cada momento a partir de un “proceso reglamentado de repetición que a la vez se oculta e impone sus reglas”.²⁰⁶

La represión de las condiciones de la constitución del sujeto en el discurso implica el señalado efecto de sustantivación y naturalización de lo que, en principio, no resulta sino de un proceso interal y articulatorio, apareciendo, en cambio, como elemento esencial y sustantivo, dado de antemano. Por esta vía y por la formación y aglutinamiento de un sistema sobrecodificado de significantes del yo (notoriamente el nombre propio con que el sujeto es, en primera instancia, interpelado), reforzado por una serie de prácticas que instituyen al yo bajo la apariencia de constatarlo, el sujeto puede remitirse a sí mismo y orientarse con respecto a los objetos del campo de su experiencia, bajo una forma unificada, ilusoriamente autónoma. Este es, pues, el momento de la emergencia de una ilusión de unicidad, de continuidad y de identidad del sujeto consigo mismo, así como de la “ilusión biográfica”, referida a la homogeneidad de la experiencia vivida.

Alrededor del yo cristalizado en un sistema significativo tiene lugar la formación, la diferenciación y la distribución articulada de instancias identificatorias, un juego discursivo y narrativo de identificaciones. De un lado, del lado del enunciado y del sujeto como objeto narrativo, una serie de identificaciones imaginarias de carácter secundario, figuraciones de sí como personaje inscrito en la clave del deseo y del poder del otro, inscrito en un campo de mirada; del otro, la identificación simbólica, identificación primaria con el deseo y el poder del otro que configura el campo de mirada del relato. Identificación constituida, identificación constituyente.

En seguida, sobre la base de la formación del sistema significativo del yo y de su despliegue según un número limitado de esquemas actanciales (articulaciones mínimas de la acción y la praxis: de deseo, de comunicación o transmisión de un bien material o simbólico, de conflicto y enfrentamiento) se articula una serie cada vez más compleja, cada vez más determinada, de narrativas identitarias y biográficas que responden a preestructos narrativos, cristalizaciones sociales de sentido que permiten la configuración del campo de la experiencia subjetiva a la manera de una “gramática de casos”.

La subjetividad aparece entonces determinada como urdimbre de predicaciones actanciales, según figuras discursivas (performativas) de acción y de atribución, según

²⁰⁶ J. Butler, 1990, p. 176.

elementos narrativos capaces de articularse en un espacio relacional e integrativo de articulación secuencial que permitirá el modelamiento de instancias narrativas (agentes, personajes cualificados, espacio y tiempo semánticamente articulados) y de formas complejas de praxis de acuerdo con esquemas narrativos canónicos, asociados cada uno con una particular lógica narrativa, con una particular distribución de efectos narrativos relativos al sujeto y al sentido atribuido a la experiencia, a la manera de distintos modos de subjetivación. Organizados según una isotopía dominante de individuación y diferenciación (novela), de reintegración y normalización (comedia), de negatividad y deslizamiento significativo (sátira) o de sometimiento a un orden necesario, fatal y trascendente (tragedia).

En este nivel, la configuración del campo subjetivo también remite a un trabajo de figuración trópica que, según la dominancia de determinados rasgos de estilo, da forma a determinados modos de representación y de atribución del mundo y de la experiencia, ya sea según una lógica predominantemente representacional y categorial (metafórica, propiamente dicha, que plantearía al mundo, la realidad y la experiencia como textos por descifrar), causal-reduccionista (metonímica, que implicaría al mundo como suma de encadenamientos causales), organicista (respondiendo a la sinécdoque, que propondría el mundo como integración totalizante de cualidades) o negativa (irónica, que denunciaría la misma configuración discursiva del mundo como espacio de poder y de deseo).

Así, finalmente, la narrativa de sí habrá de dar apertura a un espacio biográfico y representacional complejo, a la narrabilidad de sí en la instancia del yo y a la constitución de una función de perspectiva narrativa, sostén del relato como espacio de mirada y de visibilidad de sí en que el sujeto se habita, pero también como régimen abierto de contingencia y riesgo.

De este modo, el cierre discursivo, normativo y regulatorio del campo subjetivo no supone necesariamente la instauración de un régimen cerrado de determinaciones. En razón de ello hay que seguir a C. Castoriadis cuando señala que si bien “no podemos jamás salir del lenguaje [...] nuestra movilidad dentro de él no tiene límites y nos permite poner todo en cuestión, incluso el lenguaje y nuestra relación con él”,²⁰⁷ lo cual ha de ser atribuido a que la narrativa subjetiva singular, como el propio discurso social y el campo discursivo en general no pueden ser objeto de sutura o de una saturación definitiva, marcados como están por una falla estructural, por la imposibilidad de contener en su seno la regla de su propio funcionamiento, la cual insiste, por el contrario, de manera ex-céntrica,

²⁰⁷ 1975, p. 189.

desplazándose siempre, en respuesta a cada intento de articularla, más allá, en una operabilidad interal y extra-territorial.

Este recorrido, descrito aquí en sus rasgos más generales, deja aún una serie de problemas sin resolver que, sin embargo, han de quedar ahora si acaso señalados. Entre otros, pueden mencionarse las implicaciones que pueden desprenderse de la hipótesis de una configuración narrativa y discursiva (sancionada por la eficacia del “pacto biográfico”) de un régimen de verdad, o bien, las implicaciones del carácter subjuntivo y contingente de la construcción narrativa de sí en relación con su articulación (discursiva) con otras prácticas ya sean productivas, de saber, de poder o de gobierno de sí; en particular, con el planteamiento y la posibilidad de la resistencia frente al poder. Así mismo, el problema de la eficacia de la narrativa en la construcción dialógica del vínculo con el otro, en la conformación de mecanismos de consenso, negociación y concordancia, en el campo de la responsabilidad, la responsabilidad y el reconocimiento como espacio de la ética y la política.

Sin embargo, a partir de lo planteado es posible todavía hacer dos reflexiones finales. Una de carácter metodológico, relacionada con las posibilidades del análisis narrativo de la experiencia subjetiva; otra más bien teórica, referente a algunas implicaciones del abordaje narrativo de la subjetividad en función de su configuración normativa y performativa, propiamente política.

En relación al primero de estos puntos, cabe plantear los métodos de trabajo de campo, análisis e interpretación para el abordaje y esclarecimiento de la subjetividad en términos de una particular forma de *análisis del discurso*, en el sentido estricto de un análisis de las articulaciones discursivas, propiamente narrativas, de la experiencia subjetiva y, por ende, de la constitución emergente de regímenes subjetivos y de configuraciones de sujeto en un campo de discurso. Este planteamiento exige, sin embargo, un par de acotaciones. Primero, tal abordaje aplicaría solamente para el caso del discurso descriptivo y narrativo propiamente dicho, excluyendo el análisis del discurso argumentativo que obedecería a categorías distintas; segundo, que el análisis de articulaciones discursivo-narrativas ha de distinguirse de la hermenéutica y del análisis estructural, de la primera por cuanto no se trata del develamiento o desentrañamiento del sentido “profundo” u oculto de una presunta elaboración narrativa de la experiencia, del segundo en tanto no se trata tampoco de la mera descomposición de relaciones y combinatorias formales. Se trataría, más bien, del desarrollo de estrategias de intervención y de análisis que permitieran el abordaje de articulaciones discursivas y de sus efectos performativos (de deseo, de poder), con la capacidad de dar cuenta de la regularidad y la dispersión de las producciones narrativas,

de su des-centramiento y de sus efectos diferenciales, constitutivos formal y materialmente de subjetividad.

Más aún, de esta distinción se desprendería la utilidad de importar, tal como aquí se ha intentado, ajustándolas al campo y a la problemática de la psicología social, nociones desprendidas de Foucault, Lacan, Derrida, Butler, etc., a partir de las cuales poder dar cuenta de los señalados efectos constitutivos de subjetividad de la significancia y de la producción discursiva, en el sentido propio que a partir de Laclau y Mouffe puede atribuirse a estos términos, es decir, en un sentido general, como práctica estructurante y articuladora.²⁰⁸ Importación y extrapolación de conceptos que por ahora —y tal vez convenga que sea así, a fin de evitar una prematura clausura teórica— ha de tener necesariamente el carácter de *bricolage*, tal como aquí también se ha propuesto. De cualquier modo, la intervención en el campo y el diseño de estrategias de análisis asumidos como *bricolage*, como saber transdisciplinario y operando en los límites entre diversas disciplinas, como aplicación “desviada” y al sesgo de los medios e instrumentos teóricos y prácticos disponibles, quizá constituya hoy la vía más adecuada para dar cuenta de la conformación dispersa, diversa y diferente, de los campos de subjetividad desplegados en la narrativa.

De acuerdo con esta propuesta habría que asumir, en el nivel de la intervención y del “trabajo de campo”, que los métodos capaces de dar cuenta de la subjetividad (las distintas variantes de la entrevista, etnografía, las diversas intervenciones grupales, institucionales o comunitarias) implican, tanto en su diseño como en su aplicación, la conformación de dispositivos de saber-poder discursivamente articulados, capaces a su vez de inducir una adicional producción y un particular registro discursivos. De tal manera, habría que situar la intervención en psicología, en un sentido amplio, en función de una operación, de un funcionamiento y de efectos performativos, discursivamente determinados, actuando en la construcción y recorte de fenómenos y procesos subjetivos emplazados —en tanto objetos de conocimiento e intervención— como objetos determinados también discursivamente. Dicho en otros términos, los métodos de intervención operarían como dispositivos para la incitación, el registro y la lectura discursivos, a través de la producción regulada de efectos específicos de poder, de saber y de determinación subjetiva derivados de su propia instauración como tales dispositivos.

²⁰⁸ E. Laclau y Ch. Mouffe, 1985, p. 143.

Similares consideraciones pueden hacerse respecto a lo que puede designarse bajo la noción general de “métodos cualitativos”²⁰⁹ como recursos útiles para el estudio de la subjetividad entendida como construcción narrativa, siempre y cuando impliquen el abordaje a profundidad de sus articulaciones internas. Así mismo, cabe hacer también un par de acotaciones respecto a la eficacia teórica y heurística de estos métodos, destacando, primero, derivada de su propio carácter de dispositivos discursivos, la necesidad práctica de esclarecer los efectos de su aplicación en el campo, lo cual remite al análisis de sus “implicaciones”, es decir, de los efectos de articulación, de determinación de los objetos y de los campos de “visibilidad”, de reducción de la alteridad, en una palabra, de saber y de poder, que se asocian a su instrumentación. Análisis de la demanda y de la implicación, descripción y análisis de la “construcción de la fuente”, desconstrucción del registro contratransferencial, descripción “densa” de procedimientos, representan distintas formas propuestas de acercamiento sistemático a este problema, distintas formas de encarar la no neutralidad de la intervención psicosocial.

En segundo lugar, insistir en el señalamiento, derivado de los mismos postulados aquí expuestos, de que estos métodos generan, de una u otra manera, como objeto propio de análisis, conjuntos complejos de descriptores lingüísticos, de construcciones discursivas de subjetividad que han de tomarse en su propio estatuto lingüístico y discursivo. Ello supone que el análisis y la producción teórica han de ubicarse como ejercicio de lectura e interpretación, esto es, como reconstrucción inmanente (nuevamente, una reconstrucción discursiva) de producciones que por sí mismas constituyen, en principio, una lectura y una construcción y reelaboración interpretativa de la realidad. Se trata, así, de interpretaciones de interpretaciones que, por un continuo efecto de retroacción, nuevamente se insertan en el mismo campo discursivo; se trata si acaso de interpretaciones que han de ser sistematizadas de acuerdo con ciertos *corpus* teóricos y conceptuales y sometidas a ciertas formas de vigilancia epistemológica, pero, al fin, interpretaciones de interpretaciones insertas en la propia esfera de la reproducción social e institucional de la subjetividad. “Doble hermenéutica” o ejercicio de una hermenéutica abierta e infinita, sin centro ni referente último;²¹⁰ proceso de des-construcción discursiva que, no obstante, no resultará nunca neutro pues podrá ser siempre determinado tanto por sus efectos políticos y prácticos, como por las producciones y estrategias discursivas y de saber a que dé lugar.

²⁰⁹ De las cada vez más abundantes referencias bibliográficas sobre esta materia, cabe citar, a la manera de ejemplos disponibles que ofrecen un panorama general de los métodos cualitativos en español, las compilaciones de I. Szasz y S. Lerner, 1996, J. Galindo, 1998, J.M. Delgado y J. Gutiérrez, 1995, y M.L. Tarrés, 2001.

²¹⁰ Cfr., M. Foucault, 1965.

Sin obviar estas consideraciones y a partir de lo expuesto en el presente trabajo se puede hacer avanzar algunas propuestas para el análisis de la experiencia subjetiva desde la perspectiva de la construcción narrativa de la subjetividad, el cual habría de proceder por una doble vía, deductiva e inductiva, por un doble acercamiento a la producción del sentido. Por un lado, un acercamiento deductivo que habría que remitir a las aportaciones del análisis estructural del relato²¹¹ para el análisis de las configuraciones narrativas de atribución del sentido; por el otro, una aproximación inductiva mediante el esclarecimiento discursivo de los emergentes de sentido y la desconstrucción de los efectos de sustantivación y naturalización de la experiencia subjetiva.

Desde la primera de estas perspectivas y en el nivel “superior” del plano narrativo, puede concebirse un procedimiento de recuento, análisis descriptivo y reconstrucción de los esquemas argumentales típicos que estructuran los contenidos del relato de la experiencia de vida. Se trataría, en este nivel, del análisis de argumentos en función de su configuración secuencial global a la manera de relatos novelados, trágicos, irónicos, cómicos, y de su relación, por iteración, en un frágil equilibrio de repetición y diferencia, con discursos hegemónicos, discursos y narrativas familiares, grupales, de género, políticos, y así sucesivamente. Correlativamente, se trataría de la identificación de distribuciones actanciales, de la determinación del lugar y de la relación establecida entre sujeto y objeto del relato, de las funciones de destinador y destinatario, de la incidencia de agentes oponentes y adyuvantes, así como de su función en la estructuración narrativa y performativa del curso de los acontecimientos y de la acción.

Este análisis descriptivo implicaría, así, la articulación de secuencias, funciones e isotopías mediante la denominación de segmentos a través de algún método como el de la “condensación de significados”,²¹² de su clasificación, ordenamiento y acomodamiento en una lógica narrativa y secuencial general, en lo que Bal ha denominado la “fábula” del relato.²¹³

Así mismo, supondría el análisis de giros metafóricos y estilísticos, de sus incidencias y variaciones, de las formas en que se distribuyen a lo largo de la narración, a fin de identificar discursos con dominante metafórica, metonímica, irónica o de sinécdoque, asociados a esquemas de representación propiamente categórica-representacional, determinista, negativa o sistémico-organicista.

²¹¹ Barthes (1966, p. 165) sostendría que el análisis narrativo “está forzosamente condenado a un procedimiento deductivo... obligado a concebir ante todo un modelo hipotético de descripción”.

²¹² Cfr. R. Barthes, *op. cit.*, p. 182; cfr., igualmente, S. Kvale (*apud*. Giorgi), 1994, pp. 193-195.

²¹³ *Op. cit.*, pp. 5 y 6.

Por su parte, en el nivel del plano predicativo pueden instrumentarse métodos de cálculo lógico y semántico, por ejemplo, mediante la aplicación del “cuadro semántico” desarrollado por Greimas,²¹⁴ para el esclarecimiento del funcionamiento semántico y narrativo de esquemas atributivos e (id)entitarios dominantes, de la configuración significativa de tiempo y espacio en el relato, de la articulación interna de sememas isotópicos, ya sean explícitos o implícitos, y así sucesivamente.

Por último, en cuanto a la cuestión del análisis discursivo-narrativo de la configuración del campo subjetivo, habría que plantear la necesidad de recurrir a otros procedimientos, de naturaleza predominantemente inductiva o incluso abductiva, basados, sin embargo, en modelos conceptuales e interpretativos determinados, para el abordaje de los efectos de sentido en el plano de significancia, de los efectos de sentido emergentes en un espacio suplementario y adyacente. Se trataría, en este caso, del análisis del régimen de regularidades, permutaciones, variaciones y diferencias temáticas y enunciativas, de la incidencia dispersa o más o menos concentrada y nuclearizada, de agentes, funciones, temáticas narrativas, esquemas trópicos y atributivos, de su distribución en el espacio narrativo y de su articulación en función de determinados regímenes enunciativos.²¹⁵ De igual modo, se plantea en este nivel el problema genealógico de la formación de lo que aquí se ha denominado “perspectiva narrativa”, de la configuración de una intencionalidad de sentido estratégica y de las formas de mirada narrativa, de anudamiento significativo y de naturalización derivadas de las mismas. Igualmente, puede plantearse el problema “heterológico” de los procesos de formación, condensación, dilución o transvasamiento discursivo de narrativas biográficas e identitarias, así como del despliegue, confrontación y mutua determinación de narrativas dominantes y narrativas alternas y subordinadas.

Es en este nivel en el que adquiere particular relevancia el recurso a los conceptos y estrategias de lectura desarrolladas por Barthes, Foucault, Deleuze, Derrida, Butler y otros autores que han sido tomados como referentes en el presente trabajo.

Finalmente, tal vez convenga concluir abriendo, sin aspirar a cerrarla, una problemática implícita en la concepción narrativa de la subjetividad que aquí se ha propuesto, haciendo explícitas algunas de sus implicaciones en tanto posible estrategia de saber.

Así, ha de sostenerse, en particular, que la subjetividad puede ser pensada no ya como instancia sustantivada, más o menos fija y estable, sino como una suerte de *performance*

²¹⁴ A.J. Greimas, 1976, *passim*.

²¹⁵ Para la cuestión del análisis del régimen enunciativo, distinto del análisis semántico de la frase o del análisis lógico de la proposición, cfr. M. Foucault, 1969, pp. 131-199.

discursivo, en el sentido, ahora, de desempeño y de configuración y despliegue de una escena de desempeño, operando en primera instancia no por mecanismos estructurales de integración, sino por diseminación y saturación significativa. Se trataría, así, de plantear la subjetividad como campo distribuido e inestable de representación de sí, campo en continua desestabilización, en continuo desequilibrio y recomposición; de plantearla como simulacro, como estrategia de seducción, en el sentido dado a este término por J. Baudrillard,²¹⁶ como construcción discursiva de instancias identificatorias móviles y condensación de series significantes en encadenamiento abierto; de tomarla, en suma, como espacio de continua saturación y dispersión significativa en la producción de particulares efectos de simulacro.

Eficacia *diferante* de la narrativa, no sólo en el sentido de que el propio ser del sujeto se produce en las variaciones narrativas y discursivas de la (re)construcción de su experiencia, sino sobre todo en tanto la narrativa articula segmentos significantes combinatorios, nunca saturados, de representación, en el sentido teatral de los términos, y de escenificación de sí, de *performance* en tanto “construcción contingente y dramática del significado”,²¹⁷ en tanto dramatización del sentido y ordenamiento teatralizado de lo posible.

No obstante, tal vez esta lectura de la subjetividad sólo sea posible, por otra parte, en el contexto de las condiciones de extrema complejidad, de los mayores niveles de “riesgo” y la mayor diversidad de lo que se ha dado en llamar “sociedad postindustrial” o “informacional”, “globalismo” o “postmodernidad”,²¹⁸ caracterizados por una intensa proliferación discursiva, por la crisis de los meta-relatos y de los parámetros de la construcción identitaria,²¹⁹ por la desrealización y el simulacro,²²⁰ la hipercontextualidad,²²¹ el desanclaje y la reflexividad aumentada.²²²

Diversidad de contextos, irreductible multiplicidad de las redes normativas e instituciones, inscripción frágil, compleja e inestable de subjetividades. Tales son, quizá, las condiciones que cabe tomar como punto de partida para pensar la subjetividad en la sociedad urbana contemporánea. Una amplia distribución y dispersión de formaciones subjetivas, sujetas a

²¹⁶ J. Baudrillard, 1984.

²¹⁷ J. Butler, 1990, p. 170.

²¹⁸ Cfr., por ejemplo, J.-F. Lyotard, 1987, A. Giddens, 1990, M. Castells, 1996, O. Ianni, 1996, N. Luhmann, 1998.

²¹⁹ Cfr., J.-F. Lyotard, *op. cit.*; así como M. Castells, 1997.

²²⁰ Cfr., J. Baudrillard, 1984, y G. Vattimo, 1985.

²²¹ N. Luhmann, *op. cit.*

²²² A. Giddens, *op. cit.*

efectos continuos de desarraigo, de transvasamiento. La familia patriarcal, las instituciones disciplinarias (escuela, fábrica, cuartel, manicomio, etc.), la iglesia y, en el nivel más amplio, los estados nacionales —es decir, las instituciones tal como han sido configuradas en el capitalismo industrial y las sociedades que M. Foucault ha caracterizado como “sociedades disciplinarias”, produciendo formaciones subjetivas “duras”, estructuradas y fijas— aparecen hoy perforadas, penetradas por efectos de desterritorialización que, a partir de la incidencia de medios de comunicación, de nuevas tecnologías informativas, de la apretada red de interdependencias económicas en la sociedad globalizada, alteran su funcionamiento regular y ordenado. No se trata, sin embargo, de la cancelación de los efectos de totalización y de cohesión, de cierre normativo, que estas instituciones no cesan aún de producir, sino de un funcionamiento alterado de los mismos, de un funcionamiento sujeto a altos niveles de contingencia, incertidumbre e indeterminación.

En este contexto, quizá resulte ineludible pensar ya la subjetividad bajo la figura de un continuo descentramiento, de la ausencia de núcleos centrales y sustantivos y, más bien, en términos de una producción ex-céntrica de la diferencia por la regulación de una serie de reparticiones y dispersiones.²²³ Aspectos que, según lo propuesto en este trabajo, podrían ser objeto de análisis a partir de la lectura narrativa de la experiencia.

Entender el campo subjetivo como efecto de articulación narrativa no debe llevar, sin embargo, a hacer caso omiso de otras prácticas, sino más bien contribuir a ubicarlas como prácticas discursivamente determinadas. En este sentido, no resulta tal vez inútil situar la construcción narrativa de la subjetividad en tanto *performance* como elemento articulador de la “experiencia”, en el sentido propuesto por Foucault, para entenderla, por tanto, como la instancia de articulación discursiva e inmanente de prácticas, saberes y normatividades a partir de las cuales se objetiva el lugar del sujeto, vinculándose adicionalmente con las prácticas de sí, con el conjunto de operaciones mediante las cuales éste configura y transforma su existencia y el propio campo de su experiencia.²²⁴

En este sentido, la subjetividad ha de ser pensada no como instancia secundaria de la constitución del orden social, institucional y normativo, sino como el espacio simbólico-discursivo, propiamente narrativo, en que éste tiene, en un plano de inmanencia, su fundamento y el campo de su despliegue. Espacio escindido, atravesado de pliegues y hendiduras; espacio cuya eficacia generativa resulta imposible de saturar según un contexto externo o según una intencionalidad atribuible a alguna instancia externa, fija y

²²³ Cfr., por ejemplo, J. Derrida, 1966, pp. 383-401; así como M. Foucault, 1969, pp. 53 y ss.

²²⁴ M. Foucault, 1984, pp. 8-10, y 1988, p. 48.

estable, en la medida en que en sí mismo constituye, en tanto campo de sentido, la producción continua de sus contextos, el despliegue (dramático y teatral, se ha dicho) de intencionalidades y estrategias de carácter a-subjetivo.²²⁵

Esto lleva a ubicar hoy la formación de subjetividades a partir de la eficacia y de los efectos regulatorios de factores inconcientes, ya no sólo en el orden significativo del deseo, tal como lo ha establecido el psicoanálisis,²²⁶ sino en el nivel específico de la diferencia, de los efectos de dispersión y distributivos atribuibles al propio campo discursivo, a la formación de saberes y esquemas performativos y a la eficacia inmanente del poder en el campo de interidad que aquéllos abren.²²⁷

Se trataría, así, de hallar las claves de la configuración de la subjetividad en un espacio de articulaciones discursivas y según un régimen dispersivo, en proceso constante de territorialización y desterritorialización.

En este sentido es que cabe preguntarse si la posibilidad de plantear el problema de la subjetividad en términos de *performance* narrativo no se asocia con los efectos, históricamente determinados, de multiplicación y de dislocación referencial y normativa propios de la sociedad “globalizada”. Efectos que han sido identificados y descritos, como ya se ha señalado, bajo nociones como las de desanclaje, policontextualidad, desinstitucionalización, hiper-reflexividad, des-realización, desustantivación, etc., y que remitirían a una crisis generalizada de la operación simbólica, de la “ficción” simbólica capaz de conferir un diferente *status* performativo, una particular eficacia simbólica, a segmentos determinados de la identidad, y cuya crisis supondría el desquiciamiento de los referentes de cualquier construcción identitaria estable, la proliferación de enmascaramientos y simulacros.²²⁸

De cualquier modo, tales condiciones ponen a descubierto mecanismos de poder directamente inmersos en la (re)producción discursiva de la realidad y, por ende, inscritos y operando sus efectos en el plano mismo de la producción y reproducción narrativa de la subjetividad, mecanismos cuya descripción y categorización quizá deban remontarse a las nociones de “biopoder” y “biopolítica” de M. Foucault.²²⁹

²²⁵ Cfr. J. Derrida, 2003, pp. 351 y 357-358; así mismo, M. Foucault, 1978, p. 115.

²²⁶ Cfr., en particular, J. Lacan, 1953 y 1957; igualmente, S. Žižek, 1989, pp. 125-175.

²²⁷ Cfr., J. Derrida, 1972, y M. Foucault, 1976.

²²⁸ S. Žižek, 1999, p. 351; así mismo, A.M. Fernández, 2001, *passim*.

²²⁹ M. Foucault, 1976; cfr., también M. Hardt y A. Negri, 2000.

Siguiendo a Deleuze,²³⁰ tales mecanismos de poder, actuando en el mismo plano de la constitución narrativa de la subjetividad, podrían ser situados bajo la figura de una mecánica “de control” emergente, oponible, casi término por término, a la mecánica “disciplinaria”. De tal modo, la determinación de efectos políticos en el campo de la subjetividad podría diagramatizarse, bajo la lógica del “control” —como paradigma emergente del ejercicio micro o biopolítico del poder y por oposición al “diagrama” disciplinario—,²³¹ en términos de “suscitar la singularización de un sujeto X a partir del registro de una enunciación continua X”, es decir, de modelamiento performativo de la subjetividad, en el plano directo e inmanente de su constitución y configuración discursivas.

En este sentido, habría que pensar en la configuración de una racionalidad local del poder que ejercería principalmente efectos subjetivamente determinados, por oposición a una racionalidad disciplinaria de carácter general, centrada en la regulación instrumental, objetivamente determinada, de los comportamientos y las prácticas; una estrategia de diversificación y singularización continuas, opuesta a la tendencia disciplinaria a la individualización abstracta. Así mismo, un ejercicio reticular y descentralizado del poder, distinto, pero articulándose con el funcionamiento nucleado por instituciones disciplinarias relativamente cerradas.

De igual modo, el control implicaría, de manera convergente con la lógica narrativa, la proliferación de procesos y localizaciones dispersos e indeterminables *a priori*, contra la segmentación disciplinaria del tiempo y el espacio en función de una diferenciación funcional; una regulación informal de intercambios inclusivos y difusos, contra la formalización reglamentaria de medios para la regulación segmentaria del comportamiento, las relaciones y los intercambios; la multiplicación de instancias de normalización en un plano inmanente de producción y codificación de la existencia social (precisamente en el plano de su configuración discursiva y narrativa) *versus* la conformación de espacios discretos de inclusión-exclusión y de reencauzamiento normativo del “crecimiento desviado”.

Todavía incluso la lógica de control supondría el encadenamiento abierto y no necesariamente codificado de procesos de transmisión y apropiación discursiva, con privilegio del desarrollo de tecnologías de información y comunicación, mientras que la disciplina tendería a la aplicación sistemática de estrategias y técnicas codificadas de

²³⁰ G. Deleuze, 1990a y b.

²³¹ G. Deleuze, 1986, pp. 63 y ss. Según Deleuze, el “diagrama” organiza un determinado funcionamiento que, en el caso de las sociedades disciplinarias, podría sintetizarse en la fórmula “imponer y gestionar una tarea o conducta X a una multiplicidad humana X”.

observación, exploración y examen. Así mismo, el control impulsaría el desarrollo de técnicas de subjetivación continua de las estructuras objetivas, en tanto que la disciplina se centraría en el desarrollo de tecnologías de objetivación del cuerpo y de sus capacidades. El control implicaría la instauración y multiplicación diversificada de prácticas de sí, sin requerir necesariamente de soportes materiales o equipamientos especializados, por oposición a la disciplina que supondría, ante todo, el uso de estrategias de “vigilancia jerarquizada”, sustentada en equipamientos especializados.

Por último, si en la “sociedad disciplinaria” los efectos normativos se generan principalmente a través de la producción codificada de lo visible, de la distribución de relaciones espaciales y de la regulación de cursos de acción objetivables y previsibles, en la lógica del control tendrían lugar a través de la de-codificación y sobre-codificación —mediante una función compleja de “escucha” y registro, determinada según una dominante cronológica— de procesos altamente contingentes de simbolización de la experiencia.²³²

En suma, pensar la subjetividad en función de su conformación discursiva y narrativa tal vez ofrezca la oportunidad de pensar la reconfiguración, en la sociedad contemporánea, de los mecanismos y la lógica global del ejercicio del poder. Y ello tal vez no resulte, en términos tanto de la elaboración de nuevas estrategias teóricas y de análisis como de la construcción de una particular posición política, irrelevante.

²³² Para el esclarecimiento de la lógica de la escucha, más allá de la territorialización del espacio, en un campo de intersubjetividad, como ejercicio de desciframiento y de lectura intersubjetiva, cfr., R. Barthes, 1976b.

BIBLIOGRAFÍA

- Aceves, Jorge E. (1994), *Sobre los problemas y métodos de la historia oral*, en de Garay, G. (coord.), **La historia con micrófono**, Instituto Mora, México, 1994, pp. 33-46.
- (1997), *Un enfoque metodológico de las historias de vida*, en de Garay G. (comp.), **Cuéntame tu vida, Historia oral e historias de vida**, Instituto Mora, México, 1997, pp. 9-15.
- (1998), *La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación*, en Galindo, J. (coord.), **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Pearson Educación, Addison Wesley Longman, 1a. reimp., México, 1998, pp. 207-276.
- Anderson, Harriet, y H. Goolishian (1998), *Human systems as linguistic systems: preliminary and evolving ideas about the implications of clinical theory*, en **Family Process**, vol. 27, no. 4, pp. 371-393.
- Anderson, Tammy, y Joshua Mott (1998), *Drug-related identity change: theoretical development and empirical assessment*, en **Journal of Drug Issues**, vol. 28, no. 2, pp. 299-328.
- Angrosino, Michael (1994), *On the bus with Vonnie Lee, Explorations in life history and metaphor*, reproducido en Creswell, J.W., **Qualitative inquiry and research design**, Sage Publications, Thousand Oaks, 1998, pp. 257-269.
- Aristóteles (c. 320 a.c.), **Arte poética**, Editorial Porrúa., 2a. ed., México, 2002.
- Aulagnier, Piera (1975), **La violencia de la interpretación, Del pictograma al enunciado**, Amorrortu Eds., 5a. reimp., Buenos Aires, 2001.
- Bajtin, Mijáil (1953), *El problema de los géneros discursivos*. En: **Estética de la creación verbal**, Siglo XXI Eds., 10ª ed., México, 1999, pp. 248-293.
- Baker, Phyllis (2000), *I didn't know: discoveries and identity transformation of women addicts in treatment*, en **Journal of Drug Issues**, vol 30, no. 4, pp. 863-880.
- Bal, Mieke (1980), **Narratology, Introduction to the theory of narrative**, University of Toronto Press, Toronto, 1985.
- Barthes, Roland (1964), *Elementos de semiología*, en **La aventura semiológica**, Editorial Paidós., Barcelona, 1990, pp. 17-83.
- (1966), *Introducción al análisis estructural de los relatos*, en **La aventura semiológica**, Editorial Paidós, Barcelona, 1990, pp. 163-201.

- (1969a), *El análisis estructural del relato*, en **La aventura semiológica**, Editorial Paidós, Barcelona, 1990, pp. 281-307.
- (1969b), *La concatenación de las acciones*, en **La aventura semiológica**, Editorial Paidós, Barcelona, 1990, pp. 203-213.
- (1970), *El tercer sentido*, en **Lo obvio y lo obtuso**, Editorial Paidós, Barcelona, 2002, pp. 49-67.
- (1973a), **El placer del texto**, Siglo XXI Eds., 2ª ed., México, 1978.
- (1973b), *La guerra de los lenguajes*, en **El susurro del lenguaje**, Editorial Paidós, Barcelona, 1987, pp. 135-189.
- (1976a), *Sobre la lectura*, en **El susurro del lenguaje**, Editorial Paidós, Barcelona, 1987, pp. 39-49.
- (1976b), *El acto de escuchar*, en **Lo obvio y lo obtuso**, Editorial Paidós, Barcelona, 2002, pp. 243-256.
- Bateson, Gregory (1979), **Espíritu y naturaleza**, Amorrortu Editores, 2a edición, 2a. reimp., Buenos Aires, 2002.
- Baudrillard, Jean (1984), **De la seducción**, Editorial Cátedra, 2a. Editorial, Madrid, 1984.
- Benveniste, Emile (1958), *De la subjetividad en el lenguaje*, en **Problemas de lingüística general**, tomo 1, Siglo XXI Editores, 10ª ed., México, 1982, pp. 179-187.
- (1964), *Los niveles del análisis lingüístico*, en **Problemas de lingüística general**, tomo 1, Siglo XXI Editores, 10a. ed., México, 1982, pp. 118-130.
- (1968), *Observaciones sobre la función del lenguaje en el descubrimiento freudiano*, en **Problemas de lingüística general**, tomo 1, Siglo XXI Editores, 10ª ed., México, 1982, pp. 75-87.
- Bertaux, Daniel (1986), *Los relatos de vida en el análisis social*, en Aceves, J.E. (comp.), **Historia oral**, Instituto Mora, México, 1993, pp. 136-148.
- Bourdieu, Pierre (1986), *La ilusión biográfica*, en **Historia y fuente oral** no. 2 (*Memoria y biografía*), Universidad de Barcelona, Barcelona, 1989, pp. 27-33.
- Botella, Luis, Figueras, Sara, Herrero, Olga, y Pacheco, Meritxell (1997), *Qualitative analysis of self-narratives: A constructivist approach to the storied nature of identity*, trabajo presentado en el XIth International Congress on Personal Construct Psychology, Seattle, julio de 1997. En línea: http://www.infomed.es/constructivism/documsweb/workshop_seattle.html (re-cuperado en diciembre de 2004)

- Bruner, Edward (1986), *Ethnography as narrative*, en Turner, V.W., y Bruner, E.M. (eds.), **The anthropology of experience**, University of Illinois, Chicago, 1986.
- Bruner, Jerome (1986), **Realidad mental y mundos posibles**, Editorial Gedisa, 4ª reimp., Barcelona, 1998.
- (1990), **Actos de significado**, Alianza Editorial, 1a. reimp., Madrid, 2000.
- (2002), **La fábrica de historias**, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.
- Burgos, Martine (1986), *Historias de vida, narrativa y la búsqueda del yo*, en Aceves Lozano, J.E. (comp.), **Historia oral**, Instituto Mora, México, 1993, pp. 149-163.
- Butler, Judith (1990), **El género en disputa**, Editorial Paidós-Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM, México, 2001.
- (1997a), **Mecanismos psíquicos del poder**, Ediciones Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer, Madrid, 2001.
- (1997b), **Excitable speech, A politics of the performative**, Routledge, Nueva York, 1997.
- Camarena, M., y G. Necochea (1994), *Conversación única e irreplicable: lo singular en la historia oral*, en de Garay, G. (coord.), **La historia con micrófono**. Instituto Mora, México, 1994, pp. 47-61.
- Castells, Manuel (1996), **La era de la información**, vol. I, *La sociedad red*, Siglo XXI Editores, México, 1999.
- (1997), **La era de la información**, vol. II, *El poder de la identidad*, Siglo XXI Editores, México, 1999.
- Castoriadis, Cornelius (1975), **L'institution imaginaire de la société**, Éd. du Seuil, París, 1999.
- Cavarero, Adriana (2000), **Relating narratives, Storytelling and selfhood**, Routledge, Londres, 2000.
- Coffey, Amanda, y Paul Atkinson (1996), **Encontrar el sentido a los datos cualitativos**, Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia, Antioquia, 2003.
- Cortés, Tomás (1993), *La autobiografía como narrativa*, en **Tramas** no. 5, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1993, pp. 267-278.
- de Garay, G. (1997), *La entrevista de historias de vida: construcción y lecturas*, en de Garay G. (comp.), **Cuéntame tu vida, Historia oral e historias de vida**, Instituto Mora, México, 1997, pp. 16-28.

- Deleuze, Gilles (1967), **Nietzsche y la filosofía**, Editorial Anagrama, 5a. ed., Barcelona, 1998.
- (1969), **Lógica del sentido**, Editorial Paidós, Barcelona, 1989.
- (1986), **Foucault**, Editorial Paidós, México, 1987.
- (1990a), *Control y devenir*, entrevista con T. Negri, en **Conversaciones**, Editorial Pre-Textos, 3a. ed., Valencia, 1999, pp. 265-276.
- (1990b), *Postscriptum sobre las sociedades de control*, en **Conversaciones**, Editorial Pre-Textos, 3ª ed., Valencia, 1999, pp. 277-286.
- Delgado, Juan Manuel y Juan Gutiérrez (coords., 1995), **Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales**, Editorial Síntesis, 3a. reimp., Madrid, 1999.
- Denzin, Norman K. (1989), **Interpretive biography**, Sage Publications, Newbury Park, 1989.
- Derrida, Jacques (1963), *Fuerza y significación*, en **La escritura y la diferencia**, Editorial Anthropos, Barcelona, 1989, pp. 9-46.
- (1966), *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas*, en **La escritura y la diferencia**, Editorial Anthropos, Barcelona, 1989, pp. 383-401.
- (1971), *Firma, acontecimiento, contexto*, en **Márgenes de la filosofía**, Editorial Cátedra, 4ª ed., Madrid, 2003, pp. 347-372.
- (1972), **Posiciones**, Editorial Pre-Textos, Valencia, 1977.
- (1993), **Khôra**, Alción Editora, Córdoba, 1995.
- Díaz Negrete, David B. (2003), *Alicia ya no vive aquí, Construcción narrativa de la experiencia desviante de una usuaria de drogas en tratamiento*, Centros de Integración Juvenil, Dirección de Investigación y Enseñanza, Subdirección de Investigación, Informe de Investigación 03-19, México, 2003.
- (2004), *Recuperación normativa y experiencia subjetiva en una adolescente usuaria de drogas en tratamiento*, Centros de Integración Juvenil, Dirección de Investigación y Enseñanza, Subdirección de Investigación, Informe de Investigación 04-15, México, 2004.
- Duero, Dante (2006), *Relato autobiográfico e interpretación: una concepción narrativa de la identidad personal*, en **Athenea Digital**, no. 9, pp. 131-151, en línea: <http://antalaya.uab.es/athenea/num9/duero.pdf>.
- Eco, Umberto (1979), **Lector in fabula, Lo cooperación interpretativa en el texto narrativo**, Editorial Lumen, 4a. ed., Barcelona, 1999.

- Engelken Jorge, Marcos (2005), *La metáfora de lo uno-múltiple: una (re)conceptualización dialógica de la identidad personal (una crítica al reduccionismo "posmodernista")*, en **Athenea Digital**, no. 7, pp. 114-132, en línea: <http://antalya.uab.es/athenea/num7/engelken.pdf>.
- Fernández, Ana María (coord., 2001), **Instituciones estalladas**, Editorial Eudeba, Buenos Aires, 2001.
- Ferraroti, Franco (1979), *Acerca de la autonomía del método biográfico*, en Duvignaud, J. (comp.), **Sociología del conocimiento**, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, pp. 125-145.
- (1981), **Histoire et histoires de vie**, Nédiens Klincksieck, París, 1990.
- Foucault, Michel (1954), Introducción a *Le rêve et l'existence* de L. Binswanger, en **Entre filosofía y literatura, Obras esenciales**, vol. 1, Editorial Paidós, Barcelona, 1999, pp. 65-120.
- (1965), **Nietzsche, Freud, Marx**, Editorial Anagrama, 2a. ed., Barcelona, 1981.
- (1966a), *La trasfábula*, en **Entre filosofía y literatura, Obras esenciales**, vol. 1, Editorial Paidós, Barcelona, 1999, pp. 289-296.
- (1966b), *El pensamiento del afuera*, en **Entre filosofía y literatura, Obras esenciales**, vol. 1, Editorial Paidós, Barcelona, 1999, pp. 297-319.
- (1969), **La arqueología del saber**, Siglo XXI Editores, 4a. ed., México, 1977.
- (1970), **El orden del discurso**, Tusquets Editores, 2a. ed., Barcelona, 1980.
- (1976), **Historia de la sexualidad 1, La voluntad de saber**, Siglo XXI Editores, 3a. ed., México, 1978.
- (1984), **Historia de la sexualidad 2, El uso de los placeres**, Siglo XXI Editores, México, 1986.
- (1988), **Tecnologías del yo**, Editorial Paidós, 2a. ed., Barcelona, 1991.
- Freud, Sigmund (1908a), *El creador literario y el fantaseo*, en **Obras completas**, tomo IX, Morrortu Editores, 2a. ed., 2a. reimp., Buenos Aires, 1989, pp. 123-135.
- (1908b), *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, en **Obras completas**, volumen IX, Morrortu Editores, 2a. ed., 1a. reimp., Buenos Aires, 1989, pp. 137-147.
- Frye, Northrop (1957), **Anatomía de la crítica**, Monte Ávila Editores, Caracas, 1977.

- Gadamer, Hans-Georg (1970), *Lenguaje y comprensión*, en **Antología**, Editorial Sígueme, Salamanca 2001, pp. 99-115.
- Galindo, Jesús (coord., 1998), **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Pearson Educación, Addison Wesley Longman, 1a. reimp., México, 1998.
- García Canal, María Inés (1990), **El loco, el guerrero, el artista**, Plaza y Valdés Editores-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1990.
- (2004), *De los límites del lenguaje o el lenguaje de los límites*, en **Tramas** no. 21, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 2004, pp. 303-313.
- Genette, Gérard (1972), **Narrative discourse**, Basil Blackwell, Oxford, 1980.
- (1983), **Narrative discourse revisited**, Cornell University Press, Ithaca, 1988.
- Giddens, Anthony (1990), **Consecuencias de la modernidad**, Alianza Editorial, 2a. reimp., Madrid, 2002.
- Greimas, Algirdas Julien (1966), **Semántica estructural**, Editorial Gredos, 3ª reimp., Madrid, 1987.
- (1976), **La semiótica del texto**, Editorial Paidós, Barcelona, 1983.
- Guba, Egon, y Yvonna Lincoln (1994), *Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa*, en Denman, C., y Haro J., **Por lo rincones, Antología de métodos cualitativos en la investigación social**, El Colegio de Sonora, Hermosillo, 2000, pp. 113-145.
- Haidar, Julieta (1998), *Análisis del discurso*, en Galindo, J. (coord.), **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Pearson Educación, Addison Wesley Longman, 1a. reimp., México, 1998, pp. 117-164.
- Hänninen, Vilma, y Anja Koski-Jännes (1999), *Narratives of recovery from addictive behaviours*, en **Addiction**, vol. 94, no. 12, pp. 1837-1848.
- (2004), *Stories of attempts to recover from addiction*, en Rosenqvist, Pia , Blomqvist, Jan, Koski-Jännes, Anja, y Leif Öjesjö (eds.), **Addiction and life course**, Nordic Council for Alcohol and Drug Research, Helsinki, 2004, pp. 231-246.
- Hardt, Michael, y Antonio Negri (2000), **Imperio**, Editorial Paidós, 2a. reimp., Buenos Aires, 2002.
- Hecksher, Dorte (2004), *The individual narrative as a maintenance strategy*, en Rosenqvist, Pia , Blomqvist, Jan, Koski-Jännes, Anja, y Leif Öjesjö (eds.), **Addiction and life course**, Nordic Council for Alcohol and Drug Research, Helsinki, 2004, pp. 247-266.

- Ianni, Octavio (1996), **La era del globalismo**, Siglo XXI Editores, México, 1999.
- Jakobson, Roman (1960), *Lingüística y poética*, en **Ensayos de lingüística general**, Seix Barral Editores, 2a. ed., Barcelona, 1981, pp. 347-395.
- Kaplan, Charles (1982), *Addict life stories: an exploration of the methodological grounds for the study of social problems*, en **International Journal of Oral History**, vol. 3, no. 1, pp. 31-50.
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine (s/f), **La enunciación, De la subjetividad en el lenguaje**, Editorial Hachette, Buenos Aires, 1986.
- Kohler-Riessman, Catherine (1993), **Narrative analysis**, Sage Publications, Newbury Park, 1993.
- Kristeva, Julia (1969a), **El lenguaje, ese desconocido**, Editorial Fundamentos, Madrid, 1988.
- (1969b), **Σημιοτική, Recherches pour une sémanalyse**, Éditions du Seuil, París, 1969.
- (1985), **Al comienzo era el amor**, Editorial Gedisa, 2a. ed., Barcelona, 1996.
- Kvale, Steinar (1994), **InterViews, An introduction to qualitative research interviewing**, Sage Publications, Thousand Oaks, 1999.
- Labov, William (1972), **Language in the inner city, Studies in the black english vernacular**, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1972.
- Lacan, Jacques (1953), *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, en **Escritos 1**, Siglo XXI Editores, 10a. ed., México, 1984, pp. 227-310.
- (1957), *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, en: **Escritos 1**, Siglo XXI Editores, 10a. ed., México, 1984, pp. 473-509.
- (1958), **Las formaciones del inconsciente**, Seminario libro 5, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1999.
- Laclau, Ernesto, y Mouffe, Chantal (1985), **Hegemonía y estrategia socialista**. Fondo de Cultura Económica, 2a. ed., Buenos Aires, 2004.
- Lakoff, George, y Johnson, Mark (1980), **Metáforas de la vida cotidiana**. Editorial Cátedra, 3a. ed., Madrid, 1989.
- Lejeune, Phillipe (1975), **Le pacte autobiographique**, Editores du Seuil, París, 1975.
- Lévi-Strauss, Claude (1955), *La estructura de los mitos*, en **Antropología estructural**, Editorial Paidós., Barcelona, 1987, pp. 229-252.

- (1962), **El pensamiento salvaje**, Fondo de Cultura Económica, 5a. reimp., México, 1984.
- (1964), **Lo crudo y lo cocido, Mitológicas 1**, Fondo de Cultura Económica, 1a. reimp., México, 1972.
- Levinas, Emmanuel (1964), *La significación y el sentido*, en **Humanismo del otro hombre**, Siglo XXI Editores, México, 1974, pp. 17-83.
- Linares, Juan Luis (1996), **Identidad y narrativa**, Editorial Paidós, Barcelona, 1996.
- Lindón, Alicia (1999), *Narrativas autobiográficas, memorias y mitos: una aproximación a la acción social*, en **Economía, Sociedad y Territorio** vol. II, no. 6, pp. 295-310.
- Luhmann, Niklas (1998), **Complejidad y modernidad, De la unidad a la diferencia**, Editorial Trotta, Valladolid, 1998.
- Lyotard, Jean-Francois (1987), **La condición postmoderna**, Editorial Cátedra, 3a. ed., Madrid, 1987.
- Martínez, Carolina (1996), *Introducción al trabajo cualitativo de investigación*, en Szasz, I., y S. Lerner, **Para comprender la subjetividad**, El Colegio de México, México, 1996, pp. 33-56.
- Matamoro, Blas (1982), *Una teoría del héroe*, en Braunstein, N.A. (comp.), **El lenguaje y el inconsciente freudiano**, Siglo XXI Editores, México, 1982, pp. 305-333.
- McIntosh, James, y Neil McKeganey (2001), *Identity and recovery from dependent drug use: the addict's perspective*, en **Drugs: Education, Prevention and Policy**, vol. 8, no. 1, pp. 47-59.
- McLeod, James (2002), *Qualitative research as bricolage*, ponencia presentada en el panel *Qualitative inquiry in action: Researcher as bricoleur* en la Conferencia Anual de la Sociedad para la Investigación en Psicoterapia, Chicago, 2002. En línea: <http://shs.tay.ac.uk/shtjm> (recuperado en marzo de 2003).
- Mier, Raymundo (2003), *Calidades y tiempos del vínculo*, en **Tramas** no. 21, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 2004, pp. 123-159.
- Millán, J.A., y Natotzky, S. (1980), Introducción a **Metáforas de la vida cotidiana** de G. Lakoff y M. Johnson, Editorial Cátedra, Madrid, 1980, pp. 13-25.
- Ochs, Elinor (1997), *Narrativa*, en van Dijk, T.A. (comp.), **Estudios sobre el discurso**, tomo I (*El discurso como estructura y proceso*), Editorial Gedisa, Barcelona, 2001, pp. 271-303.

- Piña, Carlos (1989), *Sobre la naturaleza del relato autobiográfico*, en **Argumentos** no. 7, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1989, pp. 131-160.
- Polkinghorne, D.E. (1988), **Narrative knowing and the human sciences**, State University of New York, Albany, 1988.
- Ramos, Luciana, y Martha Romero (1996), *Historia oral y psicología*, en Aceves, J.E. (coord.), **Historia oral, Ensayos y aportes de investigación**, CIESAS, 2a. ed., México, 2000, pp. 21-37.
- Ramos, Ricardo (2001), **Narrativas contadas, narraciones vividas**, Editorial Paidós, Barcelona, 2001.
- Reséndiz, Ramón (2001), *Biografía: proceso y nudos teórico-metodológicos*, en Tarrés, Ma. Luisa (coord.), **Observar, escuchar y comprender**, FLACSO, Colegio de México, Miguel Ángel Porrúa, México, 2001, pp. 135-170.
- Revilla, Juan Carlos (2003), *Los anclajes de la identidad personal*, en **Athenea Digital**, no. 4, pp. 1-14, en línea: <http://antatalaya.uab.es/athenea/num4/revilla.pdf>.
- Ricoeur, Paul (1969), *La cuestión del sujeto: el desafío de la semiología*, en **El conflicto de las interpretaciones**, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 2003, pp. 215-241.
- (1976), **Teoría de la interpretación**, Siglo XXI Editores, 5a. ed., México, 2003.
- (1985a), **Tiempo y narración**, tomo 1 (*Configuración del tiempo en el relato histórico*), Siglo XXI Editores, 3a. ed., México, 2000.
- (1985b), *Individuo e identidad personal*, en Veyne, P., et al., **Sobre el individuo**, Editorial Paidós, Barcelona, 1990, pp. 67-90.
- Rivas, Marta (1996), *La entrevista a profundidad: un abordaje en el campo de la sexualidad*, en Szasz, I., y S. Lerner, **Para comprender la subjetividad**, El Colegio de México, México, 1996, pp. 199-223.
- Rojas Wiesner, Martha L. (2001), *Lo biográfico en sociología, Entre la diversidad de contenidos y la necesidad de especificar conceptos*, en Tarrés, M.L. (coord.), **Observar, escuchar y comprender, Sobre la tradición cualitativa en investigación social**, Miguel Ángel Porrúa Editor, FLACSO, Colegio de México, México, 2001, pp. 171-197.
- Ruiz Ávila, Dalia (2003a), **Tejiendo discursos se tejen sombreros, Identidad y práctica discursiva**, tomo 1, Universidad Pedagógica Nacional, México, 2003.

- (2003b), **Tejiendo discursos se tejen sombreros, Identidad y práctica discursiva**, tomo 2, Universidad Pedagógica Nacional, México, 2003.
- Saettele, Hans (2004), *Análisis discursivo, Un esquema para las ciencias sociales*, en **Versión** no.14, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 2005, pp. 143-162.
- Sandig, Barbara, y Selting, Margret (1997), *Estilos del discurso*, en van Dijk, T.A. (comp.), **Estudios sobre el discurso**, tomo I (*El discurso como estructura y proceso*), Editorial Gedisa, Barcelona, 2001, pp. 207-231.
- Santamarina, Cristina, y José M. Marinas (1995), *Historias de vida e historia oral*, en Delgado, J.M., y J. Gutiérrez (coords.), **Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales**, Editorial Síntesis, 3a. reimp., Madrid, 1999, pp. 257-285.
- Shotter, John (1993), **Realidades conversacionales**, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001.
- Strickland, Lee (1994), *Autobiographical interviewing and narrative analysis: an approach to psychosocial assessment*, en **Clinical Social Work Journal** vol. 22, no. 1, pp. 27-41.
- Szasz, Ivonne, y Susana Lerner (1996), **Para comprender la subjetividad**, El Colegio de México, México, 1996.
- Tarrés, M.L. (coord., 2001), **Observar, escuchar y comprender, Sobre la tradición cualitativa en investigación social**, Miguel Angel Porrúa Editor, FLACSO, Colegio de México, México, 2001.
- Vattimo, Gianni (1985), **El fin de la modernidad**, Editorial Gedisa, México, 1986.
- White, Michael, y Epston, David (1980), **Medios narrativos para fines terapéuticos**, Editorial Paidós, Barcelona, 1993.
- White, Hayden (1973), **Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX**, Fondo de Cultura Económica, 2a. reimp., México, 2002.
- Žižek, Slavoj (1989), **El sublime objeto de la ideología**, Siglo XXI Editores, 2a. ed., México, 2001.
- (1999), **El espinoso sujeto**, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2001.